DANIEL
NAVARRO TORRECILLA

MÁS DE UNA RAZÓN PARA NO AMAR AL PRÓJIMO

EN AUSENCIA DE DIOS

Daniel Navarro Torrecilla

EN AUSENCIA DE DIOS

© 2023 Daniel Navarro Torrecilla *(www.danielnavarrotorrecilla.com)*

© 2023 Diseño de cubierta:

Ricardo Duval (Colp d' efecte) - *www.RicardoDuval.com*

© 2023 Ilustraciones:

Daniel Kaiser (Intagram: *@karikatukai*)

© 2023 Edición:

Adrián Naranjo *(www.adriannaranjo.com)*

Todos los derechos reservados.

«Quien con monstruos lucha cuide
de no convertirse a su vez en monstruo.
Cuando miras largo tiempo a un abismo,
también éste mira dentro de ti».
FRIEDRICH NIETZSCHE, *Más allá del bien y del mal*

LOS PASAJEROS Y SU SOMBRA

Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso, ¿quién lo conocerá?
Libro de Jeremías 17:9
La vida no puede ser feliz sin un poco de oscuridad.
CARL GUSTAV JUNG

Tras despedirse del recepcionista salió al exterior, donde la tristeza de la noche golpeó su rostro. No había edificios, solo una carretera y la oscuridad, y ya detrás de él, el humilde motel de carretera, similar a tantos otros en los que había estado. Quedaban dos horas para que amaneciese, pero debía partir ya. Su coche, aparcado a unos veinte metros, lo esperaba. Antes de empezar a andar se quedó mirando unos segundos más ese horizonte negro, silencioso y carente de sorpresa, puede que como una forma de despejarse finalmente o como una manera de prevenir algún peligro potencial, más allá del peligro habitual de hartarse del trabajo y de su vida de idas y venidas, de menús rápidos y camas frías, aderezado todo esto con el olor de la gasolina y café ya hecho de los bares de paso. Finalmente se dirigió a su vehículo, que desprendía ese habitual aroma del ambientador de supermercado. Una vez dentro, dejó la cartera en el cambio de marchas, encendió el motor y su mirada se quedó fija en las luces del salpicadero y en las agujas impertérritas que marcaban las velocidades, a veces extrañas, en las que el mundo se mueve; fue un segundo, puede que dos, pero suficientes para sentir el abismo que bordea las montañas firmes y los firmamentos difuminados por la oscuridad, que, en ocasiones, por alguna razón, bajan hasta la misma piel de los invitados a la creación.

No conducía especialmente bien, quizás por eso el coche diera un par de trompicones al ver, unas horas más tarde, el dispositivo policial, que constaba de varios coches cruzados y largas cintas que vetaban el paso a los elementos ajenos a la investigación. Lo cierto es que tampoco veía muy bien, por lo que solo pudo percibir con cierta claridad los vehículos policiales. En todo caso, era patente que algo bastante grave había ocurrido.

—Perdone, ¿sabe qué ha pasado?

—Se ve que han matado a un hombre.

Le respondió un señor mayor que llevaba un sombrero un tanto ridículo, pero que le ayudaba a resguardarse de un calor persistente, duro, seco e inapelable.

—¿A un hombre? ¿En serio?

Una mujer también mayor, baja, rechoncha y con una camisa de bordados y palmeras le dio un golpe en el costado al hombre mayor, dándole a entender que era mejor que se callase y que dejara de dar información sobre el asunto. El conductor curioso cesó en su interrogatorio improvisado y siguió conduciendo, acercándose poco a poco al control policial que desviaba la circulación y hacía que los coches salieran un poco de la vía para no interferir en la investigación, hacia la arena caliente, donde quedaban impresas por un instante las huellas de los neumáticos. Lejos, las montañas y la extensa carretera desdibujada en el horizonte avisaban de los muchos kilómetros sin asistencia que esperaban a quien decidiera seguir circulando.

Era un tipo extraño, un tanto triste, que no pegaba muy bien con el ambiente áspero del desierto. Un tipo que, como la mayoría de la gente, solo estaba de paso. Pero, ante todo, era un tipo ocupado. Comercial de una empresa de envasados, debía llegar a la ciudad más próxima para hacer negocio con una cadena de comida para llevar. Era la misión que le había encomendado su jefe; ese desierto mentado era el problema. Más de ciento treinta kilómetros de arena sin apenas paradas para poder firmar el contrato, y ni siquiera era un contrato verdaderamente importante, de lo contrario su jefe no lo habría enviado a él, hubiese ido en persona. Mientras el sudor caía por su frente y quedaba impregnado en su camisa, se preguntaba si había merecido la pena estudiar para eso.

—Perdone, agente, ya sé que no puedo estar aquí, pero es que necesito llegar al hotel.

—Vale, vaya al aparcamiento y deje el coche; la cafetería la puede utilizar, lo que no puede es pasar por aquí, ni acceder a la habitación de la víctima. De todas maneras, habrá allí otros policías. Igual ahora el encargado no le puede atender.

—Gracias, agente, ha sido muy amable. ¿Era muy joven?

—Todo el mundo lo es cuando se trata de morir.

Su pregunta no había sido apropiada, pero la respuesta casi filosófica del agente mereció la pena. Antes de reanudar la marcha vio a un par de hombres y una mujer, supuso que policías, que inspeccionaban el maletero de un coche con sumo interés: allí estaba el cadáver, se sintió más pervertido que curioso por mirar la escena. Sus ojos se clavaron como hachas afiladas en el maletero. Por desgracia, la actualidad en forma de futuro contrato y de comida rápida y barata mandaba de forma perentoria. Aparcó el coche, al salir sintió el calor en su cara, en su ya quemada cara con la que no funcionaban cremas preventivas. La presencia de los policías y de los coches, aunque fuera de forma mental, contribuía a que la sensación de calor fuera mayor: el ruido del motor, las luces prioritarias, el sonido de las transmisiones policiales. Con el calor el cuerpo debía de oler a absoluta corrupción.

—¡Oiga!, yo siento mucho que hayan matado a ese tío, pero no puedo tener el local cerrado dos días, si no explíqueselo usted a mi jefe, por mí mejor.

—¡Escuche!, haga el favor de colaborar, nadie ha dicho que tenga que estar cerrado el local dos días. ¿Quiere que llame al juez y que venga hasta aquí?, ¡pues deje de tocar los cojones!

Debido al panorama decidió quedarse en actitud silenciosa y aplicada en el mostrador, donde supuso que tarde o temprano sería atendido.

—¡Eh, oiga!, yo estaba cuando ocurrió todo esto; ese tío se despidió y ahora está apaleado como si fuera un cerdo. Yo estaba al lado, ¿sabe?, estaba al lado cuando ese tío o lo que sea se lo cargó en el coche, a menos de veinte metros.

—¿Y no oyó nada?

—¡No! Ya le dije que por las noches me meto en la sala, si no estoy cuadrando las cuentas veo alguna película. Además, la puerta estaba cerrada, la cierro con llave a partir de las nueve. Este es un lugar tranquilo hasta que deja de serlo, ¿sabe, amigo?

«Apaleado como un cerdo», él hubiese utilizado otro término, pero estaba acostumbrado a la simpleza de la gente de esa parte del país. No le gustaba tratar de negocios con ellos, era gente altanera que, si bien había ganado dinero trabajando y tenía valores, siempre intentaba aparentar lo que no era. Como aquello parecía ser para largo, decidió tomar algo en el bar y después seguir su camino y buscar otro motel más adelante. Tan solo había cogido un maletín, dejando el resto del equipaje en el maletero de su coche.

Al salir de nuevo al exterior, el calor le golpeó en la cara. Se quedó un segundo dudando si era mejor dejar el maletín en el coche, con tanto policía era imposible que alguien se dedicara a abrir vehículos en la zona. Anduvo unos diez pasos y al entrar fue el frío del aire

acondicionado lo que le golpeó en el rostro. Era el típico restaurante de carretera con barra amplia y mesas con separadores en los asientos; no faltaba el humo que salía desde la cocina, gente con gorra bebiendo cerveza y camareras con el pelo recogido con un bolígrafo. Era al ver a esta gente cuando se alegraba de sus noches de estudio, en las que repetía una y otra vez términos y conceptos para poder aprobar los exámenes; pero, ¿y si el trabajo no lo era todo?, ¿y si era el conjunto de ese todo: el trabajo, su familia, sus aficiones, e incluso sus anhelos, por lo que se tenía que juzgar a las personas? Se había casado hacía poco con su novia de toda la vida, la única que tuvo. Todo eso podía ser cierto, pero la verdad era que tampoco sentía ningún tipo de motivación o emoción, ni mucho menos esa sensación pasajera que es la felicidad. Quizás aún no fuera el momento, y que la primavera de la vida tardase aún en llegar; por ser este un pensamiento recurrente tomaba café, el café le hacía olvidar todas esas cosas con su sabor amargo.

—¿Qué te pongo?

—Un café solo con hielo. ¿Sabe cuándo podré pedir una habitación?

—Pues, cariño, la policía lleva ahí todo el día; menos mal que a nosotros nos dejan trabajar.

—Pues póngame algo de comer, supongo que va para rato.

—Te traigo la carta y lo miras, el sándwich de pollo está muy rico

Era una chica joven, bastante resultona, con una larga cabellera pelirroja, un escote intencionado y uno de esos anhelos que no eran nombrados, pero sí conocidos por todos; el de que alguien un día la sacara del bar y le ofreciera una nueva vida. Tras beberse el café con hielo pidió una botella de agua y un bocadillo de gambas rebozadas, pepino y salsa. Pese al revuelo, percibió que a la gente el tema le era casi indiferente. No quiso deducir que era habitual que a un tipo lo golpearan hasta matarlo y lo metieran en un maletero, sería algo muy triste, sin duda, pero lo cierto era que la gente comía y bebía y que en ningún caso reflejaba miedo o tristeza. Todos, al igual que él, tendrían su «peculiar misión» sin importancia que llevar a cabo, ¿para qué una preocupación más?

Algunos de los policías entraron en el local para tomar algo. Tenían cara de estar preocupados; discutían con virulencia, aunque no mostraban animadversión entre ellos. Daba la sensación de que era con la vida con la que estaban en disputa, o la muerte, o las dos juntas.

—Voy al baño.

—Tranquilo, cariño.

Cogió su maletín. No había dejado de tenerlo entre las piernas en ningún momento. Lo cogió con fuerza; con la otra abrió la puerta que

lo llevaba hasta el servicio masculino. Era el típico servicio de los bares de sus viajes: no especialmente limpio, pero tampoco insalubre; con un olor peculiar que no es agradable, pero que se tolera; con varios sanitarios de pared con separadores, similares a los de las mesas para comer, y un envase de jabón a punto de agotarse. Tras orinar, se lavó las manos; estaba buscando papel o alguna servilleta cuando oyó una voz.

—No es usted de los que opinan que hay que ayudar al prójimo, ¿verdad?

Pensó que podía ser uno de esos tipos adventistas que van predicando, o alguien que simplemente quería entablar conversación, o un perturbado, por último alguien que quizás quisiera engañarle o robarle. Cogió el maletín más fuerte.

—Veo que vuelve a ignorarme.

El hombre que le hablaba estaba orinando detrás de él, por lo que solo le veía la espalda, pero ya comenzó a percibir algunos elementos que le eran conocidos, aunque su cerebro por la situación no podía procesar toda la información de una forma precisa.

—«Porque estuve enfermo y me curaste…».

Al darse la vuelta lo reconoció, aunque solo había visto su cara una vez, en movimiento, hacía apenas unos minutos.

—¿Tiene una idea del calor que hace ahí fuera, de cómo se queman tus pies al andar por la carretera?

—Mire, lo siento, el coche no es mío, es de la empresa, y tenemos la orden de que no se recoja a ningún extraño que haga autostop.

Ya se había dado la vuelta, lo veía a través del espejo; sus ojos claros, su pelo largo que le llegaba hasta el cuello, su mirada que estaba como manchada por algo, y su piel enrojecida de vagar por del desierto durante, ¿quién sabe cuánto? Lo había visto unos tres kilómetros antes. Al principio no lo pudo distinguir de la extraña forma que crea el horizonte, mezcla de cielo, arena y piedra, pero poco a poco su figura fue ganando protagonismo en el inmenso paisaje; pasó a su lado mientras levantaba el pulgar y sujetaba la pesada bolsa que ahora tenía en el suelo del baño. Se quedó mirándolo con esos ojos claros, testigos de algo que conocía y que no podía ser bueno. Se los clavó en el desierto como si fueran puñales mientras que él aceleraba, sabedor de que escribía un nuevo y prescindible episodio de vulgaridad en el libro de su vida. Pese a dejarlo atrás, tuvo durante varios minutos la sensación de que lo seguía mirando. Ahora estaba detrás de él.

—Permítame que le invite a comer algo, es lo menos que puedo hacer.

—No necesito su caridad, ¡vale! Pero, bueno, comeremos juntos, un poco de compañía no me vendrá mal después de un viaje como el que

acabo de hacer.

Era la hora punta, la de las comidas, comidas honradas que daban lo que prometían: acabar con la sensación de hambre, saturadas de salsas y fritos, hechas sin empeño y sin arte, pero sin duda para un sitio como aquel no solo era más de lo que se podía necesitar, era una bendición. La camarera resultona los atendió. No tardó en fijarse en el nuevo compañero del vendedor. Tenía ese «aire de canalla» que les gusta a algunas mujeres. Esa mirada que informa de alguien que no busca ni quiere compromisos, que tiene experiencia en el arte de amar y que pasa por la vida como un pájaro con alas mojadas por la lluvia.

—Al final se ha decidido a comer, ¿le hago el sándwich? Aún no lo han empezado a hacer.

—No, voy a comer con mi amigo, un plato mejor.

—Vale, pues ahí tienen el menú. Las costillas a la barbacoa están muy buenas.

—¿Pican mucho? —preguntó el hombre con rostro de canalla.

—Sí, bastante, ¿te gustan las cosas picantes?

—Mucho, me recuerdan que sigo vivo.

Sus miradas se compenetraron, mientras el tercero en discordia trataba de disimular haciendo como que leía el menú sin tener la más mínima idea de qué iba a pedir.

—Pues pídelas, entonces.

—Habrá que probarlas.

—Eso, pruébalas. Menudo susto me he llevado esta mañana con lo del pobre hombre; yo pensaba que era por lo del maletín con el medio millón.

—¿El maletín del medio millón? —preguntó el canalla sorprendido.

—Sí, al parecer en la capital hay un empresario o algo así al que le han robado un maletín con esa pasta, y decían que el que lo tuviese podía intentar huir por aquí.

—Vaya, ¿tú sabías algo de eso? —le preguntó el hombre de mirada inquietante al comercial.

—He oído algo en la radio, cuando iba conduciendo hasta aquí, pero la verdad es que no he prestado mucha atención.

—¿Sabéis ya lo que queréis?

—Yo tomaré la sopa de alubias y la hamburguesa, poco hecha.

—Yo la ensalada de guacamole y esas costillas, picantes, muy picantes; espero sentir el picor en la lengua.

—Pues luego me lo cuentas.

La mujer recogió las cartas del menú y se retiró contoneándose en señal de reclamo.

—Ves, es la típica chica que se cree alguien especial, que todos los hombres van detrás de ella; claro que puede que en un agujero como este sea cierto, en la ciudad sería una más; me he follado a tías mucho

mejores, tú también, ¿no? ¿Eh…?

—Gabriel, me llamo Gabriel.

—Hola, Gabriel, tú no te has follado a muchas tías, ¿no?

—Bueno, me casé con mi novia desde el instituto; llevamos juntos desde entonces…

—Y vais a misa los domingos, ja, ja, ja, ja. —Al reírse, el otro pudo ver un negror profundo en sus dientes al mismo tiempo que la sonrisa le deformaba el rostro y hacía que sus arrugas se marcaran. Todo ello unido al color rojizo de su piel y al tipo de burla que acababa de hacer fue suficiente para que Gabriel sintiera que se trataba de alguien demoníaco—. Perdona, no era mi intención reírme de tus creencias ni de que tuvieras novia, ¿sabes?, eso está bien, supongo, yo qué sé. Pero, bueno, que no me reía de ello.

Fuera el calor castigaba a cualquier organismo que osase estar a la intemperie. Los policías ya terminaban su trabajo y se empezaba a tener la sensación de que todo volvía a la normalidad. Los hombres consumieron su menú. El autoestopista siguió tonteando con la camarera, el otro reflexionaba sobre su misión y la forma de llevarla a cabo. Un cierto temor desasosegante de que su nuevo amigo quisiera acompañarle pasaba de manera sutil sobre la mente de Gabriel.

—Voy al baño.

—Claro, Gabriel.

Se levantó y se dirigió a los servicios. Tal vez su necesidad de volver en pocos minutos se debiera al nerviosismo que le creaba la presencia de su compañero.

—¿No vas a coger el maletín, Gabriel? —Al decirlo sus ojos se clavaron una vez más en los suyos. Tuvo la percepción de que su voz era otra, más grave, contribuyendo, junto con su mirada, a la idea, por otro lado absurda, de que era un ser diabólico.

—Sí, claro, es que llevo papeles importantes, de mi trabajo; si se perdiesen sería una… Eh…, algo, bueno, eso, un problema.

—Yo te lo cuidaría, pero tranquilo, te entiendo; nos acabamos de conocer y lo más importante para un hombre es su trabajo. Eso decía mi padre, qué cosas, ¿no?

Su silueta se perdió a través de la puerta con el maletín en la mano; mientras, la gente bebía cerveza y reía, intentando recordar, las más de las veces, algún momento agradable de su existencia. Al orinar volvió a mirarse al espejo. Vio de nuevo a ese hombre medio, vulgar y fácil de encontrar. Culpó por un momento a la naturaleza por no haberle dotado de grandes cualidades, pero por qué la naturaleza debía de ser condescendiente con él si tenía a miles mejores a los que complacer. El típico olor de los baños que había sentido cientos de veces se metió en sus fosas nasales.

Al salir le dio la sensación de que la camarera le estaba escribiendo

algo a su nuevo amigo, sin duda no era una comanda. Justo cuando él llegó, ella se fue.

—He pedido una cerveza más y otra para ti, espero que no te importe.

—No suelo beber cuando conduzco.

—Venga, Gabriel, por una cerveza no nos vamos a matar; en esta maldita carretera no hay tráfico, ni animales grandes, solo alimañas que luchan por sobrevivir. También he pagado la cuenta.

—Ya te dije que te invitaba yo, te lo debía por lo de antes.

—Hay que dar para recibir, lo pone en los evangelios. ¿Tú lees los evangelios?

—Pues no, la verdad es que no mucho. Voy con mi esposa y su familia los domingos a misa cuando no trabajo.

—¡Claro!, la misa, el recordatorio semanal de que no hay que ser malo y que no hay que hacer lo que en el fondo nos gusta. Mi padre era predicador y mi abuelo brujo; ja, ja, ja, te lo prometo.

Al reírse, volvió a enseñar esos dientes negros y gastados. Era casi como una marca que lo delataba por algo, aunque su aspecto en general era atractivo. Gabriel volvió a tener la sensación de que se trataba de alguien luciferino.

—Pero, bueno, ya te lo contaré, y como aún me debes un favor, pues, acércate, acércate. Ese rostro infernal cambió de momento un poco, por lo que Gabriel bajó la cabeza y la acercó a la suya, no sabiendo muy bien en qué iba a consistir la petición—. Antes, he estado pensando, Gabriel, en esa historia que me ha contado la nena del tipo o los tipos que han robado ese maletín con el medio millón de pavos. Sabes, bueno, igual es absurdo, pero pienso que tú eres el mejor tipo para llevar ese maletín; quiero decir, que si yo robase el maletín luego se lo daría a un tipo como tú para que lo llevase por una de estas carreteras poco transitadas en las que se ve a un policía muy de vez en cuando, excepto cuando llegas a un bar. Es verdad que con el rollo este del muerto el plan se ha podido torcer un poco, pero tampoco mucho. ¿Quién va a sospechar que alguien como tú, que tiene esposa y que va con su familia a misa, iba a ser un delincuente?

De nuevo su mirada se quedó clavada en la suya; sus ojos eran una mezcla de luz y de fuego ante la que Gabriel no podía ni sabía hacer nada. Tampoco oía nada, el ruido de las bandejas o el chocar de las botellas y de los vasos, las estupideces de la gente junto con el olor persistente a sudor le obnubilaban.

—Estoy de broma, Gabriel, ja, ja, ja, ja. Aunque, bueno, eso explicaría por qué no te separas de tu maletín. A lo que íbamos; la nena me ha dicho que a unos cinco kilómetros de aquí hay una caravana vieja de sus padres que utilizan para dejar cosas y hay un colchón, ¿sabes?, me ha dicho que como no nos vamos a volver a ver,

podíamos tener un buen recuerdo, así que me llevas, ¿no?

—Vale, supongo que más o menos nos pilla de camino, pero te dejo y sigo. ¿No querrás que te espere?

—Claro, Gabriel, un polvo son diez minutos, ¿tú que estás?, ¿una hora?, ¿haces mierdas de esas de *hippies*?, ja, ja, ja.

—No, no, bueno…

Al salir, el calor volvió a golpear en su rostro sin ningún tipo de clemencia; un recuerdo feliz de su infancia, sin importancia, merodeó por su mente, puede que como mecanismo de defensa para comprender que la vida no eran solo momentos de zozobra.

—Ve despacio, me ha dicho que aún tarda diez minutos en salir y que se tardan otros diez, hay que ir recto y donde está la señal de reducir velocidad, girar a la izquierda. ¿El coche es tuyo?

—No, es de la empresa.

—No está mal. ¡Ay!, las mujeres son todas unas zorras, pero cómo las queremos. Perdona, olvidé que tienes mujer.

—No, tranquilo, es una forma de hablar.

—Voy a poner el aire. Pues sí, ¿sabes tío?, mi abuelo era de Puerto Rico, sí, en serio, ya sé que yo no lo parezco, se casó con una blanca. Vivía en las montañas alejado de la aldea; nunca lo conocí, pero mi madre me contaba que la gente de los pueblos de al lado iban a su casa a pedirle hechizos, conjuros y favores. Hacía reuniones como aquelarres donde le ayudaban sus amantes y un negro amigo suyo. La gente pagaba mucho dinero por ir a esas reuniones. Las malas lenguas decían que raptaba a adolescentes y los torturaba y violaba delante del público, que les hacía cortes, que llenaba botes con su sangre y que luego la escupía en la cara de los hombres y en las tetas de las mujeres, y entonces él entraba en trance y se le ponían los ojos en blanco y comenzaba a tener convulsiones como si tuviese al mismo diablo en sus entrañas luchando por salir. Y de esa manera la fuerza vital de los jóvenes pasaba a los asistentes a la velada. Al final hacían una sopa con sus extremidades y sus órganos, y se la bebían. Pero, bueno, yo creo que todo eso debían de ser mentiras, que como mucho se follaría a los niñatos a cambio de pagarles; de esa forma la gente se ponía cachonda; al fin podrían sentir esa perversión de quien hace algo prohibido, totalmente censurado, que solo está al alcance de unos pocos. Un sacramento de la maldad para los que no pueden ni quieren ser santos.

Mientras su nuevo pasajero contaba su historia, él fijaba la mirada en esa carretera que parecía tener la extraña cualidad de no cambiar, que emitía una especie de bucle carente de sentido. Pero, pese a esa sensación, el camino existía y los llevaba a su destino.

—¿Y qué fue de él?

—Cuando las acusaciones se salieron de madre, desapareció. Las

autoridades empezaron a buscarlo, mi abuela se quedó sola con mi padre y tres hijos más. Me contaba que nunca les faltó dinero, que siempre con periodicidad les llegaban sobres con «pasta» a su dirección, no grandes cantidades, pero lo suficiente para no pasar necesidad. Es curioso, llegamos a esta vida y no elegimos nada, pero ya empezamos a recibir nada más llegar los aciertos y errores de los demás.

Le llamó la atención ese espacio para la introspección, justamente antes de un encuentro sexual crudo. Puede que su nuevo compañero de penurias no fuera tan frívolo, que ese halo chulesco y canalla fuera un disfraz para no aceptar aquel extraño abismo que se presencia a veces, aunque sea de pasada, a veces de lejos o simplemente por boca de otros, aquel abismo que anuncia el absurdo de la vida.

—Por cierto, ¿tú no llevarás condones?

—Pues no, no llevo.

—Claro, Gabriel, tú no eres el tipo de hombre que aprovecharía una escapadita de estas para darte una alegría.

El silencio fue equivalente a un nuevo «no». La carretera insulsa apenas daba oportunidades para la sorpresa. Era el vacío de seres lo que marcaba la senda, junto a las montañas lejanas, imposible de no ver como único destino.

—Pues a pelo, porque me la pela, no me da miedo pillar algo. Igual esa enfermedad hace que no muera de alguna peor o que no llegue a viejo y me cague en los pantalones y acabe en una de esas putas residencias, aunque bueno, en mi caso, acabaría en la puta calle, así que a aprovechar.

Esa filosofía pragmática le llamó la atención, no porque fuera más o menos acertada, sino porque era todo lo opuesto a lo que hasta ahora había sido su vida. Una vida totalmente programada, carente de sorpresas. Suponía que si había que ponerle algún nombre a esa vida sería eso que la gente llama decente. Una esposa, una carrera, un trabajo, una casa y la misa de los domingos. ¿Era todo lo que necesitaba una persona o era su reverso? ¿Su inesperado amigo representaba ese reverso? Quizás si en el universo había un mínimo de lógica, una razón por nimia que fuera, el encuentro entre ambos no sería del todo fortuito; tal vez así, aquí y ahora, él se daba cuenta de lo lamentable que había sido su vida.

—Tú vas a misa y eso, ¿no?, me dijiste.

—Sí, los domingos voy con mi mujer, y a veces con su familia.

—¿Sabes por qué coño todos los santos se van al desierto?

—No todos los santos.

—Pero Jesús fue al desierto, ¿no?

—Sí.

—¿Y por qué fue?

—Allí el demonio lo tentó.

—¿Y no podía tentarlo en su casa?

—El desierto simboliza la renuncia del mundo, en el desierto es más fácil hacer ayuno y oración; estás solo en tu búsqueda de Dios.

—¿Y tú te crees esas cosas?

—Sí, mira, que tú no seas creyente no significa que los demás estemos equivocados.

—Tranquilo, no quería molestarte.

Hubo un silencio, la cara de Gabriel cambió de manera radical, reflejando una efigie que en muy pocas ocasiones era mostrada al exterior, pero Tomás, ese era su nombre, no se dio cuenta. Puede que sí, si hubiese mirado al espejo retrovisor del interior.

—Perdona, lo que quiero decir es que cada uno tiene sus creencias, que yo crea en Dios no significa que sea mejor que tú, solo es una opción personal.

—Entonces, ¡claro!, estamos en el desierto y yo soy ahora para ti el diablo, ¿no crees?

—No estamos en la antigüedad ni yo estoy llamado a la santidad.

—Y si le digo a la tía que se enrolle y que se lo monte con mi amigo, ¿eh?, yo creo que es una cachonda y que le van esas cosas. Tu mujer no se podrá enterar, es imposible. ¿Alguna vez va a venir a este agujero del mundo?

—No creo que yo le interesara a una chica como esa.

—¿Y por qué no?, ¿lo has intentado alguna vez? ¡Claro!, ya lo sé. Tu mujer no se puede enterar, pero Dios sí, ¿verdad?, he oído esa mierda otras veces. ¿Sabes cuál es el problema de la gente como tú?, que se inventa a los dioses para no admitir que no tiene huevos.

Unas señales anunciaban la cercanía de algunas edificaciones. No era una gran esperanza, pero era mucho más de lo que se podía pedir de un sitio como aquel.

—Perdona, tienes razón, yo…. ¿Sabes?, hay dos sitios donde he estado y espero no volver; uno es la cárcel y otro es la iglesia. Tengo aversión a los curas y todo eso, pero ello no ha de significar que me lleve mal contigo; además, no me has dado la vara con lo de la religión hasta ahora.

—Vale, no te preocupes, además, de algo hay que hablar.

—Y cómo era eso de… ¡ah!, sí, «no robarás».

Al decirlo, Tomás fijó su mirada luciferina en el maletín. Estos cambios de tono, de opinión, de forma de tratarle ya le eran habituales. Eran manifestaciones de un carácter complicado, cínico y posiblemente trastornado. Por otra parte, era cierto que hasta ahora no había pasado de la sorna.

—Creo que es por aquí, debe de haber una señal de velocidad y al lado un camino por el que debes de ir. Estate atento, amigo.

Desde el cielo el coche en el que iban los dos hombres era tan solo una pequeña mancha en la inmensidad de ese desierto que invitaba a la renuncia. Desde allá, desde la altura, nada importaba. Los dramas, las hormonas que causan conductas en los organismos, las creencias, los engramas, las grandes teorías de la vida… Solo eran un color tenue que se movía en una extensión de arena y polvo. No era descabellado pensar que si Dios existiese no le debía importar lo más mínimo lo que pasase en ese triste tablero de la existencia.

La señal de circulación marcaba el camino a seguir. No tardaron en llegar a la caravana, a cierta distancia se veía vieja y gastada; al acercarse, la percepción no cambiaba, al contrario, se apreciaba cierta suciedad en las ventanas. Nada hacía indicar que dentro habría limpieza, pero supuso que esto excitaría más a su amigo. Pensó que nunca había mantenido relaciones sexuales en algún lugar que no fuera un dormitorio, la sola idea de plantearle a su mujer la posibilidad de hacerlo en otro lugar le parecía sencillamente inapropiado, por no decir alocado.

El coche se paró a unos metros de la caravana. La chica salió y los saludó. Llevaba la misma ropa, la del trabajo, pero su pelo estaba ahora suelto, un bonito pelo rojizo y largo que daba la sensación de ser algo caliente casi flamígero. Pero ante todo era algo real, tangible; muy alejado de todos esos seres de los que le hablaban en la misa, seres que no son de este mundo; personajes que han vivido hace mucho tiempo y que nadie sabe cómo eran realmente. La mujer volvió a meterse dentro como si hubiese sido un destello momentáneo de la realidad. El otro hombre salió del coche antes de tomar la dirección hacia la caravana; miró a Gabriel, le golpeó el hombro y sonrió. De nuevo sus dientes negros, pero esta vez con una expresión auténtica de felicidad, la primera vez que la veía en su rostro.

—Ahora vuelvo, socio, no te vayas.

Mientras el hombre y la mujer copulaban, Gabriel se quedó dentro del coche, mirando al frente. Era extraño que se sintiera observado, cuando era él quien tenía la posibilidad de convertirse en un mirón. En cierta manera, la situación era un símil bastante acertado de lo que había sido su vida hasta ahora. Era la sensación acuciante de que todo el mundo tenía alguna historia que contar, que de una u otra forma vivía y que él siempre era espectador de las escenas protagonizadas por los demás. Y esa sensación lo acompañaba, aunque no lo admitiese, cada día de su vida: en el trabajo, en el hogar, en la misa, en las calles que transitaba, en definitiva, en cada paso que daba. Se sentía mezquino por pensar así, prácticamente como un pecador sin redención posible; su mujer era buena, la quería, pero tal vez era el momento de reconocer que el amor no siempre basta, sobre todo cuando se es algo tan simple como un ser humano. Unos veinticinco

minutos más tarde su nuevo compañero salió de la caravana. Entró en el vehículo, no dijo nada. Tenía esculpida esa mirada satánica que tanto le inquietaba, tan solo sonreía. Entonces le acudió el recuerdo de que en las iglesias a las que asistía con su mujer y la familia de esta no había imágenes que rieran o lloraran, porque ellos eran adventistas. Supuso que el disfrute de esos goces materiales, que por alguna razón a él se le vetaban, tampoco podía justificar el paso por esta vida. Volvió a hacer el camino a la inversa, hasta que finalmente retomaron la carretera del desierto.

—¡Uf, menuda cachonda!, ¡qué boca tenía!

Gabriel siguió conduciendo, mirando la carretera como si fuera un ente animado, algo que tiene vida e inteligencia. Quizás fuera la única forma que tenía de evitar el tema.

—No te daré detalles, tranquilo, solo te diré que el polvo ha sido la hostia; perdona, que ha sido muy bueno. Eso sí, no resultaba ser tan fiera como pintaba, al final he tenido que llevar yo la iniciativa; suele ocurrir con estas tías que van tan de decididas, luego les gusta que les metan caña.

—Puedes hablar como quieras, ya te he dicho que no soy un fanático religioso.

—¿Me lo has dicho?, no me acordaba, bueno, ¿ahora qué hacemos?

—¿Cómo que qué hacemos?

—No me irás a dejar aquí, en mitad de la nada.

—Igual tu amiga te acoge.

—Mi amiga, como todo mi pasado, ya es historia, amigo.

—¿Vas a venir conmigo a hacer el negocio?

—¡Pues claro qué no! Aunque si fuera yo igual sacabas más. Mira, me llevas a la ciudad y ya me busco la vida.

—Tengo que pernoctar antes de llegar a la ciudad.

—Bueno, pues nos hacemos compañía esta noche, el día siguiente, y luego cada uno por su lado.

—No te lo tomes a mal, pero, ¿a qué te dedicas?

—¿Yo?, ¿que a qué me dedico? Principalmente a lo que no suele hacer la gente: vivir.

—Supongo que eso está bien.

—Mira, tranquilo. No soy un santo, pero tampoco el diablo. No me gusta joder a nadie; ya te he dicho que he estado en la cárcel y no quiero volver. A veces me meto en algún lío, pero nada grave. Puedes estar tranquilo.

—Solo era curiosidad.

—La curiosidad mató al gato.

—Eso dicen.

—Los curas me decían que la curiosidad es la causa de muchos pecados, ¿tú qué opinas?

—¿Por qué te gusta hablar de estos temas, de religión?

—Pues no sé, Gabriel; creo que de follar, de borracheras y de putas no podemos hablar; de tu mujer tampoco, porque igual te lo tomas a mal… ¡Yo que sé!, es por hablar de algo.

—La curiosidad ha hecho que la ciencia avance. El ser humano ha reflexionado gracias a ella; supongo que no es mala si no se transgreden ciertos límites.

—¿Y quién pone esos límites?

—Pues la moral, la religión…

—En resumen, otras personas.

—No. La religión se basa en tradiciones que tienen que ver con la revelación.

—¡Ah sí!, la palabra de Dios, ¿y tú te crees eso?

—Sí, lo creo.

—¿Lo crees, o te gusta creerlo?

—¿Cómo?

—¿Lo crees o tienes la necesidad de creerlo?

—Lo creo porque me ayuda; me hace sentirme bien.

—¡Ah!, ya. Pone freno al demonio que hay dentro de ti.

—No hay ningún demonio, solo la opción de hacer algo bien o algo mal.

—Sí, pero crees que a veces el bien y el mal están muy difusos, mezclados.

—No, porque para eso precisamente está lo que dice la religión.

—Y si te contase que cuando estaba internado en un colegio de curacas, gracias a mi padre, un día bajé a los vestuarios porque me olvidé la mochila y observé a uno de esos viejos frailes tocar de manera obscena a un niño de primaria con la excusa de secarle con una toalla el sudor que tenía. En la privacidad de los muros realizaba esos tocamientos. Solo Dios y yo le podíamos ver cómo pasaba de manera lasciva sus manos por los genitales del niño y por su boca. Dios y yo en perfecta consonancia siendo espectadores de los males del mundo; el bien violado por el mal, el mal escenificado por la máscara del bien. ¿Y quieres que me crea que hay que hacer todas esas mierdas porque a un tío se le ha aparecido la Virgen o Jesús? Ya sé que piensas que yo soy algo despreciable y no te culpo, pero yo soy mucho menos nocivo que toda la mierda que te acabo de explicar. ¿Y sabes por qué? Porque yo vivo mi vida. ¡Sí!, he hecho cosas malas, ¡joder!, pero nunca como las que te acabo de contar, y la mayoría de las veces, si he jodido a alguien, en el fondo lo merecía. ¿Y sabes por qué soy así? Porque yo siempre voy de cara, no le cuento milongas a la gente como los curas o los políticos. Tú crees que soy un pervertido, pero precisamente porque me acabo de follar a esa tía no lo soy; lo que tengo lo saco fuera, y como lo saco fuera no me acaba

corroyendo.

—Bien, yo solo te respondía. Yo no pienso nada de ti, apenas te conozco.

—Sí, sí, perdona; te estoy comiendo la cabeza. Es que me pareces un buen tío y me jode verte amargado. Desde la carretera ya podía ver que estás amargado y posiblemente la culpa no sea tuya. Y no sé, como te has portado bien conmigo me gustaría ayudarte; no te digo que te lo montes como yo; ya te he dicho que no soy ningún santo, tampoco te digo que seas infiel a tu mujer o que te coloques, pero creo que te hace falta un empujón para que al menos veas las cosas desde otro prisma.

Le hubiese gustado decirle que estaba equivocado. Decirle que todo lo que acababa de comentar eran majaderías, pues él era un hombre íntegro, realizado y, en definitiva, feliz. Pero decirlo sería mentir y él lo tenía prohibido; simplemente guardó silencio.

—¿Quieres que conduzca?

—No, gracias, me gusta conducir .

—Tranquilo, que no nos vamos a piñar, conduzco bien.

—Sí, lo sé, y si pasase algo no te lo recriminaría, pero el coche es de mi empresa y prefiero simplemente llevarlo yo.

—Como quieras.

El paisaje cambiaba, pero para una vista ya cansada parecía casi inmutable, como una sustancia, como un algo que, pese a no ser más que un montón de piedra y arena, una parte más de la evolución regada por momentos y más momentos, tenía, sorprendentemente, algo de transcendente. Empezó a anochecer, de manera pausada, la arena se fue volviendo negra a la vista. Aunque en el fondo no cambiaba, a la vista era diferente, y aquel juego de realidades y divergencias no era muy distinto del que a veces se juega en los precipicios de la mente y del alma.

—¿Y qué has estudiado, Gabriel?

—Económicas.

—Eras buen estudiante, ¿no?

—Sí, nunca estaba en el cuadro de honor, pero aprobaba con buenas notas y a buen ritmo.

—Bueno, no creo que a los del cuadro les haya servido de mucho; si tienen un curro mejor que el tuyo será por otros motivos. Por eso la vida es injusta, Gabriel. La memoria dura muy poco; dicen que es selectiva, pero para olvidar lo que merece la pena. Hoy le haces el bien a alguien y lo olvidará, y si puteas a otro, si le conviene también lo dejará al lado en el futuro, a eso algunos lo llaman perdón. ¿Cuánta gente se acuerda de los que han hecho el bien de verdad? Los misioneros y esa gente, ves, esos sí que tienen huevos, pero si los matan o se mueren, ¿quién los recuerda de verdad? Les hacen una

misa y punto.

—Bueno, la Iglesia sí que reconoce a esa gente.

—Pero ¿tú eres católico?

—No, no creo en el culto a los santos, pero digo que sí que hay un reconocimiento y son gente que, aunque no intercedan ante Dios, son un ejemplo en muchas cosas.

—Siempre recurres a Dios para explicar tu realidad, Gabriel.

—No creo que eso sea malo.

—Claro, va en el mismo ADN de la religión: no dudar, no preguntar, no saber.

—Yo creo que eres tú el que eres muy intolerante por decir todo esto.

—No, te equivocas, porque a mí en el fondo todos estos temas me la sudan, y como me la sudan verdaderamente no me enfado, ni siento alegría, es verdad que en cierta manera dirigen mi conducta, junto con muchas otras cosas, pero en ningún caso son determinantes. Si hablo contigo de ello es por hacer algo, puedes sacar otro tema, o hablamos de tu trabajo. Estudiaste Económicas, y ahora eres comercial, o algo así.

—Sí, soy comercial.

—¿Y ganas pasta?

—Depende del mes, gano más que el sueldo medio, no me puedo quejar, y con lo que gana mi mujer vivimos bien.

—Tenéis una hipoteca, de una casa muy bonita, con porche y parqué, ¿no?

—Con parqué.

—Y tenéis un perrito.

—No, mi mujer es alérgica.

—Vaya, ¿a qué se dedica?

—Es enfermera.

—Enfermera, eso está bien, hace una buena labor.

—Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Ya te lo he dicho, a vivir.

—Y has estado entonces en la cárcel.

—Sí, pero tranquilo, no soy un asesino. ¿Por qué quieres saber cosas sobre mí?, ¿te da morbo?

—No, es por hablar de algo, como tú dices.

—Para un momento, aquí, al lado de la carretera.

—¿Por qué quieres que pare?

—¿No quieres saber cuál es mi delito? Pues para un momento.

La noche iba triunfando en silencio. Un silencio solo violado por la actividad de las alimañas que ya se asomaban a la superficie; a esa arena a veces negra, otras roja, pero siempre presente. El vehículo salió levemente de la carretera, lo suficiente como para no tener que

apartarse ante el paso de otro vehículo. En ese momento, Gabriel encendió las luces largas del coche, puede que de forma infantil, para llamar la hipotética atención de alguien que estuviera cerca, o simplemente para ver el horizonte levemente iluminado mientras su compañero le hablaba.

—¿Quieres saber cuál es mi delito, Gabriel? Pues mi delito es haber nacido. Tengo treinta y siete años y he pasado casi la mitad de mi vida encerrado. Mi padre era un fanático religioso que me pegaba si no me aprendía los evangelios: «Este juicio consiste en que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, por cuanto sus obras eran malas». «Esto es lo que dice el Señor de los ejércitos: "Sabed que yo enviaré contra ellos la espada, el hambre y la peste, y los trataré como a higos malos, que no se pueden comer de lo malos que son"». «Porque mientras vivimos, somos continuamente entregados a la muerte por Jesús para que la vida de Jesús se manifieste asimismo en nuestra carne mortal». Así era, Gabriel, y mi madre, bueno, dejémoslo en que no era mucho mejor. A los diecisiete años me largué del internado. Hice cosas malas; delinquí, es cierto, pero lo hacía para sobrevivir, porque estaba en la puta calle, y para cuando me quise dar cuenta ya estaba cumpliendo condena varios años, y la cárcel, amigo, no te cura, te embrutece como todos los castigos, te transforma en una bestia, te atormenta con los dos peores instrumentos de tortura que existen: la monotonía y la esperanza. Si hiciera proporcionalmente el mal que yo he recibido por el simple hecho de existir, sería sin duda el peor de los criminales. A soportar la tortura, a eso es a lo que me he dedicado todo este tiempo, desde las misas y sermones insoportables, los golpes con el cinturón y los encierros, siempre bendecidos con la palabra de Dios, hasta la soledad de la calle, la incertidumbre de qué vas a comer mañana, la necesidad de evadirte no solo de un lugar, sino de tu propia piel. He hecho de todo, aunque nunca le he hecho un mal irreparable a nadie y no sé si eso me acerca a los santos o me convierte en un pecador más, pero a mí me basta. Me he prostituido con hombres y mujeres; he robado, pero siempre a gente que le sobraba; he vendido drogas, pero a gente que ya estaba enganchada; me he follado a todo lo que se movía, pero nunca con niños, o con alguien a quien le pudiera hacer daño de verdad. He sido violento cuando se ha sido violento conmigo; ya sabes, «quien por la espada mata por la espada muere». Pero al menos yo admito el absurdo de la existencia, mi mala suerte, comparada con otros que se pudren en una silla de ruedas o en una cama, es buena. Al menos en ocasiones he podido rebelarme contra mi destino. Tú lo llamarás vicio, para mí es supervivencia. Como cuando me he follado a esa tía: justicia retributiva, amigo. Yo lo admito, no me invento esos putos cielos, ni escondo mis deseos tras oraciones y mamoneos. Puedo

llegar a entender que haya personas que quieran vivir así, e incluso que sean felices, pero intentar imponer eso a la mayoría de la gente y hacerlo la regla común solo puede recibir el nombre de locura generalizada. Ya sabes cuál es mi delito, Gabriel, venir a este maldito mundo porque el azar lo ha querido, y, si ha sido Dios, entonces tengo razones más que de sobra para odiarle, porque una eternidad no puede justificar esta carnicería continua.

Poco a poco el coche fue introduciéndose de nuevo en la carretera. Ningún vehículo pasó mientras Tomás habló, pero sí que se hizo definitivamente de noche. Una noche oscura y fría como son las noches en los desiertos, en todo tipo de desiertos. El espíritu de la búsqueda de la absoluta oscuridad se manifestaba en el mundo, pero muy pocos lo sentían, menos aún aquellos que vivían en las ciudades de las luces y los humos donde todo gira y todo pasa. Gabriel sintió ese espíritu, probablemente por primera vez, mientras miraba los ojos de aquel hombre; ojos vacíos, profundos, morada de odio, tristeza y olvido. Fue en esta ocasión cuando no tuvo la sensación de estar ante alguien demoniaco, sino ante alguien que no distaba mucho de sí mismo; alguien o algo que se podía ver y sentir allá donde se fuera, pero que solo se manifestaba en lugares como ese, donde esa oscuridad es entronizada. Algo, en definitiva, que era humano, humano después de todo.

Tras más de cien kilómetros llegaron al único motel de la zona. De nuevo uno de esos moteles muy llamativos en las novelas, en los relatos y en las películas de carreteras, pero en la realidad tremendamente cutres, rara vez limpios del todo, difícilmente ocupados por personas que no llevasen el cansancio marcado en sus rostros. Pero era lo único que daba un colchón y una ducha fría para la piel reseca. Gabriel se fijaba en todos ellos; le parecía ridículo que se anunciasen de esa forma, intentando captar la atención de los clientes cuando no había un negocio similar en muchos kilómetros a la redonda. Se daba cuenta en sus viajes de las contradicciones de la vida. Ello no le convertía en un iluminado, tan solo en un observador, un mirón de la vanidad del mundo.

Tras aparcar, los dos salieron del coche.

—Qué ganas tengo de ducharme; pero nada de hacerlo juntos, que tu mujer se enfada, ja, ja, ja.

Gabriel cogió su maletín firmemente sin hacer especial caso a la broma. El otro hombre cogió su bolsa que tenía aspecto de saco de boxeo gastado y roído por los golpes, en este caso por los golpes del tiempo. Entraron en la recepción; había una mujer gruesa, morena, de pelo largo. Llevaba una blusa de color verde, como las que se compran en las grandes superficies y suelen estar todo el año, de una u otra forma, en oferta. Estaba comiendo nachos con guacamole y patatas

con queso. Antes de atender se chupó los dedos para limpiarlos. El lugar, con una mesa, un sofá y dos sillas de mimbre, y una segunda de madera pintada de blanco, desprendía un cierto olor a ambientador industrial que él asociaba con las tiendas de alquiler de videos.

—Buenas, queríamos dos habitaciones para pasar esta noche.

—Hola, chicos, no me quedan individuales, están reformando las de la parte sur. Os puedo dar una doble.

—Sí, claro, si no hay otra cosa.

—Es que están cambiando las tuberías, aquí con los cambios de tiempo se rompen más pronto. Además, esta semana tenemos bastante clientela.

Gabriel no prestó mucha atención a lo que decía la mujer, tan solo realizó los trámites necesarios para inscribirse en el motel.

—¿Habéis oído lo que ha pasado?

—Sí, lo del hombre en el maletero, de hecho venimos de allí. Llevamos todo el día conduciendo —dijo Gabriel.

—Sí, pero me refiero a lo de la chica.

—¿La chica? —preguntó Gabriel, aunque esta vez con un tono de voz que reflejaba sorpresa e inquietud. Aunque tenía a su compañero a la espalda, recordó con inusual exactitud su mirada luciferina.

—En la carretera, sobre el kilómetro 300, ha aparecido una chica muerta, la han estrangulado y violado.

—¿Y qué hacía esa chica por ahí?, solo hay carretera.

Mientras Gabriel y la recepcionista dialogaban, Tomás sonreía de una manera casi imperceptible. Era esa una sonrisa sibilina como las que se aprecian en algunas obras de arte y que, aunque puede tardar en ser percibida, una vez hecho, refleja de manera muy certera el alma del que la porta.

—Pues dicen que trabajaba en el bar del motel donde mataron al otro. No vean, yo tengo un miedo, se imaginan que ese loco, o locos, porque igual es más de uno, vinieran hasta aquí. Menos mal que el motel está lleno de clientes y que está mi marido.

—Seguro que ese loco está muy lejos; además, como ha dicho, aquí está segura.

Al decir estas palabras, Tomás borró su sonrisa; al decirlas parecía un hombre serio, cabal, coherente e incluso educado. Gabriel se le quedó mirando, como si su mirada fuera una manera de exteriorizar la duda.

—A ver, desde luego ya no puede una vivir tranquila; luego quieren que no llevemos armas. No tenemos restaurante, pero mi marido hace desayunos, almuerzos y cenas. Hay un comedor al salir a la izquierda. Miren, en esta hoja están los precios y el horario. También hay máquinas expendedoras. Si han traído comida de fuera se la pueden comer sin problema.

—Gracias; sacaremos algo de las máquinas y mañana desayunaremos bien antes de irnos.

—Muy bien. La 13, al salir a la derecha, segundo bloque de edificios; si quieren la tele me lo dicen, los precios los tienen en la mesa al entrar.

—No, gracias; estamos cansados y nos vamos a dormir, al menos yo —dijo Gabriel.

—Muy bien, que pasen buena noche. De aquí a media hora entra un chico, les atenderá si quieren cualquier cosa.

—Vale, gracias, señora —dijo Tomás, una vez más dando la sensación de que era alguien educado.

Los dos hombres salieron de la recepción, no se miraron a la cara en ningún momento. Ni siquiera cuando entraron en la habitación. El dormitorio tenía las típicas cortinas que Gabriel había visto tantas veces a lo largo de sus viajes. Un armario empotrado, una mesa de nogal con un asiento y una cama en el centro. El baño era como uno de esos servicios portátiles que se utiliza en la vía pública, un poco más grande y con una mampara para la ducha. Tomás dejó su bolsa en la cama y sacó de ella un neceser. El silencio era molesto, pero tal vez necesario entre los dos hombres. Abrió el neceser con cuidado, un cuidado exagerado para una persona como él.

—Vamos, Gabriel, ¿no pensarás que yo he matado a esa nena?

—¡Y qué quieres que piense! Aparece un muerto, te recojo cerca del lugar, te acuestas con una mujer y aparece muerta horas más tarde.

—¿Y cómo sabes que es esa tía? ¿Has visto su cara en los periódicos?

—Una mujer joven que trabajaba por la zona, es una cuestión de estadística.

—No empieces con tus mierdas de estudios; si quieres creer que he sido yo, adelante, ya me has culpabilizado antes de hacer el juicio. Pues sí he sido yo, ¡cuidado!, porque entonces eres mi cómplice y puedes estar bien jodido; no solo por lo que llevas en ese maletín del que no te despegas y que incluso te hace dejar el resto de tu equipaje en el coche.

Esta advertencia, o lo que fuera, hizo que el silencio reinara unos segundos. Gabriel reflexionó sobre lo dicho. Era cierto que una acusación de tal gravedad debía fundarse en algo más que suposiciones, incluso en relaciones entre variables. También era cierto que, a pesar de su histrionismo, no parecía ser un tipo mentiroso. El hecho de que aceptara sin pudor que era poco menos que una bestia desatada era razón para sopesar que, si lo hubiera hecho, no tendría problema en admitirlo. Por otra parte, sería sinónimo de pasar mucho tiempo en prisión y estaba claro que él no quería volver allí bajo ningún concepto. En caso de ser verdaderamente el asesino, su vida

estaría en peligro y todos sus planes también, aunque estos fueran tediosos y totalmente prescindibles.

Tomás sacó una cuchara del neceser junto con una jeringuilla y un trozo de bolsa enrollada. Se sentó y dejó los utensilios en la mesa de nogal y comenzó a calentar la jeringuilla.

—¿Qué es eso?

—Tiene muchos nombres, amigo.

—No creo que eso te ayude.

—Si me vas a dar otro sermón, te lo ahorras. Entiendo que te inquiete que yo haya podido matar a esa chica, pero que a estas alturas te escandalices por esto me parece ridículo. Sí, muchos nombres se le dan. Yo lo llamo el descanso, es verdad que no es eterno, solo momentáneo, pero descanso al fin y al cabo.

Fue dejando la heroína en la cuchara, que ya estaba caliente. Sus ojos brillaban, tal vez por efecto del resplandor; o tal vez por aquello que en su interior se movía. Hormonas, reacciones químicas, procesos psicológicos, recuerdos, tensión muscular que se resumía en la necesidad de aquello que le era inmediato y real. Sus ojos se tornaron más oscuros; Gabriel tan solo miraba sin necesidad de juzgar lo que pasaba a su lado, tan solo miraba el leve destello del fuego sobre el metal.

—Voy a recoger el resto del equipaje.

—Y te vas a llevar tu maletín, ¿no?, el que siempre va contigo.

—No voy a fugarme en el coche y dejarte aquí, de hecho no sería una fuga, porque el coche es mío y no tenemos ningún tipo de contrato.

Tomás apuntó con la cuchara hacia la cabeza de Gabriel; ya faltaba muy poco para que la dosis estuviera preparada.

—Deja tu lenguaje de primero de universidad, de negocios de poca monta; no se trata de que te fugues o no. Se trata de que tú realmente no eres el bueno de esta película, y por eso me acusas. Tan grave es que lo vea; que llevas tres o cuatro revistas de chicos guapos tocándose la polla o de abuelitas cachondas abriéndose el ojete; ¿es eso lo que temes que vea?, ¿qué opinaría tu mujer si te pillase con algo así en casa? ¡Ah, claro!, las tiras antes de volver en la última carretera que te lleva a tu casa. ¿Cuántas pajas te he jodido ya? Gabriel, no has podido hacer la visita de rigor a algún chapero de la zona, toda esta mierda es porque te cuesta ponerte cachondo, porque estás harto de tocar el culo flácido de tu mujer, el mismo culo de todos estos años. ¿Es eso, Gabriel?, ¿o es que verdaderamente llevas en ese maletín la pasta del robo, de ese robo o de cualquier otro chanchullo? Sea lo que sea, creo que es momento de que, por una vez en tu vida, en esa vida construida de ladrillos de mentiras, seas honesto con alguien, por una vez, ¡y quién mejor que yo!, que un

diablo que goza de su propia y lenta autodestrucción. Vamos, Gabriel, ábrelo. Me da igual que lleves pornografía barata o dinero, si lo quisiera, ya te lo habría robado, y al hacerlo te sentirás mucho mejor; un simple gesto que te recuerde que no eres un error más en ese mundo de variables tras el que escudas tu mediocridad.

Gabriel no quiso o no pudo contestar, tan solo abrió la puerta para ir a recoger su equipaje, acompañado de su maletín. Al abrir la puerta, sintió un aire helado que le recorrió el cuerpo entero tras golpearle en el rostro, como si el lugar del que estaba saliendo fuera el infierno.

—¿Cómo te llamas?

—Tomás, como el apóstol que solo creyó en Jesús cuando lo vio.

Tras decir esto, introdujo la jeringuilla en su vena; al mismo tiempo, Gabriel cerró la puerta. Volvió unos minutos más tarde, no tenía hambre, tan solo sed, por lo que había comprado botellas de agua en las máquinas expendedoras. Supuso que Tomás, tras su ritual, tampoco tendría excesivo apetito. Estaba sentado en el baño, en una silla de plástico que había dentro, apoyando su espalda en la pared, donde las gotas de sudor tocaban los azulejos. Él se sentó en la cama, a pesar de los momentos últimos en los que se sobreexcitó notablemente, estaba cansado por la conducción. Solo quería dormir con la muy vana esperanza de que el sueño le arrebatara la tristeza de la realidad. Ni siquiera se cambió de ropa; decidió que por la mañana se ducharía. Por un momento echó de menos a su mujer, su casa, el olor de sus sábanas, la monotonía de su hogar y la luz entrando por la ventana de su dormitorio cada mañana. Ese bucle ordinario que al menos le protegía de las tinieblas. El peso en sus brazos y en sus piernas fue abriendo paso al sueño, tan solo se quitó los zapatos antes tumbarse en la cama y dormir.

Unas horas más tarde volvió levemente a la consciencia, aún era de noche, se escuchaba un ruido inconexo, una especie de amalgama de gritos. Supuso que fruto de los insectos y alimañas que a buen seguro pululaban afuera, gracias a la oscuridad. Entonces sintió su cuerpo a su lado, no podía verlo, ni tocarlo, pero estaba allí. Era lógico que se hubiese acabado acostando en la cama; al dormirse no recordó que había una sola. Sentía su cuerpo, a su lado, solo tenía que girarse para verlo, abrir un poco los ojos, pero prefirió seguir durmiendo, esperar no despertarse del todo y volver de manera lenta pero segura al sueño. No importaba si quien estaba a su lado era un asesino o un loco, evadirse del mundo era más necesario. De esa manera pudo volver a soñar. Soñó con su colegio, en el que cursó educación primaria. Volvía a ser un estudiante caminando por las aulas. Volvía a sentir el olor característico del lugar, mezcla de madera y de productos de limpieza; y ese otro olor, el de los libros nuevos antes de ser forrados. Ese olor que sentía antes de comenzar a estudiar y que era para él un reto y

una alegría. Un olor que le impelía a estudiar para ser un buen chico; lo volvía a sentir, así como esa sensación que se tiene en la infancia, la de que todo es posible y de que hay un abanico de posibilidades maravilloso del que formamos parte. Posteriormente tuvo la convicción de que tenía que hacer un examen, un examen importante que marcaría su devenir académico. Pero no tardó mucho en darse cuenta de que no había nadie. Empezó a caminar por los pasillos, a entrar en las aulas, incluso en las salas destinadas a los profesores, y no encontró a nadie. ¿Cómo podía entonces hacer ese examen? Veía en las paredes de las aulas los típicos trabajos hechos por los niños con recortes de revistas y frases escritas a mano; veía en las estanterías de las clases libros amontonados y al salir al patio un suelo de color verde con rayas rojas que delimitaban los campos, porterías con redes y altas canastas, pero no había nadie y, además, él no era un niño pequeño, sino el actual Gabriel. Estaba desnudo, desnudo por un colegio sin gente, aunque con la necesidad de hacer un examen que marcaría su destino. Podía salir a la calle, pero la gente lo vería desnudo y se reiría de él. Todo el mundo pensaría que era un imbécil. El tiempo del examen pasaba; suspendería, ¿a dónde marchar? Se fue a los vestuarios con la esperanza de encontrar ropa, una bolsa, algo, pero no había nada, solo unas duchas impolutas y un extraño olor a asepsia. Debajo de una de ellas se sentó adoptando una postura fetal. Fue esto lo último que soñó hasta que se despertó. Al hacerlo, notó el aliento de Tomás en su nuca y se sintió desnudo pese a no estarlo, débil, sabiendo que lo era habitualmente, no solo en este momento. Estaba atrapado entre esos dos mundos; el de la realidad y el del sueño, e, hiciera lo que hiciera, eligiera el camino que eligiese, en ambos se encontraba indefenso. Tuvo incluso la sensación de que Tomás tocó su cuerpo con sus manos hasta que volvió a caer en ese agujero profundo que el sueño cava con los anhelos de los otros.

Ya siendo de día se despertó, más tarde de lo que era habitual en él. Tomás seguía durmiendo como si fuese una persona rica y despreocupada que no debe de atenerse a las circunstancias actuales del mundo. Echó un vistazo a la habitación. Esa mesa barata, esa silla aún más barata del baño; siempre algo barato que le recordaba que el mundo era algo que simplemente tenía un precio. Al dormir con la ropa se sentía sucio, puede que más que sucio, usado, por lo que sacó una muda nueva del equipaje y se dispuso a ducharse. Mientras, Tomás dormía tumbado hacia arriba con la boca abierta. Daba una cierta sensación cadavérica, como si el alma se le hubiese salido por la boca, si bien las exhalaciones decían lo contrario. Puede que fuese una buena oportunidad para marcharse, dejarlo ahí, huir rápido con el coche. Pero sabía que si lo hacía, aunque lograra dejarlo atrás, en cierta manera él siempre le perseguiría, porque no era otra cosa que

una materialización de sus miedos, que a la vez eran también sus deseos. Decidió desnudarse y entrar en el baño; el agua fría le vendría bien. Le gustaba pensar, de manera casi disparatada, que ese agua que corría por las cañerías viejas era un agua bautismal que en sus viajes repetitivos y cansinos, aunque él no fuera plenamente consciente, le daría una nueva y auténtica vida. Tras mojarse cogió ese típico jabón industrial y comenzó a restregarlo por su cuerpo. Entonces entró Tomás, fue cuando se dio cuenta de que la bañera no tenía cortina; Tomás también estaba desnudo, comenzó a orinar.

—No has parado de moverte en toda la noche, igual has tenido algún sueño cachondo, ¿eh? Déjame un poco de jabón.

—Tengo más, te puedo dejar el que quieras

—¿Dónde?, ¿en el maletín?, ja, ja. Tranquilo, me gusta el olor de esos jabones, ese olor a casi nada que se te queda pegado a la piel.

Gabriel se fijó en su cuerpo, no le costó mucho ver marcas y cicatrices, era un cuerpo maltratado y gastado, pero que aún reflejaba una buena forma física conseguida antaño, hace mucho. Tatuajes poco elaborados, con formas grotescas, surcaban parte de su torso y de sus brazos; números y nombres cuyo verdadero significado solo él conocía, terminaban de conformar ese lienzo que se asemejaba en ocasiones a una mancha en su piel.

—Sí, lo sé, son horribles. La mayoría me los he hecho cuando estaba totalmente borracho o drogado, o las dos cosas, claro. Tú no te haces tatuajes, ¿verdad?, porque la Biblia lo prohíbe.

—La verdad, nunca me han atraído.

—Claro, nunca te han atraído porque te han educado para ello.

—Bueno, tú me estás diciendo que te has hecho la mayoría sin darte cuenta, al final los dos hacemos o no hacemos, y no sabemos ni por qué.

—Sí, Gabriel, muy bien, eso es, pensamiento crítico, cuando quieres lo haces muy bien. Igual que sé que, si crees que el aborto es pecado, que los médicos son asesinos, las mujeres putas, que dar por el culo es pecado y todas esas cosas, es debido a que es lo único que has escuchado desde pequeño, y ahora no puedes renegar, porque sería lo mismo que admitir que tu vida ha sido un engaño. Pero no tiene nada de malo, verdaderamente lo es, la de todos, incluso las de los que creen que son felices, incluso las de aquellos que intentan dar sentido a su existencia con sus normas, que no son otra cosa que un reflejo de sus luchas intestinas, todo es una mentira; hasta ese maldito desierto, es cierto que te quema, que te mataría, que te acabaría engullendo de forma silenciosa como una boa, pero si sales ahí fuera, ¿quién te puede asegurar que es real, de verdad? Quizás solo es una ilusión y las ilusiones pueden matar, por ello no es extraño que él lo pueda hacer. Es normal que la ilusión nos acabe destruyendo igual que nosotros

echamos los residuos como yo hago ahora. —Tomás orinaba mientras decía todas estas cosas—. Incluso aquello que tengas dentro de tu maletín es solo otra ilusión, aunque te haga hacer cosas malas, aunque luego te haga feliz, es una maldita ilusión como este cuerpo que tienes a tu lado. Por eso no te preocupes, verdaderamente, ni yo ni nadie puede hacerte daño, hace tiempo que lo aprendí y por ello sigo vivo.

Tras decir esto tiró de la cadena y salió del baño. Gabriel terminó de enjuagarse, con la sensación de que era lo más lúcido que había escuchado en toda su vida, mucho más lúcido que todos esos sermones de la iglesia, diferentes pero igual de vacíos, los mismos que prometían un mundo futuro lleno de magia y una vida terrena presente repleta de felicidad, pero que en el fondo estaban exentos de cualquier forma de heroísmo, inteligencia e incluso elegancia. Siempre las mismas ideas con las mismas palabras, desde que era pequeño. Tuvo reminiscencias del sueño de la noche pasada, le inquietó bastante esa idea de que podía ser de nuevo un niño y que de esa manera su vida se repetiría como se repiten las ruedas de un molino que se mueven gracias a las aguas sucias.

—¿Quieres desayunar o nos piramos ya? —preguntó Tomás.

—Yo comería algo, no hay excesiva prisa.

—No me fío del marido de la vieja, seguro que no se lava las manos antes de cocinar y que nos da mierda, y, Gabriel, yo quiero empezar a cuidarme, ja, ja, ja.

Lo cierto es que, aunque no se rio, el comentario y el tono de voz utilizados le hicieron gracia, puede que fuera un buscavidas, un criminal, pero tenía esa extraña cualidad que tienen los caraduras, la de hacerte reír aunque sabes perfectamente que te están tomando el pelo; ojalá él tuviera algo de ese desparpajo, la sola idea le ruborizaba, se imaginaba manteniendo relaciones sexuales con su mujer como las que el otro debió de tener con la camarera. Diciendo cosas parecidas a sus suegros como las que Tomás le decía. Este pensamiento también le hizo gracia de nuevo y una vez más no sonrió. Tras recoger la habitación y vestirse salieron. En la recepción estaba de nuevo la mujer con la misma blusa verde; estaba comiendo patatas fritas con queso fundido.

—Ya se van, señores.

—Sí, nos vamos, pero, como le dije, comeremos algo.

—Muy bien, espero que hayan pasado una buena noche. Mi marido está en el comedor, les hará lo que quieran, ¡y que tengan buen viaje!

Mientras hablaba, se metía las patatas en la boca, y sus labios pintados con carmín partían los tubérculos sin apenas resistencia. Quizás fuera el final más apropiado para su estancia.

—Adiós, señora, que vaya bien.

—Hasta luego, encanto; si me vuelvo a perder en el desierto,

guárdame una habitación.

La mujer sonrió tras el último comentario jocoso, que lógicamente había hecho Tomás. Al hacerlo dejó ver restos de comida entre sus dientes. Como era fácil de intuir, el comedor era un antro con dos mesas largas, de esas típicas de los merenderos, y de nuevo sillas baratas de las que se compran en las grandes superficies. Al lado, una mesa con platos y cubiertos de plástico y tazas con esas ridículas inscripciones como: «Buenos días», o, «El sol sale siempre». Detrás de un mostrador estaba el que debía de ser el marido de la recepcionista. Era alto y gordo, llevaba uno de esos ridículos bigotes poblados que se dejan los hombres para parecer más viriles, que no casaba muy bien con una calvicie incipiente que despejaba la mayoría de su cresta y que le hacía mayor. Vestía un delantal acorde con el panorama, donde un pollo grande y delgado sonreía con el fin de hacer publicidad a una empresa cárnica.

—Yo quiero huevos con beicon, café y zumo de naranja.

—Yo, una tostada de jamón.

—Come más, Gabriel.

—No tengo hambre. ¿Luego quieres conducir tú?

—Vale, chicos, ahora os lo llevo; la bebida te la puedes servir tú.

—Tomaré un té —dijo Gabriel.

—Yo café —dijo Tomás.

—El café y el té os lo hago y os lo llevo.

A Tomás le llamó la atención el cambio de opinión de su compañero. ¿Por qué ahora sí que le iba a dejar conducir? Por experiencia sabía que esos cambios de humor no son buenos, que suelen esconder algo y que son una especie de calma antes de la tormenta; por otra parte, quizás no era tan grave, el viaje era largo, las personas tienen derecho a cambiar. Un derecho que a él nunca se le había concedido.

Los dos hombres se sentaron en el comedor esperando que el cocinero del pollo les trajera la comida y las bebidas estimulantes. Si ese mundo remarcadamente cutre era un lugar deseable y lo que lo hacía deseable era aquello que se encontraba fuera, el razonamiento resultaba tremendamente inquietante.

—Tenemos que hablar.

—Dime, Gabriel.

—Si has matado a esa chica, dímelo.

—Gabriel, creía que habías olvidado eso.

—No, no lo he olvidado, ni lo quiero olvidar; escucha, también es de mi incumbencia; yo iba contigo, te llevé al lugar; la gente pensará que soy tu cómplice, que soy culpable.

—Eso es lo que te da miedo, ¿verdad? Lo que la gente piense, lo que tu mujer piense, tus suegros, la gente que va a tu iglesia, tu vecino

de clase media que se compra una tele grande cuando le sobra algo de dinero. Eso es lo que te importa, Gabriel, lo que le haya pasado a esa chica es lo de menos; el buen samaritano, lo de siempre, pero no hay buenos samaritanos, todos hacemos las cosas por algo.

—¡Pues claro que me importa qué le haya pasado a esa chica! ¡Chica que ya está muerta!

—¡Te crees que soy un monstruo! ¿Qué me follo a una tía y luego la estrangulo? Creo que ya te he hablado un poco de mi vida, y yo no soy ese tipo de gente; te estoy diciendo que yo no he matado a esa chica ni tampoco he golpeado a ese hombre hasta la muerte con un objeto contundente, si no te lo crees, yo no puedo hacer nada. Por eso no te preocupes, nadie va a ir a tu casa hipotecada pagada por estos viajes a preguntarte si has estado con Tomás. Y si alguien me preguntara por ti diría la verdad. Que eres un buen chico cristiano que trabaja de lunes a sábado y se acuesta con su mujer cada diez o quince días, pero con las luces apagadas para no ofender a Dios.

—Pero ¿has matado a alguien?

El cocinero llegó con las bebidas; desprendían un agradable vapor que recordaba el calor del desierto, pero que a la par era inofensivo, pues duraría poco y apenas podría dañarlos, más allá de enrojecer momentáneamente sus labios, que ahora actuaban como lanzas que se batían en duelo. El tipo tenía una pinta de borracho considerable; era el típico hombre desencantado y resignado con su destino a la vez. Beber de vez en cuando sería el antídoto ideal aunque momentáneo, para esa vida que le había tocado vivir y procesar; rodeado de su mujer y del desierto de forma constante. A él nunca le había dado por beber, estaba claro que su mujer y su familia no lo hubiesen admitido, pero en ocasiones como estas lo podía haber hecho; igual que estar con prostitutas o con quien fuera. La voz de Tomás lo sacó de sus ensoñaciones.

—Tengo un hambre que te mueres, colega. Venga, Gabriel, deja de comerte la pinza ya de buena mañana, ¿sabes cuál es tu problema? Que te comes demasiado la cabeza; preocúpate por lo de ahora y luego ya veremos. En la Biblia me suena que dicen algo así pero, la verdad, no me acuerdo.

—¿Y cómo diablos tu padre pasó de ser hijo de un brujo a predicador?

—Mi padre era un cara; se hizo predicador para tomarle el pelo a la gente y aprovecharse de ella, si hubiese tenido que ser otra cosa, hubiera sido otra cosa. No trabajó en su puta vida, siempre vivió de los demás. Pero me la pela; no le culpo de lo que soy porque yo lo que he hecho lo he hecho porque he querido, pero está claro que con un padre así no hubiese podido salir muy bien. Al menos si hubiera sido un caradura que se hubiera preocupado por su familia, pero ni eso, y

mi madre era una estúpida que se creía sus mentiras.

—Pero eran tus padres…

—¡Gilipolleces! ¡Qué pasa!, ¿que porque dos echen un polvo en un momento dado hay que estar eternamente agradecidos? Solo porque se buscaron para un momento de placer. Está claro que es una exageración, pero muchas veces es así, amigo. La gente tiene hijos la mayoría de las veces para no admitir que han fracasado en los restantes aspectos de su vida o para echarles encima toda su mierda, que siga así el fanatismo. Si los humanos fueran inteligentes dejarían de engendrar, pero bueno, a mí me da igual, en unos años estaré muerto, y espero no llegar a viejo.

—Está claro que es una gran responsabilidad, yo espero tener hijos con mi mujer.

—Ya, porque tú crees esa mierda de que los hijos son una bendición, y el «creced y multiplicaos» y tal. Y si te va ese rollo, pues me alegro por ti, cada uno va por donde le interesa, lo que yo te digo es para mí, yo no doy consejos a nadie.

El cocinero gordo hizo una señal, y Tomás se levantó raudo y veloz como si hubiese visto a un precioso ángel de bella luz. La comida no era antológica, pero saciaba, y teniendo en cuenta el lugar y lo que le rodeaba, incluso se podía decir que era apetecible. Tomás mojaba el pan en los huevos con avidez; el jamón de Gabriel estaba crujiente, por un momento, con la sencilla comida, los dos hombres tuvieron la sensación, especialmente Tomás, de que estaban en un oasis, un oasis sencillo, alejado de cualquier tipo de lujo o sofisticación, pero más que suficiente para los dos hombres. Más tarde, Gabriel se quedó mirando el café de su compañero, como si ese líquido oscuro y aguado estuviera lleno de agujeros negros que guardaban galaxias en las que vivían héroes que realizaban hazañas inimaginables para un mortal como él. Quizás el universo, pese a las grandes teorías y las largas ecuaciones, podía ser explicado de esa manera; quizás todo lo que pensamos y deseamos existe en algún lugar, y si lo pensamos y deseamos es porque antes que nosotros ya existía; siempre, fuera y antes del tiempo.

Como todo lo bueno, esa sensación duró poco. Tras el total de la cuenta, la dueña les acompañó hasta la puerta. La mujer tuvo la sensación de que eran un par de tipos extraños. Una de esas parejas que crean las circunstancias, el destino y esa extraña consecuencia: la de que los gases en un momento concreto se calentaran y precedieran a la materia. Aunque la mujer era de perfil cultural bajo, tenía esa intuición que da la experiencia. En este caso, la suya era la de ver una y otra vez gente yendo y viniendo. Suponía que eran un chapero y su cliente, un camello y su cliente; un par de degenerados que se juntaban para dar rienda suelta a sus perversiones. No había acertado

del todo, pero tampoco iba especialmente desencaminada.

—Que tengan buen viaje y cuidado con el sol.

—Gracias, encanto, quizás volvamos algún día.

Al decir esto, Tomás se rio con su habitual risa sardónica, con esa extraña risa que tienen en ocasiones los condenados que bailan y comen, sabedores de que su final está cerca. Sabía que comentar algo así, que un día podían volver, le molestaría a Gabriel.

—¿No me ibas a dejar conducir?

—Luego lo coges un poco.

En unos segundos, el desierto los volvió a invadir, a vencer. Otra vez esa carretera que parecía no tener fin, que había sido recorrida tantas veces y que, pese a ello, continuaba impasible, casi nueva y a la par olvidada por la mayoría de la gente, excepto por aquellos que debían pasar por ella.

—¿Sabes?, voy a tener suerte en la ciudad, lo presiento. Lo primero que voy a hacer al llegar es irme a un sitio de marcha y follarme a una tía que esté muy buena; ya te he dicho que llevo pasta, lo voy a pasar bien, y luego me lo voy a montar mejor; tranquilo, no voy a pasar droga, no es plan pisarle el terreno a nadie. Voy a dar dos o tres palos buenos, y con eso me voy a retirar una temporada. Y tú, ¿qué vas a hacer con la pasta que llevas en el maletín?

—Yo no llevo dinero en el maletín, ¿cómo te lo tengo que decir?

—¡Pues claro que llevas! Lo tengo claro desde hace tiempo, si llevases otra cosa, ya me lo hubieses enseñado; eres ese tipo de persona que necesita quitarse las sospechas de encima desde el primer momento, y si no lo has hecho es por algo.

—¡Déjate de tus tonterías de psicólogo barato! No se trata de nada de eso, se trata de que llegas aquí, invades mi intimidad, me insultas, me dices que soy un calzonazos y todas esas cosas que me has dicho. ¡Pues no me sale de los cojones enseñarte lo que hay en el maletín!

—¡Vaya!, has dicho un taco por primera vez desde que te conozco. —Tomás hizo el gesto infantil de llevarse la mano a la boca—. No está bien decir tacos, los niños que dicen tacos van al infierno. —En esta ocasión empezó a mover el dedo índice, teniendo los restantes recogidos, dando a entender que era algo así como un cura o un maestro que le daba clase a los niños. Posiblemente intentó imitar a algún profesor de su infancia, o incluso a su padre—. Me la pela, no necesito lo que lleves en el maletín, por mí como si llevas una bomba.

Las pupilas de Gabriel se dilataron levemente y sus músculos se agarrotaron bastante, un síntoma extraño, habida cuenta de que apenas llevaba conduciendo unos minutos y que se encontraba bastante descansado.

—Me acabas de decir que vas a robar y el malo soy yo… ¿Y qué «palo» vas a dar?

—¿Me vas a dar una charla? ¿Las plagas de Egipto? ¿Para qué quieres saberlo? Mejor que no lo sepas, si lo sabes puedes ser cómplice; o peor, tendrás que ir a tu confesor y contarle que has conocido a un tipo tan repugnante como yo, eso tendría gracia. Diez avemarías y ya está, y como si no me hubieras conocido, ¿ves? La vida es mucho más fácil de lo que parece. La verdad es que en ese sentido os envidio, vosotros os confesáis y yo me tengo que meter un pico.

A pesar de que el aire acondicionado estaba casi al máximo, existía una cierta sensación de calor. Al mirar por las ventanillas laterales, al mirar al horizonte, al mirar por los espejos retrovisores; el calor estaba allí, presente como una sombra que acompañaba a los pasajeros. Entre los dos hombres también existía una relación marcada por una temperatura alta y constante que el frío artificial no podía encubrir. Desconfianza, miedo, resentimiento, nerviosismo, pero ¿por qué? Apenas se conocían, ¿o era que acaso cada uno representaba lo que más odiaba el otro de la gente? Aquello de lo que habían intentado huir a través de sus vidas; con sus emociones, con sus actos, con sus fallos y esperanzas, con sus minutos, noches y segundos. Era fácil pensar que uno era ángel y el otro demonio; por desgracia, la vida no suele seguir estas divisiones tan sencillas y primarias que solo los niños o los que tienen la necesidad de creerlo aceptan sin reparo. Dentro de unas pocas horas llegarían a la ciudad. Gabriel tenía una actitud ambivalente ante esa situación, esperaba que por fin su compañero se marchara y no verlo nunca más, pero temía que quisiera seguir con él y que de nuevo inventase alguna excusa o historia; él no era ni de lejos la persona más adecuada para hacer frente a estos buscavidas. En una ciudad sería diferente, habría policía, cabinas telefónicas, gente por todos lado, cientos de sitios a donde ir, no estaría como ahora, completamente solo en un desierto ignorado, sin eremitas ni palmeras.

Gabriel empezaba a percibir una sensación muy molesta, pero que, por otra parte, resultaba real y, si no aterradora, al menos inquietante. Esa sensación se resumía en que conocía a Tomás desde hacía tiempo. Era algo ridículo, nunca lo había visto antes, sin duda recordaría a un tipo como él. No lo hubiese podido olvidar por muchos mecanismos de defensa que su mente hubiese empleado. ¿Por qué entonces? ¿Era Tomás una representación material de sus anhelos e inquietudes? Esa que por su carácter nunca se había atrevido a asumir, puede que no tanto por ser un cobarde, sino porque verdaderamente nunca había tenido una oportunidad real de ni siquiera intentarlo, ¿de verdad nunca la había tenido? El desierto se manifestaba en ocasiones con alguna ráfaga de viento más fuerte, por lo demás, todo era quietud y un paisaje tan similar como insulso.

—Si quieres repostamos en la próxima gasolinera y coges tú el

coche, creo que está a diez minutos.

—Lo que ordenes, *sheriff*.

—A la quinta le cuesta un poco entrar, hay que apretar un poco más.

—Dile a tu jefe que te compre un carro en condiciones.

—Creo que ni tú con tu verborrea lo convencerías.

—Pues mándalo a tomar por culo.

—Claro, para ti es fácil, no tienes ni oficio ni beneficio, vas por ahí alimentándote de la carroña del mundo.

—¿«La carroña del mundo»? ¿Lo has leído en una novela barata, o es de un sermón de tu iglesia?

—Para ti todo es muy fácil porque no tienes nada que perder.

—¿Y qué tienes que perder tú? Tu trabajo para el que has estudiado toda tu vida y que podría hacer alguien sin calificación, tu casa en el barrio con su sofá de cinco plazas que has pagado a plazos y tu cortador de césped de oferta.

—Te recuerdo que estoy casado y que algún día vamos a tener hijos, y se dice «cualificación».

—¡Ah, bien! Se me había olvidado: «Creced y multiplicaos». Si eres tan imbécil como para creer que tener hijos te va a hacer mejor persona y solucionar tus problemas, pues bien.

—No estoy diciendo eso, solo estoy diciendo que aunque mi vida no sea la de un aventurero, aún creo que tengo cosas que hacer.

—Yo lo único que digo es que no es conveniente que te dejes la mierda dentro, porque si no, al final sale cuando menos te lo esperas, lo ensucia todo y quedas delante de la gente como un mendigo desarrapado, aunque eso sea lo de menos. Te lo digo por experiencia, a mi viejo le pasaba eso y a otros muchos que he conocido también. Además, ¿por qué cojones le das importancia a lo que digo? Solo hablo por hablar de algo y, la verdad, no me apetece hacerlo del misterio de la eucaristía, ni del sacramento de la confesión, ¿qué más da? Si no nos vamos a ver más; haz lo que te salga de la polla.

—Mira, lo dejamos, ¿de acuerdo?

—Lo dejamos.

—¿Conduces tú un poco?

—Venga.

El coche se apartó de la vía hacia el arcén, aunque era improbable que algún otro vehículo pasara en ese momento por la carretera. Los dos salieron y se intercambiaron las posiciones. Gabriel se sintió aliviado por poder descansar la atención un poco, no tanto por el hecho de dejar de conducir; dio por hecho que al tener que llevar el vehículo, Tomás no hablaría tanto, no estaría tan lúcido, porque lo cierto era que, ante sus elaborados ataques, apenas algo había podido decir. Mientras conducía Tomás, Gabriel se quedó medio dormido,

cerró los ojos con la intención de restarle realidad a la carretera, que era también como hacerlo al propio viaje. La carretera era la culpable de todo lo que le pasaba, era un síntoma más de su existencia, una consecuencia, una razón irrefutable para su vida gris. Era esa vida, que se resumía en poco más que trabajar, vivir con su mujer, ir a ver a la familia de esta e ir a misa con ellos. La carretera era solo una línea más en el dibujo de su vida. Era posible que, al censurarla, aunque fuera durante unos minutos, al menos el recuerdo incesante de su vacía existencia no le atormentara. Era la única defensa posible ante un adversario poderoso e inteligente que sabía instruir a sus ejércitos, manteniéndolos en disciplina. Algunas imágenes inconexas y poco definidas aparecieron en su mente sin que llegase a estar totalmente dormido. Eran sombras, figuras semejantes a máscaras, con bocas enormes y grandes ojos. No le daban miedo, sabía que solo eran representaciones de su mente para no admitir de forma directa aquello verdaderamente real y tenebroso: que esa preocupación por lo oscuro y tétrico le mantuviese alejado de lo que era verdaderamente horroroso: su vida, que deambulaba por esa carretera siempre solitaria, que era siempre la misma pese a los cambios del paisaje, que tan solo mutaba cuando se hacía un poco más oscura. Cuando se quiso dar cuenta habían llegado a la estación de servicio. No sabía muy bien cuánto tiempo había estado dormido, supuso que no mucho. Al final, esas formas mentales inquietantes, pero sin realidad, le habían inducido al sueño. Estaba dentro del coche, cerca del surtidor, solo. La idea de que Tomás se había ido, y le había dejado, incluso aunque le hubiese robado, le pareció demasiado bonita para ser cierta. Entonces se acordó de su maletín, con un movimiento compulsivo lo buscó, estaba donde lo había dejado y no parecía haber sido abierto. ¿Dónde estaría él? Se despejó, salió del coche para estirarse un poco. Al hacerlo, volvió a ser invadido por esa presencia del desierto, esa sensación de estar siempre rodeado por la nada, por alguien que nunca te ofrecerá algo.

En la puerta de la estación había un hombre sentado en una silla. Con el pelo largo, barba y una camiseta sin mangas; pudo intuir algunos tatuajes mal hechos en sus brazos; un aspecto recurrente entre las personas que vivían por la zona. Se acercó a él con la esperanza de que al menos tuvieran dentro una máquina expendedora de agua. Antes se fijó en si las llaves estaban puestas; no estaban. Supo que Tomás estaba allí, esperando para reanudar su viaje; estaba seguro de ello, cosa extraña, rara vez estaba seguro de las cosas, pero en esta ocasión no dudó. Poco a poco se fue acercando al hombre mientras veía esas no tan lejanas montañas, que, o se reían de los pasajeros, o, ¿quién sabe?, quizás sentían piedad por ellos.

—Su amigo está ahí detrás.

—Gracias, ¿tiene bebidas?

—Sí, sírvase usted mismo; cuando lo tenga todo, avíseme.

Entró, la tienda estaba bastante mejor de lo que esperaba. Había pasado muchas veces, pero nunca había parado. Supuso que sus rutinas y la falta de novedades eran otras de las razones por la que su vida no pasaba de ser un algo que oscilaba entre la tragedia y la comedia. Había alimentos y un par de frigoríficos grandes solo con bebidas, también material para el aseo, accesorios para coche, ambientadores, incluso algunos artículos esenciales de bricolaje… A pesar del aspecto desaliñado del hombre, el lugar olía bien y guardaba un cierto orden. Cogió un par de botellas de agua fría y un helado.

—Ya está.

El hombre entró y le sonrió. Tenía los dientes llenos de sarro, fácilmente visibles a causa de una boca bastante grande. Mientras se dirigía al mostrador para cobrarle, Gabriel se fijó en unos insectos que había colgados en la pared. Dos escorpiones, una araña y otros que no pudo identificar. Parecían tremendamente reales por sus patas oscuras o sus aguijones, que no dejaban de inspirar respeto, aun careciendo de vida. Le hubiera gustado sobrepasar el mostrador, fijarse en sus ojos y preguntarles qué se siente al poder atacar a tu adversario siendo bendecido por la naturaleza. Se fijó en las manos del hombre al devolverle el cambio, estaban limpias, no guardaban relación con sus dientes. Llevaba esos anillos toscos y baratos donde se representa a algún animal totémico.

—¿Es la primera vez que viene por aquí?

Supuso que decirle que había pasado varias veces, pero que nunca paró, se lo podía tomar como un desprecio, aunque el hombre parecía tranquilo y afable pese a su aspecto primitivo, por ello respondió con un simple sí, moviendo su cabeza y sonriendo, no de forma sincera, pero tampoco intentando engañar.

—Su compañero se ha hecho amigo de una pareja, llevan media hora hablando, mientras usted descansaba.

—¿De una pareja?

—Sí, dos de esos que van por ahí con la furgoneta dando vueltas. Vienen al desierto a colocarse, creen que van a ver los espíritus de los indios y cosas de esas.

Al decir todo eso, el hombre sonrió, por lo que la boca se abrió mucho y pudo ver sus dientes amarillos y manchados, y también pudo ver marcadas arrugas en su frente, en el contorno de sus ojos y debajo de sus labios. Se dio cuenta de que la negrura de algunos de sus dientes era similar a la de las patas de la araña expuesta en la pared.

—Pues voy a verlo, muchas gracias.

Tras salir de la tienda, se quedó un momento pensando; indudablemente, que Tomás estuviese hablando con alguien no era

buena señal y mucho menos con una pareja, que debían ser un hombre y una mujer. En todo lo que hacía Tomás había un propósito, una razón por nimia que fuese, a pesar de su aparente vida anárquica, todo en su conducta tenía un fin: el de sobrevivir sin tener que plegarse a las exigencias de los demás. El dependiente o dueño de la estación salió unos segundos después y se volvió a sentar en la silla, adoptando una posición parecida a la que tenía antes, como si ese fuera su peculiar ritual para pasar las horas en el desierto. Pudo ver a Tomás, que tras terminar de hablar con la pareja iba volviendo al vehículo, con su forma de andar altanera y esos ojos que tenían la extraña cualidad de brillar, de verse desde incluso cierta distancia. Sabía que acababa de tramar algo; lo sabía como si fuera partícipe de un saber universal que el desierto le entregaba. Al fin, esa era la recompensa por tantas horas y días siendo un cuerpo dentro de un armatoste de hierros que deambula por el asfalto escoltado por la arena. Sí, definitivamente lo sabía, otra de sus nuevas maquinaciones de la que acabaría siendo cómplice. Vio cómo se acercó a él, como si fuera el príncipe de ese mundo del que tanto había oído hablar en esas tediosas misas que le recordaban de manera continua su finitud.

—No hace falta que me digas nada.

—Tranquilo, hemos quedado unos kilómetros más adelante, cerca de un comedero, para seguir hablando, pero no te preocupes, no vamos a llegar tarde, de hecho igual hasta me voy luego con ellos.

Una sensación análoga a la de llegar al final de un puente que se ha estado tambaleando y de tocar al fin tierra firme fue lo que sintió al oír semejantes palabras salir de la boca de Tomás. Pero no podía hacerse ilusiones, como príncipe de este mundo, también era padre de la mentira, un ser embaucador por naturaleza; por otra parte, él era un tipo aburrido y gris; era lógico que prefiriese la compañía de una pareja joven, cuyos integrantes no tendrían muchas luces posiblemente, y además serían maleables; o de su misma calaña, lo cual era peor.

—Veinte y veintiún añitos; bueno, la verdad es que yo, pese a los avatares y castigos, creo que me conservo bien.

—Mira, a mí me da igual, pero supongo que esos son dos chicos jóvenes que están de viaje, que quieren pasarlo bien, y…

—Tranquilo, Gabriel. ¿He matado a alguien desde que estoy contigo? ¡Ah!, lo olvidaba, a la camarera. Pero aparte de eso no he vuelto a matar a nadie, ¿no?

—Déjalo.

—Venga, como mucho me follaré a la novia. O, quién sabe, quizás con un poco de suerte a los dos, aunque yo creo que al tío le gusta mirar. Me podías echar una mano, si quieres.

—¿Ya los has psicoanalizado? Sabes que la chica quiere copular

contigo y el chico es gay.

—Gay, copular; pareces una vieja rezando el rosario. Ya te he dicho que yo no soy gay, pero si surgen oportunidades como estas, pues mira. Lógicamente, yo soy el que doy. ¿Tú qué serías si se diera el caso? Ya sé que no eres gay y todo eso, pero ¿qué serías?

—No lo sé, nunca me lo he planteado.

—¿Y por qué no te lo has planteado?

—No lo sé, Tomás, porque estoy casado con mi esposa y si no me planteo acostarme con otras mujeres, tampoco me planteo acostarme con hombres.

—¿Y por qué?

—Porque es ridículo.

—¿Ridículo? Crees que hay un tío con barba en el cielo y te parece ridículo no aceptar que es normal que te gusten otras personas, además de tu mujer.

—Eso es una imagen, no empieces con esos ejemplos.

—Y los que os dicen cómo tenéis que vivir vuestra sexualidad son hombres que nunca se han casado y que supuestamente nunca han tenido relaciones sexuales, ¿eso es también una imagen?

—Déjalo, haz lo que quieras, pero no vamos a poder estar mucho con esos chicos.

—Ya te he dicho que no. ¿Te he engañado alguna vez?

—Eso lo sabrás tú.

De manera indefectible, el viaje iba llegando a su final, pero, ¿a dónde se dirigía verdaderamente? ¿Cuál era su destino? Tenía la experiencia de que el último trayecto del viaje es el más duro, en el que el tiempo pasa más lento, la noche es más oscura y la carretera más estrecha. Al menos, al no conducir, podía fijar su mirada en ese paisaje repetitivo de colores pálidos y formas lejanas que creaban extrañas figuras.

La cercanía de la ciudad hacía que, de manera casi milagrosa, el terreno se volviera menos adusto. El tráfico también era ya más denso, en el sentido de que se hacía más habitual cruzarse con algún vehículo. Las intersecciones con otras carreteras y las señales de tráfico volvían a aparecer ante la vista, como si antes hubiesen estado desaparecidas por algún truco de magia.

—Me acuerdo de cuando yo tenía su edad. Las hostias que me llevaba y las que me iba a llevar. Serán niños de papá que quieren vivir la aventura. Con dinero y una caravana yo también me voy de aventura, ¡no te jode! La chica no está mal, tiene un poco cara de pánfila, pero está delgada y es alta.

Gabriel decidió no responderle si no era por algo concreto. Era absurdo continuar en su dialéctica en la que siempre acababa teniendo él la razón. Anhelaba poder ver ya la ciudad con sus edificios, que no

eran especialmente altos, pero que sí se dejaban ver desde la distancia de algunos kilómetros. Sería así como finalmente Tomás desaparecería, como lo hacen las pesadillas cuando llega el día. Hubo un silencio largo; al parecer era cierto que el conducir desviaba la atención del inesperado invitado. Fuera, el calor reinaba con aparente frialdad.

El merendero no era otra cosa que dos mesas y varias sillas de madera clavadas en la tierra, con un techo que protegía de los rayos del sol. Tras cinco minutos de espera, la furgoneta de los chicos llegó. Era una de esas que aparentan ser viejas, pero que apenas tiene un par de años, lo que justificaba las sospechas de que eran de familia adinerada, o en ningún caso de clase baja. Los jóvenes salieron del vehículo. La chica tenía una piel muy blanca, al verla se tenía la sensación de que el sol la iba a quemar; estaba sonrosada y eso le daba un cierto aspecto de crustáceo que, dentro de su caparazón, esconde carne tierna. Su pelo rubio y sus ojos claros la hacían atractiva, aunque mirada de cerca sus facciones no estaban equilibradas, quizás por unas cejas excesivamente largas que se arqueaban y una frente bastante amplia. El chico era menos llamativo y más común. Incluso un poco más bajo que ella. Pelo oscuro con flequillo, delgado, de piel morena sin llegar a estar tostada. Ella iba con unos pantalones muy cortos y una camiseta de tirantes blanca; el chico iba sin camiseta y con unos pantalones cortos y anchos que dejaban ver sus pantorrillas, en las que llevaba tatuajes. Los dos llevaban colgantes y anillos. La chica también tenía tatuajes en el hombro y en el comienzo de la espalda, tras la nuca, llevaba impresa una frase que iba descendiendo por su espina dorsal. La juventud era palpable en sus rostros e incluso en sus movimientos. Eran pura vida en el escenario del mundo.

Gabriel desde un primer momento no se sintió a gusto, especialmente con la chica. Los dos jóvenes habían llevado bastante comida: pan, fiambres, repostería salada y dulce, patatas fritas y cerveza. El chico comenzó a quemar hachís para hacerse un porro, mientras la chica no paraba de tontear con Tomás y de tocarse el pantalón corto, se lo ajustaba una y otra vez, para que los demás se fijaran en sus piernas. Hablaban de cosas banales; el hedonismo era la luz que les guiaba, repetían eso de que la vida se pasa demasiado rápido, que algún día serían viejos. Al escucharlos, Gabriel se sentía mal, una sensación de náusea lo invadía. Paradójicamente, no muy diferente a la que sentía en ocasiones cuando estaba en la iglesia con la familia de su mujer. Quizás lo que le aterraba fuera que, en el fondo, aunque eran seres limitados, pudieran tener parte de razón. Él mismo era un ejemplo de cómo la vida se había comenzado a marchar de forma indefectible. A veces la chica, mientras bebía y fumaba, se

quedaba mirando a Gabriel, tenía en sus ojos esa luz inquietante que a veces desprendía Tomás, era la luz del ángel caído, la de Lucifer. No era otra cosa que la tentación. Entonces se dio cuenta de que en su nariz llevaba, entre las dos fosas nasales, un pendiente de anillo; antes no se había atrevido a mirarla a la cara. Al verlo se acordó de uno de esos ídolos paganos que existían en tiempos de Moisés o del profeta Daniel, esos que tenían cuerpo de hombre y rostro de bestia.

El alcohol y la droga no tardaron en actuar sobre los jóvenes, que empezaron a besarse y acariciarse mientras los otros dos hombres los miraban. Tomás, con esa mirada maligna, pero que a la par emanaba una extraña y perversa luz; Gabriel, con su habitual timidez de poblador gris de una gran urbe que a veces deambula por las carreteras y los parajes.

—Laura —así se llamaba la joven— es una devota lectora de la Biblia como tú. Enséñaselo, Laura.

La chica se acercó a Tomás con su mirada pervertida. No era la claridad de sus ojos reflejo de beatitud; muy al contrario, reflejaban esa vivacidad, la de la serpiente y el dragón, la de lo demoníaco. Era su cuerpo joven y bello, paradójicamente con aspecto de inviolado, de ser casi novísimo, lo que la convertía en un ser deseable y expectante. Todo lo contrario que su mujer, que pese a ser aún joven y no haber tenido hijos, ya reflejaba en sus caderas los efectos de la flacidez y de una falta de ejercicio consecuencia de su interés por las oraciones y por la vida sedentaria, monótona y, aunque no lo quisiera admitir, aburrida. La joven embriagada representaba todo aquello que él, como creyente, debía evitar y combatir: el mundo, el demonio y la carne.

—Venga, enséñaselo. Ja, ja, ja.

La joven, tras acercarse a Tomás y mirarlo unos segundos, se dio la vuelta, al mismo tiempo que se quitaba la camiseta de tirantes, soltándola y haciendo que cayese al suelo. De esta manera su espalda quedó al descubierto, solo sus apretados y cortos pantalones la libraban de la desnudez. Ahora era posible leer la frase que llevaba tatuada a lo largo de su espalda: «Perverso es el corazón del hombre e impenetrable: ¿quién podrá conocerlo?».

—Profeta Jeremías, Gabriel. Era el favorito de mi padre.

Los dedos de Tomás pasaban como anguilas por la espalda de Laura, su rostro se apoyaba en su omoplato y con su otra mano le desabrochaba el pantalón. Mientras, el joven adoptaba la complaciente postura del mirón. Sin duda era ese el rol que le gustaba protagonizar y en el que se sentía cómodo. El pantalón no tardó en ceder y dejó al descubierto las perfectas nalgas de la muchacha: redondas, sonrosadas como el resto de su cuerpo, círculos serenos y perfectos venidos del mundo de las ideas; ese mundo al que también aspiraba Gabriel, pero obviando todo lo corporal y sensual; y

escondido como un pájaro que se guarece de la lluvia, su sexo, que Tomás acariciaba con sus manos gruesas y sucias, creando suspiros en la mujer que invadían el ambiente.

—Venga, Gabriel, el Señor manda sus señales, pobre de aquellos que no las entienden.

Entonces la chica se dio la vuelta, mostrando sus senos turgentes; altos como esas estatuas de los ídolos paganos, y también su ombligo, símbolo del infinito sagrado y cósmico que se manifiesta en la piel de los moradores de la tierra. La mirada de los dos se conectaba en algún lugar del aire, provocando una energía que llegaba hasta Gabriel y le acababa penetrando. Se levantó de una forma rápida, como se levantan los niños cuando algo no les está gustando. Ello provocó las risas histriónicas de la chica y de Tomás, mientras el joven mirón seguía disfrutando del espectáculo a la par que sus pezones se endurecían, no por efecto del frío.

—¿Te vas? ¡Pues nada! Estaremos un rato en la caravana, pero puedes entrar cuando quieras. Ja, ja, ja.

Los dos cuerpos abrazados como si fueran uno comenzaron a moverse, el otro elemento les seguía, como rémora o electrón, como fiel representación de las pulsiones que gobiernan la naturaleza y contra las que ni las imágenes de santos o vírgenes, ni los cultos y rezos pueden hacer nada.

Sin duda era el momento de huir. Dejarlo en la caravana con sus nuevos amigos. Posiblemente, si no le hubiese dejado conducir, tendría la llave con él y podría arrancar y marcharse. Solía llevar una de repuesto siempre, pero le estaban haciendo una copia nueva, ya que su jefe había perdido uno de los dos modelos originales y solo disponía de una. Si hubiese tenido valor, le hubiese dicho a su jefe que no era de recibo tener que hacer un viaje por zonas inhóspitas con solo una copia, si hubiese tenido valor. Seguía atrapado en el desierto, rodeado de la tentación y de todo aquello que, en el fondo, anhelaba. En resumen, pese a lo singular de la escena, su vida seguía siendo como era desde hace años. En el fondo, el viaje con su compañero solo era una representación de lo que suponía su existencia. El horizonte, que parecía haber sido limpiado por una mano gris y divina, le hablaba a través del silencio. Le informaba de que Tomás tenía razón y que todo lo que le había recriminado era cierto.

Aproximadamente cuarenta minutos después, Tomás volvió. Se sentó en el lado del copiloto y dejó las llaves en el salpicadero. Al mismo tiempo rebuscó entre sus cosas y sacó su neceser, donde llevaba la jeringuilla, la cuchara y el encendedor con el que se preparaba las dosis de la heroína.

—Hemos quedado en que nos veremos en la ciudad. Puede que luego sigamos juntos un rato. No pensarás que te iba a dejar solo,

justo ahora en el final del trayecto. Aunque no lo creas, algún día te alegrarás de haberme conocido.

Mientras hablaba, calentaba la aguja con la aparente indiferencia de quien encuentra alegría y una cierta paz al dirigirse a su destrucción.

—Follar siempre me da sueño. Creo que voy a relajarme un poco mientras llegamos a la ciudad, pero tú avisa cuando lleguemos.

Gabriel puso en marcha el vehículo y este, una vez más, desapareció por la carretera, como si fuera un espíritu que no le importa a nadie.

Se despertó aturdido. No sabía cuánto tiempo había pasado. Tenía la sensación de resaca que se tiene cuando se bebe demasiado alcohol, pero lo cierto era que no había bebido tanto. No le gustaba hacerlo, para que no se solapara con el efecto de la heroína. Intentó moverse, pero no pudo. Sus manos estaban atadas a sus tobillos con bastante pericia. Al ser consciente de esto, comenzó a sentir dolor muscular. Estaba postrado, con la espalda en el suelo y la mirada apuntando al cielo; solo podía ver un firmamento oscuro sin apenas estrellas.

—Mi padre me enseñó a hacer las ataduras, no las he apretado mucho para que no dejen señal, no es necesario si se hace bien. Jugaba con él a hacer nudos y a atarnos en los árboles. Fue un pobre hombre como yo. Aunque ya ves, Tomás, pese a tus críticas, intento mejorar.

—Hijo de puta. ¡Quítame esta mierda!

—Tomás, ¿ahora vas a perder tu altanería? Te conozco, tú mataste a esa chica, como me hubieses matado a mí antes de llegar a la ciudad, de hecho, es posible que ni siquiera hubieses entrado en ella. Eres un itinerante como yo; eso tiene ventajas, como ir al motel, esperar a ese cerdo en su coche, aún recuerdo los tiempos en los que aprendía cómo se abren los coches, preguntándome si tendría valor para hacerlo. Luego vuelvo a hacer el camino a la inversa y llego al lugar como elemento extraño. En los desiertos es normal ver coches ir y venir, verdaderamente no llaman la atención, ¿quién se fija en ellos?, y así fue como te encontré. Te he estado estudiando, era yo quien te analizaba. He de admitir que eres bueno, que hubieses engañado a la mayoría de las personas, incluso aunque fueran inteligentes, pero nunca caíste en el hecho de que soy uno de los tuyos, que soy un mentiroso como tú y por ello reconozco la mentira, la mentira es la piedra angular de esta sociedad, no es extraño que produzca seres como nosotros, que somos su verdadero reflejo.

—Nunca he matado a nadie, Gabriel…, nunca he jodido a nadie que no lo mereciera… —Venga, Tomás, por favor. Esto no quita que no seas bueno, aunque estés en horas bajas, es difícil seguirte la pista, pero últimamente has tenido una aceleración de tu carrera delictiva,

puede que auspiciada por el abuso de las drogas. Tu sadismo se ha incrementado y no solo en lo sexual. El tipo ese que apareció con el cuerpo colgado de un poste y con su cabeza metida en el váter fue obra tuya, ¿verdad? Con el dinero que le robaste has estado viviendo estos meses; hace dos semanas desapareció una pareja que hacía acampada no muy lejos de aquí, ¿te follaste a la chica ya muerta mientras el otro con algún miembro amputado tenía que mirar? Yo, en cambio, soy más pausado, viajo por todo el país, tengo una coartada para todo lo que hago. ¿Quién va a sospechar de un tipo gris como yo, que va a misa los domingos con su familia política?

—Ja, ja, ja. ¡Maldito hijo de puta!, al final eres una rata como yo.

—No, te equivocas, Tomás. —Gabriel puso el maletín que siempre le acompañaba ante la mirada del otro, era como un peso que estaba a punto de dejarse caer, como uno de esos del Libro de los Muertos que han de deparar nuestro destino en la otra vida—. Yo salvo a la gente de su condena, les doy, como te he comentado, lo que en el fondo no se atreven a pedir. Lo más gracioso es que nunca miraste dentro del maletín, siempre pensaste que yo era un idiota y utilizabas la treta del dinero para molestarme. Pero no puedo ir sin él. Imagínate que en el control policial que había en el restaurante lo hubiesen encontrado y se hubiesen dado cuenta de que los golpes cuadraban con el radio de acción del arma. —Entonces sacó de la bolsa un martillo de mediano tamaño, durante un instante brilló en la oscuridad—. Pero ¿qué plan es perfecto? ¿Sabes por qué elijo un martillo? Lo primero, es que fácil de encontrar, en una tienda de grandes superficies, nadie se fija en él cuando lo compras junto a otros artículos. Fue eso lo que me animó; si soy un tipo normal por qué iba a llamar la atención aunque hiciera cosas malas. Por otra parte, es más fácil dar excusas de su tenencia. «Estoy ayudando a mi suegro a arreglar el tejado de su buhardilla, agente». No olvidemos que es menos aparatoso, las lesiones suelen ser internas, no hay tanta sangre y deja aturdida a la víctima desde el principio, rara vez gritan, pero no por eso es menos cruel, hay en cada golpe una verdadera sensación de plenitud, de pulsión vivificante, de sentirte ya por fin realizado, pero bueno, ¿qué te voy a contar a ti? Siempre hay un riesgo de ser descubierto, como el haber sido visto contigo en el bar o en la gasolinera, pero no creo que ese viejo se acuerde de mí, aunque volví a entrar en una segunda ocasión para comprar las cuerdas. Y, en todo caso, yo solo fui un pobre hombre, una víctima potencial que, sin saber, estaba ayudando a un monstruo; a esa idea llegarán posiblemente los investigadores aunque el matrimonio de gordos me reconociese, pero ¿cómo me van a reconocer si la policía no sabe quién soy ni estoy fichado? En cuanto a tus nuevos amigos; lamento haberlos drogado para dormirlos como hice contigo. «Se han acabado las cervezas, que vaya Gabriel a por

ellas, a la caravana, así hace algo». Eso me dijiste antes de comenzar a follar y a obligarme a que me fuera. Fue allí donde metí el narcótico en las cervezas, lo llevo en el hueco de las ruedas del coche, otro truco que aprendes con el estudio y la paciencia, no lo suelo utilizar porque prefiero que mis víctimas estén plenamente lúcidas, pero te saca de más de un aprieto, como ahora. Llevé la botella ya abierta, pero no te diste cuenta, aunque yo no bebo alcohol. Otra muestra de que estás perdiendo facultades, hace unos años no te hubiera pasado, es el momento, admitámoslo, de que otro ocupe tu lugar. Yo siempre espero mi oportunidad, por eso sobrevivo. Es verdad que no pude explayarme mucho por la situación, de hecho tuve miedo de que el narcótico os hiciera efecto mientras estabais juntos, eso hubiera complicado las cosas. Por suerte, Tomás, ya no eres tan fuerte como antes; admítelo, la droga no solo está acelerando tu carrera criminal, te está convirtiendo en alguien desbocado que apenas se preocupa ya de ser descubierto o no, también afecta a tu libido. Hace no mucho hubieras pasado horas con esos chicos; hoy en día apenas media hora. La heroína hace que ya no se te ponga tan dura como antes. Por eso posiblemente mataste a esa camarera y luego te la follaste muerta; necesitas excitarte y ya no sabes cómo hacerlo. Supongo que a mí me pasa algo parecido, aunque aún no he violado a ninguna de mis víctimas, pero voy por el buen camino. Una vez leí que algunos violadores asaltan a sus víctimas y se corren muy pronto por el exceso de excitación. Al parecer es una reminiscencia de las épocas prehistóricas en las que los machos asaltaban a las hembras e intentaban preñarlas lo antes posible, pero por la certeza de que sus familiares podían estar cerca y defenderla no podían estar mucho tiempo. En ese sentido no somos muy diferentes a las arañas, a ellas la naturaleza las bendice con poder eliminar a sus cónyuges, a insectos más pequeños o incluso a sus crías. Tienes razón, es la religión y la moral la que nos pretende diferenciar de la araña y del escorpión, pero tarde o temprano aparecemos nosotros y nos rebelamos, nos llaman desviados, pero en el fondo no hacemos más que seguir la pureza de la evolución. Aunque no me los follase y aunque fuera algo rápido, no dejó de ser un episodio con momentos álgidos. Con un martillo se pueden hacer cosas muy interesantes, como arrancar pezones, sacar ojos de sus cuencas… Imagínate la cara de los dos: él sin ojos y ella sin pezones y con la cara desfigurada, arrancarle el pendiente de fulana que tenía en la nariz me excitó mucho, como te comento, creo que la próxima vez podré correrme, es gracioso que solo lo pueda hacer con mi mujer; creo que es una treta de mi mente enferma, así me aseguro poder estar con ella, la quiero mucho de verdad, ojalá Dios nos conceda un hijo, sin ella creo que acabaría como tú, sin duda es mi soporte. Menos mal que no nos puede ver

ahora. Ya ves, Tomás, no eres el único que se sabe la Biblia de memoria: «Y si tu ojo te escandaliza, arráncatelo y tíralo lejos de ti. Más te vale entrar tuerto en la vida, que con los dos ojos ser arrojado al fuego del infierno». «El mar, pues, entregó los muertos que había en él, y la muerte y el infierno entregaron los muertos que tenían dentro, y se dio a cada uno la sentencia según sus obras». Y eso es que lo que yo hago, arranco los ojos de los pecadores, como los de ese imbécil, y les anticipo su sentencia, y sí, no hay demonio, solo la opción de hacer el bien o el mal, y tú y yo ya hace mucho tiempo que elegimos, por eso no te lo has de tomar a mal. Muy a mi pesar, vas a tener una muerte más tranquila. He preparado varias dosis, me fijé cada vez que lo hacías. El asesino en serie es encontrado muerto por sobredosis, algo parecido pondrán en los diarios. Las autoridades tienen sus crímenes resueltos, la gente vuelve a sentirse segura, aunque se retoce en la basura y el morbo de este tipo de noticias; todos contentos hasta que aparezca, y es seguro que lo hará, otro monstruo. Seis meses sin matar. Creo que lo aguantaré, aún soy muy joven. Solo tengo que esperar a que la cosa se tranquilice. A veces es difícil soportar la tentación, pero, paradójicamente, es mi vida gris la que me ayuda. Y si no soy yo será otro, ya que existen muchos como nosotros. Somos legión. Con un poco de suerte, muchos de los horrendos crímenes que yo humildemente he protagonizado desde que comencé mi carrera delictiva serán atribuidos a ti, especialmente los de esta zona geográfica. ¿Sabes cuál fue tu problema? Que eres como el apóstol que solo creía lo que veía, por eso siempre pensaste que yo era un idiota, en cambio, yo tengo nombre de arcángel, voy más allá de la carne. Me gustó eso que dijiste de la realidad, de que es una ilusión, supongo que hasta nosotros buscamos justificaciones para nuestras acciones, por ello no me has de guardar rencor.

—¡Hijo de puta, aparta eso de mi brazo! ¡Voy a comerme tus entrañas…, maldito seas…!

Al meter la aguja en su cuerpo atado y desvalido, por primera vez la luz cambió de bando. Los ojos de Tomás se fueron apagando de manera lenta e inexorable, pero los de Gabriel renacieron tras un largo paso por las cenizas y la oscuridad.

—He leído que ha aparecido un asesino en serie justo en la zona en la que estuviste el otro día.

—Cariño, hoy es un día feliz, vamos a dejarnos de esas cosas.

—Tienes razón, perdona.

Gabriel y su esposa tocaron al timbre. El hermano pequeño de ella les abrió. Entraron hasta el comedor, donde les estaban esperando los padres. Comenzaron a hablar de cosas banales, hasta que la mujer interrumpió la conversación.

—Papás, Gabriel y yo tenemos que daros una gran noticia.

Finalmente, Dios ha escuchado nuestras plegarias, estoy embarazada.

La madre, al escuchar eso, se puso a llorar; unas lágrimas sinceras de felicidad. El padre se levantó de la silla, se dirigió a Gabriel y con un aire solemne, le dijo:

—Estoy seguro de que vas a ser el mejor padre que un hijo pueda tener.

Instrumentum DEI

La guerra espiritual es hasta que Cristo venga. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo,
contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.
SAN PABLO
(Carta a los Efesios 8:12)

Muchos son los cristianos que siguen a Cristo, pasmados ante su divinidad, pero le olvidan como hombre…, y fracasan en el ejercicio de las virtudes sobrenaturales —a pesar de todo el armatoste externo de piedad—,
porque no hacen nada por adquirir las virtudes humanas.
SAN JOSÉ MARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

Subir las escaleras era para él un ritual, una bella imagen del tránsito de la vida hacia la eternidad, y eran los espacios oscuros que se creaban en las esquinas las advertencias de lo que conlleva el pecado. Tocó a la puerta de manera suave pero decidida; tras pedir permiso se escuchó la voz del padre Vidal dándole la bienvenida.

Era, sin duda, uno de los momentos que más le agradaban, el de la tutoría, pero las vicisitudes sobre su rendimiento escolar no le importaban especialmente, sacaba buenas notas y era un estudiante eficiente. Tenía otras inquietudes que extrapolaban lo mundano. Se sentía nervioso y un tanto pervertido cuando, llegado el momento, decidía exponerlas al padre Vidal.

—Padre, si Dios ya conoce todo lo que ocurre, ya sabe si vamos a ser condenados, ¿no?

—Padre, Jesús dijo: «Bienaventurados los pacíficos». Pero expulsó a los mercaderes a la fuerza del templo.

El padre Vidal sonreía ante las inquietudes teológicas del pequeño.

Veía en él un proyecto de futuro cristiano y, ¿por qué no?, un futuro siervo de Dios.

—Hijo, tus preguntas necesitarían desarrollar complicados razonamientos teológicos que por tu edad no estás preparado para asumir. Solo tienes que preocuparte de ser un buen cristiano y cumplir con tus obligaciones.

—Sí, padre, lo sé.

Mientras el sacerdote lo felicitaba por sus buenas notas, el adolescente Diego miraba la mesa y las estanterías del despacho. Había una bella cruz clavada en una piedra, con un Cristo equilibrado y dignificado colgado de ella. La Virgen también tenía un sitio preferencial, la del Carmen era la favorita del padre Vidal. Detrás del escritorio, en la estantería principal, gozaban de un lugar de honor el Sagrado Corazón de Jesús y san Ignacio de Loyola, pero lo que más le llamaba la atención a Diego era una reproducción de *Las tentaciones de san Antonio*, donde el gran santo y anacoreta miraba una cruz, mientras mujeres desnudas y agraciadas de blanca piel y senos redondos lo tentaban. Veía en esta imagen un resumen exacto, preciso y final de la existencia humana.

—Padre, a veces siento miedo de que mis hermanos o mis padres mueran y no estén en gracia y sean condenados a las penas del infierno.

—Reza mucho por ellos, Diego, ya sabes que Dios es justo y misericordioso y no deja solas a sus ovejas. Él es el Buen Pastor.

Volvía a bajar las escaleras, esta vez con una sensación reconfortante. Sí, la vida era un combate espiritual, y él era uno de esos *milites Christi*, que debían salir finalmente victoriosos, cuando la batalla final desembocara en la parusía. Tras dejar la escalera salía al patio central del colegio, donde sus compañeros jugaban al fútbol; las niñas se juntaban haciendo círculos, comían sus bocadillos envueltos en papel de plata, sonreían de forma casi automática ante hechos banales; algunas palomas que andaban por el suelo volaban despavoridas ante el correr de la chiquillería. Al verlos a todos ellos tenía una sensación de malestar, como si algo le indujera al vómito. Reflexionaba sobre que la mayoría de sus vidas serían vacuas, y que muchos, sin duda, serían condenados a ese fuego eterno destinado a los que mueren sin gracia. Aquel que nunca se apaga.

Capítulo 1

Tenía quince años. Su rostro era un tanto ambiguo, en general había consenso en que no era feo, pero unas cejas muy juntas, que no se solía arreglar pese a los apremios de su madre, y un semblante las más de las veces pensativo le daban un cierto aspecto repelente. Era bastante alto y delgado, un cuerpo que no desprendía fuerza, pero que resultaba equilibrado, aunque las finas canillas que se dejaban ver en los meses de calor gracias a los pantalones cortos contribuían a darle un aspecto de enclenque que, unido al de repelente antes mencionado, no creaban una buena combinación.

Era el menor de tres hermanos. La mayor era Rosario, que tenía veintiún años y estaba terminando sus estudios de Magisterio: aspiraba a ser profesora; el mediano era Juan José, que tenía dieciocho y había comenzado Económicas. Su padre, Juan, tenía un buen puesto como funcionario del Ayuntamiento. Su madre, Asunción, era ama de casa, pero tenía unos buenos ingresos mensuales debido a que ella y sus hermanos habían heredado tierras en Cuenca, donde se recolectaban ajos. Esto les permitía tener una situación económica desahogada. La familia tenía una chica de servicio, Macarena, de veinte años, que había venido recomendada por unos amigos de los señores. Era una chica morena, alta y grandota, de poderosas caderas, con un pelo largo muy negro y brillante. Solo sabía leer y escribir; había llegado desde su pueblo pequeño de Sevilla hasta la capital, a la casa de los Novoa, hacía ya casi un año, para ganarse la vida. Como dormía en casa de los señores y no gastaba casi, ahorraba bastante dinero, que mandaba a sus padres que vivían con sus cuatro hermanos menores en el pueblo.

Era una familia piadosa y no costaba mucho toparse con figuras de santos y vírgenes por la casa, que era espaciosa, con un largo pasillo y cinco dormitorios, un gran salón y un par de habitaciones, una para recibir a los invitados y otra que el padre utilizaba como escritorio. Solía comer la familia en la cocina, aunque a veces el padre se ausentaba por motivos laborales. Macarena era buena cocinera, a veces hacía cosas típicas de su tierra que gozaban de gran aceptación.

El mundo de Diego discurría entre su casa y el colegio. No era de tener muchos amigos, se solía juntar con algún otro empollón de la clase y con un par de niños más. Por alguna razón, a veces hablaba con Sergio Zalve, un chico problemático que había repetido un par de cursos, al que apodaban «el Bragas», porque a veces llevaba bragas de mujer a las clases para que los niños las oliesen, aseguraba que eran

de mujeres con las que mantenía relaciones sexuales, lo que despertaba la admiración de sus compañeros. El Bragas se llevaba especialmente mal con el padre Vidal, que amenazaba de forma periódica con expulsarlo del centro y lo ponía siempre como ejemplo de lo que no se debía hacer. Diego hablaba con él y le decía que muchos santos fueron antes grandes pecadores, pero el chico pasaba de sus sermones, se sacaba un cigarro y comenzaba a fumar, expulsando con fuerza el humo como si fuera uno de esos protagonistas de películas de detectives. Estaba claro que Sergio sería otro de los condenados. A Diego las chicas de su edad, y las que no eran de su edad, no le atraían ni se interesaba por ellas, cosa que no era normal por ser colegio con separación de sexos; sus compañeros sí que se interesaban por las de su edad, las contemplaban como ese oscuro objeto del deseo, eran chicas que dentro de poco serían mujeres plenas, como enviadas de los dioses con el fin de bailar y deleitar, y qué decir de esas mujeres ya plenas que caminaban por las calles con tacones y sombreros. A él nada de esto le interesaba, veía a las mujeres como un producto más de la creación, necesario, pero también fuente de discordias. Una vez, el Bragas le dio una fotografía de una mujer desnuda, una mujer voluptuosa de larga melena rubia y con pechos como pitones. Diego la tenía guardada en su habitación, nunca la observaba, pero la conservaba porque había leído que vencer la tentación es bueno y que si no somos probados nuestra fe no es auténtica.

Ese mundo sencillo y poco atractivo en principio guardaba las ansias de Diego por formar parte del plan salvífico de Dios. Era un gran devoto de los santos y las vírgenes, se aprendía sus vidas y jaculatorias de memoria; trataba con ellos como si fueran entes reales, pidiéndoles consejo, era especial seguidor de los mártires y les pedía que desde el cielo le mandasen una gota de su sangre, como si esa gota fuera una porción de su fe y ejemplo.

Los días del puente de la Constitución, los padres aprovechaban para ir a Cuenca y visitar a la abuela de Diego, que tenía problemas de movilidad y no podía viajar. En Navidad iría la familia completa. Se quedaban los hermanos y Macarena, que, como eran pocos los días de fiesta, permanecía en la casa con los señores.

Una noche, tras cenar todo el mundo se fue a sus respectivos dormitorios. A Diego en ocasiones le costaba conciliar el sueño. Sus reflexiones sobre la piedad de Dios no le daban tregua. Sentía miedo al pensar que la existencia futura sería como estar en un nicho sin nombre, donde ya nadie pasa, pero lo que más le inquietaba era que la gente no le diera ninguna importancia a esto, que prefirieran placeres pasajeros y elementales a la gloria de Dios. Mientras pensaba sobre estos temas, escuchó unas risas que en absoluto eran normales a esas

horas. Se levantó de su cama y salió al pasillo; reinaba la oscuridad, no pudo distinguir el cuadro de la Inmaculada que presidía la pared derecha, pero recordó la luna sobre sus pies, y esa luna lo iluminó en cierta forma y le dio fuerzas para seguir avanzando. Había luz en el cuarto de su hermano, la puerta no estaba cerrada del todo. Se acercó a ella, apenas había un hilo de luz que permitía ver lo que ocurría dentro, pero bastó para poder percibir las grandes nalgas de Macarena escudadas por su piel lozana, así como las grandes manos de su hermano Juanjo intentando abarcarlas. Fue suficiente esa visión para que volviese despavorido a su cuarto.

Al día siguiente todo parecía transcurrir con normalidad. Macarena había hecho el desayuno y los hermanos comían. Ahora él entendía las miradas entre ellos. Era esta sin duda una de las grandes lecciones que debía de tener en cuenta en el futuro, la de que el mal se sienta a nuestra mesa, y come y bebe con nosotros. Estaba cansado, aunque intentaba disimularlo; no había dormido y se había pasado toda la noche rezando para que Dios recondujera a su hermano. Le dedicó varios rosarios a san Antonio, ya que él tenía experiencia en la lucha contra el demonio de la carne. Mientras, Macarena, con su acento distinto y alegre, contaba historias de su pueblo, y él, al escucharla, volvía a sentir esa sensación cercana al vómito.

Diego fue maquinando cómo resolver la situación. Era complicado; su hermano no era hombre piadoso pese a estar bautizado, haber hecho la comunión y la confirmación. Por otra parte, Macarena gozaba del favor de la familia; confesar a sus padres los actos pecaminosos de la pareja podía suponer la enemistad duradera de su hermano y problemas de índole familiar. Decidió ir al cementerio, donde estaba enterrada su otra abuela, que en vida fue mujer piadosa que había gozado de fama de beata. De hecho, a temprana edad quiso ingresar en un convento y entregar su vida a Dios, pero sus padres, que eran creyentes, pero no especialmente piadosos, no lo permitieron. Para compensarlo, Trinidad, que así se llamaba, decidió llevar una vida cristiana perfecta. Ella debía de guiarlo por el valle de lágrimas.

—¡Qué pena que Dios se la llevase tan pronto! —pensaba, mientras contemplaba las imágenes de Cristo presidiendo las tumbas.

Ir por el cementerio le agradaba mucho. El silencio y su continua presencia como destino inexorable de la existencia humana le parecían sublimes. No entendía que la gente pasara el tiempo con los deportes y todas las cosas restantes, inventadas con el único fin de mantenerse ociosos.

—La ociosidad es el arma del diablo —solía decir el padre Vidal.

La familia tenía un panteón privado, presidido por ese Cristo en actitud de bendecir que le agradaba tanto.

—¿Qué hacemos con ella, abuela? Y, en todo caso, ¿qué hacemos con Juan José? Encontrará a otra como esa en cualquier lugar; el pecado instalado en nuestro hogar, abuela. ¿Quién lo iba a decir?

Diego pensaba que los muertos, los santos y la Virgen le hablaban a través de sus propios razonamientos, que lo que acabase pensando sería lo más correcto. Era la forma que Dios tenía de manifestarse, a través de lo ordinario y oculto, y no lo grandioso y espectacular. El padre Vidal no le había respondido a la pregunta de por qué Jesús expulsó a los a los mercaderes del templo por la fuerza. «No he venido a traer la paz, sino la espada», recordaba.

Sí, era lícito utilizar la fuerza, ahí estaba el ejemplo de san Bernardo y otros. Sin su lucha era posible que la única religión verdadera ni siquiera existiera ahora. Sentía como su abuela lo empezaba a guiar.

Antes de volver a casa, pasó por el colegio. No tenía clase por la tarde, pero decidió ir a la biblioteca a estudiar. Era un lugar silencioso y un tanto solemne, con mesas circulares y estanterías repletas de libros, pero también espacioso, por lo que resultaba difícil ser molestado cuando se estaba en allí. Un Cristo impasible presidía la entrada, daba la sensación de vigilar a los estudiantes. A cargo del lugar estaba doña Clotilde, una mujer ya mayor con fama de solterona, de nariz chata y pelo corto y rojizo por el tinte. Su tío había sido profesor en el colegio años atrás, por lo que la Compañía le ofreció el puesto de bibliotecaria, aunque ella había estudiado para ser maestra. A pesar de que su aspecto a primera vista no era agradable, resultaba, tras hablar con ella, una mujer simpática y accesible.

—Diego, vete a jugar con los amigos. ¡Estás todo el día aquí!

—¿Para qué? ¿Tiene *El martillo de las brujas*?

—¡Pues claro qué no! ¡No deberías leer esas cosas!

—¿Por qué?

—Porque no, Diego. Esas cosas son para mayores.

—Cumplo dieciséis en febrero.

—Tú estudia y saca buenas notas, que para esas cosas ya tendrás tiempo.

Las decepciones que conllevaba su lucha contra el mal en el fondo le animaban. Algún día tendría una copia de *El martillo de las brujas*. Seguro que el padre Vidal poseería un ejemplar en su estantería, no muy lejos de san Antonio Abad. Le consolaba que todo esto formaba parte de ese anhelado, pero también desconocido, plan salvífico de Dios.

Regresó a casa ya con la noche triunfando, los árboles lo escoltaban, las gentes retornaban a sus hogares para protegerse del frío. El cielo con sus nubes negras y alargadas avisaba a los humanos de las futuras inclemencias que estaban por llegar.

Capítulo 2
Conociendo el mal a través del martirio

La posguerra ya iba quedando lejos, lo que no significaba que sus efectos dejaran de ser palpables y de configurar en buena medida la vida cotidiana de las gentes. Era habitual que escuchara sobre los apuros económicos de sus compañeros, que estos fueran a clase con pantalones cortos y calcetines agujereados, que oyera también historias de familias numerosas que vivían en casas pequeñas. Se entristecía al oírlo, pero no por empatía. Pensaba que el gozar de buena situación lo privaba de experimentar la pobreza como los santos y siervos de Dios. Para compensarlo, decidió llevar una vida austera, desechar, por ejemplo, los regalos de Navidad y no gastarse la paga que sus padres le daban, sino guardarla para utilizarla con fin justo en el futuro. En todo caso, era necesario deshacerse de Macarena, expulsarla de la casa como quien expulsa al demonio del cuerpo del pecador. Pero reconocía sus limitaciones, apenas sabía nada del mundo y sus habitantes. Por ello comenzó a alternar un poco más con el Bragas; veía en su simpleza e inmoralidad lecciones interesantes para el futuro. Quizás le enseñase cómo era ese mundo cruel y pasajero, y, al conocerlo mejor, podría andar de forma más precavida por él. Después de clase iban a la casa de Diego.

—¡Qué guapa es la chacha que tenéis! ¿La has visto desnuda?

—¡Pues claro que no! ¿Qué te crees, que va desnuda por la casa?

El Bragas le iba dando más fotografías de mujeres sensuales que enseñaban las nalgas, incluso a algunas se les veía el vello púbico.

—¿Te la meneas ya?

—No, yo no hago esas cosas.

—Pues deberías. Diga lo que diga Cuatro Emes —al padre Vidal le llamaban así (por «medio metro» mal medido), por su poca estatura—, es bueno meneársela, porque si no el semen se te sube a la cabeza y te dan dolores; lo he leído.

—¡Tú qué vas a leer!

Estas conversaciones de cloaca le servían para ir conociendo el alma humana. Al ver el rostro del rufián, a quien él relacionaba con los judíos que mataron a Jesús, iba descifrando cómo operaba esa

alma aún desconocida. Percibía en sus ojos metidos hacia dentro y en su amplia frente reflejos de las maquinaciones que anidan en el interior de los seres. Estar con él lo ayudó a comprender teorías como la del pecado original y por qué es cierto que en el ser humano anida una tendencia a la maldad. De esa forma, aunque fuera poco a poco, su cruzada contra el mundo, el demonio y la carne lo iba haciendo más fuerte e inteligente. El Bragas se quería hacer el gracioso y el machote con la criada, y esta, que era un poco bruta, le respondía, siempre con su acento andaluz:

—¡Pero tú dónde va, mi arma!, si pareces el tonto de las películas.

Seguía sin tener nada en concreto, confiaba en la inspiración divina y en que la eternidad no llegase demasiado pronto. El día antes de vacaciones de Navidad dieron las notas. Sacó sobresaliente en todas las asignaturas menos en Gimnasia. No le molestó el aprobado humilde en esa materia. Llegó a la conclusión de que el ejercicio físico aleja de la vida espiritual y que está reservado a otro tipo de personas. El Bragas, aunque estaba repitiendo, había vuelto a suspender muchas asignaturas. El padre Vidal ya le había advertido que sería expulsado definitivamente si volvía a sacar notas tan malas. Posiblemente por eso nadie se extrañó especialmente cuando el religioso entró con visible rostro de enfado, interrumpiendo la clase de Francés. Dejó una carpeta en la mesa reservada al profesor y comenzó a mirar a los alumnos, casi de manera individual; solía decir que mirar a la cara era sinónimo de sinceridad y hombría. De la carpeta sacó una fotografía y la enseñó al alumnado; era una de esas que solía llevar el Bragas, al muy imbécil se le habría caído por el pasillo o incluso en la capilla, donde habían estado antes, haciendo confesión y asistiendo a la última misa antes de las vacaciones.

—¿De quién es esto? —En la fotografía se podía ver a una mujer en tacones, sin ropa, sonriente, con unas piernas gruesas y unos pechos redondos. En la cabeza llevaba un sombrero de plumas, como el que llevaban las mujeres en el siglo diecinueve.

Diego, al ver esas caderas anchas desde su asiento, se acordó de Macarena.

El silencio inundó el lugar. El padre levantaba la fotografía en alto como si fuera un mártir que enseña la cruz. Era lógico pensar que si no se descubría al culpable, una vez más, la máxima evangélica de pagar justos por pecadores se cumpliría. Diego sintió un impulso, una fuerza que no entendía de dónde venía y que le impelió a levantarse, todo ello para asombro de sus compañeros, del profesor de Francés y del padre Vidal. El cura le dijo que se acercase y le comenzó a hablar en voz baja.

—Diego, ya sé que tú no has sido, creo que haces esto por caridad cristiana, pero no confundas la caridad con la estupidez.

Al mismo tiempo que el padre hablaba, el resto de la clase, con miradas raudas y ligeros movimientos de cabeza, señalaba al verdadero autor.

—¡Sergio, ven aquí! ¡Todos los demás, fuera!

El padre Vidal le dio un pequeño sermón donde la idea principal residía en que lo que diferencia al hombre de la bestia no es solo su racionalidad, sino su capacidad de elección y la cualidad de la continencia que, junto con la castidad hasta el matrimonio, guía a los jóvenes por los senderos de la vida. Decidió castigar a los dos para que de esa forma Diego se diera cuenta de que no era buena idea cargar con los pecados ajenos. Pasarían la mañana siguiente, ya en periodo vacacional, en el colegio barriendo el patio y estudiando en el aula.

Al llegar a casa, su madre estaba bastante enfadada, el padre Vidal se lo había contado por teléfono, remarcando en todo momento que la fotografía impúdica no era de su hijo. Su padre se lo tomó mejor, solía ser más permisivo. Sus hermanos se lo tomaron con humor y le llamaban con sorna «el señor Beato». Macarena, cuando estaba a solas con él y con buena intención, le decía:

—¡Qué bueno es el zeñorito! Pero no haga má ezo, que la gente e mu mala y luego no dan las gracias ni ná.

Al escucharla sonreía, pero al mismo tiempo recordaba los retazos de carne lozana y cómo retozaba esta con la de su hermano en la cama.

Los meses fueron pasando y el final de curso se acercaba. El Bragas había sido expulsado definitivamente de la escuela y se había puesto a trabajar por las mañanas de chico de los recados en una farmacia y por las tardes en una bodega sirviendo copas en la barra y fregando platos. A pesar de la expulsión, siguieron viéndose con regularidad, sobre todo los fines de semana; el Bragas solía tener libres los sábados por la tarde y el domingo entero. Lejos de reflexionar por la expulsión, se había vuelto más bravucón y fantasioso. Le contaba a Diego historias poco creíbles de mujeres con las que se acostaba cuando iba a llevarles los medicamentos, o de clientas que se le insinuaban cuando estaba en la barra. Decía con poco tino y menos lógica que se haría rico y que entonces se reiría del padre Vidal.

—¿Tú sabes quién era Rockefeller? Pues ese empezó de botones y ahora su familia es la más rica del mundo; me lo dijo una mujer con la que me acosté que vivió en Nueva Jor.

—Se dice Nueva York, como el jamón.

—¡Qué más dará!

A pesar de su simpleza y tendencia natural al mal, concretamente a la mentira, lo cierto era que a él nunca le había hecho nada malo. Nunca le había pedido dinero, como hacía con otros niños; ni le había pegado ni robado, como hizo más de una vez en el colegio a otros. A

Diego estar con él le servía para seguir aprendiendo de ese mundo hostil que le rodeaba. Como el Bragas era mayor y un poco más alto que él, cuando iban juntos su aspecto aún un tanto infantil pasaba más desapercibido, y esto le permitía entrar en bares y otros sitios donde iba conociendo a la gente y sus inclinaciones. En casa las cosas habían cambiado sustantivamente. Juan José había comenzado a salir con una compañera de la facultad, pero seguía viéndose con Macarena a escondidas. Diego era consciente de todo esto. Sin llamar la atención se había convertido en la persona que verdaderamente manejaba los tiempos de la casa. Los dos se veían en la habitación de Juanjo cuando estaban seguros de que no había nadie en la casa. Esto se producía con cierta regularidad; Rosario iba por las tardes a la biblioteca o a la casa de alguna amiga a estudiar, quería sacar las mejores notas posibles en la carrera. El padre se pasaba casi todo el día trabajando y rara vez volvía antes de las ocho y media. La madre solía quedar con algunas amigas para darse una vuelta por la zona comercial de la ciudad y tomar café. Solo quedaba él; su estrategia era sencilla. Le decía a su hermano que iba a estudiar o a dar una vuelta con los amigos; esta excusa no la utilizaba mucho, ya que por no tener muchos amigos podía llamar la atención. Tras esto hacía como que salía de casa, pero se encerraba en el armario de su cuarto y esperaba que pasasen unos minutos. La oscuridad le embargaba, era feliz en esa reclusión voluntaria que le recordaba a los místicos; no le daba miedo en absoluto que al final la eternidad no fuera otra cosa que ver pasar la oscuridad. Luego, como una serpiente que repta por el suelo, primero se asomaba al pasillo, y posteriormente seguía arrastrándose hasta la puerta del cuarto de su hermano. Solía estar cerrada, pero se encomendaba a algún santo para poder oír la conversación, prometiéndole un ayuno a cambio de su intercesión; no muy extenso, para no llamar la atención; o una buena cantidad de rosarios.

—Te prometo que le voy a decir a los papás lo que pasa, te quiero mucho, Macarena, pero es que es complicado: yo estoy aún estudiando y tú dependes de la familia. ¿Dónde vamos a ir tú y yo?, con lo mal que está la vida.

—Es que yo no puedo má, mi arma, y encima con eza que viene contigo; es que voy pola caza y os veo y digo: «Dio mío, por qué me haces estas cosas si yo siempre he sío buena».

Escuchaba con la precisión de una máquina, luego lo anotaba todo en un diario que escondía junto a las fotografías pornográficas que le daba el Bragas. Deducía que la pareja no dejaría de verse, pese a que probablemente su hermano no estaba enamorado de ella, y lo único que buscaba era beneficiarse de su cuerpo a través de su simpleza; esto por una parte le consolaba, pero por otra le apenaba que su hermano mayor se dedicara a estos menesteres. Lo que sí que estaba

claro era que ella estaba enamorada y eso le parecía normal; lo era que una chica de pueblo cayera prendada de un chico de ciudad, sin duda anidaba en ella el anhelo de cambiar de clase social y de escapar a un futuro que le abocaría a servir, ya fuera en su casa o en otra. Un hipotético embarazo era lo que más aterraba a Diego. Por todo ello volvía a encomendarse a los santos, en este caso al arcángel Gabriel, para que lo evitase.

Los domingos Juan José y Rosario invitaban a sus novios a comer en casa. Entre Macarena y la madre hacían la comida, que era copiosa y de calidad, en buena medida por el talento de la joven en la cocina; se mezclaban las tradiciones de Castilla la Mancha con las de Andalucía.

El novio de Rosario era un chico unos años mayor que ella: de altura media, hombros anchos y cara redondeada, con unos mofletes que se ponían rojos con facilidad, no necesariamente por motivos de nervios o vergüenza. Era moreno, con entradas profundas, por lo que tenía el pelo muy corto, casi rapado. Sus padres tenían negocios de fiambres y encurtidos que funcionaban bastante bien, eran familia de posibles. Él le decía a Rosario que no pasaba nada si no vivía de la docencia, que para qué pasarse toda la vida estudiando si podían vivir de sobra con el dinero del negocio que tarde o temprano heredaría por ser hijo único. Le decía también que la llevaría a dar la vuelta al mundo.

La novia de Juanjo era una chica alta y regordeta que tenía unas piernas largas y un trasero considerable; eso sí, era muy guapa de cara, con una sonrisa muy fotogénica, unos ojos claros preciosos y un pelo castaño largo y bonito; como el novio de Rosario, tenía un rostro redondeado y unos mofletes llamativos. Cuando sonreía se parecía a una de esas muñecas que aún había por la casa con las que Rosario jugaba de pequeña. Cuando llegaba la hora del café, Diego se fijaba en Macarena; aunque a primera vista era poco expresiva, más cuando servía, si uno se fijaba bien, podía percatarse que se comportaba menos jovial de lo habitual. Se alegraba por empezar a ser tan observador, se sentía como un certero inquisidor guiado por la providencia. La familia de Ana, que así se llamaba la novia de Juanjo, tenía también una buena posición. Su padre era comandante del Ejército y su madre, jefa de enfermería.

El padre, al ver que sus hijos se iban «colocando» en la vida, se alegraba, ahora solo faltaba que estudiaran mucho. Paradójicamente, el que menos le preocupaba era Diego, ya que estaba seguro de que él llegaría lejos por ser excelente estudiante, mejor que sus hermanos cuando tenían su edad. Aunque no hablaba mucho con él del tema, el propio Diego le había comentado alguna vez que le gustaría estudiar alguna ingeniería. Por la tarde, los novios se iban y en la casa se

quedaban los padres, Macarena y Diego. Este, con una clara intención de torturarla, le decía:

—¿Y no tienes novio?

—¿Qué paza, que el zeñorito quiere salir conmigo?

—Pues claro que no, ¡si yo soy un crío todavía!

—No tengo tiempo yo, tengo que trabajá pa enviar dinero a mi caza; ¡ademá, lo hombre solo quieren lo mismo!, lo que tenemos entre las piernas. —Al decir esto se arremangaba un poco la falda del uniforme y se ponía la mano a la altura del pubis.

Decidió seguir con los ayunos y las vigilias. Esto no le influía en el estudio, ya que muchas noches, para no dormirse, se ponía a estudiar. La sensación de hambre y de sueño combinada con la oración le parecía maravillosa. No se daba cuenta de que estas prácticas afectaban tanto a su cuerpo como a su psique. Con el tiempo, las discusiones teologales con el padre Vidal se fueron haciendo más profundas. Este ya le había dado a entender la posibilidad de tener vocación en el futuro. Diego, de manera sibilina, desviaba la atención, diciendo que lo importante ahora era sacar buenas notas, que de momento no comentase nada de esto a sus padres. En el fondo sus intereses iban más allá del sacerdocio, quería ser instrumento de Dios en la tierra; anhelaba ser uno de esos eremitas recordados en los cuadros y en las escrituras. Su ambición iba más allá de vestir sotana.

Capítulo 3

El verano y sus sombras

Llegó el final de curso y Diego fue uno de los integrantes del cuadro de honor. Esto no le supuso especial alegría, en cambio, sus padres se emocionaron mucho. El verano le era especialmente desagradable, ya que suponía un paréntesis en su vida totalmente delimitada y ordenada. La familia iba durante todo julio y agosto al pueblo de la abuela de Diego, pero desde hacía un tiempo la unidad familiar se veía truncada. Rosario, que había terminado por fin la carrera, siendo de las primeras de la promoción, se iba dos semanas de julio con su novio a París. Era una especie de regalo de este por terminar la carrera y porque, como iba a empezar a estudiar para la oposición, pasaría muchas horas entre libros y no se verían todo lo que les

gustaría.

—El dinero está para gastárselo, y si es con una mujer, mejor —les decía el novio a sus amigos, con su aspecto un tanto entre paleto y señorito de provincias.

Juanjo, con la excusa de que tenía novia, tampoco iba mucho, algún fin de semana tuvo que ir y uno de ellos se llevó a la novia para presentarla a la abuela.

—¡Mira qué chica más guapa, abuela, menudos hijos vamos a tener!

Macarena, que se iba todo agosto de vacaciones, pero se quedaba con la familia en julio, oía todas esas cosas y sentía como si puñales se le clavaran en el corazón. Diego se daba cuenta de eso.

Como el padre solo tenía vacaciones en agosto, Diego se pasaba gran parte de julio con su madre, su abuela y Macarena. El ambiente totalmente femenino le oprimía bastante. Sentía un rencor total hacia la chica. Tampoco tenía buenos recuerdos de su abuela; ahora ya era mayor y daba la sensación casi de ser una pobre anciana, pero recordaba cuando él tenía siete u ocho años y era habitual que le pegase con la zapatilla, o incluso con una correa. Se enfadaba porque el niño Diego entraba en su cuarto sin llamar y la encontraba en ropa interior, o porque abría la despensa y se comía una magdalena o algo así. Recordaba cómo, cuando descubría la supuesta fechoría, ella se acercaba y cogiéndole del pelo y echándole su mal aliento, le decía:

—Los niños buenos obedecen y hacen lo que les dicen los adultos. De mayor serás un desgraciado como no cambies.

Ahora parecía que todo esto estaba olvidado, que era algo normal en la crianza de niños; incluso la abuela decía a veces que era su nieto favorito. Pero Diego no le daba especial valor, ya que, hasta cierto punto, era normal que se dijera eso del pequeño. De su madre no tenía recuerdos en especial, nunca le había pegado, su padre tampoco, solo algún cachete en el culo cuando había hecho alguna trastada, pero en ningún caso con verdadera intención de hacerle daño. Se consideraba un afortunado, pues, según comprobaba, era habitual que los padres de sus amigos les zurrasen. Pese a ello, no sentía un amor especial por su madre. Reflexionaba que en el fondo los hijos vienen de un simple acto sexual, de una pasión que las más de las veces es descontrolada, por ello el mundo es malo, desde el principio, y por ello venimos llorando a este escenario de locos. Para huir de ese ambiente mujeril tomaba como mal menor estar con Macarena, ya que, a pesar de ser a la que más odiaba, por otra parte, era la que más inofensiva le parecía. Le gustaba escuchar las historias banales de su pueblo, su acento andaluz, su simpleza al razonar; no entendía cómo los hombres podían perder la cabeza por un ser así, todo porque tenía «eso» entre las piernas, como ella decía. Para no parecer extraño y seguir con esa

apariencia de chico estudioso y bueno, en ocasiones se iba a dar una vuelta con los niños del pueblo o con otros que eran de ciudad, pero iban como él al pueblo porque sus padres o sus abuelos eran de allí. Se iban al riachuelo y alguno se llevaba una botella de licor; también iban chavalas y se creaban grupitos y parejitas. Como nunca les decía nada a las chicas, ninguna se le arrimaba, aunque comentaban entre ellas, a veces en voz alta, para que él lo escuchara, que era guapo, pero muy serio. Ahí Diego se daba cuenta de lo fácil que era conocer a las personas. Su aspecto bastaba para suponer su condición social, sobre todo los zapatos, los zapatos dicen mucho de una persona, alguien con posibilidades no lleva un calzado roído ni desgastado. Hablar un poco, de algún tema sin importancia, era más que suficiente para conocer el nivel cultural de alguien. Era muy sencillo distinguir a los niños y niñas de las ciudades de los que vivían allí todo el año, y cuyo fin en el mejor de los casos era heredar la profesión de sus padres; o, como Macarena, probar suerte viajando a provincias. Es verdad que esos casos, como el del Bragas, eran sencillos, pero esperaba que Dios le diera luces para calar a todo tipo de gente en el futuro.

Su momento preferido era cuando iba a ver un Sagrado Corazón de Jesús que había en una salita que servía como punto de acceso al dormitorio de la abuela. Para llegar había que subir unas escaleras, y él lo tomaba como un auténtico ritual, como el hecho de abrir la puerta y andar hacia la imagen. Jesús estaba sentado en un trono, en una mano tenía una bola que simbolizaba el mundo, y con la otra mano hacía gesto de bendecir, con el índice y el corazón levantados. Él se quedaba allí, a veces más de una hora, mirando el corazón sangrando por las espinas y recitando jaculatorias, y se acordaba de la vida de los santos. Un calor le recorría todo el cuerpo, y luego tenía la sensación de que ese calor quería salir de él, y pensaba que eso era su alma, que anhelaba escapar de este mundo mezquino.

En agosto llegó su padre. Estar con él le agradaba más, se podía decir que era la única persona de su familia a la que apreciaba un mínimo; luego podía ir Rosario, ya que no la percibía como frívola y con tendencia a cambiar de humor, como la mayoría de las mujeres. Por las tardes de agosto se iba con su padre a los bares, donde este jugaba al dominó y a las cartas, y bebía copas de vino y pacharán. Era lo que más lo relajaba. Hacía que su mente desconectase del trabajo en el ayuntamiento. Comprobaba Diego con cierto estupor que todos los bares a los que iba con su padre tenían el mismo olor. Un olor a cabezas de marisco barato, mezclado con vino y con el aire artificial de los ventiladores. Era otra prueba para él de que el mundo nace de la corrupción y está destinado a ella, pero la culpa no podía ser de Dios, sino de los hombres. En todo caso, no le incomodaba ir a los

bares, en ellos también aprendía cosas de la vida y era preferible al ambiente femenino de la casa.

Como Macarena se había ido a su pueblo, el mes de agosto servía en la casa una chica de quince años que se llamaba Jacinta y era bastante bruta. Sus padres trabajaban en los campos de la abuela, por lo que era de confianza. Era una chica de reacciones primarias que hablaba con voz muy alta y se ponía roja, como el novio de Rosario, con suma facilidad. Opinaba de todo y tenía una solución para cualquier cosa. Antes de empezar a hablar solía decir:

—Escúchame, tú escúchame.

De pequeña se había caído de un caballo y como los padres no le podían pagar unos piños nuevos, cuando se reía daba la sensación de que era casi vieja, pero esto a ella no le importaba.

—Ya me iré yo a la ciudad a trabajar y a ganar buenos duros y me harán la boca nueva.

El olor caduco de la tierra y el color oscuro de los cielos cuando caía la noche animaban a Diego a seguir con su particular cruzada. Era ese mundo pasajero, como decían los místicos. ¿Por qué entonces darle excesiva importancia? Era probable que no pudiera salvar el alma de su hermano, tarde o temprano se acabaría marchando de casa, no iba a ser él sombra perpetua como lo fue Abel. En todo caso era necesario deshacerse de Macarena. Él aún viviría muchos años en casa de sus padres; suponiendo que terminara la carrera sin suspender ninguna asignatura, serían por lo menos siete. Demasiado tiempo para convivir con ella, para tener una tentación continua y presente en la casa, él también podría flaquear en un momento dado; la fe, como la fuerza, oscila, no era descabellado que quisiese escapar de ese tufo a clase baja y pueblo intentando seducir a quien estuviera más cerca; apenas se llevaban cuatro años, y él en menos de dos sería mayor de edad. Pero la tentación, por otra parte, le agradaba; era necesaria y hasta cierto punto buena.

Así fue pasando el verano sin grandes novedades. La figura cada vez más decrépita de su abuela materna por los pasillos; las caras jóvenes, pero ya con arrugas de los pueblerinos; el olor a estiércol o a sopa casera y el ruido de las bocas de los animales, todo era tan ordinario como innecesario. Se le hacía así la existencia basada en cosas banales la peor de las condenas, la que ya estaba sufriendo. Solo la mirada de Jesús con su corazón sangrante le consolaba.

Capítulo 4

Ya en septiembre, y tras la despreciable experiencia del verano, que sin embargo reforzó sus planteamientos, la vida retornaba de manera indefectible a su rutina. Quedaban pocos días para que empezaran el nuevo curso. El olor de los libros nuevos y los lápices aún sin utilizar creaba un agradable aroma que a Diego le gustaba. Pese a ello, miraba los libros con un cierto desprecio; solo quería estudiar para no depender de nadie.

Volvió a quedar de manera regular con el Bragas, que como se había pasado todo el verano trabajando, tenía dinero. Aunque vestía con camisas buenas y mocasines, su aspecto de delincuente de poca monta no podía borrarse, lo llevaba en su rostro, como si un sello lo hubiese impreso en su frente para siempre, al menos mientras viviese. Sus historias cada vez eran más rocambolescas y sus comentarios cada vez más cómicos, por no decir estúpidos.

—De aquí a ocho años seré alcalde de la ciudad.

—Me tomé una vez veinte chupitos de cazalla en un concurso, le gané la final a un alemán que fue nazi en la guerra.

Estas mamarrachadas hacían que le cayese bien a la gente, incluso a las mujeres. Las jóvenes salían con él porque tenía dinero e invitaba, a veces se liaba con alguna mujer casada que buscaba tan solo a alguien joven que la sacara de su monotonía. Ese espectáculo apenaba a Diego; que a un cretino como él le fuera bien en la vida era una muestra de que la justicia divina era necesaria. Estaba casi seguro de que el dinero no lo sacaba solo trabajando, sino por temas turbios, por lo que se apremiaba para aprender de él y del vil mundo, por si acababa en presidio o víctima de un ajuste de cuentas. No era descabellado pensar que por su estupidez los delincuentes antiguos lo utilizasen para hacer lo que fuera más peligroso.

—Ya veréis, yo en dos años me dejo de trabajar y me monto un negocio y no me levanto antes de las doce. —Al decirlo su boca se abría y dejaba ver sus dientes amarillos.

El Bragas había conseguido, de alguna forma ilícita, sin duda, las llaves de una vieja casa abandonada. En ocasiones Diego iba con él al lugar. Lo más fácil era pensar que utilizaba el sitio para esconder objetos robados o de contrabando, o para refugiarse tras haber cometido alguna tropelía. A Diego estar en la casa, que tenía como único mobiliario una mesa y un par de sillas viejas y las paredes llenas de humedades, le inquietaba, como si fuera un lugar al que la gracia de Nuestro Señor no pudiera llegar, especie de antesala del infierno.

Por otra parte, había en esa turbación algo que le agradaba, aunque no alcanzaba a saber por qué se daba esta situación. Después de todo, y pese a los rezos, ayunos y jaculatorias, no dejaba de ser un organismo adolescente donde las hormonas viajaban seguras dentro de su cuerpo, ajenas a los efectos de las oraciones.

—Mira, esto es de París, me lo ha traído un tipo al que conozco.

Era una revista pornográfica. No solo se podían ver mujeres desnudas, también salían hombres que mantenían relaciones sexuales con las hembras. Fue la primera vez que vio una cópula, y cómo el pene del varón se introducía en la vagina de la mujer como lo hace el mecanismo de una llave. Solo la negrura del vello púbico de los implicados impedía contemplar la escena con absoluta nitidez. El Bragas se bajó los pantalones y los calzoncillos y comenzó a masturbarse. Diego, de manera casi refleja, dirigió su mirada a su pene, que era largo y grueso y con un glande que se ponía morado.

—¿Tú, qué?, ¿nunca te las meneado? Ja, ja, ja, ja.

La sonrisa sardónica, sus dientes amarillos, el color oscuro de los pelos de su cuerpo, esa mirada de criminal y ese gran falo erecto lo turbaron de una manera que él ni siquiera hubiera podido intuir. Se bajó también los pantalones y en sus zonas erógenas sintió un torrente de fuerza magnánima que sencillamente nunca había experimentado.

—¡Mira, mira a esta!, ¡cómo se la tira!, ¡la muy cerda y puta!

Pero Diego solo se fijaba en el otro chico, cómo marcaba el ritmo de las sacudidas, su lengua saliendo de su boca, ese enorme miembro, ¿qué podía ocurrir si lo sentía dentro de su ser?

—¡Ah!, pues tienes un buen rabo también —decía el Bragas mientras pasaba las hojas de la revista—. Por detrás les gusta más a las gachís, ¡ya verás cuando lo pruebes!

Pero Diego no se fijaba en los cuerpos femeninos. A veces disimulaba, pero no tardaba en fijarse en ese cuerpo que hasta hacía no mucho había simbolizado el pecado y todo lo bajo y vil de la existencia y que, sin embargo, ahora se convertía en un tipo de deseo que, una vez más, ni siquiera él había podido imaginar que existiese en este mundo destinado a la corrupción.

El Bragas eyaculó de manera repetida y fuerte gracias a las fuerzas de la juventud. Fue la primera vez que vio esperma humano. Ese líquido se le asemejó a rayos que surcaban los cielos. Tras acabar la masturbación, el chico se dio la vuelta y Diego pudo ver sus nalgas, ya que andaba con los pantalones todavía bajados. Esto le excitó finalmente hasta que, tras unos segundos más, él también expulsó el semen. Sus piernas se tambalearon y experimentó un placer desconocido, proscrito, pero no por ello menos real. Por un momento comprendió, aunque luego no lo admitiese, que ese placer, al contrario que todas esas historias de santos y vírgenes, era real, real

en el sentido de que él era el protagonista y por una vez no tenía que vivir imitando aquello que hicieron otros. Las gotas cayeron e hicieron ruido. A él le recordaron las gotas de la cera de las velas de las iglesias, que en ocasiones caen al suelo del templo.

—¡Me cago en la puta!, se me ha olvidado traer algo para limpiarme. Mira, es muy fácil. Te coges el rabo, con una mano sujetas y con la otra lo enrollas y vas pasando, y luego tiras la lefa como cuando te mojas las manos y no tienes para secarte.

Al llegar a su casa se encerró en su cuarto, les dijo a sus padres que se encontraba un poco mal del estómago y que quizás luego tomase un yogur. En su cuarto se posicionó en decúbito prono y se encomendó al Sagrado Corazón Inmaculado de María y al Cristo de Medinaceli. Temió que este, la próxima vez que él lo visitara, cobrara vida y lo golpeara como al puerco y pecador que era en esos momentos. Pensó que ya había llegado la hora de utilizar el flagelo y el cilicio, pero tarde o temprano, en el hogar o en el colegio, alguien vería las marcas. Solo le quedaba pasar la noche rezando el rosario y encomendarse a la Virgen para que algo de su pureza prístina le llegara. La confesión con el padre Vidal y sus posibles consejos fueron lo único que lo tranquilizaron. Cayó víctima del sueño unas horas más tarde, y aunque no lo recordó, tuvo sueños en los que penes como el del Bragas lo perseguían a través de un mundo sin religión ni mandamientos.

Al día siguiente, Diego se mostró contrariado y sorprendido. El padre Vidal aceptó confesarlo ante la premura y el agobio que mostró el chico. El chico se sorprendió ante el hecho de que el cura no le dio excesiva importancia a la masturbación en sí, y sí al hecho de que él anduviera con un canalla como Zalve.

—Nunca olvides que somos animales, y por eso tenemos unos instintos, por eso mismo, la gran victoria de la castidad es sobreponerse a esos instintos primarios y animales. En la castidad, el hombre encuentra la dirección a la gloria de Dios. Dicho esto, todos podemos flaquear y, es más, por tu edad es fácil que te sientas indefenso ante ciertos ataques del maligno, ante ciertos ataques de la naturaleza humana, y cuando ocurra recuerda: ¡contrición y propósito de la enmienda! Recuerda la ascesis, el combate espiritual, no podemos ganar todas las batallas, pero tampoco rendirnos. Yo sé que tú nunca serás presa de ese horrible vicio que esclaviza y que es la llave de conductas mucho más peligrosas. Me da casi más miedo que aún sigas yendo con ese rufián.

—Es que me da pena, padre. En el fondo es un desgraciado.

—¡Un desgraciado que ya ves lo que te enseña! No confundas caridad cristiana con estupidez.

—Sí, padre.

—«Cada santo tiene un pasado, eso significa que todo pecador tiene un futuro», ¿sabes quién lo dijo?

—No, padre.

—El santo padre, san Agustín. Bueno, he estado hablando con doña Clotilde sobre tus visitas a la biblioteca.

—Padre, padre…

—Tranquilo, Diego, vamos a mi habitación.

Al subir de nuevo esas escaleras se tranquilizó. Era posible que hubiese sido demasiado duro consigo mismo. Solo su orgullo lacerado y la certeza de que tenía que pasar por las mismas tribulaciones que la mayoría de los mortales le entristecían. Vidal se acercó a la estantería. Diego sintió vergüenza ante las imágenes de la Virgen del Carmen, la de san Ignacio o san Antonio. El cura se dio la vuelta.

—Diego, esto lo hago porque eres alguien especial. Rezo a Dios todos los días para que te conceda el don y la alegría de la vocación. Mientras eso llega, toma.

No podía creerlo. Era un ejemplar de *El martillo de las brujas*, por fin estaba entre sus manos. Sintió una sensación cercana a la gloria mientras caminaba con él por las calles. Puede que, sin su pecado, el padre Vidal nunca hubiera decidido regalárselo; sí, era cierto: Dios escribe recto con renglones torcidos. Su lectura le haría de escudo ante los peligros de la carne, y para ello tendría como ejemplo el ejército de santos de la Iglesia. Todo esto formaba parte de ese plan salvífico de Dios que ya empezaba a conocer.

Lo cierto es que nunca se dio, o nunca quiso, darse cuenta de que sus enemigos sensuales no se originaban en las figuras femeninas, ya fueran brujas o santas, sino en las que eran su contrario y a la par complemento. Quizás su único punto débil era no haber sido nunca tan inteligente como el mismo se creía.

El contacto con los jóvenes de su clase y del colegio, una vez expulsado el Bragas, tampoco le agradaba especialmente, y no le era en absoluto didáctico; o bien eran hijos de papá que nunca habían tenido que preguntarse por nada en concreto de la vida, algo que mereciese la pena, o bien hijos de clase más baja, de un perfil similar al de Zalve, a los que la Compañía aceptaba para que no se diera a entender que solo se ocupaban de los hijos de la gente pudiente. Eso sí, no tenían la conducta zafia y chabacana del Bragas. Antes de que comenzara el curso ocurrieron algunos hechos que animaron a Diego. Rosario había roto con su novio. Al parecer su viaje a París había sido de todo menos iniciático. Como su hermana solo hablaba de las causas de la ruptura en privado con sus padres, no se pudo enterar de qué había pasado concretamente, pero la chica se veía afectada. Se echaba por las tardes en la cama y se ponía a llorar, con la cabeza hundida en la almohada. Macarena entraba con una bandeja y le decía:

—Coma algo, señorita, que no é bueno estar sin comé. ¡Ay! Lo hombres qué guerra dan, con lo que usted vale y lo buena que é.

—¡Pero si ese es un chulo que lleva dos días comiendo caliente! —decía Juanjo con su habitual aire de sobrado.

—¡Haz el favor, Juan José! —decía su madre.

Estas escenas de tragicomedia barata se iban sucediendo por las tardes. Al final, los padres le dijeron que daba igual, que empezase a estudiar la oposición un poco antes o un poco después. Que como había estudiado tanto esos años, que estuviera ahora un par de meses descansando. En realidad, Rosario no era muy guapa; no se parecía a Juanjo, que sí resultaba atractivo por su pelo rubio y sus ojos claros, y tenía un cierto aire a esos galanes de las películas americanas, al vaquero joven que acompaña al más adulto. Ella no tenía un rostro muy equilibrado por tener la mandíbula un poco salida, era también grandota, como Macarena o la novia de Juanjo, pero no poseía curvas que llamasen la atención, ni un rostro refinado, era una de esas mujeres que al ponerse una falda o un vestido dan la sensación de ir disfrazadas o de llevar un uniforme.

En cambio, a Juanjo le iba mucho mejor con su novia. A Diego le caía bastante bien y, aunque eso pudiera parecer sorprendente, se podía entender por el hecho de que, si el noviazgo llegaba a buen puerto, su hermano no tardaría en casarse e irse de casa, lo que significaría la derrota total del Macarena. Además, la chica era muy creyente, le contaba a Diego cómo iba con sus abuelos a las procesiones de Semana Santa y escuchaban las saetas que le dedicaban a la Virgen; esto le agradaba a él, y le mostraba que no todas las mujeres son necesariamente peligrosas, sino que las hay buenas, como santa Teresa o la misma madre de Dios. O como su abuela Trinidad, que desde el otro mundo lo seguía aconsejando…

Una noche de sábado, aprovechando que Juanjo estaba con su novia en casa de unos amigos, se dirigió a la habitación de Macarena. Rosario seguía pasando las horas en su cama en actitud deprimida, aunque había mostrado alguna leve mejoría, y los padres debían de estar en el dormitorio hablando de sus cosas. Golpeó la puerta suavemente para que los demás no pudieran oír, y sin pedir permiso entró en la habitación. Macarena estaba en la cama sentada, adecentándose los pies, llevaba un camisón largo que le dejaba ver ciertas partes de su cuerpo, pero que no era en absoluto insinuante.

—Macarena, ¿puedo hablar contigo?

—Un momento.

Macarena se levantó y sacó una rebeca del armario para ponérsela. Aún hacía calor, pero entendía que no era de recibo hablar así con el señorito Diego.

—Perdona que te moleste, es que quería hablar contigo de un tema.

—Usté dirá, zeñorito.

—Antes que nada, no te asustes, no voy a decir nada a nadie, si te digo todo esto es para ayudarte.

Los bonitos ojos negros de la joven mujer se abrieron como si fueran capaces de captar aquello que no es visible para la mayoría, como si fueran los ojos de una de esas brujas iniciadas que acababan por ser perseguidas y exterminadas.

—Yo sé que tú y Juanjo os habéis estado viendo, y que él a día de hoy te dice que te sigue queriendo.

—Po favó, zeñor Diego, no le diga a nada a los zeñores.

Macarena saltó de la cama y se puso de rodillas como si fuera una penitente. A Diego le hizo gracia esa pose y veía un ejemplo de cómo todos los seres, cuando llega el momento, antes o después, pero indefectiblemente, buscan la piedad de Dios.

—Tranquila, no te apures, antes que nada te quiero decir que no estoy nada contento con la conducta de mi hermano, ya sé que tú le puedes querer y tal, pero en mi opinión creo que él se aprovecha de ti. También me preocupa que padre y madre se enteren de todo esto y que ello, como no puede ser de otra forma, repercuta en la familia. Y luego estás tú, Macarena, que aún eres una niña como yo, y que estás atrapada en este juego de pasiones.

«¿Lo he hecho bien, abuela?». Y aunque no había una respuesta concreta, él estaba casi seguro de que era afirmativa.

Desde ese día y gracias a su habilidad maquiavélica conjugada con el uso de la mentira, Diego fue ganándose la confianza de la muchacha. Para él mentir no era pecado si se hacía con una concreta finalidad, de la misma manera que matar por Dios en determinadas circunstancias era deber del más devoto cristiano.

Retomar sus encuentros con el padre Vidal fue edificante, hasta cierto punto bonito; para el cura, Diego era la certeza de que educar no era solo enseñar cosas; se trataba de moldear a futuros siervos de Dios. Una vez más, el padre le recordó la posibilidad del sacerdocio, pero Diego, que ya era experto en manejar los tiempos del Señor, volvió a decirle que había que esperar a final de año escolar, que ahora lo importante era terminar el curso preuniversitario y que ser sacerdote era algo demasiado transcendental, que él ahora era un niño y que debían dejarlo para dentro de más tiempo.

Fue con el paso de ese tiempo, siempre por venir, que Macarena empezó a depender más y más de Diego. Había encontrado en él un consuelo inesperado, pero al mismo tiempo necesario. La chica, cuando se quedaban solos, le enseñaba las cartas que le escribía a Juanjo, cartas mal escritas cuya letra le recordaba a la suya cuando aprendía a escribir, con notables, a veces cómicos, errores de ortografía. Él le mentía y le decía que estaban muy bien, y le decía

también que lo que se hace con el corazón no puede estar mal hecho. Pero luego pensaba: «¿Has visto, abuela, lo que hemos metido en casa? Y todo porque a la mamá no le gusta planchar ni cocinar, claro, que la culpa no es tuya».

Y así, Diego, sin ruido y sin llamar la atención, como esos inescrutables caminos que el señor dicta desde su omnisciencia, iba cumpliendo su plan.

Capítulo 5
Ira e instrumento de Dios

Entre él y el Bragas se había creado una cierta simbiosis. Por una parte, el mentecato se sentía un tanto superior a Diego, que lo buscase, que estuviera con él, era una afirmación de sus teorías que se basaban en su odio a las clases medias y burguesas, aunque él no era verdaderamente consciente de ello. En el fondo, Diego simbolizaba todo aquello que a él le faltaba: una familia estructurada, medios materiales, un estatus y, ante todo, un futuro. Por ello, en vez de agredir, el convivir era también una forma de venganza. Consistía esta en darle a entender que él llevaba una verdadera vida que merecía ser experimentada; en la que no se pasa el tiempo estudiando para luego tener una familia y una vida plana. Y así, una vez, lo que más se anhela es lo que se acaba odiando. El Bragas seguía trabajando en la farmacia y en el bar, aunque algunas veces le había enseñado joyas y relojes caros. Diego no preguntaba, pero estaba claro que eso lo sacaba de actos ilícitos, y que, si no lo era ya, se acabaría por convertir en un ladrón. A primera vista, las cosas que le enseñaba daban la sensación de ser caras, por lo que la sospecha de que formaba parte de una banda o algo así se acrecentaba. A veces le ofrecía quedar con algunas golfillas del barrio o presentarle a alguna de esas mujeres mayores que eran a los ojos de los demás «señoras bien», pero que luego buscaban satisfacer sus necesidades de forma proscrita, no importándoles utilizar a chicos jóvenes para ello. Diego rechazaba esas propuestas.

—A mí no me hace falta meneármela como a los de mi edad porque tengo gachís, pero si no quieres que te presente alguna, te dejo la revista del otro día.

—No, no, no hace falta —respondía Diego.

—Cuando sea mayor me casaré, pero tendré queridas, por lo menos dos —decía mientras bebía licor dentro de la barra, mientras trabajaba.

Que Diego no quisiera quedar con chicas también le agradaba, ya que lo tomaba como otra razón para sentirse superior a él, y lo volvía a extrapolar a la odiada clase burguesa, que llevan sus vidas de monótona monogamia en sus casas caras, mientras los aventureros como él iban de flor en flor y de cuerpo en cuerpo.

—¿Sabes qué?, el viejo del farmacéutico tiene cianuro en la tienda.

—¿Eso es legal?

—Hombre, si lo tiene alguien de una farmacia, ¡yo qué sé! Se cree que no sé dónde lo esconde, pero lo tengo calado. Eso hay gente que lo compra por mucho dinero.

—¿Y para qué quieres tú tanto dinero? Si ya vives bien con tus cosas.

—¡De mis cosas nada, chaval! No voy a estar toda la maldita vida fregando platos y oliendo a boquerón frito; ni yendo a las casas de los vejestorios. «Aquí tiene sus medicinas, doña Vicenta», doña maldita vieja arrugada que ni te mira a la cara mientras te paga.

—¿Y qué vas a hacer? No tienes estudios.

—¡Qué pesado con los estudios! ¿No te he hablado de Rockefeller?

—Sí, si yo no digo que no haya gente como el hombre ese, pero eso es una minoría. Lo normal es que, si te dedicas a trabajar, no te hagas rico, de ser así habría más ricos que pobres.

—Pues por eso mismo. Le van a dar al bar y a la farmacia. Tengo un conocido que me ha ofrecido meterme en el negocio del contrabando de tabaco, no digas nada. Me hacen falta tres mil pesetas.

—Pero, ¿de dónde vas a sacar tú tres mil pesetas?

—¡Yo eso en dos días lo consigo, ya verás!

Diego no se desesperanzaba, lo único bueno de ser joven y de estar en este mundo era que tenía tiempo, aunque fuera un tiempo viciado. Mientras tanto, seguía elaborando teorías sobre la creación y las cosas. Este mundo había sido creado por Dios, no por un dios menor, como afirmaban los gnósticos. La razón era clara: que cada uno de los seres creados en este mundo demostrara ser merecedor de la salvación. Por ello estaba de acuerdo con el libre albedrío y no creía que esto fuera contrario con la predestinación. Efectivamente, Dios ya sabía quiénes iban a ser salvos antes de la creación, pero eso no era contradictorio, para que todo aconteciera en relación a la elección que cada uno hacía con sus actos. De esa manera, veía que la mayoría de las vidas de las personas eran como el agua turbia que se aboca al sumidero. Incluso veía en la gente creyente serias frivolidades y errores, dando por sentado que su práctica religiosa era más una convención social que

una fe elegida y defendida. Solo veía excepciones que confirmaban la regla, como la de su abuela Trinidad o el padre Vidal.

El curso se fue acercando a su final. Diego seguía sacando notas excelentes y mintiendo a sus padres y al padre Vidal, dependiendo de las circunstancias. Lo mismo hacía con Macarena y con Sergio, aunque todos lo veían como alguien indefenso. Precisamente una tarde de domingo los dos chicos quedaron para hablar de sus cosas. Ese día el Bragas salió de casa con un plan preestablecido. La sensación de que podía corromper a Diego era casi mejor que el hipotético beneficio económico que iba a obtener. En cierta forma, era su victoria final: conseguir que un chico «bien» de clase media alta, y que era reconocido como un ejemplo por los curas, acabara cometiendo un delito, o al menos participando en él. Volvía a enseñar sus dientes amarillos al pensarlo, sus ojos hundidos y su frente amplia. Nunca había escuchado, a pesar de que presumía de su cultura de la calle, que en la vida se es cazador, pero también en muchas ocasiones cazado.

Quedaban en un parque que no estaba muy lejos del colegio. Como hacía ya buen tiempo, la gente iba a pasear, los novios se cogían de las manos y los matrimonios ya consolidados llevaban a sus hijos para que jugasen; a pesar de los avatares de la vida, los jardines del lugar, junto con el andar de las gentes, daban una cierta sensación de armonía.

—Ya sé cómo voy a sacar el dinero y, cuando lo haga, me iré a Barcelona a vivir.

—Pero, Sergio, ¿y tu madre? No le des disgustos, que bastante tiene la pobre.

Al nombrar a su madre, los ojos del muchacho se abrían como si alguien le diera un pellizco en el brazo. La verdad era que Diego no sabía mucho de su familia. Al parecer, él nunca había conocido a su padre, no sabía si era porque les abandonó, o porque la madre se quedó embarazada y el padre no quiso saber nada, a lo mejor se había muerto. En todo caso, nunca hablaban de esto; solo sabía que su madre trabajaba en una fábrica de toallas o algo así, y que los dos vivían con la hermana de esta y su familia, siete personas en total en un piso de reducidas dimensiones.

—¡Mi madre qué! Cuando no teníamos ni un real no le decía nada, ahora me lo compro yo todo, y hasta doy dinero en casa y le compro a veces cosas, ¿sabes?

—Por eso mismo, Sergio; si ahora os van mejor las cosas, aprovecha y sigue.

—Ya te digo que no voy a estar toda la vida: «señorito, señorita, gracias, gracias, perdone, perdone, no le gusta el café, le hago otro»… ¡Le hago otro! ¡El cuello te iba a cortar, malevaje!

Aunque no lo exteriorizaba, a Diego le hacía gracia escuchar el lenguaje soez del cretino; eso sí, había que admitir que distaba de la forma de hablar de Macarena, y era una muestra de que la educación, incluso aunque no consiguiera sus fines, como en el caso del Bragas, marcaba de por vida a las personas. En todo caso, veía en este otro claro ejemplo de cómo el acto sexual es un pecado que de manera colectiva acaban pagando varios actores en la función de la vida.

—A ver, ¿cuál es ese plan genial?

—Te explico. Hay unos tipos que me dan cinco mil pesetas por el cianuro.

—Pero todo el mundo va a pensar que has sido tú.

—Pareces el padre Vidal, el malo siempre es el mismo.

—No es eso, pero lo normal es que se sospeche de la gente más relacionada con el lugar, y tú trabajas allí. Y no te lo tomes a mal, pero no tienes fama de santo ni de ciudadano ejemplar.

—Por eso mismo. Voy a dejar forzada la puerta de la farmacia, para que así parezca que ha sido un robo, ¡si yo fuera quien lo robase no tendría que romper la puerta! ¿No te parece, sabiondo? Luego escondo el veneno y dejo que pasen unos días, me dan el montante y a las dos semanas me voy a Barcelona para que haya menos sospechas. Con ese dinero y lo que tengo ahorrado de trabajar como un negro todos estos meses, me puedo alquilar una casa y empezar en el negocio. ¡Ya verás! De aquí a unos años seré como los gánsteres de las películas de americanos.

—No sé yo, Sergio.

—Bueno, ¿me vas a ayudar o qué?

Era cierto, Dios le guiaba, como guía a sus fieles, incluso a través del desierto. Todo el tiempo de espera en las sombras, llevando esa vida de chico bueno y sencillo, merecía la pena. Experimentó una sensación de bienestar extraña en él. Pensó que todo eso era una prueba de que Dios finalmente le había reconocido como uno de los suyos y que a partir de ahora solo necesitaría seguir sus designios.

—¿Qué quieres que haga?

—Pues mira, yo hago el rollo de forzar la persiana, tendrás que vigilar para que no venga un sereno o un policía. Cogemos el veneno y lo escondemos para que se enfríe.

—¿Dónde vas a esconder eso?

—Pues aquí mismo, enterrado como los tesoros de los piratas. Total, en el peor de los casos lo encuentra alguien y se lo lleva, pero a ti no te pillan, es mejor que guardarlo en una casa. ¡Qué no soy tonto!

—No me parece un plan descabellado.

—Mira, vamos allí.

Comenzaron a andar hacia una zona cubierta por la vegetación, donde se creaba un espacio entre el muro que formaba la rampa por la

cual se accedía o se abandonaba el parque y una zona acotada en la que había árboles pequeños y plantas, y cuyo fin no era otro que disimular ese muro, además de darle colorido agradable al lugar. Era un sitio donde incluso una persona podía pasar desapercibida para los viandantes. Mientras andaban, Diego ya maquinaba su plan, había aparecido de manera clara y precisa en su mente, como si fuera algo que llevara meses incubándose.

«Sí, abuela, has visto cómo merecía la pena esperar».

—Ves, no hace falta ni que cavemos, solo escarbar un poco, detrás de las hojas. Los botes son pequeños, la caja no abulta demasiado. Te doy quinientas pesetas.

«¿Para qué quiero yo quinientas pesetas?». Hubiese sido la respuesta lógica y sincera. Pero los planes de Dios suelen escapar a la lógica del mundo. Tan solo guardó silencio, un silencio casi religioso y monacal que daba a entender que aceptaba todo lo planeado por esa mente sucia y prescindible que lo acompañaba. Se quedaron hablando un poco más y se despidieron.

De vuelta a casa, Diego comenzó a analizar la situación. Era algo sencillo e incluso básico, pero no por ello absurdo. Al parecer, el dueño de la farmacia, que era viudo y sin hijos, se fiaba bastante de sus empleados, incluso del Bragas, por eso, después de hacer la caja para irse a casa permitía que este se quedara en el local, reponiendo o haciendo inventario. El hombre ya estaba achacoso y muchas veces su único fin era volver a casa para meterse en la cama. Pensaba don Amador, que así se llamaba, que lo mejor era traspasar ya el local por no tener herederos, pero la idea de no tener nada que hacer le aterraba. Por otra parte, el Bragas había hecho una copia de la llave de la persiana metálica; además, buscando entre los papeles había encontrado la combinación de la caja fuerte donde Amador guardaba dinero, objetos personales y el cianuro y otro tipo de medicamentos que no era conveniente tener a la vista. La caja en principio estaba oculta tras unos libros gruesos de una enciclopedia médica que el malandrín de su empleado había descubierto. Quizás el único punto débil era el momento y la hora para perpetrar el plan. No podía ser a una hora intempestiva, ya que Diego no podía justificar estar fuera de casa de madrugada. El hacerlo sí que podría hacer pensar en alguna conducta anómala, y, si bien nadie en su casa llegaría a sospechar de la complicidad en un robo, le acarrearía cuanto menos desconfianza, principalmente por parte de sus padres. Quizás a primera hora de la mañana, cuando aún no había mucha gente por la calle. El problema era que don Amador abría él la farmacia, y ver al Bragas por la zona a esas horas no era habitual, ya que no comenzaba su jornada laboral hasta las nueve. Sería mejor hacerlo sobre las diez, o incluso las once, era arriesgado, porque aún había gente por la calle, pero, en principio,

que el Bragas sacara un paquete del lugar no resultaría sospechoso, solo los golpes que había que darle a la verja, y que sin duda serían sonoros, se presentaban como peligrosos para la misión. Tenían la ventaja de que, al trabajar allí, él siempre alegaría que estaba intentando arreglar la puerta que ya estaba rota. Los policías y el sereno que hacían servicio por esa zona lo conocían de vista. Difícilmente asociarían su presencia a cometer un acto delictivo. Por su parte, Diego, con su aspecto de niño bueno repeinado, sus pantalones de pinza y sus camisas a cuadros, daba la sensación de ser alguien correcto, formal; un individuo inofensivo, esa era la cualidad exacta que transmitía a todos los que le rodeaban.

Quedaron en limar fallos y en mejorar aspectos en los siguientes días. Al llegar a casa, Rosario estaba tomando té con su madre en el salón. Aunque le había costado lo suyo, ya estaba totalmente recuperada de su desengaño amoroso. Al verla, Diego pensaba lo estúpida que era la vida. Pretendía por un lado pasarse media vida estudiando para conseguir ser maestra y luego pasar la otra media vida corrigiendo exámenes y enseñándole a los niños las mismas cosas, año tras año, y por otra parte quería estar con un hombre y compartir su vida con él. Pero ¿compartir el qué? ¿Qué iban a compartir si ella iba a pasar tantas horas en una habitación estudiando y luego en un colegio trabajando? Era de esas contradicciones de lo que estaba hecho el mundo, ese mundo creado por Dios como prueba para los mortales y que la mayoría pasaba intentando satisfacer sus vanos deseos.

Macarena pasó por su lado y le tocó de manera afectuosa el pelo, Diego sonrió. Su relación se afianzaba; la chica había encontrado un apoyo a su tragedia vital en el joven Diego, que para ella ya no era ese niño pequeño que conoció cuando llegó a casa de los Novoa.

—¡Qué zuerte va tener la moza que se junte con usted, zeñorito!

«Como dice el Bragas, abuela, esto es para cagarse con la capa puesta», pensaba al escuchar las cosas que le decía la joven.

En cierta forma, era ahora cuando su fe se ponía a prueba. Ser detenido como cómplice de un delito junto a un personaje tan execrable como el Bragas era algo que sencillamente no se podría explicar. Por ello se encomendó más que nunca a su abuela y a sus santos favoritos. Les rezaba con devoción y entablaba con ellos diálogos que en ocasiones duraban horas.

«Yo sé qué al final prevaleceremos, no te preocupes, abuela».

Tenía también una especial devoción por San Andrés Apóstol. Tenía dos estampas que había encontrado en su casa, y que, según le comentó su padre, había sido de su abuela Trinidad.

«Protégenos, Señor, con la constante intercesión del apóstol san Andrés…», repetía con insistencia el joven, pensando que de esa forma

su abuela intercedería ante el discípulo de Jesús y este a su vez ante Dios.

Le agradaba esa cruz en aspas, lo interpretaba como un signo de distinción, él mismo era diferente a toda esa masa de perdición que pululaba por las calles todos los días, a todas las horas, a cada momento. También era muy devoto de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús, abogada de las causas difíciles y desesperadas. Para él, todo en conjunto era una causa desesperada. Era la eternidad lo que estaba en juego, cada paso en falso podía ser más que mortal, podía suponer el castigo eterno. ¿Había, pues, algo más aventurero y serio a la par?

«Acordaos, ¡oh, Nuestra Señora del Sagrado Corazón!, del inefable poder que vuestro Hijo Divino os ha dado sobre su corazón adorable…». Y repetía una y otra vez la oración, que al parecer era sumamente eficaz, y lo intercalaba con esos diálogos particulares con su abuela y con padrenuestros, avemarías y credos.

Pero sin duda era el Jesús de Medinaceli por quien sentía más devoción. Su figura imponente le emocionaba; su piel oscura, su hábito morado, su mano abierta, ¿mendicante o exhibidora de fuerza? Era ese rostro impenetrable el que reflejaba la grandeza de Dios, el temor que se le debe tener como forma de tributo. Era el rostro de su dolor, de su sacrificio, de su pasión.

«Si conviene a tu mayor honra y gloria y bien de mi alma. Amén».

Con la no despreciable certeza de que Dios le guiaría de una u otra forma, decidió aceptar el plan del Bragas. Aunque ya había terminado el curso escolar, ese verano no irían a casa de la abuela, pues está se encontraba delicada de salud. Mientras, seguía viendo al padre Vidal, quien le permitía ir al colegio y acceder a la biblioteca aun cuando esta estaba cerrada, de esa manera Diego podía buscar entre estantería y estantería sin los comentarios prescindibles de doña Clotilde.

—Padre, ¿a veces es necesario hacer el mal para hacer el bien?

—No, hijo mío, el justo nunca se debe apartar del camino establecido por Dios, si haces el mal no sigues el Evangelio, el ejemplo de Dios es muy claro. Recuerda el Libro de los Salmos: «El Señor abre los ojos a los ciegos, el Señor levanta a los caídos, el Señor ama a los justos».

A veces tenía la tentación de comentarle al padre Vidal sus planes. «Sí, abuela, tienes razón, mejor no decir nada».

El caso es que tras unos días todo quedó planificado. El Bragas iría sobre las diez a la farmacia, una hora aún prudencial, entraría con la copia de las llaves, cogería la caja de cianuro y se la daría a Diego, que se iría directamente al parque. Él volvería, pero antes de cerrar daría un golpe fuerte al cerrojo de la puerta metálica y la dejaría entreabierta para aparentar un robo; iría también al parque, pero por

un camino diferente, así, en el peor de los casos, solo cogerían a uno. Ya allí se juntarían y esconderían la caja mortal. Lo cierto es que era un plan simple, pero tampoco parecía ridículo. Por otra parte, cuántas veces no nos fijamos en las cosas. Efectivamente, no nos fijamos en los zapatos de un hombre, cuando muchas veces dicen más que su vestimenta, así lo había aprendido Diego en el infructuoso verano. ¿Quién iba a fijarse en un adolescente que anda por la calle con un paquete? Puede que el estar a esa hora en el parque fuera el punto más débil del plan. Sin duda podría llamar la atención de un policía que hiciera servicio por el lugar, más aún que llevasen ese paquete. ¿Pero era posible trazar un plan perfecto? Además, si todo salía como él deseaba, nada quedaría suelto, todo sería un plan perfecto de salvación.

Mientras que llegaba el día observaba a sus familiares. Sabía que Macarena y Juanjo se seguían viendo. No lo hacían en casa, pero lo notaba en la mirada de pecadora de la mujer. Solo tenía que sacar un tema relacionado con su hermano para que ella bajara un poco la cabeza y, al esconder su mirada, quedase delatada. Él deseaba decirle a su hermano que era un chulo, sobre todo cuando en la mesa hablaba con ese aire prepotente delante de los demás. Le daba pena Ana, sobre todo cuando sonreía y sus mofletes se volvían rojos, con esa cara de muñeca una vez más. Le gustaría decirle que estaba siendo engañada, pero que no debería caer en la tribulación. Que con el paso de los años se convertiría en una mujer con sobrepeso y que su hoy palpable belleza por su rostro joven desaparecería, que al menos disfrutara de esa limosna de la vida que resulta la juventud, pero sin ser engañada.

En su hermana Rosario, que pasaba horas y horas en la biblioteca, veía una reproducción de doña Clotilde. Una mujer fracasada tanto en el ámbito laboral como el sentimental. Esperaba que al menos aprobara la oposición, ya que era complicado que pudiera encontrar a un hombre que fuera mejor que el paleto de su exnovio; mejor en el sentido de persona, pese a ser cierto que este al menos tenía dinero. En cuanto a sus padres, nunca tenía pensamientos específicos sobre ellos.

Finalmente llegó el gran día. Se habían citado solo unos minutos antes para que nadie los viera juntos, al menos ese día. Diego fue antes al colegio y le pidió permiso al padre Vidal para coger unos libros, de esa manera podía alegar que se había quedado un tanto absorto con la lectura, perdiendo la noción del tiempo, cuando llegase un poco tarde a casa. Apenas había comenzado a anochecer, el verano hacía que la gente se resistiera a ir a casa, era normal que pasearan o tomaran algo en una terraza, pero el ajetreo no era el de otras horas. De esa forma, los dos jóvenes pasaban desapercibidos entre los transeúntes, como dos sombras sin cuerpo y sin importancia. «Debe

ser cierto que el mal actúa de esta forma, con sigilo, disfrazándose de la rutina y de lo habitual», pensó Diego.

Se quedó en una esquina esperando, cinco minutos después llegó el Bragas con el paquete.

—¡Vete, vete!

Mientras caminaba en dirección al parque, comprendió que su vida comenzaba a tener un verdadero sentido. Se sintió por primera vez un hombre mientras andaba, era a su destino a donde se dirigía y nadie se percataba; era cierto, quién se iba a fijar en alguien que va por la calle, uno más entre la muchedumbre. El Bragas llegó antes que él, se dirigieron a la zona donde debían enterrar la caja. Apenas se les podía percibir, tapados por hojas y ocultos en la gran extensión del parque. Mientras escarbaba en la tierra y volvía a sonreír, de nuevo mostrando esos dientes amarillos y su efigie típicamente semítica, fue cuando Sergio sintió el golpe que le afectó al cuello y le generó una sensación de ahogo que incluso le impedía gritar. Diego le dio la vuelta, lo tenía de frente; lo vio levantar la mano derecha, quizás como un gesto de piedad o de incredulidad, y entonces comenzó a golpearle con el martillo que llevaba escondido en su pantalón. Si el Bragas hubiese sido una persona observadora, hubiese notado que Diego siempre iba bien vestido con la camisa por dentro, pero que hoy la llevaba por fuera. Lo siguió golpeando en el rostro y en el cráneo. Era la fuerza de los mártires la que actuaba a través de él. Había tenido muchas dudas, cuando leía libros en la biblioteca, cuando dialogaba en su casa con los santos, cuando se postraba ante el Altísimo. Pero ahora todos esos miedos se habían disipado; no estaba siendo tan complicado como esperaba. Tras más de treinta golpes, el rostro de Sergio Zalve había quedado desfigurado, si bien aún se podía intuir en uno de sus ojos esa mirada de rufián que a algunos les acompaña toda la vida, incluso después de muertos.

Huyó rápidamente, tiró el martillo en la primera papelera que vio. Luego sacó unos pañuelos desechables que su madre le solía comprar habitualmente y se limpió la sangre. Por suerte, apenas tenía, un poco en la manga derecha, un poco también en los guantes que se había puesto para perpetrar el crimen. Unos guantes que su padre le había regalado, entre otras cosas, cuando cumplió quince años, y que nunca se había puesto. Los limpió también y se los guardó. De esa forma llegó a casa, teniendo a la, ahora sí, noche como único testigo de su acción. Mientras, el cuerpo del Bragas yacía en el suelo, junto a la caja del cianuro, sin que a nadie en ese momento le importara.

—¡El zeñorito ya ha llegao —dijo Macarena al verlo en el pasillo, tras escuchar el ruido de la puerta al cerrarse.

Diego fue directamente a su cuarto, se cambió y enrolló la ropa usada, para dirigirse luego a la cocina, donde la colada del día

siguiente esperaba. Era difícil hacer un cálculo, pero habitualmente Macarena hacía la colada por la mañana, por lo que podía dejar las prendas sin levantar apenas sospechas, ya que era habitual que los miembros de la casa fueran dejando la ropa sucia en el cesto hasta que este estuviera rebosante. En cambio, los guantes los guardó, ya que no era normal que los lavase, posteriormente los limpiaría a conciencia. Los escondió en el mismo lugar donde escondía las fotografías pornográficas del Bragas. En principio, el plan había funcionado, solo había que esperar. No sabía si esconder de forma separada o juntas las dosis del veneno que se había llevado. Se decidió por esto último, guardándolas en una vieja caja de costura de su abuela Trinidad. Su padre y su hermano jamás la abrirían; su hermana y su madre no habían cosido un botón en su vida, y Macarena utilizaba una propia, no se atrevería a abrir la de la señora Trinidad.

Capítulo 6

El incomprendido camino hacia la santidad

Fue el propio Diego quien enseñó la noticia a sus padres.

—¡Pero Diego! ¿Cómo podías ir con ese delincuente? —dijo su madre.

—Ya lo sé, mamá, pero conmigo se portaba bien, me daba un poco de lástima, porque en el fondo era un desgraciado.

—Mujer, ya verás como así aprende de estas cosas y no lo hace más, aún es casi un niño —dijo su padre.

La noticia relataba cómo el cuerpo sin vida del Bragas había aparecido en el parque, encontrado por un usuario al que le llamó la atención el olor que provenía de esa parte del lugar. Al parecer, ya tenía abundantes insectos y gusanos, cosa natural por el sitio en el que estuvo varias horas postrado. Los periódicos incidieron en la condición de delincuente reincidente y vulgar del finado. Al parecer, ya había sido detenido en otras ocasiones por hurtos y por alguna pelea, por lo que tenía pendiente una pena de presidio que tenía que cumplir de forma inminente, de ahí sin duda sus prisas por marchar a Barcelona. Al parecer, según el periódico, todo el asunto se resumía en un ajuste de cuentas. Sin duda, el ratero había aprovechado su trabajo en la farmacia para cometer el robo, luego debió de haber una discusión por

el tema del dinero y el veneno, que desembocó en una pelea con el final trágico conocido. El miedo, o la presencia de algún posible testigo por la zona hizo que la mayor parte del veneno se quedase junto al muerto, solo faltaban algunas dosis. La prensa le dio una cierta cobertura al asesinato, ya que este tipo de noticias provocaban morbo y atención, pero ante la falta de pruebas y novedades, pasado un mes el suceso se olvidó. El verano estaba próximo a su ecuador. Cuando Diego miraba la caja de la abuela Trinidad, esa sensación, la de que su alma quería escapar de su cuerpo, se repetía, y era este el único placer que conocía y esperaba.

Fue una mañana de agosto. El cielo claro y el calor aún no agobiante invitaban a hacer grandes planes y, como es habitual, la gente vivía sin percatarse de la levedad de la existencia, solo lo suelen hacer cuando la tragedia les golpea, como era ahora el caso. Al salir de su habitación, escuchó los sollozos que ya eran audibles desde su cuarto, pero ahora los podía percibir de manera clara, como una especie de melodía que sonaba en sus oídos, melodía sacra y etérea que simulaba la eternidad.

—¡Diego, vete a tu cuarto! —exclamó su madre.

Pero Diego no se marchó. Continuó andando, y cada paso era una huella de perfección, una materialización de todas esas horas de oraciones y jaculatorias que había declamado con la fe de los justos. En la puerta de la habitación estaba su padre, mirando con cara de incredulidad, incluso en este momento daba la sensación de representar esa frialdad que toda su vida había tenido, ese papel de padre y trabajador que lleva el dinero a casa y le narra cuentos a sus hijos antes de acostarse. Esa seriedad artificiosa de la que él nunca había aprendido nada. Y, en una silla, ya dentro, al lado de la cama, su hermano llorando.

—Yo la quería, ¡Dios mío! ¡Yo la quería!

Fue quizás el único momento en que percibió en su hermano, del cual tampoco había tenido ningún referente, una verdadera sinceridad. Lloraba como un niño, y extendía sus brazos, pero sin llegar a tocar el cuerpo. Rosario se había metido en su cuarto como otras veces y se había puesto a llorar como una plañidera. Era su madre la que demostraba tener más valor, como suele pasar con las mujeres en los momentos desesperados; hablaba con la policía por teléfono en esos momentos.

Diego se fue a su cuarto tras ver la escena. Siguió escuchando los sollozos inútiles de su hermano, y las frases absurdas de su padre que invitaban a la tranquilidad; desde lo lejos se oían los lloros de Rosario. Minutos después hizo acto de presencia la policía y un poco después la comitiva judicial. Se había plantado también en el lugar el juez de guardia, por tratarse de una chica joven cuya muerte no certificaría un

médico.

—¡Qué pena, una chica tan joven! —dijo el juez.

—Debe de haber una razón por la que Dios permite estas cosas, ¡pero a veces es tan difícil comprenderlo! —dijo la madre.

—¡Ha sido todo por mi culpa! ¡Yo la he matado!

—Juan José, ¡por el amor de Dios! Esto no ha sido culpa tuya.

—¡Pero yo la quería y nunca tuve el valor de decíroslo. ¡Yo la he matado! ¡Yo la he matado!

En principio no había mucho que investigar. La carta donde la joven confesaba que su amor imposible la había llevado al suicidio, el bote de cianuro en la mesa. La relación clandestina que el propio hombre había confesado. Cuando bajaron el cuerpo de la joven envuelto en una de esas bolsas grandes donde se meten los cadáveres, la madre se derrumbó definitivamente y comenzó a llorar. Juanjo se giró y dio un fuerte puñetazo en la pared que sonó de una forma hueca, vacía y derrotada. En cambio, Diego, al ver ese cuerpo que ya solo era carne sin vida, experimentó un éxtasis final, silencioso y victorioso que nadie podía sentir, nadie que estuviera con él, en el mundo material, pero sí muchos otros en el verdadero: su abuela Trinidad, san Andrés y el resto de sus santos predilectos. Su epifanía había terminado, o, por el contrario, ¿acaso no había hecho más que comenzar?

El entierro de Macarena en su pueblo fue especialmente triste. Juanjo se negó a ir y Diego se quedó con él. Era una pena no poder asistir, hubiese sido un gran colofón; por otra parte, no era conveniente llevar la contraria a Dios, ya que todo había salido de manera casi perfecta. Había eliminado a esos dos seres prescindibles que ensuciaban la creación, cada uno de ellos por diferentes motivos, pero así eran los planes del Señor. Después de todo, no había sido tan complicado. Falsificar la letra de Macarena le llevó un tiempo, pero con dedicación y esmero logró hacerlo de manera más que aceptable. Era más que posible que un grafólogo lo descubriese si el caso hubiese despertado alguna sospecha, pero este ya estaba archivado.

—Yo tó los días me tomo un vazo con agua y zumo de limón de un sorbo ante de acostarme, de un zorbo, que azí entra mejó. Luego te depiertas al día siguiente, vas al baño y etás fenómeno, me lo dijo mi abuela que vivió má de noventa años. Tenía que hacé lo mismo, zeñorito.

Era posible que ese día el trago le resultara un poco más amargo por el cianuro. Los limones esos días estaban muy verdes. En todo caso, no tardaría más de diez minutos en ir quedando poco a poco paralizada por dentro hasta morir. Si se durmió pronto es probable que ni se diera cuenta. Lo que más le inquietó fue escribir la carta donde la joven confesaba que el amor proscrito entre ella y su

hermano la había llevado a un estado de desesperación insoportable. Le era complicado reflejar cómo una persona casi analfabeta que escribía como un niño de siete años podía expresar algo así. Se preguntó si debía reflejar su forma de hablar, qué palabras, o incluso qué faltas de ortografía, utilizar. El hecho de haberla ayudado a escribir esas cartas le sirvió bastante. Los padres de Diego las habían encontrado entre sus cosas, él mismo las había dejado para que fueran descubiertas, ya que esto daría más credibilidad al asunto. Los padres decidieron no enseñárselas a Juanjo para no causarle más dolor, al menos por ahora. Tras analizarlas durante horas, logró hacer un trabajo eficiente.

«Sí, abuela, yo creo que así queda mejor».

Decidió tirar una de las dosis del veneno, y guardar otra por si surgía alguna emergencia, junto a las fotografías pornográficas, como era ya costumbre. Un día, cuando estaba solo en casa, las reunió todas y las quemó. Al ver los cuerpos de las mujeres consumirse se acordaba de Macarena, ahora a ella le pasaba lo mismo en la tumba. Toda su juventud finalmente había resultado estéril. Al ver el fuego triunfar sobre el papel que representaba la carne, sus ojos se abrían como si fuera un inquisidor triunfante ante la hoguera.

Capítulo 7
Teofanía final y encuentro con el Señor

Comenzó Diego el primer curso universitario. Se había decidido por la Ingeniería de Caminos. En la casa, el golpe por la muerte de la chica aún era latente. Los padres no habían contratado aún a ninguna sustituta y, como ninguno de la casa tenía mucha pericia en hacer las labores del hogar, era palpable un cierto desorden y las comidas se tornaban más sencillas.

«Ya ves, abuela, ni Rosario ni tu hija se aclaran con las cosas de la casa. Y eso que madre te tuvo a ti de ejemplo. Así va todo en la vida».

La experiencia en la universidad le era bastante indiferente. El nuevo ambiente no le decía nada en particular. Llevaba pocos días y no había intimado con nadie en especial, no había visos de que esto cambiara en el futuro. Sacaría buenas notas para que sus padres no lo molestaran, y porque, aunque este mundo fuera copia inexacta del

verdadero, siempre era mejor tener un buen trabajo que ser un mindundi. Por ello no le importaba pasar horas estudiando. En casa las cosas eran tristes, un poco menos grises que un cielo melancólico. Rosario seguía con sus oposiciones, la falta de actividad unida a su tendencia al dulce le había hecho engordar, parecía que su metamorfosis en un ser análogo a doña Clotilde avanzaba, de forma pausada, pero a la par inevitable. Juanjo había dejado a Ana y se había convertido en un tipo taciturno. A veces soltaba exabruptos, como que nunca más se enamoraría y que nunca más amaría a una mujer. Diego esperó en su día que la muerte de la chacha lo acercara a Dios, pero no solo no lo había hecho, sino que incluso a veces lo culpaba de sus desgracias, cosa que le entristecía.

«¡Qué habré hecho yo para tener un hermano así!».

En cuanto a sus padres, seguía sintiendo la habitual displicencia que siempre había caracterizado su conducta hacia ellos. En ocasiones la colada salía mal, con alguna camisa descolorida, por ello los padres decidieron que era necesario contratar a alguna mujer para que se encargara de las labores del hogar.

«A ver si han aprendido y traen a una mujer mayor; ya solo falta que traigan a otra golfa».

Aunque ya no formaba parte del colegio, Diego seguía teniendo un contacto continuo con el padre Vidal, y dialogaban sobre teología. Pese a su triunfo incontestable, el chico se encontraba un poco vacío, no poder compartirlo con nadie resultaba frustrante. Es verdad que pecaba de vanidoso, pero él mismo se reconocía aún como un ser imperfecto. Pensaba que quizás confesar los hechos al padre sería una buena idea. En todo caso, el secreto de confesión le eximiría de una posible denuncia; era obvio que Vidal nunca lo rompería. Sentía curiosidad por saber su opinión.

Fue así como una tarde de viernes se dirigió a la iglesia de la Compañía de Jesús, donde podría encontrar al religioso. Siempre estaba ese día por la tarde porque preparaba cursos prematrimoniales. Diego entró en la iglesia con un pretendido aire de santidad. Sentía que el tiempo que le quedaba de vida pasaría relativamente rápido, sería uno de esos mártires que no tuvieron necesidad del sacrificio. ¡Oh, sí! Él sacrificaba todas esas cosas tras las que la gente corre y por las que está dispuesta a pasar años de su vida estudiando, trabajando: la compañía de una hembra, el tener un techo, eso que decía su padre «ser algo en esta vida». Por suerte había escapado de ese modelo mediocre de la especie humana. Se sentía ruborizado cuando era escoltado por los santos y las vírgenes de la Iglesia, y allá, a lo lejos, el Altísimo, siempre triunfante, esperándolo.

—¡Hola, Diego!, ¿qué haces por aquí?

—Perdone, padre, ya sé que ahora tiene lo de los cursos y tal, pero

me gustaría que me escuchara en confesión.

—Diego, Diego, ¿qué pecados vas a tener tú? Si eres un santo en vida.

—Quería comentarle una cosa que hice hace tiempo.

—Vale, espérame en la zona del transepto. Cuando acabe con lo que estoy haciendo te confieso.

Diego se sentó. Justo al lado había una representación del Cristo de Medinaceli, probablemente su mejor amigo, con permiso de san Andrés o el padre Vidal. Al mirar su piel oscura y su mirada imponente se tranquilizó, era esa imagen un resumen de todo lo telúrico, espiritual e incognoscible que se manifiesta en ocasiones en la creación, pero que la mayoría obvia. Estaba seguro de que el episodio de la masturbación ya quedaba olvidado, que lo que él hacía era algo más que un simple acto de penitencia.

Vidal llegó unos veinte minutos más tarde. Le dio un poco de prisa al joven, principalmente porque supuso que a Diego le inquietaría algún hecho sin excesiva importancia. Fue así como Diego le contó, con todo lujo de detalles, lo que había realizado en esos últimos tiempos. Mientras hablaba y hablaba, apenas podía distinguir, por la rejilla del confesionario, el rostro del padre Vidal. Este abrió la puerta del confesionario de manera rápida, y de manera aún más rápida salió de allí. Su expresión era la misma que la que tiene una persona cuando ve al mismísimo Satanás.

—Diego, vamos ahora mismo a la sacristía.

De esa manera, las siluetas de los dos hombres desaparecieron de la iglesia, quedando esta vacía, solo poblada por las miradas exaltadas, así como por las representaciones, a veces en éxtasis, otras en actitud cotidiana, de los santos y mártires.

—Pero, Diego, ¿cómo has podido cometer actos tan impíos y reprobables?

—Yo creía que actuaba bien, padre.

—¡Pero ¡cómo vas a actuar bien! Matar a dos personas, y una de ellas una pobre chica que no había hecho mal a nadie.

—Usted me dijo una vez…

—¡No te atrevas a meterme en esto! Escucha, tienes que hacer una fuerte contrición, arrepentirte de los pecados que acabas de cometer, y la mayor muestra de arrepentimiento es confesar a las autoridades los crímenes que has perpetrado. Si no fuera por el secreto de confesión, ¡yo mismo iría ahora a la policía!

Finalmente se había quedado solo, solo en esa tierra imaginada. El que había sido su mentor le fallaba de forma estrepitosa. Fue reflexionando. El hecho de que ni siquiera el padre lo entendiese era una muestra, paradójicamente, de que era uno de los elegidos para ser salvo.

A pesar de todo, la relación con Vidal no llegó a romperse. Lo visitaba de forma periódica; este le insistía en su confesión, y Diego le iba dando largas, pero, por otra parte, le apremiaba en que aceptar el sacerdocio sería una forma definitiva de penitencia. El padre Vidal le recordaba que ante todo tenía que pagar su deuda con el mundo, y que luego tomar los hábitos podía considerarse incluso un ejemplo de que el perdón es posible. Se preguntaba Diego dónde había quedado eso de la justicia divina sobre la mundana.

Los lunes, miércoles y viernes quedaban en la habitación del padre Vidal. Allí rezaban el rosario y meditaban sobre algún pasaje de la Biblia o alguna obra de algún doctor de la Iglesia. Todo ello con la voluntad por parte del padre de que el joven recapacitase sobre las consecuencias de los funestos actos de los que era responsable. No podía hacer otra cosa, ya que el secreto de confesión le obligaba.

Los curas solían cenar en sus habitaciones. La cocinera que tenían contratada les dejaba la cena sobre las siete y media, y cada uno la recogía y se la calentaba según los gustos. El padre Vidal, que iba después de los rezos del rosario para atender a una señora enferma, le pedía a Diego que le trajese la cena a su habitación. Como Diego era ya un habitual en el colegio y todos daban por sentado que tomaría los hábitos, la gente se acostumbró a su presencia por las estancias del edificio que no eran de uso común para los alumnos.

—Quédate rezando un padrenuestro, un avemaría y un credo. Yo me voy ya, para estar un poco con la pobre mujer. Recuerda, Diego: «Cada vez que lo hacéis con uno de vuestros hermanos, también lo hacéis conmigo».

Fue estando ya cercano el otoño, cuando las hojas empiezan a caer y el cielo adquiere ese color cobrizo. Su cuerpo apareció a los pies del Altísimo, ese al que tanto había rezado. Fue el propio padre Vidal el que entregó la carta a sus padres. En ella relataba cómo había ideado y llevado a cabo los asesinatos. Y cómo también los remordimientos lo habían destruido por dentro todo este tiempo; quiso morir a los pies del Señor como última forma de pedirle perdón.

A Vidal no le costó mucho falsificar la letra de Diego, tenía decenas de exámenes hechos por él, conocía su forma de expresarse, solo tuvo que inventarse una historia que relatase la forma en que Diego le había dejado la carta donde lo confesaba todo, y que pareciera que él había dado con ella una vez ya cometido el suicidio. También se había escondido dentro de un armario, igual que había hecho Diego en su día. En el armario de la cocina, mientras que Diego rezaba las últimas oraciones de penitencia. No tardó mucho en intentar envenenar la comida del cura, al tercer día, como cuando resucitó Cristo. Le daba miedo que el sabor a almendras amargas hiciera sospechar al cura, por eso lo distribuyó bien entre la comida, el aceite y el vinagre. El padre

Vidal siempre decía que no era bueno comer mucho, que hay que acostumbrar al cuerpo a que no pida, por ello solía cenar ensalada y hervido o pescado a la plancha, puede que por esto tuviera, al igual que Diego, ese aspecto enclenque.

Una excusa al siguiente día en forma de virus estomacal que le hizo cenar solo un yogur y el correspondiente fingimiento bastó para que Diego diera por truncado su plan de forma temporal, pero también para que no sospechara. Era cierto lo de que, en el fondo, nunca fue tan inteligente como él mismo se percibía. Lo que sí que cambió fue el veneno, utilizó arsénico. Por qué un cura tiene arsénico sin duda es un tema que invita a la reflexión. Una burda historia de la carta donde se explicaba que el Bragas conseguía varios venenos para sus tejemanejes lo arreglaba. El arsénico no tiene sabor y actúa también rápido. En ocasiones Diego merendaba con el padre antes del rosario. Un café con leche con algo para mojar y luego, tras acabar el café, un largo trago a un vaso de agua que terminaba por vaciar. Era ritual asentado que él tenía y fácilmente observable para una mente vigilante. Había cometido el error de examinar a los demás, pero no a sí mismo.

—Bájate a la iglesia, reza un poco y vete ya.

Al salir por la puerta, el padre le dijo:

—Diego, recuerda: nunca sabemos cuándo nos podemos reunir con Dios, nunca es tarde para arrepentirse, su bondad es infinita, ahora vete, rápido, termina tus oraciones.

Los padres de Diego nunca se recuperaron de la muerte de su hijo pequeño. Siempre estuvieron bordeando la depresión y sus vidas se tornaron como ese cielo gris melancólico que ya se ha nombrado. Rosario dejó la oposición, comenzó a trabajar en una biblioteca municipal por intercesión de su padre; engordó mucho, ya que intentó olvidar los dramas pasados con la comida. En cuanto a Juanjo, se volvió definitivamente un tipo solitario y narcisista que trataba a las mujeres como objetos meramente sexuales y a las personas en función de lo que le podían aportar.

Cada cierto tiempo los padres ofrecían una misa por el alma de Macarena y de Diego. Cuando esta finalizaba, el padre Vidal se acercaba a ellos, les cogía de la mano y les decía:

—Seguro que Dios ha perdonado a Diego, y que ahora Macarena y él están en su gloria, sentados ambos a la diestra del Padre.

MIL OJOS TIENEN LAS TINIEBLAS

Estamos huérfanos, sin padre, nuestras madres son como viudas.
Libro de las Lamentaciones 5-3

«¿Qué es la verdad?» es una cuestión fundamental.
Pero ínfima comparada con:
«¿Cómo soportar la vida?». La cual palidece al lado de esta:
«¿Cómo soportarse?».
Esa es la pregunta capital a la que nadie puede responder.
Emil Cioran

Cómo me quitas la portada? ¡Y ni una puta foto mía en el artículo!

—En primer lugar, no me grites; en segundo lugar, se lo dices al director, que es el que lo ha decidido, ¿vale?

El primer interlocutor se fue diluyendo por el pasillo, murmurando y maldiciendo, hasta que dejó de ser perceptible para el resto de los miembros de la redacción; la otra parte, la redactora jefe, se quedó mirándolo, siguió haciéndolo incluso cuando su cuerpo ya se había introducido en el pasillo y no era visible, pero en ningún momento cambió su expresión, una expresión que combinaba el asco y el odio, y que no era fruto del momento, sino de años de contacto con el hombre, de compartir los mismos espacios, las mismas horas y de ser colegas de profesión. Suele ser igual de complicado acabar aceptando tanto lo extraordinario como lo habitual.

—¡Tres meses en el puto pueblo, rodeado de paletos y de tarados, y me metes el artículo en páginas interiores sin reportaje fotográfico!

—¡Dos años, Ricardo, dos años! El niño tenía dos años. Las asociaciones de defensa de la infancia, los programas de televisión, el Gobierno, ¡todos nos iban a crucificar! Además, estos rollos de

poseídos ya están más vistos que el tebeo; la gente ya está harta de niños que se cagan en Dios, echan espuma por la boca y dicen palabrotas.

—¡No es lo mismo, el exorcismo lo realizó un cura católico y los padres acabaron matando al niño!

—Pero no podemos poner imágenes del cadáver, Ricardo. En redes sociales podemos poner algunas de las grabaciones, pero no cuando el niño colapsó. Y, ten cuidado, un día te acusarán de ser cómplice o de omisión del deber de socorro, a otros ya les ha pasado.

—Yo llamé a la ambulancia en cuanto la cosa se puso mal, y a la policía, no podía evitar que lo hiciera; si yo soy culpable, las autoridades también lo son. Yo mismo avisé de la peligrosidad de estos actos y nadie me hizo caso.

—Por eso no te meten mano, haces bien en remarcarlo en el artículo.

El hombre, que terminó por ser conciliador, era el director de la revista, que se centraba en temas de sucesos, preferiblemente morbosos y «exóticos», sin llegar a dedicarse a temas paranormales, pero que bordeaba el asunto, dando explicaciones en absoluto científicas, y las menos de las veces serias de casos de asesinatos o desapariciones.

—Venga, tómate una copa. —El director se acercó al mueble bar y preparó dos vasos anchos de *whisky*, solo con dos hielos, le gustaba escuchar el ruido de esos hielos al caer en el vaso y juntarse con el alcohol—. Estás perdiendo tu talento, Ricardo. Tres meses rodeado de chiflados religiosos para un reportaje, que no es malo, pero que no ofrece nada nuevo; entiéndeme, no se trata solo de tener talento, se trata de saber aplicar el talento en el momento dado. Ya te he dicho que la gente está hasta la polla de exorcismos y de tipos pirados; lo que quiere es que un tipo normal como ellos meta a uno de sus hijos en la lavadora y le dé al centrifugado, es eso lo que busca. Que haya locos es lo habitual, la gente quiere locos como ellos para poder decirse a sí mismos que no son tan malos.

El director era un tipo bajito con cara de bibliotecario, ni siquiera había estudiado Periodismo, por eso estas lecciones improvisadas hacían que el otro hombre, lejos de aplacar su ira, se pusiera de peor humor.

—¿Y de qué quieres que hable?, ¿de travestis que se la menean a un cura y luego le roban la cartera? ¿Es eso lo que quiere oír la chusma?

—Esa chusma es la que compra nuestra revista y la que paga nuestros sueldos. ¿Has escuchado lo del tipo de la gasolinera de la A3?

—Sí, le dieron un palo y se lo cargaron, serían unos yonquis que irían desesperados, lo de siempre.

—Ven, ven, Ricardo. —Al reírse, como era el caso, el director adoptaba una efigie inquietante, y su aspecto, en principio poco amenazador y vulgar, se tornaba algo siniestro. En el fondo era un tipo resentido, por eso buscaba diferenciarse. Llevaba unas gafas de cristales redondos, propias de otra época y solía vestir con tirantes, una prenda ya muy en desuso—. Esto ocurrió hace diez días. Ayer, justo cuando se cumplieron los diez días, mataron a una pareja de ancianos a diez kilómetros del lugar.

—Y dentro de diez días, por cojones, alguien morirá a diez kilómetros de donde se murieron lo viejos.

—¡Calla, coño! En los dos hechos han visto a escasos metros del lugar del crimen un camión, un remolque de un camión, de color negro como la noche.

—En una carretera hay camiones, en una mezquita moros, en una iglesia cristianos y en una casa de putas, pues eso, putas.

—Sí, pero el camión estuvo parado justo enfrente de la gasolinera y de la casa de los ancianos y luego desapareció. La policía ha intentado identificarlo y no lo han conseguido, nadie sabe nada…

—¡Pero qué cojones me estás contando!, ¿que un camión fantasma va por las carreteras y va matando a la peña? Y que del camión se baja el conde Drácula…

—Es algo nuevo, Ricardo, no siempre la misma historia de borrachos que venden a sus hijas por mil euros, ni el padre de familia encocado que se vuelve esquizofrénico y le mete una puñalada a su vecina. Ya lo estoy viendo: el diablo motorizado, ¿quién se esconde tras los terribles crímenes del pasajero nocturno?

El empleado bebió del vaso. Quizás el hecho de que su rostro siempre desprendiera una sensación desagradable hiciese más complicado saber qué pensaba en cada momento, o si estaba más enfadado de lo habitual. Se mantuvo en silencio.

—Además, la policía no ha dicho nada, igual ya saben algo, pero por lo que tengo entendido no tienen de dónde ir tirando. Por eso te lo puedes tomar como un caso de investigación, si luego le quieres dar un toque literario, vale, pero sin pasarte, ya hemos tenido bastantes poseídos y brujos estos meses. Además, como te has pasado estas semanas en un pueblucho, ya estás acostumbrado a la vida rural, ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Su risa era estrafalaria e infantil, como la de un niño o un borracho, y ante todo era molesta, pero una vez más, se calló; era el jefe, y aunque no lo iba a admitir en público, él no estaba ni de lejos en su mejor momento.

Al día siguiente se levantó temprano. Vivía en una casa grande que había heredado de sus padres en el centro de la ciudad, la cual siempre tenía un aspecto desordenado sin llegar a dar sensación de suciedad, principalmente porque una asistenta iba tres veces a la semana. Lo primero que hacía tras levantarse era encenderse un cigarro. Luego iba al baño y se quedaba mirándose al espejo. Lo cierto era que las posibilidades de actuar ante sí mismo no eran muy variadas. Desde antes de los treinta años era calvo. A veces iba a nadar o montaba en bicicleta, lo que le permitía no engordar por la vida sedentaria que muchas veces tenía en el trabajo, pero en todo caso su cuerpo era flácido y su vientre prominente, por ello una posible depilación de su vello corporal no aumentaría en absoluto su atractivo; además, así como no tenía pelo en la cabeza, era muy velludo en las partes restantes del cuerpo: los brazos, el torso, la espalda, la nuca, e incluso las orejas. La única alternativa era retocarse una barba que solía llevar descuidada, en la que se mezclaban los pelos negros y canosos. Debido a que era de baja estatura, la barba le daba un aspecto más adulto, si bien era cierto que, más allá de consideraciones estéticas, no se afeitaba por vagancia. Luego se lavaba los dientes y bebía agua. Siempre vestía de una forma bastante homogénea: con pantalones vaqueros, zapatos, camisas a cuadros o lisas y debajo una camiseta monocromática sin adornos en el cuello. Las camisas se las solía remangar, ahora que la primavera acababa de empezar y aún el frío podía hacer acto de presencia, pero también lo hacía en verano, por alguna razón no le gustaba llevar camisas de manga corta ni por fuera del pantalón. Tras ducharse, vestirse y beber agua, bajaba a la calle donde compraba la prensa en un quiosco; solía comprar tres o cuatro periódicos y se pasaba un buen rato hojeándolos en una cafetería a la que solía ir a desayunar. El hecho de que no tuviera pareja ni hijos, pocos amigos y que el contacto con la familia que le quedaba fuera casi inexistente contribuía a que estos rituales, no especialmente sofisticados, pero tan serios y profundos como cualesquiera otros, se pudieran llevar a cabo de forma disciplinada.

Era una de esas cafeterías de bollería con una calidad un poco superior a la que se puede encontrar en los supermercados, que ofrecía también almuerzos en barra y en la mesa. Por su profesión debía viajar con asiduidad, esto hacía que fuera un experto tasador de la calidad del café y había llegado a la conclusión de que el de allí la tenía aceptable. El local, con una barra espaciosa y mesas al fondo, no estaba decorado de forma llamativa, ni pretendía ser atractivo, solo ofrecía una comida o una bebida rápida en una zona de la ciudad en la que, por un motivo u otro, la mayoría de los habitantes tenía prisa, ocupaciones y necesidades que en ese momento exacto no dejaban

espacio para la ociosidad. Siempre pedía lo mismo, por lo que directamente se sentaba en una de las mesas y las camareras, que eran todas mujeres, se disponían a prepararle las cosas. A pesar de su aspecto nada atractivo, y de no ser una persona especialmente educada, tenía una relación de amistad con las camareras, y, si el trabajo lo permitía, hablaba con ellas.

—Qué tal, Karen, ¿te fuiste a Colombia a ver a la familia?

—No, Ricardo, hay que ahorrar un poco más, que el viaje cuesta mucho dinero.

—Cásate con un español y dile que la boda se celebre allí, ja, ja, ja, ja.

Era normal que, para acabar una conversación, hiciera algún comentario con sorna con el fin sentirse superior. Era por esto principalmente que acababa siendo un tipo desagradable, cínico y en ocasiones repugnante. Contribuía también su aspecto físico, pero como este, pese a ser desagradable, no era en absoluto intimidante, la gente no terminaba de considerarlo peligroso, sino alguien que en el fondo era merecedor de lástima.

—Contigo, contigo me voy a casar.

Las camareras eran todas sudamericanas, menos una que era de Marruecos. Vestían de negro y llevaban el pelo recogido, lo que contribuía a que su aspecto no fuera atractivo, y de hecho ninguna era especialmente guapa, pero estaban entradas en carnes y tenían curvas generosas, lo que despertaba, entre cafés y tés, pensamientos libidinosos en los clientes.

Los periódicos no hablaban casi del tema. Aún nadie se atrevía a afirmar que hubiera un nexo causal entre la presencia del camión negro y la muerte de esas personas. En cuanto a la precisión temporal, sin duda era motivo de atención, pero ese tipo de coincidencias se pueden encontrar fácilmente si se buscan. Los videntes, los timadores de las sectas, los fanáticos religiosos… utilizaban estas coincidencias para sus fines, que no eran otros que sacarle dinero a la gente, o bajarle las bragas o los pantalones, según los gustos. Él había tratado mucho a ese tipo de personas a lo largo de su carrera; los conocía bien, y su conclusión era que, en el fondo, todos los individuos y grupos que conforman la sociedad, aún en principio más respetables, aplican esta lógica: la del engaño. Así, pues, que él exagerase una noticia o impeliese a la gente a que dijera algo que no opinaba verdaderamente no era algo malo, ni violaba ningún código deontológico, era simplemente un signo de nuestro tiempo.

—Tráeme otro café, Karen.

Tendría que ir a la redacción para informarse, seguro que el director le había preparado algo. No le seducía el plan, suponía ver de nuevo la cara de la redactora jefe a la que odiaba; no era la única, se

llevaba mal con otros compañeros de la redacción. Tampoco lo veía como algo negativo, le pagaban por trabajar, no por ser amigo de nadie. Reflexionaba que el del periodismo era un mundo que, lejos de buscar la verdad y la libertad de información, buscaba el bien propio, la exclusiva, la novedad, la tirada numerosa del día de mañana. Esta forma de querer justificar sus carencias por el ambiente circundante lo acercaba a la personalidad narcisista. Efectivamente, si el mundo era un lugar viciado, él, por darse cuenta, tenía derecho a jugar la partida de cartas que acaba siendo la vida como estimara oportuno.

Al no pagar casa y no tener hijos, disfrutaba de un elevado poder adquisitivo. Un poder aumentado por el hecho de no tener vicios caros, o por no abusar de ellos. Fumaba y bebía todos los días, pero no solía emborracharse; con la ropa era ante todo funcional y si vestía de una forma concreta era por tener claro de qué tipo comprar: prendas no especialmente caras y fáciles de encontrar. Tampoco era de paladar fino, y, aunque no sabía cocinar, por lo que solía comer fuera, se conformaba con lugares económicos y de menú. El tema sexual, ya que por su aspecto y carácter no tenía éxito con las mujeres, lo solucionaba con los servicios de prostitutas. Iba a sus casas y en ellas mantenía las relaciones; no era de variar, cuando le gustaba una, la visitaba de manera habitual; últimamente visitaba a una chica rusa, pero nunca iba más de dos veces a la semana. Posiblemente su principal pasatiempo fuera el determinante en que no fuera una persona derrochadora, y resultaba chocante sobre todo si se tenía en cuenta al individuo en cuestión: le gustaban los libros, los de poesía, las obras clásicas de la literatura, los ensayos. Era fácil verle sentado en un banco de la calle leyendo. La literatura nunca le había otorgado unos valores morales ni había desarrollado en él una idea de piedad, ya fuera asociada al concepto del bien, o al de empatía, por el hecho de formar parte de una naturaleza común. Al contrario, la emoción de la poesía o de la prosa era para él algo totalmente exterior a la realidad, un intento de modularla, una invención que precisamente intentaba escapar del triste panorama de la vida, en el que triunfan el egoísmo, el fanatismo y la búsqueda del bien propio.

El director lo llamó para comer con él y darle un expediente sobre lo que se sabía del asunto, que ni siquiera era una realidad. Las calles irradiaban la luz de la primavera y, pese a no ser cierto, el aire daba la sensación de ser más limpio al entrar en los pulmones. Las flores brotaban orgullosas como besos de amantes enloquecidos, aunque en la gran urbe a nadie le importase; arriba, las nubes podían dibujar con sus formas tantos pensamientos como mentes existían.

—Te podías haber estirado un poco más, teniendo en cuenta que me vas a perder de vista diez días.

—¿Y quién te ha dicho que van a ser diez días? Estoy tan

emocionado, Ricardo, ojalá mate a mucha gente más. Creo que este va a ser un artículo histórico, nos va a dar un empujón.

—¿No decías que la revista no va mal?

—Pero podía ir mejor. Hoy los hombres se compran revistas para ser más metrosexuales, las mujeres de feminismo y los jóvenes de videojuegos, y ya sabes que con el fútbol no hay nada que hacer.

Era uno de esos típicos restaurantes italianos que hacían pizzas y pasta, pero también ofrecían carne y pescado, y un gran surtido de tapas. Al igual que la cafetería, no era un lugar especialmente bien decorado, en ese sentido daba la sensación de que el glamur brillaba por su ausencia, pero sí que tenían los manteles de tela, y el horno de las pizzas estaba al final del establecimiento, por lo que no era molesto. Era un lugar espacioso con sillas cómodas y mesas redondas y amplias donde la gente se sentía a gusto; además, si bien la calidad de la comida no era excelente, la relación calidad-precio era buena, y los platos acababan teniendo un sabor propio.

—Una botella de vino, por favor. Ya es viernes, luego me voy al barrio con los abogados y los hermanos Martínez, seguro que acabamos de putas, la última vez, con la coca, estuvo chupándomela diez minutos, fue la hostia.

A él la droga no le gustaba, la veía como una manera absurda de querer alargar momentos que, para bien o para mal, solo se dan en contadas ocasiones.

—Pues pobre chica, se ganaría el dinero.

—Venga, Ricardín, tú también tienes tus putitas, quién te va a aguantar a ti todos los días.

—Pero yo no llego borracho. Llego, follo, pago y me voy.

—Tú siempre tan práctico, por eso me gustas, y por eso creo que eres mi mejor periodista. —El director puso las manos encima de la mesa y sonrió, su alegría era artificiosa, se sustentaba en la creencia de que el mundo era un lugar cochambroso y lleno de perdedores, y al menos a él no le había ido mal del todo—. Venga, toma, esto es todo lo que necesitas para empezar a investigar.

El hombre había dejado una carpeta en la mesa. Dentro había información del caso, normalmente daba un *pendrive*, pero sabía que Ricardo era un hombre chapado a la antigua y que solo utilizaba el ordenador para escribir e imprimir.

—Estoy emocionado de verdad, ojalá ese tipo mate a mucha gente más.

El camarero les tomó nota. Pidieron un par de tapas para el centro, el director pidió entrecot y el periodista *steak tartar*, a este no le gustaba el vino, pero se puso una copa por cortesía.

—Estoy hasta los huevos de la imbécil de la redactora jefe.

—Detecto un problema de celos, querido Ricardo.

—De celos no, de estar hasta los huevos. No sé por qué pusiste a esa zorra de redactora jefa; no sé si porque te la follas, o porque hay que tener contentas a las feministas, y una mujer queda mejor.

—Tú y tus teorías. No tiene nada que ver con el feminismo ni con lo que tiene entre las piernas. ¿Para qué le voy a ofrecer un puesto a cambio de sexo cuando me puedo follar a tías mejores? Ya sabes que somos un grupo editorial, que el grupo tiene varios medios y hay que hacer favores a unos para que otro día nos los hagan a nosotros. No creo que esté mucho más; te prometo que el próximo serás tú.

El periodista se le quedó mirando, no habló, pero su cara de asco fue lo suficientemente expresiva para que el otro entendiera que era mejor cambiar de registro; además, ambos sabían que lo que acababa de decir el director era mentira.

—Pero, Ricardo, ¿para qué coño quieres ser redactor jefe? Tú eres un hombre de calle; te gusta la acción, hacer entrevistas, sacarle la información a la gente. Al mes de estar en la redacción acabarías hasta los cojones. A ti no te aguanta la mayoría de la gente, ¡imagínate si estuvieras todo el día en la oficina! Nos quedábamos tú y yo.

—No sé cómo te gusta esta mierda —dijo en referencia al vino.

—Los hombres de éxito beben vino, los perdedores cerveza, y los que quieren aparentar no ser obreros cuando lo son, beben vino delante de la gente, y se los cogen de los más caros, ja, ja, ja, ja.

—Yo nunca voy a tener éxito, por eso ahora me tomaré una cerveza.

—Venga, no te pongas en plan milongas. Todos tenemos una mala racha; llevas muchos años, pero la verdad, tus últimos artículos han sido un coñazo, y no te lo tomes como un insulto; es complicado estar veinte años en la cima.

—Buscando a motoristas fantasmas dudo que remonte el vuelo.

—¿Qué quieres hacer en esta revista? ¿Hablar del siguiente premio Nobel? ¿Entrevistar al rey? Te has podido ir a otros sitios y siempre has querido quedarte, porque esto es lo que te mola: nadar en la inmundicia, ver y tocar la basura que el mundo produce cada día. Venga, Ricardo; emborráchate hoy, si quieres una raya me la pides; fóllate esta noche o mañana a una de tus putitas, y luego haz el mejor reportaje que puedas. —Al decir esto, el director levantó el cuchillo de la mesa y lo señaló con él; pese a este gesto, sus gafas ridículas y sus tirantes impedían que tuviera un aspecto amenazante.

El resto de la conversación no fue interesante, acabó siendo una sucesión de salidas de tono por parte del director, las cuales iban en aumento según el grado de ingesta etílica y de cocaína que su sangre iba asumiendo. Su conducta no era más que una exteriorización del desprecio y del resentimiento que, como ser humano, tenía por el hecho de haber nacido. Ricardo no era muy diferente a su jefe, pero se

guardaba todo su odio para sí mismo, al menos no lo exteriorizaba en presencia de conocidos, puede que de esa forma se diera una importancia que en absoluto tenía.

Tras terminar una tercera cerveza y una copa de ginebra con tónica, el director pagó y se marcharon. Para él no suponía un problema que su jefe invitara. No quiso seguir de fiesta con él; principalmente porque le caían mal sus amigos, gente que trabajaba en el grupo editorial, y que en general tenía un cargo importante.

Se fue a uno de los jardines que solía frecuentar, antes pasó por casa. No era en absoluto problemático para él el desastre de la ropa esparcida por la cama o de los platos sucios en la mesa de la cocina. Tan solo se dirigió a su salón y cogió un libro, luego bajó y se dirigió a ese jardín que frecuentaba, uno que era mezcla de los episodios estéticos del ser humano, así como de su mediocridad. El libro era de poesía; la solía leer muchas veces, tras hacerlo caminaba un poco más hasta llegar al piso de la prostituta cuyos servicios requería con frecuencia. No había un acto estético en esta acción, la de leer antes de alquilar un cuerpo. No podía haberlo, de ser de esa forma, él sería como un violador; por ello era necesario que el mundo de la poesía, y el mundo real de la gente disfrazada de carne fuera diferente. Uno no debía ni pretendía explicar al otro; hacerlo sería no solo un error, sino también dejar al mundo sin la esperanza necesaria, la que se puede encontrar en las letras.

El piso estaba decorado con motivos orientales y con cuadros de estilo abstracto. Era un piso pequeño, pero llamativo y funcional. Antes de comenzar a mantener relaciones sexuales, él entraba en el baño, uno de azulejos color rosa con pegatinas de animales graciosos, como de dibujos animados. Allí se limpiaba las partes erógenas y se aseaba un poco, aunque el olor del alcohol y del tabaco de su boca no se fuera a ir tan fácilmente. Allí era también donde cogía un preservativo, que no tardaba mucho en ponerse, ya que la chica no hacía servicios sin él. También dejaba en el baño la ropa y salía desnudo hasta llegar al dormitorio.

Era una chica guapa, de menos de treinta años. Él veía en su rostro los típicos rasgos de las mujeres rusas: piel blanca, como frágil, que se puede quebrar si cada vez que se la toca no se acaricia, casi de una forma religiosa. Era delgada, de baja estatura, aunque ligeramente más alta que él. Su bonita melena rubia, que descendía por su espalda hasta terminar cerca de sus exactas nalgas, la convertía en un ser delicioso. Por eso era particularmente obsceno que un cuerpo despojado de cualquier tipo de atractivo y belleza pudiera unirse al suyo. Visto desde fuera, su acto sexual tenía un cierto aspecto de aquelarre, de encuentro sexual entre el diablo con aspecto de cabra y la joven herética y perversa, que aspira a la oscuridad. El hecho de

que eso ocurriese por una cantidad de dinero era secundario; habría que buscar la verdad de las cosas más allá de las primeras impresiones.

Normalmente ella le besaba los pezones y luego le hacía una felación. Mientras, él tocaba sus nalgas y su sexo; no le solía tocar los pechos, ya que los tenía pequeños, pero en el fondo, a él esa imperfección le gustaba, como si fuera necesario que no fuera perfecta, que fuera copia o ídolo de una realidad que es superior y plena. Después la penetraba, normalmente él se ponía encima y ella abría las piernas, a veces le daba la vuelta y hacían la denominada posición «del perro». El encuentro sexual duraba una media de doce minutos, unos veintiuno desde que llegaba hasta que se marchaba. Nunca le preguntaba nada sobre su vida, por qué se había hecho prostituta, si alguien la obligaba, si alguna vez conoció el amor antes de la vorágine de su existencia. Puede que por esto, pese a su falta de atractivo, la mujer lo tuviese como un buen cliente, y no le importara que fuera uno de los fijos. Dejó los billetes en la mesilla de noche, como hacía siempre. Se despedía con un «adiós» o con un «nos vemos» formal; se quedaba mirando un instante sus ojos claros, paradigma de las piedades y gracias que solo a veces sentía con la poesía.

VIAJE SIN PARADA
HACIA EL TEDIO DE LA EXISTENCIA

Abandonó la ciudad a las 10:00 de la mañana. Se había levantado sin excesivo entusiasmo; fumar, lavarse los dientes, buscar hechos que acabarían siendo mentiras, lo mismo de siempre. Tomó un café rápido en un bar cercano a su casa, pero no fue al de las chicas extranjeras. A esa hora solían tener bastante ajetreo; primaba el coger pronto la carretera para poder comer en uno de esos pueblos aburridos y primitivos a los que se dirigía.

Al dejar atrás la ciudad, una sensación de asco, como la que tuvo comiendo con el director, le vino a la boca, pero esto era hasta cierto punto algo habitual. Se ponía uno de esos discos tipo *Lo mejor de los 90*, *Lo mejor de los 80*, *La mejor música para conducir*. Era preferible a escuchar a los periodistas que entendían de todo, o a la gente semianalfabeta que solía copar los medios de comunicación. El progresivo cambio de la zona industrializada a otra más rural le agradaba, aunque sabía que la consumación de ese cambio sería llegar a ese pueblo casi vacío, habitado por gente hosca y carente de verdadero interés. Algún pájaro con tintes imperiales surcaba el cielo, hoy casi azul, pero pronto se perdía en la inmensidad celeste.

Se paró en uno de esos restaurantes de carretera que suelen estar lleno a la hora de los almuerzos y de las comidas, y que

estratégicamente se abría al lado de una gasolinera, siendo normalmente ambos negocios del mismo propietario. Le gustaban estos lugares, porque eran impersonales, y se hacía complicado que alguien te diera conversación. Sí que existía el serio peligro de que una familia con niños se sentase al lado de uno y los infantes comenzaran a dar el coñazo. El local tenía un amplio comedor, aunque este no abría hasta las comidas.

«Puta suerte la mía» pensó. Por suerte, la sala de la cafetería también era amplia, como la barra, que ocupaba casi toda la longitud del local. Se sentó al final de esta última y pidió un café y algo de bollería.

De una forma un tanto hitleriana aplicaba teorías fisionómicas, centrándose sobre todo en las formas y medidas de los rostros; eran hitlerianas en el sentido de que él en absoluto era un adonis. Pero más allá de esto, llegaba a la conclusión de que, conforme más se avanzaba hacia el interior, más fácil era reconocer esas formas craneales que en última instancia resultaban atávicas. No solo en el interior, en la ciudad también resultaba fácil encontrarlas, ya que mucha gente emigraba a los núcleos urbanos en busca de trabajo. Era otra forma de autoconvencerse de que, a pesar de ser un tipo feo y con un trabajo que muchos catalogarían de inmoral y chabacano, su sino era, como algunos profetas en la época de Babilonia, estar rodeado de gentuza y paletos.

Le atendió una chica joven, de ojos claros y pelo recogido, morena, bastante pechugona; le recordó a Karen, la colombiana. Solo que en vez de tener ese acento exótico, aunque a veces un poco cargante que tenía la sudamericana, la española tenía un acento que destilaba pertenencia a zona rural. Al lado había un par de camioneros con camisas de leñador que contaban sus aburridas historias de carretera a otro camarero, un hombre mayor con gafas y pelo a cepillo, que tenía en su rostro impresa la frase: «Me he pasado toda la vida trabajando», solo había que fijarse un poco, un poco más de lo que lo hacía toda esa gente que pasaba por la barra con sus monótonas y repetitivas vidas, y que luego, eso sí, compraban la revista donde él trabajaba. Agradeció que el volumen de la televisión estuviera apagado, solo se veía a dos mujeres discutiendo entre ellas, hablando posiblemente de temas relacionados con la llamada coloquialmente «prensa del corazón». Le molestaba que su trabajo periodístico lo compararan con ese tipo de prensa. Él verdaderamente nadaba entre la escoria, tenía que levantar las alfombras para descubrir el polvo, pero aunque no fuera Proust, ni era su intención serlo, al menos tenía que escribir bien. «No hay familias con niños pequeños dando por culo», pensó.

Salió del restaurante. Su camisa a cuadros y su pantalón vaquero casaban bastante bien con el contexto del lugar. Era difícil ver a

alguien con un traje o incluso con una americana por la zona. «Viajarán en tren», pensaba. Aunque no era un pensamiento basado en nada en concreto, llegaba a la conclusión de que el tren era algo burgués, donde el contacto con la gente era cierto que existía, pero que se podía obviar, como mucho con un «perdone, tengo que hacer cosas», o «disculpe, pero estoy cansado». El tren proporcionaba la oportunidad de aprovechar el tiempo o de descansar; era contrario a esa idea, en el fondo típicamente obrera, de querer hacerlo todo por uno mismo, creyendo de manera errónea que de esa forma se es más dueño del destino propio.

El ambiente agrícola ya era vigente, y por ello el tráfico soportable. Se paró unos minutos en una zona cercana a la carretera para poder fumar y de paso tomar decisiones. Abrió el mapa que portaba y lo extendió en el capó; a lo lejos solo se veía tierra arada y montes en absoluto atrayentes ni arquetípicos. La idea de formar parte de ese mundo le provocaba repulsión; era un mundo ensalzado por algunos como auténtico y conveniente, pero en el fondo repleto de miserias y derrotas. Le desagradaban especialmente esos horteras que alababan la vida en el campo como una especie de retorno no se sabe muy bien a qué; la gente aburrida de sus vidas que se quería ir al campo. Los autóctonos tampoco eran mejores; gente absurdamente orgullosa que se sentía atacada si se les preguntaba por algo, aunque el tema no fuera con ellos. Por eso no le gustaba ir a los bares para hacer labores de investigación, tan solo observaba a la gente para poder examinarla y sacar las mismas conclusiones. Era fácil que saltase algún idiota diciendo: «Nosotros no tenemos nada que ver con eso; no venga aquí a molestar», aunque en el fondo se sentían especiales porque alguien de la ciudad viniese a su tierra a interesarse por ellos.

Finalmente llegó al pueblo de donde era originaria la primera víctima, el chico de la gasolinera. Entró en el primer local que vio. El olor a marisco barato y vino malo le era familiar, existía también en la ciudad. Pese a que la gente no hablaba de ello, era fácil intuir que los hechos acaecidos los últimos días marcaban las pautas mentales de los habitantes del lugar. Pidió una caña de cerveza, en el mostrador había quesos y, colgados del techo, embutidos, al menos se podía comer bien, pero incluso a esos agujeros negros de la existencia llegaba la sofisticación de la urbe en forma de tapas similares a los de los establecimientos de las ciudades: cebolla caramelizada y ese tipo de cosas.

La media de edad era alta; la gente joven no resultaba interesante, era más bien copia moderna de los antiguos. A pesar de la primavera hacía frío: las personas vestían con abrigos y prendas de cabeza, portando debajo jerséis de lana, pero dentro del local, por el contacto humano, la temperatura era agradable. Lo atendió una chica joven, de

cuerpo espigado y rostro que bordeaba la fealdad y que se mostraba orgullosa, quizás porque el resto de los camareros le preguntaban cosas; entendió que sería la encargada. Pidió también un paquete de papas; en la barra, como era habitual en él. Sacó el informe que le había dado el director. Aunque todo era bastante burdo, era cierto que el caso tenía un cierto interés, no siendo en absoluto habitual que por esos lares se cometieran tres homicidios en tan poco espacio de tiempo; a la gente, por otra parte, le solía gustar este tipo de crímenes: rurales, alejados de la civilización, sin ningún tipo de encanto o estética, precisamente enseñaban que allí también el mal podía campar a sus anchas, y que la pretendida vida en el campo era una quimera, aunque algunos idiotas, consumistas y hedonistas la ensalzaran. No había llegado a ser un periodista eficiente por tener un talento especial, o una vocación meritoria. Era simplemente porque nunca creía lo que publicaba, y porque nunca publicaba lo que creía. Sabía que una noticia para ser buena tenía que colmar las expectativas de todos los lectores, superar sus ideologías, y, en cierta forma, ser una antítesis de la poesía. Con un buen reportaje daría la razón a esos urbanitas que ven en la vida rural un freno al progreso; por otro lado, los campesinos sentirían esa importancia inmerecida. El ambiente también podía llegar a ser literario: pueblos poco poblados, carreteras con poca afluencia de vehículos, zonas sin excesiva vigilancia policial, si bien, por la ocasión, esta ahora sería más marcada. Quedaba una semana para que el asesino, si seguía el presunto patrón, volviera a actuar.

Los pueblerinos cumplieron sus expectativas. Hablaban de sus negocios y trabajos; al menos en la ciudad, con el anonimato, esto se solía evitar. Era muy complicado encontrar belleza e inteligencia. Las mujeres, ya fueran muy mayores, o jóvenes, como la camarera, llevaban consigo una especie de marca de Caín que se exteriorizaba en cuerpos con exceso de grasa y tintes de supermercado; incluso si las había delgadas, no resultaban atractivas. De nuevo sus teorías atávicas y nacionalsocialistas salían a colación, siendo buena cualquier ocasión para otorgarles el papel explicativo de la realidad. Peor eran los hombres, con sus arrugas provocadas por el sol y el uso abusivo y cutre de chascarrillos en el habla. Iría a la gasolinera donde mataron a la primera víctima. Sabía que si la gente suele ser esquiva cuando está en grupo, muestra un cierto orgullo al estar sola, una necesidad de importancia y de ser elemento útil.

—¿Puedo comer algo?

—Claro, señor, ¿se quiere sentar?

—No, aquí en la barra estaré bien.

—El menú estará en veinte minutos, hoy tenemos paella, y de segundo nuestras carnes, o le podemos hacer algo de la carta si le

apetece.

—Vale, voy tirando con esto, y te digo en un rato; la paella está bien, luego me dices qué tienes de carne.

—Las hacemos todas en la barbacoa, cuando esté, le aviso.

Al menos la camarera engreída actuaba con profesionalidad; era lo único que esperaba de la gente. La gasolinera no estaba en el pueblo exactamente, pero, según ese mapa ya gastado de carretera, llegaría en unos minutos. Esperaba sacar algo de información de la víctima, algo jugoso, lo que la gente quiere saber, más allá de que estuviera casado. Que fuera ludópata o alcohólico sería excelente; mejor aún, un perdedor, algo más genérico que él pudiese moldear a su antojo; era obvio que si trabajaba en una gasolinera de pueblo sería un ser gris, pero incluso esos seres tienen matices. Por suerte, gente como él, de paso, entraba en el local, y contribuía a que el ambiente no fuera monótono. Era fácil distinguirlos, tanto como a los indigentes de su ciudad, del resto de habitantes. El informe era malo. En ningún caso lo habría escrito el director, sino uno de esos periodistas jóvenes, que tenían la cualidad de hacerse los ofendidos por todo, y que creían que cambiarían el mundo con su trabajo, si bien la realidad terminaba por imponerse, en forma de jornada laboral mal pagada, reducida la más de las veces a la mera redacción de la noticia. Sí que percibió algo interesante que lo hizo zambullirse en el caso, ahora ya de una forma plena y decidida, olvidando el ambiente que lo rodeaba.

Al chico de la gasolinera le habían arrancado partes de la cara a bocados; no era algo oficial, de hecho podía ser una exageración. Al parecer, el cadáver lo encontraron unos turistas que querían repostar. Se encontraron la puerta abierta, cuando por la hora debía de estar cerrada. Este hecho no les llamó la atención, por lo que accedieron al local, posiblemente pensando en aquello que iban a hacer en sus vacaciones y cómo se lo iban a contar a su amigos. El cuerpo estaba sobre el mostrador. Llamaron a la policía, los clientes que llegaron más tarde fueron invitados a abandonar el lugar. En poco tiempo llegaron unidades especializadas de la capital de provincia. ¿De dónde había surgido esta idea rocambolesca de la cara arrancada? ¿Una filtración de la policía? ¿Algún cliente derivado a otra estación que escuchó algo? ¿Los propios turistas que encontraron el cadáver? Verdaderamente resultaba indiferente. Solo contaba con una ventaja, la única que necesitaba: no había versión oficial, el caso estaba bajo secreto de sumario. Nadie había dicho que hubiera muerto de esa forma o de otra. En ese sentido, no había problema en que él ahondase en el aspecto morboso y casi fantástico del tema. Solo una detención y una versión oficial que se confirmara en el juicio podían convertir su artículo en excrecencia periodística; se la jugaría, si eso no pasaba, y la verdad se revelara mucho más tarde o nunca, su

artículo ya estaría publicado y la revista vendida; la gente habría leído lo que en el fondo quería creer, lo que la distraía y colmaba, lo que la hacía sentirse bien.

La hora de las comidas rompía la cierta familiaridad del local. Se llenaba bastante, no solo por la presencia de conductores eventuales, sino por la llegada de gente que trabajaba por la zona, pero que no llegaba a ser «uno más» del pueblo. Esto le daba cierta esperanza de que la comida estuviera buena; de ser así, iría a comer todos los días a ese bar hasta que se marchase; su análisis sociológico ya había concluido y no eran necesarias más observaciones de campo.

—Voy a comer ya, vale, ¿qué tenéis de carne?

—Pues embutido, lomo de orza, secreto, pincho moruno, hígado, también solomillo y entrecot, que es con suplemento en el menú, pero sale bien de precio.

—Ponme la paella, y pechuga de pollo, y otra cerveza; luego me sacas la cuenta, supongo que te pediré más bebida.

—Claro, ¿entonces no se sienta?

—No, aquí estoy bien, gracias.

Un tarado que va en un camión negro como la noche, en una zona olvidada y sin interés, mata de forma violenta a esos moradores anodinos que pueblan el lugar. «Tampoco está tan mal», pensó. Subieron el volumen de la televisión y comenzó a oírse el informativo. A pesar de estar en la barra, dando la espalda a la mayoría de los comensales, percibió, en parte gracias al espejo que había en la pared y que ocultaba la cocina, una cierta expectación por parte de los lugareños, la de que su pueblo saliese en los titulares junto a los casos de corrupción, la siguiente intervención militar de EE. UU. o el posible fichaje de fútbol que llegaría a la liga. Pero nada de eso ocurrió, el caso quedaba solapado por la actualidad, eso sí, a la espera de cómo se resolviese. Era una potencia malévola que sobrevolaba el ambiente.

Olía bien a carne cocinada en la barbacoa. El primerizo olor a vino y marisco de dudosa calidad era vencido por unos instantes. Equiparaba estos momentos a lo que sentía con la poesía, no por un criterio estético; solo le importaba a él, solo él lo sentía. Eso le bastaba para seguir en el mundo un día más. Y era en días como este, cuando se encontraba lejos de casa, trabajando, cuando bebía algo más de la cuenta, sin llegar a ir ebrio. Era una manera de abstraerse un poco más del ambiente y de sentirse desinhibido; aunque más de una vez, por esto, habían estado a punto de agredirlo. «¿Qué más da?», pensaba. «Me la suda, ya no volveré nunca más a este infecto agujero».

—¿De postre qué hay?

—¿Quiere torrijas?

—No, algo un poco más ligero. ¿Uno de esos sorbetes de limón me

puedes poner?

—Claro.

—Luego un café solo largo, y una copa de pacharán.

Sí, era en días como este cuando la idea de que era un perdedor se hacía presente, casi real, inquietante, como un insecto que se arrastra por el suelo hasta llegar a los pies. Un hombre con dos niños se metió en la barra y le dio un beso a la chica espigada que bordeaba la fealdad. Por la forma que tuvo de actuar el varón, mirando la recaudación y cogiendo cosas de la barra, entendió que era el dueño. Esta cualidad de ser observador, pero solo observador de las cosas cotidianas y mediocres de la existencia, la interpretaba como un inconveniente más que una virtud. Por eso era periodista, y no un gran escritor; por eso era un periodista sensacionalista que hablaba de la mugre que genera el universo, la verdadera entropía de las calles con contenedores a rebosar y de las viviendas con ventanas estropeadas. El sorbete, sorprendentemente, no sabía a supermercado; el pacharán era jugar sobre seguro.

—¿Por aquí se puede dormir en algún sitio?

—Aquí solo hay camas en la posada. Hay gente que alquila casas, más en verano, pero hay que decirlo con unos días de antelación, no sé si ahora podrá.

—Pues a la posada. ¿Está muy lejos?

—No, cuando salga tire para abajo, llegará a la plaza del pueblo, donde está la fuente; al lado la verá.

Al menos la chica no tenía ese acento que en muchas ocasiones tiene la gente de los pueblos. Que fuera la encargada porque su marido fuera el dueño no era algo escandaloso. El mundo se movía por esa lógica, y en general muchas teorías intentaban, de manera desafortunada, no aceptar este tipo de realidad en el ser humano.

Tras pagar se despidió y se marchó. Lo cierto es que iba un poco entonado. El frío, aún presente pese a la estación primaveral, lo despertó un poco. Al salir se cruzó con tres chicas jóvenes, con ese rostro rústico que en lugares como ese en absoluto resulta desagradable. «Qué suerte vivir en esa época en la que tu única preocupación es comerte un rabo y luego que te follen bien follada, seguro que tienen quince años y ya están más que desvirgadas», pensaba mientras se dirigía a la posada. Ni siquiera era un pueblo bonito. La iglesia daba la sensación de ser de principios de siglo, y por la guerra, la posguerra y sus vicisitudes, posiblemente nunca había sido reformada, si bien supuso que nadie se habría molestado ni en quemarla. La posada se llamaba La Posada, pero a quién le iba a importar.

—Buenas, quería una habitación. Me quiero quedar seis días, si me quedo algún día más se lo diré.

—No se preocupe, que ahora hay camas pa tos los que vengan, se puede quedar lo que guste.

—Le pago por adelantado, vale.

—Si quiere, pero nos fiamos.

—Mejor, mejor, ¿el desayuno está incluido?

—Sí, señor, hasta las once y media. Aquí puede comer y cenar cuando quiera. No tiene que avisar, va al comedor y le damos.

Era una mujer mayor, pese a su hablar tosco le pareció la persona más coherente desde que estaba en el pueblo, en el sentido de que era alguien que había admitido cuál era su lugar en el mundo.

Lo acompañó hasta la habitación. Era mejor de lo que las circunstancias podían hacer esperar. Limpia y con un toque moderno que no resultaba hortera.

—Voy a aparcar por aquí y me subo el equipaje.

—Pos llamo al hijo y que le ayude.

—No, no, tengo una maleta pequeña y una bolsa, no hace falta, señora.

—Como guste, ¿quiere un cafetito?

—No, gracias, me he tomado uno hace poco.

Una vez instalado, salió de nuevo a la calle, eran poco menos de las cinco. Al menos aún nadie le había preguntado por qué diablos estaba allí, ni si era de la capital o de otra ciudad. No tenía claro si se inventaría una historia o diría la verdad, las dos opciones le resultaban decadentes, al menos la mentira estimularía su imaginación.

La gente mayor hablaba en las puertas de las casas, sentada en sillas plegables. Le hacía gracia que fueran similares a las que se usan para ir a las playas de las ciudades turísticas de costa. Al menos era un lugar tranquilo. Por eso mismo no entendía que alguien viniese a este lugar para matar. El asesino busca reconocimiento, es egocéntrico, solo podía tener algún sentido si era de la zona. Estaba de acuerdo con la teoría de que algunos asesinos salen de su zona de confort, pero no demasiado, acabando por crear un círculo que bordea su domicilio o el lugar que por algún motivo frecuenta. «Pero ese maldito va en un camión, ¿por qué cojones viene aquí?». Puede que hubiese motivaciones personales, pero como estas son imposibles de conocer sin más datos, decidió centrarse un poco en el pueblo, en sus calles, en su gente. Lo que recordase le serviría para intentar darle un cierto tono literario al artículo. Además, era necesario dosificar lo que hacía referencia directa a los asesinatos. «Hay que cortar la carne antes de engullirla», se decía a sí mismo.

La noche fue llegando; la actividad ya de por sí escasa se reducía. No le desagradaba especialmente, suponía que vivir siempre en un sitio como este sería una condena, mayor aún que la de vivir en la

ciudad, pero no había nada de malo en experimentarlo unos días. En cierta manera era como una de sus visitas a la prostituta rusa: una necesidad que, alejada de criterios estéticos, hacía la vida soportable. El olor del aire, que en esta ocasión sí tenía una pureza considerable, y un silencio que parecía casi inviolado lo relajaron. Tampoco tuvo necesidad de beber más alcohol. Quizás fuera el hecho de que las calles no guardasen otro secreto que esas vidas ordinarias lo que hacía que el lugar acabara teniendo, si no belleza, al menos una cierta estética. Sí que tuvo la sensación de que la presencia policial era sin duda más numerosa de lo habitual. Ya había visto varios vehículos en las carreteras, y ahora cada cierto tiempo alguna patrulla o una pareja a pie vigilaba esas casas sin secretos ni grandes pasiones, pero que sin duda podían haber estado incubando durante años esos violentos crímenes, más propios de una época pretérita y superada.

Fue a cenar de nuevo al bar. La chica espigada, que seguía allí, por fin le preguntó qué hacía en la localidad. Se inventó que estaba haciendo un reportaje de pueblos de España. Como era periodista en la realidad, sabría salir al paso de las preguntas que le pudieran hacer. De nuevo esa sensación de sentirse importante afloró en los pueblerinos, y pese a que le estaban dando un coñazo horrible, sirvió para que se ganara su confianza, o que al menos no lo vieran como alguien peligroso. Entre anécdotas, la vida del patrón del pueblo, o de alguna persona que se consideraba ilustre por algún motivo, pasó la noche. No le costó mucho que saliera a relucir el caso del chico asesinado.

—¿Y eso de que le han arrancado la cara es verdad? —preguntó con una candidez propia de un niño, aunque su rostro fuera en el fondo justificante de esas teorías biologicistas segregadoras.

—Pues eso se dice por ahí, pero se ve que la policía llegó enseguida, ¿sabe?

—Se ve que el turista vino luego al pueblo y se lo dijo a alguien.

—Pos se ve que alguien hizo una foto y lo tiene un periódico.

Sin duda era perfecto el hecho de que todo fuera un rumor. Algo que era maleable, que se acababa escapando de las manos como la arena. Qué importaba si era mentira, o una necesidad de la gente, como la que tenían esos catetos de ser importantes. Solo una rápida resolución policial daría al traste con su artículo. La mayoría de la gente que quedaba en el bar eran varones que intentaban alargar el regreso a casa que supondría estar con la mujer y con los hijos. Los mismos patrones y conductas se repetían tanto en el ambiente urbano como en el rural. El que parecía el dueño del local entró y volvió a mirar en la caja registradora. En esta ocasión se dedicó a contar el dinero, la mujer terminaba de limpiar, ya no quedaban más empleados. Supuso que podía ser uno de esos tipos que logran acabar

viviendo de las mujeres, si bien a los ojos de los demás era un marido entregado.

Un poco antes de las doce los últimos clientes se fueron. A pesar de todo, al escuchar cómo bajaba la persiana metálica y se despedía de los demás, sintió que esa cierta necesidad de pertenencia a un grupo que todo humano experimenta se cubría. Bajó de nuevo la calle y llegó a la posada. En la recepción había un chico que tenía una cara de bruto considerable; estaba viendo en la televisión uno de esos engendros que ahora se denominan «telerrealidad».

—Usté es el cliente nuevo, si quiere cualquier cosa me dice.

—No, nada, me voy a acostar, mañana desayunaré.

—Ma dicho mi madre que es de la capital, yo me quiere ir y ganar buenos duros allí, man dicho que mucha gente sa hecho rica.

«Con la cara de gilipollas que tienes y sin saber hablar, lo que te vas a ganar va a ser una mierda. Lo único que conseguirás será un trabajo con el que sobrevivir, y en el mejor o peor de los casos, según se mire, conocerás a una paleta como tú, tendréis un hijo y el círculo se volverá a originar». Le hubiese gustado decirle eso, pero obtenía más placer haciendo que la gente se creyese sus propias mentiras y acabase dándose el golpe. Suponía que por eso se había hecho periodista.

El rostro único de la escoria cotidiana

Se despertó sobre las diez. Fumó, bebió agua y se aseó. A su camisa de cuadros habitual añadió un abrigo oscuro que le llegaba casi a las rodillas. En el comedor había solo otro comensal, un hombre mayor con gorra típica de gente más joven y chándal de marca económica de los que se venden en las grandes superficies. Parecía alguien al que le había pasado algo malo y tenía que ir a la capital para arreglarlo o pasar algún trámite. El hijo con cara de bruto estaba otra vez trabajando. La comida era la típica: pequeñas piezas de bollería, mermelada, mantequilla, pan, zumos baratos… la verdad, tampoco se diferenciaba mucho de algunos de los hoteles de la ciudad. Quizás mañana fuera a algún bar o a la carnicería, que ya tenía localizada, y se hiciera una hogaza con aceite y jamón. Lo cierto es que le quedaban varios días por estar allí en el lugar. Al pensarlo, el cierto equilibrio mostrado anoche desapareció; quizás el hecho de sentir el amargor del café al mismo tiempo que reflexionaba sobre ello contribuyera a su cambio de estado de ánimo.

La noche anterior, aunque nadie lo dijo de una manera abierta, se dio a entender que el chico era homosexual, y que por eso su vida no había sido muy buena. No era que la gente lo insultase o le hiciera la vida imposible. Simplemente para un chico de esas tendencias, la

única opción posible es marchar a la ciudad e intentar llevar una vida que en la urbe al menos puede resultar viable. Sin duda era un tema importante, que de nuevo guiaría las filias y fobias de la gente. Los defensores de los derechos de los homosexuales lo verían como un claro ejemplo de discriminación, no el crimen en sí, pero sí todo ese discurso de las estructuras sociales basadas en valores conservadores que hacen que las personas no puedan vivir sus vidas y se vean relegadas a la ansiedad y la depresión. Por el contrario, otros más prejuiciosos en esos temas lo verían incluso como una especie de castigo divino, o simplemente como otro maricón más al que acaba llegando su hora, como ocurre, tarde o temprano, con todos.

Más comensales entraron en el bar. El negocio parecía funcionar pese a no ser el municipio más encantador de la provincia, sino simplemente una zona de paso obligada e impuesta. Podía haberle dicho al chaval que se dejara de historias de irse a la ciudad, donde todo era una inmensa batalla sangrienta, que se quedara en el pueblo con el negocio de su madre, que con eso tendría para vivir, que a veces se podría ir a la capital, emborracharse e irse de putas, que era todo lo que en el fondo necesitaba; pero eso hubiese sido mostrar una vez más condescendencia.

—Menuda pajarraca se ha montado con la gasolinera, ¿no?

—Sí, señó, ha venido la tele y tó.

—¿Tú conocías al chaval?

—Al Alberto, sí, era un buen tipo, un poco raro…

—¿Raro?, ¿cómo de raro?

—No, a ver, si no poque fuera mariquita, que yo esa cosas me dan lo mismo, sabe usté, es que el chaval estaba siempre así, como metío en su mundo.

—¿Era marginado?

—¿El qué?

—Que si lo dejabais aparte, no quedabais con él.

—No, no, aquí la gente joven nos llevamos bien, era má él, que pasaba mucho tiempo solo, decía que también se iría a la ciudad, que allí haría su vida, pero no tenía un duro, ¿sabe?

—Ya, ya, te entiendo, bueno, al menos ahora ya no tendrá que preocuparse de esas cosas y de ninguna.

Al salir a la calle de nuevo el aire, que se podía catalogar como puro, le golpeó en la cara; tuvo la sensación de que era lo único bueno que el pueblo en particular y esta historia en general le iban a dar. Había llegado la hora de ir a la gasolinera e indagar. Las personas de nuevo se sentaban en los portales de las casas, era sin duda la hora punta en el pueblo, ya que la gente madrugaba mucho; él, en cambio, se hubiera quedado en la cama todo el día. A pesar de su ordinariez, de estar poblado por seres en absolutos atractivos, de reinar el ladrillo

y la uralita, había en algunos pasajes del pueblo retazos de luz que, acompañados por los pasos y voces de algunos jóvenes y viejos, le daban al lugar belleza, belleza también pasajera como sus actores creadores, pero belleza al fin y al cabo, algo que al menos se alejaba por un momento del horrible tedio de la cotidianidad. Se subió a su coche y se puso de nuevo uno de esos discos recopilatorios de música relajada, aceptada generalmente como agradable.

La gasolinera no estaba muy lejos, solo había que recorrer unos pocos kilómetros, escoltado, eso sí, por tierras áridas y amarillentas que marcaban una especie de frontera natural. Mientras fijaba su vista en la carretera vacía tuvo la tentación de llamar al director y decirle textualmente que estaba hasta la polla, que lo dejaba, que se había acabado, que la farsa tarde o temprano debía terminar, que se buscara a otro recolector de basura, no sería difícil encontrar a uno, a varios. Sencillamente, no podía hacerlo; pese a que tenía un cierto prestigio como periodista local, sabía perfectamente que su carácter era conocido, que muchos medios lo rechazarían directamente por ello aunque considerasen que era un buen profesional, y en el caso de que le dieran una oportunidad, no tardaría en chocar con la gente y en tener problemas. Era mejor admitir que estaba condenado, como cada uno lo está en uno u otro grado. Condenado a sus artículos carroñeros, a aguantar a la redactora, al imbécil de su jefe, a sus encuentros sexuales a cambio de unos euros que nunca rebasaban los veinte minutos, a la comida precalentada del microondas y a la vana esperanza que los poemas le lanzaban como un salvavidas que acaba por hundirse.

En la gasolinera no había gente. Pertenecía a una franquicia bastante conocida, no era muy grande. Dentro estaba la empleada, reponiendo artículos de alimentación, ya que además de combustible se ofrecían alimentos, productos relacionados con la higiene personal, la automoción, así como revistas y prensa diaria.

—Buenas, señora, ¿qué tal? Vengo de la ciudad, soy periodista, le quería hacer unas preguntas sobre el tema de los asesinatos, supongo que ya habrá venido más gente… Y lléneme el depósito, por favor. —Siempre utilizaba la estrategia de gastar algo de dinero, de esa forma la persona, aunque fuera reticente a hablar, le prestaría algo de atención.

—Sí, ya han venido a preguntar, ¿usted no es de aquí?

—¿Tanto se me nota?

—Sí, aquí los acentos son muy peculiares, nos reconocemos.

Esta muestra de orgullo pueblerino en la mujer le gustó, sabía por experiencia que la gente que se da importancia suele ser la más fácil de manipular. No iba mal, parecía dispuesta a decirle al menos algo, más allá de eso de que era un tipo raro. La mujer había estado de

rodillas, cuando se levantó, él se dio cuenta de que era bastante alta, de hecho le sacaba más de una cabeza, era también delgada y se podía decir que no tenía mal tipo. Hizo un paréntesis y pensó que, con unos años menos —rondaría los cincuenta—, la mujer sería atractiva, de hecho aún podía serlo, si en vez de ir con ese mono de trabajo y con el pelo recogido en una coleta, se arreglara de verdad. A él este tipo de mujeres, las mujeres altas, lo intimidaban, hasta cierto punto tenía que admitir que muchas lo fueran, debido a que él era especialmente bajo para ser un hombre, pero el hecho de que le sacaran varios centímetros le incomodaba, por eso, incluso aunque fuera pagando y eligiendo, escogía mujeres menudas como la chica rusa. La mujer le hizo un gesto, dando a entender que salieran a la calle, y que allí lo atendería, antes pasó por el mostrador para activar el surtidor. Ya en el exterior siguieron hablando.

—Me dijeron que el chico estaba un poco marginado, no sé si por el tema de su sexualidad.

—Sí, era un chico solitario, pero no se crea que era solo por el tema de ser gay. Es verdad que aquí en los pueblos no es como en las ciudades, pero la gente ha cambiado mucho, mi primo que es de un pueblo a cuarenta kilómetros de aquí vive con su novio allí hace años y no pasa nada.

—Entonces, ¿había algo más, algo que fuera verdaderamente extraño?

—No, no era nada extraño, solo que era un chico muy triste, solitario, apenas hablaba, podías estar con él una hora en la tienda y apenas decía tres palabras. Por eso…, ese día…

—¿A qué se refiere?

—El día que lo mataron me hizo el cambio de turno, a las diez, y no sé..., se le veía... diferente.

—¿Qué quiere decir?

—Que estaba contento, más hablador que nunca, se había peinado y olía bien. A veces era un poco desaliñado, llevaba la misma ropa varios días, iba despeinado…, pero ese día, estaba guapo, ¿sabe?, parecía otro hombre. No quise preguntarle, supuse que quizás había conocido a algún chico o que había decidido por fin irse a la ciudad. —La mujer fue emocionándose de manera paulatina hasta que unas lágrimas asomaron a sus ojos; las lágrimas y la gasolina fluían siguiendo ambas la impagable lógica del mundo.

Le hubiese hecho una fotografía en ese momento para utilizarla luego en el artículo, pero la revista se lo había prohibido, ya que había tenido problemas por esos temas. Por ello intentó hacer todo lo posible por recordar su rostro emocionado, su cuerpo, sus rasgos, su acento, el color de sus ojos, la forma de sus arrugas, para luego traspasarlo al artículo. Era esta su peculiar venganza contra el mundo,

su venganza por no haberle dado el mejor de los físicos, por no haberle concedido un temperamento afable, por no haberle prestado una inteligencia que lo diferenciara de la mediocre mayoría; sí, era su venganza, ser testigo y redactor de las miserias de la existencia para luego entregarlas a los otros seres y que estos fueran conscientes de que, a pesar de sus vanos esfuerzos y pasajeras distracciones, entre esta tierra y este cielo se encuentra el verdadero infierno, el infierno de la vida ordinaria. Suele ser cierto que los seres que sufren por su condición son los más peligrosos, nunca tienen suficiente venganza ni se sienten saciados.

—¡Vaya! Le llegó la muerte cuando más contento estaba, esto sí que es trágico.

Había ido bien, entendió que la señora no le iba a decir mucho más, más en el sentido de si hacía cosas perversas como ir a los baños de la ciudad, a los que están llenos de pervertidos que te dan un par de billetes a cambio de una felación; o si, por el contrario, para reprimir sus deseos homosexuales, se iba a rezar a la iglesia y se postraba delante de las imágenes para luego golpear con un flagelo sus carnes pecadoras. Posiblemente nada de esto ocurría, tan solo era otro ser que llevaba con mediocridad su condición de ente vulgar, que llevaba con mediocridad esa carga génica y ambiental que marca como un sello la vida de los individuos. Pero lo de su inesperada felicidad era algo interesante, de lo mejor que podía haber escuchado, solo hacía falta un poco de narrativa, tampoco especialmente desarrollada, para darle forma al artículo.

—Dígame lo que le debo, por favor, ha sido muy amable.

Pagó, salió del local y abrió su vehículo ya repostado. Antes de girar la llave, pensó en ese chico encerrado entre esos muros, activando el surtidor del combustible y vendiendo patatas fritas mientras la vida se le iba pasando, litro a litro, segundo a segundo. «Al menos ahora ya no sufrirá», pensó, «pero, por otra parte, que se joda, a quién le importa un maricón menos», terminó de sentenciar.

Iría a comer al restaurante del primer día, era mejor jugar sobre seguro. Además, había más posibilidad allí de escuchar algo jugoso para su ya incipiente artículo, y tampoco quería estar todo el tiempo en la posada, aunque la comida no tenía por qué ser mala; razonaba que al menos en esos sitios, pese a no ser exquisita, era muchas veces mejor que en la ciudad. Recorría de nuevo esos campos áridos, de tierra estéril y con la única cualidad del color, un color repetido una y otra vez, que dotaba al lugar de una condición casi siniestra, en todo caso inquietante. Aun con ese panorama, agradecía no tener que pararse en los semáforos, escuchar los pitidos o tener que dar frenazo ante los idiotas que cruzan la calle sin mirar. De nuevo observó una presencia policial mayor de lo habitual, esa era su sensación, pero no

lo pararon, ni a él ni a nadie, al menos por lo que pudo observar. Tras comer empezaría a esbozar el artículo, empezaría con el chico de la gasolinera, más tarde seguiría con los abuelos, de los que aún no sabía nada, y al final los mezclaría para obtener la idea general que buscaba. Solo esperaba que esa temida actuación policial no se materializara y lo estropeara todo. Quería que fuera bueno, sobre todo para demostrarle al director y a la redactora que aún estaba en forma, que era el mejor periodista, no solo del periódico, sino de la ciudad. Sintió casi una sensación de felicidad al poder aparcar sin problema.

Había potaje o ensalada, y de segundo las conocidas carnes. Sabía que el potaje podía ser arriesgado, pero las ensaladas más o menos saben todas iguales, el caso era llevarse algún recuerdo del lugar, que fuera malo o bueno a la larga terminaría importando poco, incluso nada.

—Ponme el potaje, de segundo lomo, y una cerveza.

—¿Cómo va el reportaje, señor?

Tras la entrevista con la empleada de la gasolinera, la posibilidad de que sus mentiras fueran descubiertas se incrementaba, era fácil que la mujer en su tiempo libre se pasara por el lugar a tomarse algo, o que lo comentara con sus allegados. En ese sentido, aunque la mentira y el engaño eran la piedra angular de su profesión, la manera de llevarla a cabo cambiaba mucho dependiendo del entorno. En todo caso, como tan solo iba a estar unos días, le daba lo mismo que los pueblerinos lo recordaran como un mentiroso.

—Bien, la verdad es que apenas he empezado a trabajar, estoy tanteando el terreno. ¿El bar es tuyo?

—Sí, bueno, de mi marido, lo tenía ya antes de casarnos.

—Tú trabajabas aquí, ¿no?

—Sí, empecé aquí de camarera, y nos conocimos por eso. Ya tenemos dos hijos, y nos gustaría tener otro.

Su vieja teoría quedaba justificada, en esencia, se resumía en que todas las mujeres acababan por ser prostitutas, y las que menos participaban de esta condición eran las que cobraban por sus servicios, como la chica rusa. Quedarse embarazada y crear una dependencia psicológica y material en el hombre, a través del niño o la niña, era el último tramo del plan, su consumación, mejor dicho. En ese sentido, que aparentemente el varón trabajara menos lo veía hasta justo. Él le había dado el estatus de propietaria, aunque fuera en esta basura de localidad, y ella le ofrecía esas copias que la mayoría quiere tener, por ese absurdo de querer perpetuarse, en las más de las ocasiones, generando un dolor mucho mayor al de no haber querido nada. Era durante estos pensamientos, que llegaban a su mente como espadas, cuando la poesía se convertía en la única medicina que le calmaba, pero una medicina que no extingue el dolor, tan solo lo atenúa para,

al mismo tiempo, cronificarlo y hacerlo siempre presente.

—Eso está bien, a un pueblo como este le hacen falta hijos y si os lo podéis permitir, esa suerte tenéis.

—Sí, la verdad es que el local va bien, nos da para vivir, pero pasamos muchas horas.

—A tu marido no lo veo mucho.

—Es que tenemos otros negocios en el pueblo de al lado. Una carnecería y una gasolinera.

—Vaya, sois los ricos del pueblo.

—¡Qué va, qué va! Trabajadores es lo que somos.

—¿Y tú? ¿Conocías al chaval de la gasolinera? Me han dicho que era un poco peculiar.

—Era un poco amargado, y, la verdad, tampoco sé de qué se quejaba, aquí todos tenemos problemas, lo que pasa es que la gente se monta muchas historias en la cabeza.

Esa falta de piedad fue sin duda lo mejor que había escuchado desde que llegó al pueblo. Ni las chicas de la cafetería donde iba, ni los idiotas de la redacción hubieran resumido de una forma tan exacta cuál es el origen de la mayoría de los problemas de la sociedad y sus componentes; la necesidad de dar pena y hacerse las víctimas. Además, agradeció que la chica, pese a no tener probablemente mucha cultura ni formación académica, hablase bien, sin ese acento que era tan habitual en el lugar.

—Que aquí a más de uno le gustan los chavales, que las mujeres de eso nos damos cuenta, y cada uno se lo monta como quiere; no es como en tiempo de nuestros abuelos, que las personas solo iban a la capital una o dos veces en su vida. Ahora coges el coche y te vas donde quieres, y tampoco hace falta irse a la capital, en los pueblos y en las ciudades ya tienes de todo.

Se acercó a una mesa y dejó su abrigo que le llegaba hasta las rodillas y que le hacía incluso más bajo. La chica le hizo un gesto, dándole a entender que lo atendería enseguida.

Desde la mesa tenía una excelente panorámica del local. Veía a la gente salir y entrar; hablar, muchas veces dando gritos; reírse, la mayor de las veces sin ningún motivo verdaderamente gracioso. O no, quizás, por el contrario, la gran farsa que resultaba ser la vida fuera motivo más que de sobra para reír, como ríen los niños, ignorantes de todo aquello que se les avecina, de todos los males que les acechan y que, de una u otra forma, en menor o mayor medida, terminarán por penetrar en ellos, hasta el último rincón de su ser. Por ello, que el asesino actuara en este apartado lugar comenzaba a tener lógica. Ya que en todas partes se podía encontrar la vulgaridad y el tedio de la existencia, no solo las grandes ciudades pobladas como hervideros debían de recibir la visita del mal; sería ello admitir que aún puede

haber lugares que queden libres de su influjo, y eso sería admitir demasiado, casi como dar pábulo a la esperanza. Como cuando alguien cree que allá lejos, en algún castillo, en alguna playa, en alguna calle desconocida y lejana, encontrará un nuevo lugar donde podrá comenzar, olvidar, regenerar y vencer todo lo que le oprime. Incluso él a veces había tenido ese tipo de sensaciones. Tal vez por ello se decantara por la poesía, le acababa produciendo el mismo efecto sin el gasto de energía y posterior desilusión que en el fondo supone cualquier viaje, independientemente de su destino.

No sabía nada del matrimonio asesinado. Al parecer vivía en una casa de campo que estaba entre este pueblo y el siguiente, un poco en tierra de nadie, ello significaba tanto que no tuviesen un contacto habitual con la gente como que fueran presas sencillas. De hecho era sintomático que nadie le hubiera hablado de ellos. El caso es que no sabía con qué se iba a encontrar. Si tenían familiares, es posible que ya no estuvieran allí, y, si habían vivido en una zona aislada, tampoco habría muchas personas con las que hablar. Esto no tenía que suponer un drama en absoluto, la falta de información era una oportunidad directa para mentir, para inventar; si no había nadie para refutarlo, en cierta forma se hacía real, se convertía en realidad una vez que quedase impreso en las mentes de los lectores, una vez que se hubiera repetido miles de veces: en las bocas, en las calles, en los cerebros, en las páginas, en las pantallas. Era de esa manera como la gramática y el lenguaje creaban la realidad, lo que realmente hubiera ocurrido a nadie terminaba por importarle, porque en el fondo nadie quiere, y a muy pocos les interesa, saber la verdad.

Recibió una llamada. Tenía un viejo teléfono móvil que podía ser calificado sin miedo a exageración como antigualla. Pero se negaba a tener uno moderno, con aplicaciones de mensajería e Internet. Puede que fuera una elección juiciosa o una forma de reafirmarse en su condición de automarginado.

—¿Qué coño quieres?

—Buenos días, Ricardo, yo también me alegro de hablar contigo.

—Ya sabes que no me gusta que me den la vara cuando estoy trabajando.

—Solo es para saber si te hace falta algo.

—¡Los cojones! Muy mal deben de estar las cosas en la redacción para que te preocupes por esto.

—Ya te dije que es un caso en el que he depositado esperanzas. Parece que la policía aún no lo tiene muy claro; está en ese punto en el que los sigue tratando como crímenes convencionales y, por otro lado, hay algo oculto, casi paranormal. Si tenemos la suerte de que mate a alguno más y con un buen artículo tuyo le daremos esa forma que nos interesa. He hablado con algunas emisoras y quieren que

vayas a hablar, incluso si la cosa va muy bien puede que te vayas a *La otra dimensión*, he hablado con el productor. —Ni sus experiencias en la radio ni en la televisión habían sido muy exitosas. Su última aparición en la televisión, en ese programa sobre ocultismo y fenómenos paranormales, le había costado insultos en las redes sociales, del tipo: caradura, sinvergüenza, tipo repugnante…—. Pero me tienes que dar algo bueno, Ricardo, así que invéntatelo o haz lo que te salga de los cojones, pero dame algo bueno.

—He estado hablando con la gente sobre el chico de la gasolinera. Era maricón, estaba amargado, así que vamos a jugar con esto, sin llegar a molestar a los LGTB, o, bueno, si les molestamos un poco, mejor, así nos ganamos también a la gente a la que no le gustan estos tipos, que son muchos; y luego lo de la cara arrancada, haré hincapié en eso, no sé si meter algo de vampiros, caníbales y darle un tono literario, o más enfocado a un psicópata.

—Perfecto, tienes barra libre, no te metas mucho con lo de que era marica, o nos acusarán de ser homófobos, pero lógicamente repítelo de forma recurrente, a la gente le da morbo. Ataca a gais, a ancianos, si mata a un negro será un asesino en serie fascista, ja, ja, ja, ja, ja.

—Dame otro par de días, además, se supone que hasta dentro de cinco días no debe volver a matar.

—Cómo lo estoy esperando, Ricardo, si volviese a matar a alguien antes de que la policía lo encuentre, tendríamos una historia genial; a eso le sumas que no tenemos casos de corrupción política importantes, ni hay partidos de fútbol buenos esta semana; es nuestra oportunidad, Ricardo, si lo hacemos bien el grupo nos tendrá en cuenta, podríamos dejar la revista y dar el salto a la radio, incluso la tele, ¡quién sabe!

Mientras veía a la gente engullir y beber, abrir sus bocas para masticar la comida y luego tragarla, una sensación cercana a la náusea recorrió su cuerpo, y justo en ese momento la chica de la barra le llevó el potaje. Era una náusea provocada no por motivos fisiológicos concretos, en cierta forma, era una náusea existencial, motivada por el hecho de que muy posiblemente el director sí que conseguiría ascender aún más y acabar en un lugar mejor, trabajando menos y ganando más dinero; en cambio, él seguiría regodeándose en la basura diaria que nunca es reciclada. Era algo tan seguro como que la prostituta rusa accedía a dejarse penetrar por él a cambio de dinero y no por ninguna otra razón.

Comió bien; le dieron conversación, pero no sacó nada interesante; sí que percibió una cierta sensación de inseguridad entre las gentes del pueblo, por esa idea de que de aquí a unos días el asesino o los asesinos iban a volver a actuar. Era esa una posibilidad que los medios de comunicación no habían explorado demasiado, excepto aquellos que eran más sensacionalistas, puede que por prudencia, o puede que

auspiciados por las autoridades, para no crear una alarma social. Pese a ello, las redes sociales se habían encargado de hacer el trabajo sucio, había escuchado que eran muchos los que en sus canales y en sus cuentas jugaban con la posibilidad de que el asesino siguiera con su aritmética del terror. En todo caso, si se aplicaba la lógica, si es que había lógica en toda esta historia, el criminal no tenía que actuar en el mismo sitio, lo cual daba a la gente del pueblo una cierta calma. No le molestaba tanto el hecho de que en la actualidad cualquiera pudiera ejercer de periodista, era la certeza de que las redes sociales e Internet le habían robado la libertad al ser humano, que en el fondo la cantidad y la variedad de información acababa equivaliendo a que, simplemente, no había información, sino opiniones; efectivamente, cualquier imbécil podía darla, podía dar una explicación de las cosas sin haberlas analizado ni investigado, lo cual era lo mismo que admitir que la sociedad era guiada por el rebaño, por el rebaño de imbéciles que se creen saberlo todo. La culpa de todo esto la tenían principalmente los periodistas; solo había que ver esas tertulias obscenas en las que siempre salían los mismos opinando de todo tipo de temas y, de paso, dando lecciones filosóficas, normalmente influidos por una ideología que les acababa pagando de una u otra forma. Era culpa de los periodistas por dar voz a idiotas y canallas solo para asegurarse una audiencia o querer vender un poco más. En ese sentido, él era digno; cierto era que estaba dispuesto a mentir, a modular la realidad, a abusar del entrevistado para que acabase diciendo lo que él quería que dijese, pero siempre lo hacía tras haber pasado horas tratando el caso, informándose, yendo de aquí para allá, centrándose solo en el tema. No era un experto en política, ni en economía, ni en sociología; en cambio, sí que era experto en hablar de las miserias del mundo, a eso se dedicaba y en ese sentido era un auténtico profesional; si acababa escribiendo lo que le interesaba no era tanto por un afán de vender mucho o poco —incluso su tipo de periodismo lo separaba de la posibilidad de poder hacer otro más serio y con más recorrido—, era porque tenía la creencia, razonaba con más o menos tino, de que la verdad como tal no existe, solo había que ver la variedad de opiniones, necesidades, teorías e hipótesis que se daban en la sociedad y que ahora las redes sociales reproducían como un virus hasta el colapso. Esa creencia incluía el pensamiento o teoría de que se había llegado al colapso generalizado en el que las personas vivían desde hacía ya tiempo y que, a pesar del progreso y a la ciencia, llevaba al ser humano a un estadio que no era diferente al de otras épocas históricas. Por eso algunos intentaban escapar leyendo la basura que él publicaba. No ofrecerles la verdad era algo que se podía permitir, ya que sus lectores verdaderamente no la buscaban, solo querían evadirse, acababa dando igual lo que contase; pero sí era justo

que a sus artículos les dedicase tiempo y esmero, no publicando la primera cosa que se manejaba en la redes sociales o que otros repetían una y otra vez y terminaban amoldando a lo que la mayoría pensaba. Porque pese a esa enorme ola de información, a esa ola que mojaba con datos y titulares las vidas de todas las personas; pese a esos mares que empapaban la vida de los individuos en la sociedad, si alguien hacía el esfuerzo de fijarse un poco, la mayoría acababa pensando lo mismo.

—Ponme un café solo, por favor.

Al salir a la calle, ese viento impetuoso volvía a hacer ronda por las calles del pueblo. Era fácil suponer que no era el único periodista que había por la zona, pero era difícil reconocerlos, solo vendrían con sus vehículos rotulados y sus micrófonos si volvían a matar a alguien. Si veía a todos los seres humanos como enemigos, para él sus colegas eran poco menos que herejes en una cruzada. Se debía precisamente a ese tipo de pensamientos que acababa de tener mientras comía; al menos él era un mercenario, pero era fiel.

Era hora de buscar información sobre el matrimonio de ancianos asesinado. Se subió al coche; de nuevo la música que le gusta a todo el mundo y de nuevo esos campos que acababan destilando hedor a rancio, a vidas que pasaron sin pena ni gloria, que no hicieron nada excepto trabajar y tener hijos, todo porque un día se enamoraron del primero del que pudieron. Supuso que esos dos ancianos fueron de esos, unos más en la suma matemática de la vulgaridad. En la ciudad donde él vivía, pese al progreso tecnológico y social, la diferencia tampoco era muy grande, simplemente había más bares, tiendas o teatros donde los espectadores pueden ver y escuchar historias bonitas o de aventuras que en ningún caso se asemejarán a las de sus vidas. Una vez más, presencia policial visible, pero nada de controles ni identificaciones. Hasta cierto punto agradeció ir a otro pueblo y cambiar un poco el ambiente, aunque en esencia todo sería igual.

El pueblo en cuestión daba la sensación de ser más pequeño que el anterior, pero para compensarlo, parecía estar mejor distribuido, y era fácil percibir inmuebles del tipo adosados bastante modernos junto con las típicas casas de pueblo de una o dos alturas, pero reformadas y con materiales modernos; incluso pensó que por algunos momentos daba la sensación de ser una especie de destino turístico, no en el sentido de que la gente fuera a pasar sus vacaciones, pero sí en el sentido de ser lugar para tener una segunda residencia, un lugar tranquilo donde pasar los días de vacaciones y no tener que gastarse un dineral alquilando apartamentos en la playa por unos meses o haciendo viajes a París o a Roma que en absoluto cambiarán las vidas de los viajeros, ni las percepciones que estos tienen de la existencia. El caso fue que el lugar le agradó; eso sí, no esperaba encontrar gente

especialmente refinada, de hecho no era lo que quería ni necesitaba, lo que necesitaba era una historia a la que sacarle el jugo. Que el marido le pegase a la mujer, que alguno fuera un borracho o ludópata, que sus hijos no le hablaran…

Conducía despacio por una de esas zonas de edificios nuevos, algunos iguales, otros parecidos en cuanto a distribución; un par de niños jugaban con un perro al que tiraban piedras, pero sin intención de herirle o molestarle, sino para que este las buscase y se las llevara. Una de sus estrategias habituales era ir a los comercios a los que se suponía que las víctimas podían haber ido con anterioridad. En una ciudad esta estrategia perdía mucha fuerza, pero en un agujero como ese, era jugar sobre seguro. Los bares resultaban complicados porque los dueños se autoarrogan una especie de sabiduría popular que los hace tratar con los desconocidos de forma desconfiada; otros son fieles a sus clientes y no quieren crearles molestias, y eso era algo que él, incluso dentro de su estructura mental cínica del mundo y de las cosas, llegaba a entender. Cierto que muchas veces era algo sencillo y bastaba sacar el tema para que el dueño, los empleados o los clientes comenzaran a hablar sin que él apenas tuviera que decir o hacer nada.

Decidió ir a la peluquería de señoras cuando la encontrase; dudaba de que hubiese más de dos. El lugar le pareció más aceptable, pese a que en este pueblo la población posiblemente fuera inferior al otro. Lo que le gustaba era que se mostraba como era, es decir, casi una aldea, nada atractivo ni interesante, aunque algunos pasaran en él su tiempo estival, en el que la gente acababa viviendo porque simplemente era de allí, o tenía la mala suerte de tener que estar por motivos laborales u otra razón impuesta, pero al menos el lugar era sincero, no tenía esas ínfulas de pretender ser moderno, de ser algo más que un pueblo perdido en la montaña, como el otro. Mujeres mayores con la cara surcada por arrugas pasaban ante él, lo saludaban, él les devolvía el saludo; a lo lejos algún tractor oteaba el horizonte y algún niño andaba con su perro por las calles estrechas rodeadas de pintura blanca y metales oxidados. No tuvo que buscar mucho, encontró la peluquería tras andar unos minutos.

—Buenas, señora, ¿cómo está?

—Bien, ¿no vendrá a cortarse el pelo?

El comentario, un tanto hiriente, no por el hecho de que fuera hombre y estuviera en un local destinado a mujeres, sino por su calvicie, no se lo tomó mal. La mujer no lo había dicho en un tono jocoso, y era una buena forma de comenzar una conversación de la que esperaba sacar jugosos datos.

Era una mujer de cincuenta y tantos años, muy morena de piel y con unas caderas generosas, no tenía un mal tipo, aunque el paso del tiempo había dejado ciertas huellas, pero no eran como esas cicatrices

de otras con las que se había cruzado antes. Tenía un cutis bastante cuidado que, con un poco de maquillaje, le haría aparentar unos años menos. Vestía lo que él supuso que era una especie de uniforme; un pantalón de vestir gris sin adornos y una blusa verde lisa, el pelo también lo tenía liso y cuidado. Se la veía una mujer con cierta clase; supuso que el hecho de que posiblemente no hubiera tenido que dedicarse a las labores del campo, al menos gran parte de su vida, ayudaba a su conservación. Él pensaba que lo mejor era ser directo, lo cual no significaba que dijera siempre la verdad, pero por lo general era mejor ir sin rodeos y decirle y preguntarle a la gente qué quería y esperaba de ellos. Le explicó a la mujer quién era y qué buscaba, ella no mostró especial reparo en hablar con él; le dijo que faltaban unos minutos hasta que llegase una clienta, por lo que podían hablar mientras.

La peluquera se llevó la mano derecha al cuello y comenzó a tocar un colgante; Ricardo no lo pudo percibir bien, le dio la sensación de que se trataba de un nombre, supuso que de su hijo o de algún otro familiar. Al mismo tiempo se puso enfrente del espejo, dándole la espalda a él, pero la sensación era la de que mantenían una conversación directa, ya que ambos podían ver el reflejo del rostro del otro. El local estaba bien amueblado, sin llegar a ser presuntuoso, en consonancia con la estética del pueblo. Solo llamaban la atención un par de fotografías colgadas en la pared que hacían publicidad de productos para el cabello, en ellas se podía ver a dos chicas jóvenes y guapas, con un pelo corto de estilo francés que les daba un aspecto desenfadado y moderno; incluso era dudoso que la gente joven del pueblo se atreviera con algo así.

—Abrí este negocio hace veinticuatro años, Rosana fue una de mis primeras clientas, de manera puntual venía casi todos los viernes a las diez o las once, a veces solo se lavaba y se arreglaba un poco; todos estos años el mismo corte de pelo, con el paso del tiempo cada vez más corto. Su corte de pelo, su permanente, siempre lo mismo; cuando terminaba, allí estaba su marido esperándola para irse a tomar algo y hacer las compras. Primero venían con los hijos, y los meses de verano, pasados los años, ya con los nietos. Pero esa mañana fue todo diferente, llegó un poco antes de las diez, no me había reservado cita, me preguntó si podía atenderla, le dije que claro, que tendría que esperar una media hora, pero que si lo hacía o se iba a tomar algo la atendería, me dijo que esperaría y se sentó en la silla, en esa concretamente, lo recuerdo como si fuera ayer… Y, no sé, ella...

—¿Ella, qué? ¿Estaba diferente?

—Sí, totalmente diferente, estaba contenta, incluso radiante. Ella, la verdad, era muy buena persona, pero no especialmente simpática, era la típica mujer que se casa con su primer novio y se pasa la vida

con este, criando a los hijos, ocupándose de la casa, haciendo una vida familiar; pero ese día, no sé, era como si tuviera veinte años menos, y no solo eso, me quedé pasmada cuando me dijo que quería que le tintase el pelo y que se lo cortase como una de esas chicas de las fotos, ella… ¡ella quería estar guapa!

La mujer apretó fuertemente el colgante al mismo tiempo que se ponía a llorar, pudo ver sus lágrimas a través del espejo y hubiese vendido su alma al diablo por poder hacer una fotografía para luego ir con ella al imbécil de su jefe y a la arpía de la redactora y, tras echársela a la cara, decirles: «Aquí lo tenéis, perros, vuestro reportaje de mierda».

Le pidió permiso a la mujer para hacer una fotografía del local desde el exterior, a lo que ella accedió. Hablaron un poco más y se despidieron, no le pudo contar mucho más, pero era más que suficiente. Durante la conversación se había percatado de que el trasero de la mujer aún parecía robusto y firme; definitivamente, este lugar era mejor.

Volvió al otro pueblo. Probablemente era la primera vez que se sentía moderadamente feliz desde que llegó a la zona. Los árboles se sucedían de manera rauda si se miraban a través del vehículo, en cambio, la tierra árida y pegajosa parecía estar inmóvil. No le hacía falta mucho más para confeccionar una historia poderosa. Gente gris dentro de aquello que ya de por sí era gris; un maricón reprimido y un matrimonio de vejestorios aburridos que, justo antes de ser ejecutados, se convertían en aquello que siempre habían anhelado durante sus vidas; que solo un poco antes de morir lo hubieran conseguido era algo sencillamente maravilloso, incluso con esto ya no era necesario que el conductor del camión matase a nadie más. ¿Quién era él? Un hipnotizador, un demonio, un portador de esperanza antes de la tragedia, ¿todas esas cosas a la vez? Alguien al que sin duda las gentes abrirían las puertas de su casa y al que esperarían con las manos abiertas, ofreciéndole su pecho para ser sacrificados.

Última carretera para el final de la noche

Los días pasaron rápidamente y ya solo quedaba uno para que el asesino volviera a actuar, en el caso de que siguiera esa extraña aritmética que hasta ahora había desembocado en violencia y desesperación. Durante estos días, Ricardo se manifestó sociable e incluso simpático. Se convirtió en un cliente más del restaurante, de una manera que oscilaba entre lo cómico y lo reflexivo, parecía un tipo moderadamente alegre, como lo aparenta ser la mayoría de los habitantes de los centros urbanos, incluso desde cerca podía dar la sensación de ser un hombre agradable. Contaba alguna de las

anécdotas de sus reportajes pasados, excluyendo los detalles más escabrosos; fue así como, de una manera natural, les dijo a los autóctonos la verdadera razón por la que estaba en el pueblo; estos, lejos de enfadarse, lo tomaron como algo bueno, sin duda que un periodista de su prestigio se interesara por el tema en persona era motivo de satisfacción, casi de orgullo; no se sintieron engañados en ningún momento. Esta situación nueva hizo que pudiera sacar todo tipo de fotografías y que se entrevistara con la gente de una manera cercana y directa. No solo pudo sacar algún jugoso detalle, sino que sus ideas se reafirmaron. Por una vez en mucho tiempo no tenía la necesidad de manipular las palabras o hacer segundas interpretaciones, puede que por una vez publicase lo que creía. La gente le vino a confirmar que el chico era un reprimido sexual de vida gris y momentos prescindibles. Nadie afirmaba que fuera un maricón malfollado, lo daban a entender con otras palabras. Nadie cayó en la idea de que el problema no estribaba tanto en la sexualidad del hombre, sino en la falta de valentía necesaria para afrontar aquello que era y aquello que buscaba, lo cual se traducía en ese instinto de conservación que hace elegir entre lo malo, porque al menos es un «algo» que ya conocemos y que hasta cierto punto podemos controlar. Era este un mal muy común en la sociedad, pero por otra parte era demasiado pedirle a la gente del pueblo una reflexión de ese tipo, por lo que él siempre sería recordado como el maricón de la gasolinera. En cuanto al matrimonio, era casi mejor, ya que simbolizaba ese paradigma de la gente conservadora de los pueblos, muy contraria al cambio y enraizada en sus costumbres. Que la propia gente del pueblo los considerase como algo obsoleto era algo maravilloso, suponía la ruptura de los valores tradicionales desde dentro; que esa misma gente, a pesar de no tener prejuicios a primera vista y tolerar a los otros —qué mejor ejemplo que los inmigrantes de color que venían a trabajar en la recolecta, aunque luego durmiesen en camastros en el mejor de los casos—, vieran al chico como un mariquita y al matrimonio como un par de amargados, resultaba maravilloso.

Su artículo ya tenía visos sociológicos, el asesino había pasado a un segundo plano. Eran los monstruos cotidianos del día a día: el del trabajo, el del bar, el del hogar; eran las relaciones civilizadas, pero a la par insanas, las que verdaderamente protagonizarían sus líneas. Puede que la mayoría de la gente solo se fijara en los asesinatos, pero eso era secundario. «El mierda de mi jefe y la puta de la redactora verán que es algo más que morbo, ¡qué hijos de puta que son!», pensaba, mientras contaba historias truculentas de sus investigaciones pasadas; historias con visos de astracanada que no llegaban a ser desagradables.

—Pues resulta que la monja se quedó preñada, el hijo era del cura

y la mandaron a abortar a una clínica de rojos y feminazis.

—Ja, ja, ja, ja, ja.

Los pueblerinos al reírse abrían sus bocas y sus ojos se cerraban como si quisieran acechar algo que les era desconocido. Mientras, Ricardo, con las piernas cruzadas, se apoyaba en la barra del bar y fumaba, adoptando una postura que bordeaba el escorzo y que recordaba a estrellas de Hollywood que, al contrario que él, gozaban de la gracia de la fotogenia. La inminente acción futura del asesino no solo no intranquilizaba a los moradores del pueblo; los había llenado de un extraño sentimiento de comunión que, si existió en el pasado, hacía mucho tiempo que ya no se daba en la zona. La presencia de la policía y los medios de comunicación, que se había hecho más notable desde hacía un par de días, lejos de ser símbolo de perturbación, reforzaba la idea de que ellos, cada uno y a la par todos juntos, estaban viviendo y protagonizando un momento único, donde las fuerzas y pulsiones tenebrosas de la sociedad acababan librando batalla contra ellos mismos, pobladores de una parte del mundo que aún no había sido contaminada por el progreso, los teléfonos móviles, el teletrabajo y los ahorros energéticos. La idea de que el asesino eliminara a esa persona que no gustaba al otro terminó por darle a la situación la categoría de ritual. «Ojalá lo matase a él; ¿por qué tengo que ser yo? Para eso que maten a otro, a mí no me matará, porque solo busca a desgraciados y yo no lo soy», pensaban.

Mientras, Ricardo continuaba con sus anécdotas indecentes. Finalmente, un sentimiento de fiesta inundó la situación y el marido de la chica delgada y no muy agraciada, dueño del restaurante y de la gasolinera y la carnicería, poco dado a hablar y ser sociable, pidió permiso al alcalde y a la policía para cerrar un poco más tarde e invitar a una ronda de vino o de cerveza. Las autoridades, habida cuenta de las circunstancias, no lo vieron mal. Daba una buena imagen a los medios de comunicación que también estaban en el bar tomando algo; sí, demostraría que la gente de los pueblos tiene mucha resiliencia, esa palabra que ahora se escucha tanto. Sería una muestra de que ninguna bestia venida de cualquier otra parte del mundo podría quebrantar el sentimiento de unidad que poseían. Incluso en un momento se realizó un brindis, por el pueblo y por la gente que había venido de fuera; solo al final, un paisano recordó a las víctimas. El ruido de los cristales al chocar apenas fue perceptible en los vastos dominios de campos y oscuridad que rodeaban al pueblo.

Las primeras horas del día siguiente se vivieron con incertidumbre, pese al momento de cierta mística social vivido la noche anterior. El pueblo, definitivamente, estaba tomado por periodistas y policías, también habían llegado escritores, gente religiosa que avisaba de la ira de Dios y en general todo tipo de charlatanes que grababan videos

para subirlos a su canal de red social. Los nombres que se habían elegido para el evento eran variados, pero en ningún caso originales: «El cazador nocturno», «La muerte sobre ruedas», «El diablo de la carretera…».

Al ver a toda esa gente, Ricardo se reía; él les había ganado ya la partida. Si bien el viaje en un principio se le indigestó, e incluso lo tomó como una forma de castigo, ahora tenía todas las cartas en su poder. Haría un reportaje excepcional, desde el primer día, ese en el que llegó mucho antes que los demás. El caso, que independientemente de lo que pasara esa noche ya tenía recorrido mediático, tendría a su reportaje como la primera piedra de toque. ¿Pero, verdaderamente, a qué se debía ese cambio mental? Lo normal era que él hubiera maldecido a los pueblerinos, más aún a los otros medios: a los primeros los veía como esa chusma arrogante de las zonas rurales que se cree que es poseedora de una pureza que no solo es inmerecida, sino inexistente; a los otros, sus colegas, como piezas de los instrumentos de dominación. Era verdad que él mentía, que escribía sobre la escoria del mundo, pero al menos era auténtico, no tenía amo, ni necesidad de tenerlo, era libre para describir las indecencias y pesadumbres del mundo tras haberse postrado ante un altar de locuras y tinieblas.

El alcalde lo invitó a comer y luego a una misa que iba a celebrar el cura, que también había estado en el bar la noche anterior. En ella se rezaría por el descanso eterno de las tres víctimas anteriores y a su vez para que no hubiese ninguna más. Todo esto era exagerado y formaba parte del folclore, pero, de todas formas, el asesino siempre había matado en la madrugada, por lo que no dudó en ir a ambos sitios, no solo porque quedaría bien en el artículo, también justificaría sus teorías misantrópicas y, a ese paso, luciferinas.

La misa no le defraudó. Era bastante habitual que en su peregrinaje por la fatalidad se topara con la religión; a veces de forma más oficial, otras más oficiosa. Por supuesto, había investigado sectas, unas más conocidas, otras no tanto; incluso para él era complicado distinguir a un grupo de chiflados de un grupo de gente más cohesionada. Menos problemas de organización le suponía la Iglesia romana. En su periplo se había encontrado muchas veces con variopintos siervos de Dios, desde curas ludópatas, cleptómanos y alcohólicos a monjas que acababan haciendo la calle. Cierto era que estos casos no eran lo habitual, aunque en ocasiones la actitud del clero dejase que desear. Sin embargo, cuando por motivos del trabajo se había relacionado con religiosos que, con sus errores y aciertos, sí que lograban avanzar en su vocación religiosa, percibía en ellos una pureza, y, mucho más importante, una alegría que le era imposible encontrar en cualquier otra parte del mundo. Esto, lejos de darle un cierto respiro, una tregua

en su cruzada contra la sociedad, lo radicalizaba aún más. Para él, que la única manera que había de escapar de la boca feroz de la existencia fuera esconderse entre muros e imágenes era la principal razón por la que Dios tenía que ser, bien un bufón, bien un psicópata, no muy diferente de los que intentaba desenmascarar.

La misa se le hizo un bonito paripé, porque incluso la gente que no era religiosa acababa yendo, excepto si era manifiestamente anticlerical. La comida le pareció aún mejor. Hubo momentos en que se asemejó más a un convite de boda que a una reunión popular cuyo fin era unir a los miembros de la sociedad. No faltaron los discursos aburridos y cutres, destinados a una supuesta emotividad que se daba por las circunstancias, en ningún caso por la retórica. Como la comida había que pagarla y no era barata, no fue ni de lejos todo el pueblo, pero la gente que no fue se reunió en las casas o en el resto de establecimientos, por lo que se podía decir que todo el pueblo participó de algo colectivo. Ricardo se reía de todo esto, su risa había cambiado, desde la típicamente cínica a una alegría real, simple, digna de las mejores comedias. Quizás después de todo él hubiera exagerado; que el mundo fuera un lugar obsceno poblado por bestias de distintos ropajes más que motivo para la desesperación lo era para el humor.

La tarde fue llegando, el momento de la verdad se acercaba. Tal vez el entusiasmo exagerado de los últimos tiempos no fuera otra cosa que la falta de aceptación de la llegada del día crítico. Lo cierto era que esas escenas demostraban ser democráticas en el sentido pleno, ya que cualquiera podía ser la víctima y era probable que ese punto fuera el que hacía la historia interesante. Que los asesinos fueran los verdaderos defensores de la democracia lo convertían a él en el verdadero rey de la putrefacción intelectual y en un periodista absolutamente necesario.

Empezó a oscurecer. La pregunta era qué hacer esa noche. Mucha gente decidió juntarse en la plaza, ya que no era factible que el cazador hiciera acto de presencia ante una multitud de gente, pero pese al interés de las autoridades, no era día festivo, algunos tenían que trabajar; además, el asesino no había actuado en un pueblo en concreto, era una zona de influencia más que un municipio; ¿y si mataba a un pasajero que pasara por allí? De esa manera no moriría nadie del pueblo, a la mayoría le parecía la mejor opción; al fin y al cabo, alguien tenía que morir. Ricardo decidió coger el coche y dar vueltas por la carretera, de esa manera sería más fácil que viera a ese camión negro como la oscuridad del infierno que si se quedaba por el pueblo. Cenaría algo en la habitación de la pensión; por fin esa hogaza que había deseado desde su llegada.

—Cuando tu madre falte, vende esto y te vas a la ciudad —le decía

al hijo de la dueña de la pensión.

—Sí, sí, señor Ricardo, que mi mamá dure mucho, pero luego yo me voy, lo tengo asín de claro —le respondía, como si fuera una especie de héroe clásico que tiene por delante una misión llena de aventuras e incertidumbres en la que tendrá que demostrar su valor.

Se duchó y se lavó los dientes; había dejado de beber alcohol, quería estar despejado para la ocasión. Se puso una de sus habituales camisetas monocromáticas, con una de sus habituales camisas lisas acompañada de unos vaqueros simples de color azul, solo faltaban sus zapatos, su reloj digital, su teléfono anticuado y su tampoco especialmente moderna cámara fotográfica.

—Hijo puta, a mí no me la vas a clavar —se decía a sí mismo mientras se miraba en el espejo.

Tras degustar el pan con aceite y jamón y un par de piezas de fruta, decidió que ya era hora de emprender el viaje final hacia el horror que le esperaba.

Epifanía del espanto

Salió de la pensión, se sentía fuerte y seguro; pensó en la prostituta rusa a la que solía visitar. Le hubiese dicho que era el mejor, alguien especial, que si lo conociera de verdad haría con él el amor gratuitamente y se enamoraría perdidamente, aunque hubiese otros hombres más altos, elegantes y atractivos. Pero él era algo más, era una persona que se había hecho a sí misma, que había vencido esa carga génica ya comentada que nos determina desde antes del nacimiento, y también el nombrado ambientalismo, que no es otra cosa que la idealización de la guerra de todos contra todos, del querer dar una explicación académica a algo tan simple como que el hombre es un lobo para el hombre. Volvería en un par de días y no solo volvería a mantener relaciones sexuales con ella, le pagaría para que estuviese con él; la llevaría a cenar y se pasearía con ella por la ciudad.

Puso en marcha el coche; no quiso poner música, esa música comercial que al final resultaba aburrida; quería escuchar la sinfonía de la noche, el ruido de lo lejano, el tacto frío del viento caído del firmamento.

—Te encontraré, eres un mierda, solo serás un personaje más.

Al mismo tiempo que se decía a sí mismo estas frases, conducía veloz por los caminos. A pesar de la presencia policial tenía la sensación de que era una noche en la que todo valía, en la que los controles tanto formales como informales quedaban olvidados, en la que las leyes por un día se difuminaban. Pensó incluso que, aunque la policía le sorprendiera atropellando al asesino, no solo no lo

detendría, sino que lo felicitaría, como haría la gente del pueblo, incluso los políticos. Avanzaba por los caminos mientras las luces de los faros se iban tragando la tierra. Nunca había tenido miedo a los protagonistas de sus lúgubres artículos, pero ahora era algo más; si durante todo ese tiempo nunca había pasado de ser un testigo de la podredumbre y un narrador de la obscenidad, ahora se erigía en una especie de vengador, no de las víctimas, sino de aquellos que, como él, habían tenido que sufrir la carga de tener que convivir con otros seres. Volvería a la redacción y le exigiría al imbécil del director ser redactor jefe, de lo contrario, se iría a otro periódico, incluso podía fundar uno si lograba la financiación necesaria; no tenía hijos, ni familiares directos, ni nadie a quien ofrecerle algo, sacaría el dinero de donde fuera y, llegado el día, se cruzaría con todas las personas que odiaba, y ahora, ya sí, les escupiría a la cara.

Salió de los límites del pueblo, era lógico que un camión negro no iba a meterse en las calles del núcleo urbano, por ello la mayor parte de la gente que se había juntado en el lugar se sentía a salvo. Cada uno utilizaba al otro como escudo, esa era la solidaridad que había hecho avanzar al mundo; era algo tan obvio que no hacía falta un hecho como el que le ocupaba para darse cuenta de esto. Desde lejos percibió luces de vehículos policiales; sin duda sus colegas estarían por la zona esperando capturar la exclusiva. «No me vais a joder, ya voy por delante de vosotros».

Tras una hora conduciendo, dando vueltas y sin buscar un destino concreto, decidió pararse unos minutos. Encendió un cigarro y lo sacó por la ventana; desde la lejanía apenas se podía percibir algo, pero sí la luz de esos faros que avanzaban seguros llevando la luz hacia la materia. Decidió salir y orinar. El sonido de los insectos nocturnos y el ruido de su orina al caer crearon una extraña melodía. Hacía un tiempo agradable, ligeramente fresco para la estación del año en la que se estaba, sin duda para él esta circunstancia era una de las pocas por las que se podía preferir este entorno al de la urbe. «Que os follen a todos, me voy y os dejo, por cierto, ¿te he dicho alguna vez que eres una zorra?, ja, ja, ja». Ese pensamiento hizo que se riera y que su carcajada sonara entre la maleza y los campos áridos como un extraño invitado que llega a horas nocturnas.

Fue entonces cuando lo vio pasar, hizo acto de presencia como un ser pleno y dotado de realidad, su cuerpo era como el de los animales gigantescos y prehistóricos que dominaron las tierras antes de la extinción, no importaba realmente su color, su presencia era absoluta. Se subió la bragueta como pudo, tiró el cigarro y se volvió a meter en el coche para emprender la búsqueda. Al final ese tipo resultaba estar verdaderamente loco, en el caso de que solo fuera uno. Era un kamikaze al que le daba igual todo. Ese camión largo y ancho no era

el mejor vehículo para moverse por esas carreteras antiguas y con problemas de asfalto; por otra parte, él no era un buen conductor ni estaba acostumbrado a estas persecuciones. Se logró poner a escasos metros del vehículo pesado, pero le daba miedo acercarse mucho más, no controlar la distancia y acabar chocando su viejo coche con la parte trasera del mastodonte metálico. Al tomar una curva se salió de la carretera y el coche se quedó clavado en la arena, por suerte no había árboles, aun así el trastazo fue considerable y el airbag del vehículo se activó.

Abrió los ojos y levantó la cabeza del mecanismo de seguridad; le dolía el cuello, se sentía mal, no solo por el dolor físico: no podía saber el tiempo que había estado inconsciente, y si bien no sería mucho, porque aún era de noche, así hubieran sido solo varios minutos, era más que suficiente para que ese maldito hiciera alguna de las suyas, y, lo peor, que otros tuvieran la exclusiva. El coche funcionaba, pero estaba encallado y era imposible salir sin la ayuda de una grúa.

—Me cago en mi puta vida, esto solo me puede pasar a mí.

Sus lamentos no servían de nada, salió del coche, al menos parecía que lo tenía todo en su sitio. Solo le quedaba andar y, con un poco de suerte, encontrar a alguien que lo llevase al pueblo. Podía llamar a una grúa con su viejo teléfono móvil, pero suponía tener que estar allí mucho tiempo. Anduvo unos minutos hasta que desde la distancia pudo ver varias formas, una de ellas era alargada.

Era una franquicia de una empresa de supermercados que, estratégicamente, estaba colocada en la intersección de varias vías con el objeto de que fuera fácil llegar y que, de ese modo, también pudiera ir gente de varios lugares. Aún no era muy tarde, sobre las diez y media, tenía sentido que aún quedaran empleados haciendo recuento y cuadrando cajas. Esa forma alargada se hizo cada vez más precisa. Por una parte, era obvio que no podía ser otra cosa que un camión, pero a la vez, esa figura era la de un depredador, resultaba ser la representación absoluta del mal y del horror, y lo más tenebroso: era algo que, lejos de resultar extraño, lo vemos todos los días a través de nuestras vidas programadas y cíclicas, sin importar en qué lugar desarrollemos el papel que se nos otorga.

«Te tengo, te tengo, te fotografiaré el rostro, me da igual quién seas y lo malvado que puedas llegar a ser, te tengo; tu rostro será mi paso definitivo a la fama, a poder escapar de los pueblos de catetos, de los barrios de putas y obreros… ¡Te tengo!».

Sí, era el camión, no había duda, y al lado había un coche de policía con una de las puertas abiertas. Se fue acercando y, poco a poco, fue percibiendo la mole de hierros y cables que estaba aparcada al lado del establecimiento. Antes de llegar a ella, pasó por el vehículo

policial; dentro había un agente con la cara ensangrentada, parecía que le habían cortado el cuello; por la forma en la que estaba, daba la sensación de que algo lo había sorprendido y que había hecho ademán de intentar coger su arma, sin conseguirlo. Hizo varias fotografías, tanto del cadáver como de los vehículos. Al pasar por el camión sintió un escalofrío que atravesó su ser desde la punta de sus pies hasta la coronilla.

«No podrás conmigo, no…».

Comenzó a salir por la puerta del local una especie de niebla que no era en absoluto habitual por la época del año, y tampoco había visto algo similar desde que estaba en la zona. Los cristales del camión estaban tintados, era muy complicado saber si el conductor estaba dentro de la cabina o no. Él sabía que estaba en el supermercado, de lo contrario, ya habría huido. Lo estaba esperando, en cierta forma lo había estado esperando desde hacía mucho tiempo; desde sus años en la facultad, donde ya tuvo que empezar a hacer reportajes que bordeaban la inmoralidad para poder costearse la carrera; desde que comprendió a pronta edad que la verdad y la mentira son conceptos que nadie podrá definir, pese a los debates filosóficos y científicos, y, sobre todo, aprendió que cuanto más cercano está algo de la verdad, mejor es la mentira que se puede sacar de ello, y que por esa causa el mundo está repleto de mentiras, mientras que la verdad queda oculta y disfrazada como un marginado que no ha sido invitado a la fiesta.

Entró, la niebla aumentó, salía de las máquinas refrigeradoras y de las estanterías. En la cinta de la caja registradora había desparramado un cuerpo, boca abajo y con los brazos separados, como si hubiesen intentado parar algún ataque; por el pelo dedujo que era una mujer. Un charco de sangre enorme había llegado también al suelo, daba la sensación de que era un producto más que pasa primero por la cinta y después por la caja registradora.

—¡Estoy aquí, vamos, sal, es lo que quieres, todos los perros como vosotros buscáis lo mismo, vuestro minuto de fama, aquí me tienes!

Al lado de la caja registradora, donde yacía el cadáver, se ofrecían unos juegos de cuchillo de cocina para la venta. Ricardo rompió el envoltorio de uno de ellos y cogió el más grande; la niebla le llegaba a los pies y daba la sensación de ser un enorme brazo que quería agarrarlo. Fue avanzando por los pasillos, en uno de ellos vio a un segundo policía, sin duda el compañero del primero, estaba boca arriba mirando al techo con un gran boquete en el cuello que le recordó las heridas del chico de la gasolinera. Sin duda mató primero al del coche, puede que viniesen para comprar algo, o que estuvieran vigilando hasta que el negocio cerrara. «¿Pero cómo no se dieron cuenta de la llegada de ese puto mamotreto?», pensaba. Se podía deducir que tanto los policías como la empleada habían sido

sorprendidos mientras hacían sus tareas; cosa muy improbable, ya que la llegada del camión no era algo que pudiera pasar desapercibido ni mucho menos.

No vio a nadie más por la zona de ventas. Decidió buscar en los lugares vetados a los clientes. Al final se podía leer uno de esos carteles donde pone «privado» y entró. La niebla daba al lugar una sensación de frío, muy alejada de esa idea que en ocasiones se tiene del infierno como lugar ardiente, pero sin duda este era un lugar ya maldito, tan maldito como aquellos en los que los seres pagan sus deudas con la creación. Tirado en el suelo se encontraba el cadáver de una segunda empleada; por el uniforme, diferente al de la cajera, pudo suponer que se trataba de la encargada. Al igual que con el segundo policía, hizo fotografías. A esta la movió un poco, estaba ligeramente inclinada, de forma que se pudiera ver su rostro, parecía que le habían disparado, quién sabe si con el arma del segundo policía, que no había visto; además, en su rostro también se podían ver marcas de violencia extrema, de haber sido golpeada de manera reiterada con un objeto contundente.

Ricardo salió raudo de la habitación.

—¡Da la cara, cabrón, te estoy esperando!

Pero lo único que podía percibir era esa niebla que como insectos ascendía desde de sus pies hasta sus rodillas. Solo quedaba un lugar que inspeccionar: el baño. Desde el escaparate podía ver el camión, su negrura como mancha brutal de la existencia que le comunicaba que él seguía allí y que le esperaba. Abrió, era un baño bastante grande con tres retretes, al otro lado dos urinarios de pared y dos lavabos para asearse; un gran espejo ocupaba casi toda la pared. Fue abriendo las puertas de los retretes una a una cuchillo en mano, con la esperanza de por fin poder ver ese rostro que de una forma u otra había estado buscando desde hacía mucho tiempo, pero solo encontró vacío y silencio, como ese silencio que se había encontrado cuando, siendo aún joven, algunas veces buscó de manera sincera la verdad; una verdad que puede que en contadas ocasiones hubiera percibido de forma difuminada a través de la poesía.

Dejó el cuchillo cerca de uno de los grifos y se miró al espejo. A pesar de la sensación térmica de frío estaba sudando. Decidió mojarse la cara. Ese malnacido no estaba, por alguna razón parecía haberse ido, dejando el camión en el lugar. Era el momento de llamar a la policía; él era el protagonista de excepción de la historia, lo primero que haría sería hacerse una foto al lado del camión; sería la mejor portada de su maldito periódico en años, y si el cerdo mataba a más gente, mejor. El enano y la ramera le darían un cheque en blanco para que siguiese investigando, de lo contrario, se iría a otro lugar y, ahora sí, les escupiría sus amargados rostros. El agua comenzó a fluir, se

mojó las manos y las pasó por su rostro. Fue al volver a abrir los ojos cuando tuvo la sensación de que la luz se había ido, pero al mismo tiempo, en medio de la oscuridad, existía una cierta fuerza lumínica que le permitía distinguir las puertas que tenía detrás. La niebla se hizo mucho más visible, era como del color de la luna en la noche. Como un acto reflejo de defensa, cogió el cuchillo.

—Llevo mucho tiempo esperándote, Ricardo.

Sí, pese a la oscuridad se podía ver, en este caso un cuerpo alto de casi dos metros que iba ataviado con un traje oscuro de una pieza que tenía un gran cuello cuyas dos partes terminaban en punta. Un traje que, aunque apenas podía ser percibido, oscilaba entre las historias de terror y ciencia ficción; esas historias donde se mezcla la carne con el metal, y donde los seres, a pesar de los avances científicos, se acaban haciendo las mismas preguntas que sus antepasados. Una gran cabellera cubría parte de su rostro, un rostro que, aun teniéndolo muy cerca, seguía siendo del todo impenetrable.

—No es fácil encontrar a otro que tenga mi misma sed de sangre; ahora por fin te tengo a mi lado.

Su figura era casi espectral: la de un varón alto y fuerte, su voz era áspera como la piel de un reptil, pero a la par profunda e inquietante, como la reflexión de un vagabundo que tiene por hogar el mundo y como cama el suelo mil veces pisado. El hecho de que Ricardo fuera bajo hacía la escena aún más notable.

—Si no fuera por alguien como tú mis actos no tendrían verdadera trascendencia, tú haces que lleguen a la gente. Es cierto que a veces de una forma inexacta, pero eso no es grave, es el mensaje lo que importa, ese mismo mensaje que la gente ignora una y otra vez, a pesar de escucharlo de manera repetida.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a las pruebas que se dan cada día, las que nos dicen que vivimos en el infierno, aunque a veces haga frío, como ahora. A las tragedias diarias y continuadas que, lejos de crear reflexión en esa gente, los empujan a seguir viviendo sus vidas de momentos, de placeres pasajeros y caducos. Si al menos fueran gratuitos, pero no, lo peor es que están dispuestos a pasar todo tipo de penalidades para tenerlos. Aunque no lo creas, Ricardo, yo soy un ángel, y, como todos los ángeles, tengo que dar un mensaje. No puede ser directo, por eso necesito a gente como tú, y por eso no podemos romper las reglas del juego. Si le diéramos a la gente lo que verdaderamente quiere, al minuto siguiente estarían buscando otra inquietud, otro motivo para tener fe o para dejar de tenerla. Abre la cámara, Ricardo.

—Pero… ¡pero has dicho que me necesitabas!

—Y es cierto, te necesito; te necesito en tus pensiones baratas, en las carreteras con baches; te necesito rodeado de gente a la que odies,

de paletos o de yupis, de señoras o de fulanas, de yonquis o de cocainómanos con traje y corbata; te necesito nadando entre la obscenidad de la existencia para que seas mi profeta, mi discípulo más amado. ¡Abre la caja, Ricardo!

—¿Pero por qué? Si la gente te conociera sería algo maravilloso, les animaría a pensar, a reflexionar como tú quieres.

—Ya te he dicho que no, Ricardo, eso solo serviría para que yo dejase de interesarles. Por última vez, abre la caja.

A pesar de la situación intentó mantener la compostura, pero sentía una gran presión en el pecho y sus piernas se tambaleaban. Abrió su vieja pero útil cámara, dejando el carrete a la vista. Una mano grande, más similar a una garra, con largas uñas y piel extremadamente porosa, como la de una persona muy vieja, le sobrepasó, y con una de esas uñas cortó el carrete y lo inutilizó.

—He de advertirte, Ricardo. Has de cesar en tu empeño de conocerme, de seguirme, puedes escribir sobre mis hazañas, pero nunca más deberás sobrepasar el límite que has cruzado hoy. Esta es la última oportunidad que te voy a dar. ¡Así que recuerda! No habrás de buscarme nunca más.

La mano rozó con los nudillos su cara a modo de caricia. Su rostro sin proporción, en ningún caso bello, daba la sensación de casar de manera casi exacta con esa mano que distaba de la humanidad. Casi sollozando, próximo al lloro, Ricardo, exclamó:

—Pero entonces seguiré siendo el mismo maldito periodista; el periodista de los niños poseídos y de las cuidadoras de ancianos enganchadas a la heroína; ese maldito periodista que acaba teniendo que aceptar los encargos para llegar a final de mes; ese maldito periodista que solo sabe darle a la gente la ración de inmundicia que necesita.

—¿Crees que yo he elegido lo que soy? Hace mucho que acepté mi lugar en la creación, y, como ya te he dicho, tú has de hacer lo mismo; la mucha o poca importancia de nuestros actos no nos ha de importunar. Pero la elección es tuya, allá tú con tu elección, solo recuerda que la clemencia no es una virtud que se suela dar en el mundo.

Tras decir esto desapareció; la niebla continuaba como prolongación de ese ser tan obsceno como poderoso que acababa de conocer personalmente; porque sí, era cierto, lo conocía ya hacía mucho tiempo. Se quedó mirándose en el espejo. Esa cara nada agraciada, con su calvicie y su barba descuidada, ese cuerpo pequeño alejado de las dotes que se esperan de un auténtico varón. Las habitaciones alquiladas en las que pasaba las noches eran similares a los cuerpos alquilados de las prostitutas con las que pasaba unos minutos; ambos le decían lo mismo, que no era propietario de nada,

excepto de esa cualidad, la de otorgarle a la gente lo que buscaba, la de ser un repartidor de tragedias; sí, paradójicamente él era una especie de semáforo moral. Con sus reportajes impúdicos le decía a la gente que aguantara: al idiota de su jefe, a sus familiares, a las personas con las que se veía abocado a compartir momentos, pues, aunque su vida fuera pésima, al menos no terminaría como todos esos protagonistas de sus relatos; y quizás por eso amaba la poesía, porque la poesía es todo lo contrario a la realidad, no es de este mundo, y nunca puede ser tocada por el pútrido tacto humano.

Salió del baño. El conductor aún estaba en el local, a punto de salir por la puerta.

—¡Enséñame tu rostro, necesito ver tu rostro!

Se hizo un silencio. El cazador se giró lentamente, sin excesiva sorpresa, puede que lo esperase, o que incluso ya lo supiera.

—Está bien, Ricardo, pero antes de ver mi rostro, justo es también que otros puedan volver a ver el tuyo.

—¿Qué dices?

La niebla creció de manera que ya le llegaba casi al ombligo, la luz se volvió muy parecida a como fue en el baño. Se oyó una voz.

—Ricardo, Ricardo, Ricardo… —Era una voz joven, de mujer, una voz desagradable—. ¿No te acuerdas de mí?

Salió de la niebla, como si en el suelo hubiese una cavidad, o como si bajo esa bruma las leyes de este mundo ya no tuvieran sentido, fueran ilógicas y absurdas. La reconoció. Era una enfermera que trabajaba con ancianos, los convencía para que le dieran las llaves de su casa y les robaba. Ricardo consiguió fotografiarla saliendo de la comisaría y la sacó en la portada. Un par de años más tarde, tras caer en el alcoholismo, se ahorcó en un árbol. Ricardo se solía referir a ella con apelativos como: «Esa maldita zorra», o «puerca ladrona y borracha».

—Mira, mira, me rompió el cuello, ya no aguantaba más; al principio no me gustaba, pero ahora va siempre conmigo.

Se refería a la cuerda con la que se ahorcó, la llevaba colgando del cuello, por lo que no se podían ver las marcas que le produjo el ahorcamiento. Lo que sí se veían eran sus ojos, eran como azules, resplandecientes, muy similares a los de un gato en la noche.

—¿Quieres que te la preste? Al fin y al cabo la llevo por ti.

Ricardo intentó escapar del lugar, para ello se dirigió a la salida, pero de la niebla salió otro cuerpo: el de un hombre grueso, con una piel que daba la sensación de ser una especie de plástico enrollado tanto en el torso como en las piernas, una característica de algunos cuerpos fallecidos que en ocasiones había visto. También lo reconoció; fue un caso sonado en su tiempo. Tres amigos ganaron la lotería, dos de ellos cobraron el dinero y encerraron al tercero en una casa de

campo, donde lo torturaron de maneras diversas: golpeándolo, quemándolo, obligándolo a beber alcohol. Al tercer día se ahogó en su propio vómito. Ricardo lo sabía, pero no quiso llamar a la policía para alargar un poco más la situación y darle juego al asunto; para cuando entraron en la casa ya era tarde. Su cuerpo estaba como ahora, con esas extrañas marcas que recordaban al plástico, y su boca llena de vómito y moscas; lo único diferente eran esos ojos como pequeños puntos de luz que dotaban de vida aquello que a primera vista parecía corrupto.

—Una copa, Ricardo, vamos, ¡me la debes! Tómate una copa conmigo; tú y yo somos amigos.

Todo apuntaba a que podía ser cierto, al final tendría que rendir cuentas de todos y cada uno de sus actos, que ahora tenían, puede que para siempre, la forma de fantasmas. A pesar de que la salida del supermercado se veía, daba la sensación de que estaba lejana, de que le costaría mucho llegar hasta ella, como si la niebla fuera una especie de argamasa que impedía sus pasos. Los dos antiguos conocidos se acercaban a él de forma pausada, escuchó una nueva voz.

—Jesús no quiso ser mi amigo, es amigo de todos menos mío, ¿por qué, Ricardo?

Era el niño poseído, el del último artículo. Había muerto por un colapso del organismo provocado por los ayunos, las vigilias y el estrés que conlleva pasar semanas encerrado escuchando todas esas oraciones en las que se ordena al demonio que abandone el cuerpo del poseso. Llevaba una cruz colgada del cuello, la reconoció, era la cruz que le puso el sacerdote desde el comienzo. Se la llevó a los labios y la besó, unos labios resecos y cortados que acabaron morados.

—Tú sí que me vas a querer, ¿verdad? Serás mi amigo, vamos a estar siempre juntos.

Un grito que a la par era como una asfixia salió de su ser e inundó el peculiar escenario, su piel se erizó tanto que tuvo la sensación de que una corriente eléctrica le recorría el cuerpo. Lo único que pudo hacer fue correr hasta la salida, si lograse llegar a ella y salir al mundo exterior quizás tuviese una última oportunidad para enmendar sus pecados; o, muy al contrario, seguiría navegando en ese mar de perdición y podredumbre que tan bien conocía, porque eso era lo único que sabía hacer, o aquello para lo que estaba predestinado desde el comienzo.

Parecía que la salida ya era una posibilidad; los otros —¿cómo denominarlos?, víctimas, verdugos, seres de otro mundo, o seres que reflejan con exactitud lo que supone este mundo, verdaderamente daba igual— quedaban atrás, solo unos pasos más y llegaría a la puerta. No importaba si nadie le creía ni que, obviamente, no pudiera publicar lo que acababa de experimentar. Ahora sabía que no era un

mero charlatán, lo que hacía tenía una trascendencia, cada letra que había escrito se relacionaba directamente con la realidad, mejor que con la realidad, con el otro mundo, algo parecido a lo que él experimentaba con la poesía. Sí, él era el poeta de la inmundicia y de la atrocidad, y, como todo poeta, al final del camino lo único que le quedaba era su obra, repleta de tristezas y de todo lo que pudo ser y no fue. Pero en su caso era diferente, todo lo que él mostraba era real, y ahora tenía la certeza de que era algo que traspasaba esa percepción que la gente tiene de la realidad; sí, su amigo tenía razón: era un profeta, un artista, era el sumo sacerdote de ese altar de tinieblas y locuras.

Cercano ya a la puerta, resbaló. Tuvo la sensación de que debajo de sus pies había un líquido viscoso. Se levantó tan rápido como pudo y fue entonces cuando la vio; sus ojos eran reconocibles, no solo por esa luz que nimbaba a todos ellos; los había recordado muchas noches en las que no pudo dormir. Era una chica joven, que había alquilado su vientre a una pareja de lesbianas; el caso se hizo conocido porque ella, que era adicta al alcohol y las drogas, hecho que había ocultado a la pareja, se arrepintió e ingresó en una casa de caridad que trata a mujeres sin recursos que no quieren abortar; unos lo tomaron como una muestra de que es preferible que las personas den sus hijos en adopción y otros como que abortar o alquilar el vientre es siempre la última opción. La chica se acabó fugando con su novio, atracaron un par de gasolineras para ir tirando mientras consumían sustancias. Ante la imposibilidad de ir a un hospital, ya que hubiese sido detenida, tuvo el hijo sola. Ricardo publicó que ella misma lo estranguló con el cordón umbilical. Esto nunca se demostró, era posible que el bebé hubiera muerto por el consumo de drogas o la falta de atención médica; de hecho la mujer fue absuelta, ya que se le aplicó la eximente de actuar bajo el síndrome de abstinencia, pero nunca se recuperó pese a estar ingresada en varios centros de desintoxicación. La losa de que ella había cometido algo tan abyecto le pesó siempre en demasía, y un día apareció con una aguja clavada en su brazo, al lado de un portal, en posición de penitente.

—Mira, Ricardo, lo llevaba dentro de mi cuerpo, estaba dentro de mí.

Ella portaba entre sus brazos el cuerpo inerte de su hijo, el cordón umbilical que salía de su vagina terminaba en forma enrollada en el cuello del pequeño sin vida; chorros de sangre salían de su sexo, puede que resbalara por esto.

—Ves, Ricardo, aún está conmigo, soy una buena madre, no es verdad que yo no lo quisiera, ahora él también es tuyo.

Pudo ver las marcas de las jeringuillas en sus delgados brazos. Si hubiese podido poner fin a su vida lo hubiese hecho sin dudarlo lo

más mínimo en ese momento, pero todo apuntaba a que su condena no había hecho más que empezar.

—No te entiendo, Ricardo, los amigos siempre se alegran cuando se reencuentran. A ellos les debes todo lo que eres, deberías mostrarte más agradecido.

Había aparecido ante la puerta, con su traje literario, con su altura imponente, con esa oscuridad enigmática que cercaba su rostro. Todos esos seres resucitados, o que nunca habían dejado de existir, le rodearon: la soga, la cara llena de vómitos, la cruz, el niño sacrificado desde el primer momento de la vida; todos ellos eran la angustia, el ahogamiento, la estrangulación de la existencia; sí, definitivamente eran víctimas. Lo único que podía hacer era acercarse hasta él, y eso supondría sin duda ver su rostro de manera definitiva, lo cual era lo mismo que verse él mismo reflejado.

—Ahora ven a mí, ya para siempre. —El Cazador tanto de cuerpos como de almas se hizo una herida en la muñeca izquierda con una de sus largas uñas y de ella comenzó a brotar la sangre—. Ahora beberás de mi carne y de mi sangre, y resucitarás en el horror y espanto que tú mismo creaste con tu vida, te odiaré siempre como tú mismo te odiaste.

Un grito apocalíptico, paradigma del espanto y de la infinitud de la derrota de la materia por la maldad inundó el espacio, pero nadie de este mundo pudo ya escucharlo.

Epílogo: poesía para donde no exista el hombre

La redactora salió de su despacho. En su rostro había alegría que no por tener que ser disimulada era menos cierta. Entró en el despacho del director.

—¿Voy bien?

—Sí, sobria, como siempre.

—En cuanto pueda me voy.

—Vamos, no seas cabrona, no tiene familiares ni amigos, si no vamos nosotros va a parecer el entierro de un mendigo.

—¡Qué se joda, por hijo puta!

—Es una pena, una muerte tan cutre, él que siempre estaba rodeado de locos. La verdad, no lo echaré de menos, porque sí, era un gilipollas, pero era un buen periodista. Lo más gracioso es que haya muerto por un artículo que, al fin y al cabo, no tenía nada de especial, aunque no era malo.

Los autores de los crímenes habían resultado ser dos expresidiarios fugados de una cárcel próxima al lugar. Cumplían penas largas, por lo que no tenían nada que perder. Atracaron la gasolinera y se ensañaron con el joven; uno de ellos cumplía condena por varios asesinatos y

tenía claros rasgos psicopáticos. Días después llegaron a la casa de los abuelos, tras matarlos comieron y pasaron la noche allí. Se dieron cuenta de que la presencia policial aumentaba, y también les llegó esa historia del camión, por lo que decidieron pasar unos días en la montaña, pero sus adicciones hicieron que en el peor día decidieran atracar el supermercado, con el dinero podrían llegar a otra provincia, y, con un poco de suerte más, y tras algunos robos y probablemente más asesinatos, cruzar la frontera del país vecino. Justo cuando iban a entrar llegó el coche policial. Uno fue a por el policía del coche, el otro a por el policía de dentro de la tienda. Las empleadas quedaron en *shock*, casi ni se dieron cuenta cuando una fue apuñalada varias veces y otra tiroteada con el arma del agente asesinado en el interior. La policía sospechaba de ellos desde el principio, pero no dieron difusión a su identidad, incluso esa ridícula idea de un conductor fantasma les venía bien. Al día siguiente fueron alcanzados por las fuerzas del orden; hubo un tiroteo, uno de ellos murió, el otro fue llevado grave al hospital, dos agentes resultaron heridos. Nunca se sabrá de dónde vino esa idea que devino en mito, en esos mitos populares alejados de la astucia de la erudición. Quizás fuera cierto que alguien viera un camión negro el día de los asesinatos, o que alguien simplemente se lo inventara, como una forma de darle carácter mitológico a la violencia, de querer darle categoría de literatura a algo tan simple como que el ser humano es una bestia. El caso era que Ricardo había perdido la vida por un caso que no era malo desde el punto de vista periodístico —sin duda el hecho de que uno de los asesinos hubiera sobrevivido lo hacía interesante, ¿quién sabe si le hubiera concedido una entrevista?—, pero que no tenía nada de mágico, paranormal, ni nada que le hiciera quedar en el futuro en el recuerdo colectivo. Su coche, antiguo y sin pasar las revisiones periódicas, debido a la dejadez que mostraba para la mayoría de las cosas, tuvo un fallo en los frenos, se salió de la carretera y su cabeza se estampó contra el salpicadero, rompiendo parte del cristal. Resultaba curioso que, pese a ser un día tan especial, pasase mucho tiempo hasta que otro vehículo circulara por el lugar y viera el accidente. Era posible que muriese desangrado, y que desde el comienzo quedase inconsciente.

—Venga, vamos. Cuando acabemos vamos a tomar algo, hay que pensar a quién contratamos para sustituirle.

Puede que el azar, o, muy por el contrario, el hecho de que todo esté conectado, desde cada uno de nuestros pensamientos hasta la más costosa de nuestras acciones, hiciera que antes de coger el vehículo para ir al entierro de Ricardo, el director y la redactora jefe se cruzaran con la prostituta que visitaba de manera periódica el ya ahora difunto. El director la miró un instante; le gustó, y, como era

habitual en él, pensó que, como todas las mujeres, debía de ser una golfa.

La chica llegó a su casa, faltaban unos minutos para que llegase uno de sus clientes. Se metió en el baño para asearse, abrió el armario y cogió un libro. Era un libro de poesía de Ricardo; se lo dejó la última vez que contrató sus servicios y esperaba poder devolvérselo. Lo cierto era que ya debía de haber vuelto, supuso que quizás tenía obligaciones; nunca le preguntó a qué se dedicaba. Se desnudó y, antes de meterse en la ducha, abrió el libro al azar y comenzó a leer. Le gustaba ese momento, ese momento alejado de las caricias de los otros, del olor a sudor, del dolor de las penetraciones, de las sequedades vaginales, y, sobre todo, de esas miradas sin vida ni piedad que recibía tras aceptar el dinero. En cambio, en ese mundo de palabras, de ideas y de astucias, ella era libre, como lo era cuando de niña corría por los verdes prados de su pueblo, y quizás algún día, al igual que Ricardo, despojada ya de todo lo que le impusieron desde el nacimiento, se acercara en actitud triunfante y sigilosa a todos esos mundos de luz, amores y criaturas nacidas en galaxias que aún no tienen nombre, donde ya, por fin, no existe el hombre.

Simón del desierto

El que permanece en la soledad se libera de tres géneros de turbaciones;
la del oído, la de la palabra y la de la vista.
Entonces no le queda más que el combate del corazón.
SAN ANTONIO ABAD

Así te quiero, fluida y sucesiva…
GERARDO DIEGO

¿Tenéis ansia de soledad absoluta? Sería mejor esperar. La soledad exterior llegará por sí misma cuando la soledad interior se encuentre bien arraigada.
TEÓFANES EL RECLUSO

España, 1980

¡Joder!, parecéis mi mujer, todo el día aquí. A dormir no os quedéis.

—Simón, eres un asceta moderno, la compañía humana no interfiere en tu misión.

—Cuando hay dinero de por medio, la compañía humana, la demasiado humana, es sinónimo de interés, de dinero, y ya sabes que es el amor al dinero la…

—La causa de todos los males.

Le había contestado Adrián, su editor. Un tipo alto de casi dos metros que solía vestir con esas chaquetas de pana puestas de moda en la década anterior. Había estudiado Filosofía y leído cientos de libros pese a ser aún joven. Además de culto era ante todo analítico. Posiblemente, por ello, Simón lo desconcertaba, no solo por los episodios habituales de sus encuentros, como el que acababa de suceder, sino como miembro de la especie humana en general.

—Simón, esto es un negocio, un negocio estético si deseas llamarlo así, pero un negocio al fin y al cabo. No hace falta que te lo explique.

En esta ocasión le había hablado el dueño de la editorial, el señor Conde. Era este, en cambio, un tipo vestido también con chaqueta, las más de las veces con traje completo y corbata. Escondía tras ese atuendo no una verdadera elegancia y elección por el buen gusto, sino una necesidad de diferenciarse de las demás personas, clasificarlas de una u otra forma, distinguirse de los otros, pero para darse una importancia que verdaderamente no tenía. Simón se había dado cuenta de eso y lo consideraba algo parecido a un mal necesario. Por su parte, Conde tenía a Simón como un loco, pero como la locura forma parte del mundo y en muchas ocasiones se presenta incluso

atractiva para los cuerdos, esta podía llegar a ser interesante, incluso lucrativa.

—Que mis últimos libros se parecen demasiado. Pero, ¡cojones!, si me dijisteis que cuando ya se tienen unos lectores asentados eso es lo conveniente.

—Un término medio, Simón. El problema es que no son partes de una saga, si fuera así, incluso estaría bien, el caso es que acaban siendo libros con trama diferente, pero con temática parecida. —Mientras Adrián le hablaba, observaba su habitación. Había estado muchas veces, pero siempre la encontraba fascinante y con algún detalle por revelar.

—Pues nada, como se está poniendo de moda tras la muerte del dictador, empiezo a escribir historias de destape. Que salgan tetas, pichas y culos.

—Creo que sería un cambio editorial demasiado forzado, Simón. ¿Cuándo me vas a mandar el siguiente manuscrito?

—No sé, Adrián, dame dos meses, tres, ¿hay prisa?

—No, no hay prisa —respondió Conde—, solo ten en cuenta lo que te hemos comentado.

Tras tocar a la puerta, entró Asunción, la criada del hogar.

—Perdonen, ¿los señores querrán tomar algo? ¿Un café y algo para picar?, ¿cerveza, agua?

—No, no, los señores se van ya. Pues eso, que lo tengo en cuenta todo, ya hablamos.

Asunción acompañó a los editores a la salida. Cada uno a su manera experimentaba una sensación de alivio al abandonar el lugar, ya que tratar con Simón siempre era complicado. Pese a que el mismo había aceptado autorecluirse, y pese a la valentía o a la estupidez de su acto, era posible que aún le quedara dar un paso más para lograr evadirse de todo lo que era humano, demasiado humano, como decía él, y convertirse de esa manera en santo, loco, profeta, idiota o quién sabe si una mezcla de todos.

Simón Jordán llevaba once años sin salir de su habitación, que realmente era un baño que había sido reacondicionado para poder dormir en él y, hasta cierto punto, llegar a tener una funcionalidad que en ningún caso se podía asemejar a la comodidad. Aunque llevaba escribiendo más de veinte años, era desde hacía seis que se había hecho un autor conocido, con varios libros suyos en la lista de más vendidos. Su peculiar estilo de vida contribuía en gran medida a que sobre su persona se hubiera creado un aura tanto mítica como mística.

Este peculiar *modus vivendi* se debía a un conglomerado de creencias que había desarrollado desde que dejó su trabajo de secretario judicial en un juzgado de instrucción y se dedicó a escribir. Según él, lo que conocemos como realidad no existe verdaderamente:

la existencia no es más que una especie de reflejo, tan solo una parte de un recorrido que bordea la vía de la realidad, un plano, similar a la escena de una película. La película no es la realidad, pero las personas que la interpretan sí que son reales, por lo tanto, la escena no es la realidad, si bien es cierto que lo que ocurre es real, de lo contrario, los actores no podrían morir rodando escenas de peligro, o enamorarse u odiarse, dependiendo de las circunstancias. Esa idea no es en absoluto original; se encuentra en muchas teorías religiosas, y, en las últimas décadas, algunos científicos son proclives a creer en este tipo de cosas, si bien las demostraciones empíricas no existen, quizás porque no puede haberlas.

Una parte un tanto más original de su pensamiento era la verdadera razón por la que escribía, siendo en el fondo su reclusión voluntaria un instrumento para poder sacar al menos una novela al año. Simón había llegado a la conclusión de que, no solo todo lo que hacemos, sino también aquello que podemos pensar existe en algún otro plano de la realidad, e influye en la poderosa e incognoscible matriz de la que se desprende todo lo que puede ser conocido. Por eso, cada vez que escribía, creaba un personaje o desarrollaba una idea, influía en la realidad de una manera considerable, y por ello la realidad influiría en él en el futuro, en otro de esos planos de existencia que protagonizaría. Merecía la pena, pues, dedicar su vida, los años que le quedaran aquí, a crear y a influir, de manera positiva, claro, ya que él pensaba que sus historias eran algo noble que en cierta manera mejoraría a la humanidad y le revelaría verdades.

Su vida, debido a sus limitaciones espaciales, no dejaba espacio a la improvisación. La bañera de antaño había sido eliminada y colocada una mampara dejando espacio (que dejaba espacio) para que hubiera una cinta de correr que utilizaba generalmente con suma desgana, para que sus músculos no se acabaran agarrotando. Una vez al mes lo visitaba un médico, a quien lo que más le preocupaba era el tema de su vista, pues el hecho de que no saliera de su habitación y las horas que se pasaba leyendo y frente a la máquina de escribir eran sin duda nocivos para sus ojos, si bien no tenía en la actualidad ninguna afección ocular. También se hacía una analítica que no reflejaba problemas serios, no era en absoluto glotón, aunque tampoco un asceta en el sentido propio de la palabra, se podía decir que era un anacoreta laico, si es que tal definición no es una contradicción en sí misma. Alguna vez degustaba copas de vino y licores, también fumaba tabaco sin caer en el exceso, tras comer, o tras estar un tiempo escribiendo. Con las comidas no era caprichoso, pero tampoco reticente a pedirle al servicio platos concretos, lo que más le apetecía en función del momento. En un lateral había una colchoneta en la que dormía, se había acostumbrado a ello con el paso de los años; como se

ha comentado, no era un asceta que buscase el dolor, pero tampoco quería dejarse llevar por el hedonismo y el deleite que, sin duda, se podían dar pese a lo reducido del lugar. Una cama grande y blanda podría ser sinónimo de pasar tiempo en ella, de rememorar esas sensaciones, las que experimentaba cuando era un hombre normal que conducía, entraba en los bares y hablaba con la gente. Ese hombre que, tras terminar la semana, salía del juzgado y se dirigía a su casa con su familia.

Enfrente del inodoro y la mampara estaba su escritorio, la máquina de escribir y dos armarios, uno a cada lado, bastante antiguos y que guardaban miles de hojas impresas y también borradores escritos a mano, todo ello relacionado con sus historias. Lo que le daba un aspecto verdaderamente bizarro a su singular reino era el hecho de que el espacio libre estaba ocupado por estanterías llenas de libros y de recortes de fotos, pósteres y carteles sobre películas, obras literarias y otras cosas que a él le eran gratas; también se podían ver colgantes, amuletos y alguna máscara.

Vestía siempre con algún chándal monocromático y zapatillas de ir por casa; como no se había cortado el pelo en todos esos años lo tenía muy largo, pero no era desaliñado, se duchaba habitualmente, se cortaba las uñas, los pelos de la nariz y se afeitaba. Si bien nunca salía de la habitación, no tenía, hasta cierto punto, reparos en que la gente entrara en ella. Eso sí, ni fanes para firmar libros, ni periodistas que se interesaran por su caso; eran de las pocas excepciones para compartir algún momento. En realidad, aunque era famoso, el hecho de que no saliera de casa hacía que mucha gente no se interesara por su vida, como hasta cierto punto es lógico, y al final siempre acababan yendo las mismas personas. Al principio, cuando empezó a ser conocido, se produjeron concentraciones a las puertas de su casa, con el fin de que saliera y se uniera a sus seguidores en inusual comunión, pero ya pasados los años la práctica se fue desvaneciendo, aunque seguía vendiendo muchos libros y siendo un autor famoso. Sí que recibía muchas cartas de admiradores, que nunca leía y que mandaba tirar a la basura.

—¿Puedo pasar, señor Jordán?

—¡Que me llames, Simón, coño! ¿Cuántas veces te lo tengo qué decir?

—Ya sabe que cuando hay gente de fuera en la casa no me gusta.

Simón abrió y dejó pasar a la encargada de la casa, Asunción, una mujer originaria de un pueblo de Cuenca. Se dedicaba principalmente a limpiar y a hacer la comida. Simón la apreciaba, probablemente más que a su mujer; si le hablaba de esa forma era porque siempre había sido un hombre de temperamento y el encierro no había aliviado en absoluto esta condición.

Lo más problemático de iniciar su nueva vida fueron las consecuencias para su hijo, que entonces tenía nueve años; era sin duda el mayor damnificado. Con su mujer no tuvo tantas cábalas, no era que no la quisiera, pero se trataba de un amor prescindible, un amor y atracción que, como ocurre con casi todas las parejas, se había convertido en cariño y respeto en el mejor de los casos, y monotonía y broncas en los más habituales. No se podía decir ni mucho menos que la odiara; la había amado, deseado de verdad, era la madre de su hijo; simplemente el tiempo, que era su gran enemigo a la hora de gestar obras literarias, lo era también para todo lo que tenía que ver con los humanos; y, la verdad, lo prefería de esa forma antes que caer en esas milongas del «amor eterno» o «ser lo mejor que me ha pasado en la vida». Su mujer no se lo tomó muy bien y pidió el divorcio, pero luego acordaron dejarlo en separación. Él se quedaría en la casa y le pasaría una cantidad mensual. Ella trabajaba en el Ayuntamiento y tenía un buen sueldo, su familia era de clase media-alta. En cuanto a él, le había quedado una paga exigua tras abandonar su cargo, pero era hijo único y había heredado de sus padres tierras y una casa en el centro de la ciudad. Las tierras las vendió y fue administrando el dinero, como estaba todo el día encerrado no gastaba, le bastaba para vivir, dar manutención a su mujer y sufragar los gastos de la casa. Cuando empezó a ganar dinero con la literatura, la cosa cambió. Su mujer le dijo que quizás no era mala idea que volviese, para que de esa forma él pudiera estar más tiempo con su hijo. La verdad es que lo agradeció, aunque sabía que esto era una forma de sacarle más dinero, pero en absoluto era su intención juzgarla o pensar que era una aprovechada, bastante bien se lo había tomado; sin duda muchas otras le hubieran escupido en la cara.

El caso es que pudo tener más contacto con su hijo, que ya iba camino de los veinte años; de esa forma pudo disfrutar de su adolescencia y darle consejos. El chico se lo había tomado bien y quería a su padre, si bien lo pasaba un poco mal cuando le preguntaban a qué se dedicaba.

Al llegar a la editorial, Adrián comenzó a pensar en Simón, mientras se ponía frente a su máquina de escribir. Se acordó de la página de un cómic que había pegado en la pared de la habitación. En ella se podía ver a un hombre ataviado con un traje que recordaba los de los exploradores coloniales del siglo XIX, pero con un toque futurista. Lo más llamativo era que llevaba atado con una correa, como si fuera un animal, a una especie de pigmeo con capucha. Pero lo que a él más le llamaba la atención era que tras ellos se podía ver lo que parecía ser el rostro de una mujer que se encontraba hundido en la tierra, como si la fémina fuera una especie de gigante enterrado. Al verla, siempre se preguntaba si era un organismo, una especie de ídolo

caído, un entramado cibernético que llegó a tener consciencia plena o una mezcla de todo ello.

Para Adrián, Simón era un gran enigma, pero también era algo más que eso, era la muestra de que muchas de las cosas que había leído podían ser ciertas, de que, a pesar de que podía acabar siendo la última realidad, el hecho de que inventásemos otros mundos, otros lugares, otros seres y otras esperanzas, no había de ser necesariamente una muestra de debilidad o de miedo, sino que había en esa creación de lo que no era mundano algo que dignificaba y hacía única, exacta y majestuosa la existencia.

A Simón, en el fondo, las visitas de sus editores le agradaban. Sentía afecto por Adrián, y, aunque no lo exteriorizaba, le gustaba hablar con él, sobre todo cuando venía solo y hablaban de una forma más concisa de sus relatos, centrándose en los personajes, la historia, incluso en páginas concretas. Con Conde disfrutaba contestándole mal y dándole a entender que con él no funcionarían los patrones que se daban con otros escritores; tampoco era que lo odiase, pues a pesar de que tenía un carácter complicado, había llegado hacía tiempo a la convicción de que el odio consume muchas energías que pueden ser empleadas en otros asuntos, y que generalmente se reproduce, impidiendo llegar a conclusión verdadera o útil alguna. Pero tampoco le hacía ascos al tema económico, en el sentido de que tener dinero significaba que a su hijo no le iba a faltar de nada, tampoco a su mujer, con la que ya no tenía una relación marital, pero a la que respetaba a su manera. El dinero significaba poder mantener la casa, a la trabajadora del hogar; era tranquilidad, la tranquilidad necesaria incluso para poder vivir encerrado en un baño. En ese sentido envidiaba a los padres del desierto, a los anacoretas de todos los tiempos, a los que verdaderamente renunciaron al mundo. Por ahora, pese a su peculiar celda, necesitaba el progreso. No era cosa de tener que escribir una novela entera a mano, o en su vieja máquina de escribir, así que había transigido y aceptado una más moderna, eléctrica. Nunca leía sus obras una vez conclusas, tampoco críticas sobre ellas, ni siquiera tenía ejemplares impresos. En cierta forma era como si, al ser terminadas, ya empezaran a formar parte de esa realidad que supuestamente estaban modulando. Los editores se interesaban por estos temas; hacían ciertas labores de investigación comprobando que no había llegado a él reseña de ninguna revista, que ningún periodista había tocado a su puerta y había sido premiado con la hospitalidad, la hospitalidad que alguien como él podía ofrecer. Aunque no lo había hecho en esta ocasión por la premura en echarlos, el señor Conde siempre le recordaba que, si algún día decidía volver a la vida normal, tendría todo su apoyo y el del resto de trabajadores de la editorial, que en todo caso, si tomaba esa decisión, se lo

comunicara, que él lo gestionaría de la mejor forma posible.

Antes de ponerse a escribir, Adrián recordaba los detalles de la habitación de Simón. Verlo y estar con él le suponían una mezcolanza de sensaciones. Desde las tesis antivitalistas y pesimistas hasta las de fuerte contenido teológico de sustrato racionalista, pasando por las frías y teatrales teorías existencialistas. Le recordaba su figura a las novelas naturalistas, a esos personajes barojianos que, pese a fracasar estrepitosamente, tienen una altura moral que es difícil encontrar por las sucias y gastadas calles de las urbes.

A pesar de las dimensiones de su celda, su mundo era rico y variado, no solo por las díscolas historias de viajes espaciales, ciudades futuristas y ejércitos que luchaban en satélites y planetas desérticos, allá en las galaxias. Sus vecinos iban a su casa regularmente y jugaban a las cartas. Solo tenían prohibido hablarle de sus obras y de política, pero esto de facto se extendía a todo lo que tenía que ver con la sociedad, por lo que a veces estar con él tenía algo de reto, ante todo de extrañeza, y esa sensación les agradaba. Jugaban con pequeñas cantidades de dinero para endulzar un poco el encuentro, pero nada serio. Bebían licores espirituosos, cerveza o vino, y fumaban. El baño se llenaba de humo. Lo más complicado, pero también lo más auténtico de hablar con Simón, era que al llevar tanto tiempo encerrado no tenía conocimiento de muchas cosas que habían pasado, su contacto con el exterior se debía principalmente a las conversaciones con su hijo y con Asunción. Puede que, en definitiva, para los invitados ir a la habitación de Simón tuviera algo de experimento, de acontecimiento social, aunque esas mismas personas que iban no fueran conscientes de ello. Por una parte, era un ser aislado del mundo, por otra, cuando no escribía, se pasaba horas y horas leyendo libros y revistas que encargaba tanto a sus editores como a sus familiares. ¿Qué era lo que verdaderamente sabía?

En ocasiones, los invitados hacían comentarios relacionados con la actualidad.

—Los socialistas arruinarán el país.

—El rey, otro caradura de tomo y lomo.

Él no solía responder; simplemente se quedaba mirando a la gente, con esa extraña fatalidad que a veces desprendían sus ojos, como queriendo decir: «Ya os lo dije, os lo advertí, la culpa es vuestra, por perder el tiempo con eso».

Tras la partida de póker y el preceptivo entonamiento con los licores se despidió de sus vecinos y se dispuso a escribir un rato. Era difícil seguir unos hábitos horarios debido a su peculiar condición. Eran los encuentros con la gente los que le orientaban sobre qué hora podía ser más o menos, pero cuando estaba inspirado escribía, no le importaba qué hora fuera o si luego se iba a quedar durmiendo. Si

venía alguien y le molestaba, principalmente su mujer y los editores, los podía echar, era una de las ventajas de su vida, una de las muchas que sin duda tenía.

Dedujo que era la hora de la cena por el fin de la partida. Su hijo entró, se parecía a su madre, de cabellos castaños y ojos claros. A él siempre le agradó que se pareciera a ella; que alguien, aunque fuera su hijo, se pareciera a él, lo tomaba como un fallo en la realidad, y lo era porque en el fondo él se consideraba un ser mediocre, por eso se tenía que dedicar no a vivir la vida, sino a reflexionar sobre ella.

—¿Qué tal la universidad, Alonso?

—Bien, la verdad es que hay algunas asignaturas aburridas, son introductorias; supongo que con el tiempo la carrera se irá haciendo más interesante.

—Yo de ti me iba por ahí, a viajar, a ver mundo.

Que su padre, que vivía encerrado en un baño, le dijera esas cosas contribuía a que la extraña relación que tenía con él fuera buena. No tanto por el consejo de abandonar los estudios, sino por el otro, el de ver mundo, cuando su padre lo único que veía era las teclas de su máquina de escribir; eso y las páginas de libros, cómics, carteles y pósteres que escoltaban las estanterías llenas de libros. Al menos, y pese a la situación, se llevaba bien con su padre y lo quería, y eso era algo que no todo el mundo era capaz de afirmar.

Las visitas de sus vecinos, de sus editores y de otras personas a las que toleraba hacían que su cuarto tuviera un ajetreo y una vida que no tenía nada que envidiar a la que se desarrollaba allá fuera, en el resto del mundo. No veía la televisión. El aspecto audiovisual que en muchas ocasiones trasladaba a sus obras lo suplía con los cómics y con la imaginación. Sí que escuchaba música, en un pequeño tocadiscos ubicado en una de las esquinas de su cuarto, por ello los vinilos también formaban parte de ese extraño orden en el caos que era su morada. Escuchaba música clásica; además de los conocidos por todos, como Bach o Mozart, a autores más recientes como Ligeti o Satie. Aunque la música hecha con instrumentos eléctricos nunca le había llamado la atención —de hecho solía recordar como una experiencia que le animó al confinamiento el tener que asistir a guateques con su esposa cuando eran novios—, desde hacía unos cinco años había descubierto el *rock* progresivo y a grupos como Pink Floyd, Yes o Camel. Encontraba que esta música casaba muy bien con sus lecturas, que tenía algo de profética, cósmica, adelantada a todos los tiempos que están por venir, pero sin duda desde hacía un par de años su grupo preferido era Led Zeppelin, de hecho medía la escucha de su música como las dosis de un veneno o de una droga, porque al escucharla sentía que sus ansias de vivir se renovaban, pero recordaba a los grandes genios y artistas, cómo muchos de ellos parecían alienar

esta energía vital en pos de su capacidad creadora, y esto le insuflaba fuerzas para seguir en su peculiar empresa.

Su hijo llevaba un periódico en las manos, sin darle mayor importancia; su padre nunca se interesaba por la prensa ni por los medios de comunicación en general, hacía ya tiempo que él había desistido de intentar que leyese, ya no alguna crítica positiva en alguna revista literaria, sino siquiera algo relacionado con el mundo. Posteriormente, había comprendido que no debía insistir con el tema, ya que en muchos de esos reportajes la figura de su padre no solía salir bien parada. En unos se especulaba con la posibilidad de que todo fuera una estafa y él un caradura, que en ocasiones salía de su habitación para vivir de manera lujosa con el dinero que había ganado gracias a su figura. Era cierto que ese tipo de reportajes amarillistas eran la minoría, pero, por otra parte, en muchos era asunto común el afirmar o dar a entender que Simón sufría un trastorno mental, o sea, que era uno de esos genios locos nombrados antes, que en ocasiones la naturaleza tiene la generosidad de ofrecer a la humanidad. A él eso no le importaba; así su padre estuviera loco, no iba a dejar de quererlo. El hecho de que entrase en algunas ocasiones con alguna revista u otro objeto que pudiera informar del exterior hacía tiempo que no era relevante, pues lo habitual era que su padre los ignorara.

—No entiendo lo de vivir como un monje y dejar que la gente entre aquí y se tome copas contigo.

—¡Qué manía con lo de que soy monje! Pues porque os conozco, y como no me socialice un poco me encerráis y me quitáis la pasta, tu madre llama al loquero y me quedo sin nada. De esa forma tengo testigos de que estoy perfectamente y de que vivo mi vida como cualquier otra persona.

Estas tremendas palabras le hacían sentirse mal, estaba acostumbrado a esa sensación agridulce que tenía cuando iba a ver a su padre

—Siéntate, hijo, siéntate.

—¿Qué tal, papá?

—Bien, con la Biblia, creo que voy a utilizar algunas frases en la historia que tengo ahora entre manos. ¿Sabías que san Juan Bautista fue más conocido que Jesús en su época y que este era considerado como un burdo imitador suyo?

—La verdad es que no, papá, nunca lo había escuchado.

—Recuerda que cuando la tecnología domine el mundo y la desigualdad sea insalvable, el fanatismo de esa gente será muy similar al religioso, ¡será el mismo!

Su hijo asentía cada vez que Simón hacía una de esas aseveraciones. Lo cierto era que él solo quería estar un rato con su padre y este solía estar haciendo siempre algo, ya fuera leer, subrayar

o dar vueltas en círculos pensando en algo, pero por otra parte, eso no significaba que no se preocupara por él y que no apreciara su compañía, y el joven lo intuía pese a las sensaciones contradictorias de sus visitas.

—¿Qué tal con las chicas?

—Por ahora no estoy saliendo con nadie.

—¿Eres maricón?

—No, papá.

—Que si lo eres no pasa nada, a mí me da igual.

—Ya sé que no pasa nada, pero no lo soy.

—Pues mejor, no que no seas maricón, sino que estés solo. Me acuerdo de las gilipolleces que yo hacía para salir con tu madre; el tiempo que perdí y todo por un momento pasajero de placer.

Estas sentencias de su padre, entre la misantropía y lo religioso, le sentaban como una patada en el estómago; principalmente porque él mismo era el resultado de esas gilipolleces y de esos momentos de placer. Suponía que, en el fondo, todos los hombres, en mayor o menor medida, de una forma más o menos literaria, acababan llegando a conclusiones similares.

Simón se dirigió a una mesa pequeña que había al lado de su escritorio, donde guardaba botellas de licor. Se puso una copa de Ricard con agua, no le ofreció nada a su hijo porque por lo general este era reacio a beber en la habitación de su padre, excepto si había alguna razón concreta.

—¿Qué llevas ahí?

—Nada, papá, es un periódico, salen hablando de ti en un artículo.

—¿Y qué dicen?

—Bueno, verdaderamente de ti nada, sale una periodista diciendo que va a ser la primera persona en entrevistarte, una periodista o una escritora, no me acuerdo muy bien.

—A ver, déjamelo.

A Alonso le llamó la atención que su padre se interesara por el caso, lo normal hubiera sido que hiciese algún comentario del tipo: «Otra caradura, que les den a todos…», por ello se extrañó de que quisiera, si no leer, al menos hojear el artículo en cuestión. Se acercó y le dio el periódico. Simón dejó la copa de Ricard en la mesa, al lado de la máquina de escribir. Comenzó a abrir el diario y pasar las hojas, hasta que llegó al artículo en cuestión.

—«Carmen Cano, licenciada en Filología Clásica, autora de dos novelas y un libro de poesía» —leyó—, esta es la típica que se pone a escribir en un periódico para decir lo que otros le dicen que tiene que decir, y para darse importancia le escriben un libro y la ponen en la portada.

—¿Y eso por qué lo hacen, papá?

—Porque, aunque en este país la gente no lea y se pase la vida viendo la tele y perdiendo el tiempo, si escucha que alguien ha escrito un libro piensa que tiene que ser más inteligente que la media, que es normal que escriba en un periódico; y, además, de esa forma se puede hacer publicidad casi siempre, seguro que en todos sus articulitos dice que es escritora. Ya ves tú, la niña, y teniendo una sección de literatura.

Efectivamente, era una chica joven, sobre los treinta. Tenía una mirada decidida, que a su vez estaba escoltada por unas grandes gafas de vidrios redondeados, tras ellas unos ojos claros y una frente amplia que creaban un rostro sofisticado; era también delgada, aunque una falda larga no permitía hacer más afirmaciones sobre las formas y cualidades de su cuerpo, con la blusa amplia ocurría lo mismo. Más allá de su condición de escritora y crítica literaria, por su aspecto daba la sensación de ser alguien interesante, que era capaz de aunar belleza e intelectualidad.

—Dice la tía que empezó a escribir tras leer una de mis obras, no se lo cree ni ella.

—¡Joder, papá!, igual es verdad.

—Por esto prefiero vivir aquí, aquí el mundo es mucho más real, aunque no lo creas, la realidad es la que percibes y no el conglomerado de mentiras que hay allá fuera.

Su hijo, como era lógico, había leído todas sus novelas y sabía que el tema de la realidad era recurrente en las obras de su padre.

—Apúntate un encargo. —Esta expresión la utilizaba Simón para hacer referencia a la necesidad de utilizar el teléfono. En su habitación no había, por lo que él nunca hablaba personalmente con nadie y lo cierto es que pocas veces lo utilizaba, aunque fuera a través de otra persona, por lo que a Alonso le llamó la atención que quisiera hablar con alguien. —Llama a la revista esa y di que eres mi hijo, que me gustaría conocer a la periodista.

—¡No me jodas, papá!

—Bueno, al menos hablar; ya veremos si la dejo entrar en la habitación.

A pesar de la sorpresa inicial, su hijo se alegró de la decisión de su padre, tan repentina como extraña. No sabía si tomarla como un avance, ya que, por otro lado, que Simón decidiera salir de su retiro era algo tremendamente incierto, con consecuencias imposibles de prevenir.

—Vale, por aquí hay un número de teléfono del grupo editorial, llamaré a ver, lo que pasa es que se pensarán que es una coña.

—Dales la dirección y que venga alguno a comprobarlo, pero diles que nada de fotos ni de artículos, que si se publica algo lo decidiremos entre todos.

—Sí, sí, pero por qué no sales de la habitación un momento y hablas con ellos.

—¡Porque no me sale de los cojones! Si quieren algo que vengan ellos.

—Bueno, llamaré mañana por la mañana, si te parece bien.

—Claro, hijo, lo bueno de estar aquí es que el tiempo, que es el gran enemigo del ser humano, te es indiferente.

Pasadas las primeras horas del día, la actividad en la habitación se iba estabilizando hasta que ya nadie entraba, eran esas horas, ya en el atardecer y comenzada la noche, cuando se dedicaba a la escritura. Aunque permanecía despierto hasta entrada la madrugada, no comía mucho. Puede que la actividad nocturna unida a la poca ingesta de alimentos contribuyera a que no estuviera grueso. Tenía en las paredes páginas de revistas de arte arrancadas que representaban obras del expresionismo alemán. Le gustaban y le inspiraban bastante; había descubierto hacía poco a un artista polaco, conocido, pero no famoso para el gran público, que hacía representaciones de mundos destruidos y poblados por seres inquietantes, dolientes y tan amenazantes como merecedores de piedad. En su día había encargado a su hijo y a Adrián que le trajeran todo el material que pudieran reunir sobre él, y estos le habían llevado bastantes revistas y libros.

El proceso de su escritura era lento, en ocasiones tenía que leer cien páginas para reunir las ideas necesarias para desarrollar diez. No eran solo libros de ficción. Leía libros de matemáticas, física, historia y economía. Por las noches de poesía, con preferencia a la poesía sin rima. Le gustaba mucho Vicente Aleixandre y, al igual que él, pensaba que solo somos momentáneas criaturas de la aurora que participamos de un misterio tan abismal como emocionante.

Pese a no tener una noción del tiempo como la de las personas que viven en sociedad, tenía la sensación de que se despertaba sobre las doce. El resto de los moradores de la casa sabían de aquella costumbre, por ello rara vez se acercaban a la habitación si no era por un motivo especial, que, por otra parte, solía conllevar algún tipo de bronca por parte de Simón.

La primera en entrar siempre era Asunción, que le llevaba una bandeja con café con leche, fruta y algo de pan con queso o fiambre, pero sin excesiva cantidad, para que luego, sobre las tres, tuviera apetito.

—¿Cómo está hoy? ¿Durmió bien?

—Sí, bien, bien. ¿Ha venido mi hijo?

—No he visto al señor Alonso en toda la mañana. Su mujer ha salido a hacer unas compras.

Durante las primeras horas del día se sentía algo cansado y poco activo. A veces hacía algo de estiramientos y de cinta de correr para

despejarse, otras veces se quedaba sentado en el escritorio, escuchando música y leyendo. Ahora estaba con una historia ambientada en el futuro, como casi todas las que escribía. Era un futuro poco halagüeño, donde algunos países se habían unido para poder superar el desorden social que el avance de la tecnología había propiciado. Eran historias sin muchos personajes y sin un gran trasfondo científico, pero ágiles de leer, entretenidas y no exentas de una cierta profundidad filosófica. Puede que esa fuera la razón de su éxito.

Se quedó casi toda la mañana leyendo a Jean Baudrillard, un filósofo francés cuyas teorías solía utilizar en sus libros. A la hora de comer comenzó el ajetreo habitual que tarde o temprano se daba en su cuarto.

Un poco antes de esa hora, entró en la habitación su mujer acompañada de su pareja actual, un anestesista divorciado. A él no le importaba que ella estuviera con otro hombre; de hecho la había animado a hacerlo. Aunque oficialmente seguían siendo esposos y vivían en la misma casa, no podía darle lo que una mujer necesita. Más allá de tener cubiertas necesidades vitales, una pareja necesita tiempo compartido, experiencias juntos, sexo; cosas que él ya no podía ofrecerle. No era célibe en el sentido religioso de la palabra ni tenía vetado el acto sexual; simplemente la idea de acostarse con su mujer en la actualidad la veía como una broma de mal gusto. El hecho de estar encerrado en aquel lugar, y por lo general no ver a mujeres excepto a Asunción, a la que consideraba casi como una hija, aunque nunca se lo diera a entender, hacía que el tema no le importunara en demasía, aunque a veces, por las noches, se tenía que masturbar, porque de lo contrario las erecciones no lo dejaban dormir.

—¿Qué tal, Simón?

—Bien, ¿y tú?

—Pues aquí, de libre. ¿Te ha dicho Tere que cuando tenga vacaciones nos vamos a la zona de la Provenza?

—Pues no lo recuerdo, pero está bien, el sur de Francia está bien, desde luego debe de ser mejor que ir a París, que será insoportable.

Cuando Simón hacía una afirmación de este tipo, generalmente la gente callaba, tanto por el mal humor que podía sacar ante una contestación —aunque en el fondo todo el mundo sabía que no era verdaderamente violento—, como por tener la falsa creencia de que, por ser escritor, estaba dotado de una especie de saber arcano ante el que era mejor ceder. Pero lo cierto era que sus aseveraciones se solían basar más en prejuicios o en razonamientos poco trabajados que en argumentos elaborados.

El anestesista, que se llamaba Emilio, era un hombre de cuarenta y seis años con aspecto de morador típico de la urbe. Estatura normal,

delgado pero con estómago flácido, gafas… Lo que podía llamar un poco la atención era que estaba medio calvo y se dejaba crecer bastante el pelo en las zonas laterales, llegando a mojarlo y a peinárselo. Esta negativa a aceptar su calvicie le daba un aspecto anticuado, como si fuera una persona de tres o cuatro décadas atrás. Simón lo apreciaba, porque no parecía un tipo problemático, su mujer daba la sensación de estar a gusto con él, aunque no descartaba que ella tuviera amantes.

—Te enviaremos una postal desde Nimes.

—Gracias, gracias.

Recordó que sobre las seis había quedado con los vecinos para una partida de cartas de las suyas, por lo que después de comer decidió que estaría descansando, afirmación que le podía chocar a más de uno, ya que en principio el hecho de estar todo el tiempo en una habitación no parecía muy estresante, dejando aparte que era algo muy delicado desde el punto de vista psicológico y social. Sin embargo, para él, su actividad era poco menos que titánica, y se comparaba con esos héroes que se atrevían a desafiar a los dioses.

Su hijo llegó un poco antes de que le trajeran la comida.

—Papá, papá, he hablado con la periodista y dice que quiere verte cuanto antes.

—¡No jodas! ¿Pero le has dicho cuándo?

—No, no, no fuera que le dijera un día concreto y te enfadaras.

—Haberle dicho que viniera hoy mismo.

—¡Yo qué sé, papá!

—Venga, llámala, le dices que si puede que venga esta tarde, si no, otro día.

—Vale, voy.

Asunción entró con la bandeja de la comida. Había pollo de primero y de segundo arroz con judías, le ponía platos generosos, porque tenía tendencia a no terminárselos del todo. También le llevaba fruta, que normalmente guardaba para la tarde. No era de comer mucho dulce, pero si le apetecía lo pedía de forma expresa, por ello siempre le servían fruta o a veces algún tipo de queso para el postre.

—Cuando vaya terminando me avisa y le voy haciendo el café, señorito.

—Hoy le pones un chorrito de coñac.

—Claro, ¿del bueno?

—Del bueno.

A pesar de tener la comida ante él no le prestó particular atención. Se sentía especialmente inquieto, una mezcla de turbación y alegría, que lograba tener a veces gracias a la escritura, aunque en contadas ocasiones. Alonso volvió a entrar.

—He llamado a la redacción y me han puesto con ella, dice que viene esta tarde.

—¡Fantástico! Quédate, por favor, y la recibes, no quiero que lo haga tu madre.

—¿Pero mamá sabe algo?

—No, yo no le he dicho nada, ¿y tú?

—Tampoco, pero, ¿habrá que decírselo?

—Ya se enterará, luego se lo digo yo. Pues eso, quédate a comer. ¿Está la habitación bien?

—Sí, papá, tampoco hay mucho en qué fijarse, me refiero al tamaño, claro.

A Alonso le llamó la atención ese entusiasmo de su padre, que rara vez había percibido. Quiso pensar que en el fondo no era más que un grito de protesta ante la vida llevada hasta ahora. Que en el fondo esa mujer no era más que una herramienta que su mente utilizaba para poder abrir la puerta de su reclusión voluntaria. Pero, por otra parte, la idea del retorno le era amarga e imprevisible. Las consecuencias de la vuelta a la vida normal de Simón eran desconocidas, aunque muy presumiblemente no serían positivas. En todo caso, hoy su padre estaba contento, y eso era algo bueno, no tenía excesiva importancia que lo estuviera en una habitación o en otro sitio.

Comieron juntos y dialogaron, no de cosas específicas; Simón le daba consejos a su hijo que oscilaban entre la sabiduría popular y el libertinaje. «No te cases nunca», «nunca le digas a una mujer que la quieres», «cuanto menos propiedades, mejor, al final te mueres»…

La verdad era que Alonso no reflexionaba mucho sobre estos consejos, lo que le gustaba era escucharlos y, en resumen, estar un rato con su padre.

La periodista no le había dado una hora en concreto, por lo que tomaron café tras la comida, esperando su llegada.

—Eso sí, le dices que nada de hablar de mis obras, ni preguntas personales.

—¿Pero qué son exactamente preguntas personales?

—Bueno, ya veremos, le dices que si veo que algo no me gusta, la largo.

—No seas muy expeditivo, que la chica se va asustar.

—La chica tonta no será si siendo tan joven ha logrado tener una sección en el periódico.

—¿Tú crees que acostándose con los jefes?

—No necesariamente, hoy en día la gente puede tener sexo por todas partes, no es como antes que te tirabas a la secretaria porque a las ocho estabas en casa. Lo que digo es que debe de ser ambiciosa e inteligente, y, como buena periodista, le dará vueltas a las cosas, pero a mí no me la va a meter, porque yo no tengo ninguna necesidad.

—Oye, papá, si quieres sexo…, no sé, podría venir una chica a la habitación, mamá no tendría por qué enterarse.

—Calla, calla, sabes la energía que consume el sexo; la cantidad de fuerzas que pone en jaque para luego acabar teniendo un momentáneo placer.

Entonces a qué se debía ese interés por la chica, pensaba su hijo. Tal vez no hubiera que darle tantas vueltas. Era normal que en algún momento el interés de su padre por el mundo aumentara, lo cual no significaba que fuera a abandonar su misión. Sobre las cinco y media sonó el timbre.

Simón se sintió débil, era extraño, en su reino de letras y personajes él era una especie de dios omnisciente capaz de simular la realidad más que de imitarla, de crearla, y esta teología particular del escritor le daba un poder inconmensurable, le hacía mariscal de una fortaleza de altos y gruesos muros que ningún ejército podía asaltar; y, sin embargo, allí estaba, solo en la habitación, esperando su llegada, como los niños que desconocen cómo es el mundo y sus reglas, y necesitan el auxilio de sus padres.

Era cierto; sus ojos irradiaban una fuerza peculiar que oscilaba entre la seducción y el análisis, entre la luz del conocimiento y la mirada de los felinos que se esconden allá donde hay tinieblas. Estuvo unos segundos contemplando la habitación, sin decir nada, como si ella ya lo conociera y no fueran necesarias las presentaciones, y, lejos de ser una invitada, fuera alguien que ya había estado en más de una ocasión en la casa. Esto lo descolocó más aún. Llevaba un bonito vestido, muy primaveral. El pelo, al contrario que en la fotografía del artículo, lo llevaba suelto y liso. Sí, parecían ser las mismas las gafas redondeadas tras las que se escondían sus ojos casi mágicos, moduladores de la realidad.

—¿Cómo está, señor Jordán? Carmen Cano, ya conocerá mi nombre.

Se dio cuenta de que iba con su habitual pinta: el chándal, las zapatillas de ir por casa, el pelo simplemente largo, sin ningún tipo de arreglo. Su aspecto distaba incluso de ser el del típico artista excéntrico, era simplemente el de un demente que pasa las horas entre la habitación de un psiquiátrico y las horas de patio y recreo del centro para personas que debían ser apartadas de la sociedad.

—Muy bien, gracias por venir, mi hijo le traerá una silla, ya ve que esto es un poco caótico.

—Gracias a usted, cuando escribí aquello de que sería la primera persona que le entrevistaría, la verdad, no se lo voy a negar, lo hice de una manera un tanto bravucona, pensé que no haría ni caso, pero que serviría para ambientar el artículo sobre usted y los que vengan por sus futuras obras, que espero que las haya.

—Sí, sí, las habrá, pero ya sabe…

—Nada de hablar sobre sus obras, y todo lo que se publique lo elige usted, tiene mi palabra. Ya sé que en ocasiones hay una tendencia natural, y puede que hasta cierto punto bien merecida, a desconfiar de los periodistas, pero conmigo no ha de temer. Este encuentro es muy especial, y yo no puedo hacer otra cosa que estar a la altura.

Llevaba un bolso beis que casaba bien con su vestido; más bien clásico, sin muchos adornos. Tras descolgarlo de su hombro, ella miró hacia escritorio, dándole a entender a Simón que quería dejarlo encima.

—Sí, sí, claro; ¡venga, Alonso! Tráele una silla a la señorita, y… ¿quiere tomar algo?

—Cualquier cosa, lo que tenga.

—Dile a Asunción que traiga café y algo para picar.

De manera extraña, casi absurda, Simón se avergonzó de la habitación, que en sí no estaba sucia, tan solo, como era habitual, un poco desastrada. Lo que le daba reparo era pensar que sencillamente no estaba a la altura de lo que ella hubiera imaginado, y que también era posible que él mismo tampoco lo estuviera, que saliera decepcionada de la entrevista, y, por otra parte, como no se podía hablar de su obra, lo cierto era que a él no se le ocurría tema alguno. Por todo ello esperó a que Alonso llegara con la silla y ella se sentara, lo cual, tras los formalismos, significaría el verdadero comienzo de la entrevista.

Para Simón la llegada de la fémina era algo así como una de esas tentaciones que los demonios hacían a los santos y anacoretas, en ocasiones con formas obscenas y repugnantes, otras con las siluetas y los atributos de mujeres bellas y cautivadoras; ¿acababa habiendo alguna diferencia sustancial? En todo caso, ¿por qué en muchas ocasiones la lucha cósmica entre las fuerzas del mal se centraba en que el individuo mantuviera un acto sexual con otra persona, incluso que tan solo pensara en realizarlo? ¿Era esa una muestra de la trascendencia del ser humano, o, por el contrario, era un modo casi nefasto de darse una importancia que en ningún caso tenía por su propia posición en el cosmos? Él no se consideraba un anacoreta, mucho menos un hombre santo, pero su idea de la realidad era, no solo transcendental, sino en ocasiones más compleja que un sistema religioso. Precisamente en eso, y en su día a día, fue en lo que se centró la entrevista.

—Como no quiere que hablemos de sus obras en concreto, ¿me puede al menos hablar de los temas y de qué es lo que le inspira?

—¿Nunca tiene la tentación de salir de la habitación, de gastarse el dinero que gana?

—¿Cree usted que cumple una especie de condena?

—¿Accedería a que un psiquiatra le tratase?

En el fondo, las preguntas eran accesorias. Lo que él buscaba era disfrutar de la presencia de la mujer, como un nuevo plano de la realidad que era injertado a su vez en otro plano de la realidad, pieza de puzle que se superpone a otra; este tema él lo había tratado varias veces en su obra. Podía ser cierto eso de que la realidad se crea con cada instante de pensamiento. Buscó en su mente personajes femeninos que se asemejaran a ella, y la verdad es que no los encontró, puede que hubiera similitudes en el físico, pero no en lo más importante del personaje, que es su psicología y que para el escritor es también lo más difícil de desarrollar.

A pesar de su aparente seguridad y de la firmeza de sus palabras, la periodista se encontraba inquieta y a la par excitada. Poder conocerlo no solo era un hito periodístico; en lo personal, como amante de la ciencia ficción, para ella era algo así como acercarse a un tótem, a uno de esos ídolos que se veneran desde los tiempos antediluvianos; era ciertamente algo más que un individuo, era todas las letras que había leído en sus libros, todos los escenarios, paisajes, panoramas, tramas e ideas que había experimentado en su lectura. Por otra parte, el ambiente resultaba ya de por sí literario; con ese chándal corriente, esas zapatillas caseras y ese pelo tan natural como poco cuidado. Se fijaba en todos los detalles de la habitación, puede que solo fueran un reflejo o una señal de todas las cosas que habían alimentado su mente durante años. Había hojas arrancadas de cómics que representaban a seres que oscilaban entre lo orgánico y lo mecánico, en los que era complicado establecer si sufrían o gozaban; por lo general había algo perverso en ellos, pero al mismo tiempo se podía percibir también un algo erótico en esos seres en los que, pese a ser andróginos, prevalecía la forma femenina, como ahora lo hacía esa misma forma en la habitación. Estuvieron unos veinte minutos hablando, hasta que en la habitación entró la mujer de Simón.

Hubo un silencio extraño, en el sentido de que ni Simón ni la periodista se sintieron incómodos, tan solo esperaban que la mujer, o Emilio, que miraba la escena desde la puerta también con sorpresa, dijeran algo.

—¿Pero qué es esto?

—Aquí la señora, que es periodista, me está haciendo una entrevista.

—¿Pero cómo que una entrevista?

—¡Coño, pues eso!, una entrevista.

—Pero, si lo tienes prohibido, me has hecho echar a un montón de periodistas de casa.

—Venga, venga, dejadnos solos, que la señora se tiene que concentrar y de este modo es imposible. —Aprovechó la ocasión no

solo para hacer que su mujer saliera de la habitación, sino también su hijo, que había estado presente todo el tiempo anterior, de esa manera se podía quedar solo con la periodista—. Emilio, dile a Asunción que no tarde con los cafés.

Ya solos, continuaron hablando de su vida. Ella se quiso centrar en cómo era esta antes de que diera el gran salto al vacío que suponía su situación actual, en la que al menos gozaba del éxito y del reconocimiento. Él le habló de manera sincera, puede que lo hubiese hecho con cualquier persona llegado el momento, porque lo cierto era que nunca era del todo sincero, ni daba signos de debilidad, ya fuera con su mujer, o con los vecinos; ni siquiera con su hijo.

Finalmente llegó Asunción con la merienda y unos minutos más tarde, sobre las seis, llegaron los vecinos para jugar la partida. Simón también los echó de manera cordial, y estos se enfadaron, como si para ellos ir a la habitación no fuera una especie de acto piadoso, sino ya un ritual en toda regla que formaba parte de sus vidas.

—¡Ya jugamos otro día, cojones, que hoy tengo visita!

La periodista se quedó sorprendida; esperaba una especie de monje viviendo en un estado cercano a la indigencia por voluntad propia, pero en la casa había un movimiento considerable. Y quizás lo que más le llamó la atención fue que se tratara de un hombre con vigor, no alguien asustadizo, tímido o con signos de haber perdido la salud mental. Su aspecto exterior en absoluto casaba con su comportamiento. Hablaron bastante de cuando él era secretario en el juzgado, de cómo su vida gris y monótona le iba carcomiendo, aunque tenía un buen estatus social y económicamente vivía desahogado. De qué manera esa necesidad de abandonarlo todo y dedicarse plenamente a la escritura se fue gestando en su interior, mientras devoraba libros de ciencia ficción, filosofía o economía, y que sin duda fue el escollo de su hijo el que más reticencias le produjo. A ella le llamó la atención que no le hablase de su mujer, ni para bien ni para mal. Quedaron en que podía publicar todo lo que había escuchado, sin problemas, y que se verían otro día.

—¿Podemos concretar ya la cita?

—Cuando quieras, yo siempre estoy aquí.

—Sí, pero aunque siempre estés aquí, como tú dices, estás ocupado con tus obras de una u otra forma, por lo que no quiero interrumpir.

—¡Que no, mujer! Si lo bueno de esto es que el tiempo no supone un problema, lo que no haces en un momento lo haces en otro.

—Pues nos vemos el lunes, después del fin de semana, así voy preparando el artículo, pero solo lo sacaré cuando termine de hablar contigo.

Sus ojos irradiaban esa fuerza creativa que es afirmación de vida y que burla a la muerte y a todo lo que es triste. Él pensó que ojalá

pudiera ser ella como una de esas páginas de libros que para él eran sagrados y que pegaba en las paredes de su celda laica. De esa manera la podría ver siempre: sucesiva, fluida y única a través de las ideas y del tiempo.

A las 18:40 se marchó, Asunción la despidió en la puerta, en cambio, Teresa ni la miró, como si fuera ella verdaderamente uno de esos demonios que envía el príncipe de las tinieblas para tentar a los hombres más santos y puros que se dan en la creación.

—¿Pero qué diablos estás haciendo, Simón?

—¿Yo?, nada.

—Estás violando tu propias reglas.

—Pues eso, como son mías, las violo cuando quiero. Y ahora déjame en paz.

Era algo casi esperanzador para el género humano que él pudiera sentirse optimista, con fuerzas renovadas, solo por estar un lapso de tiempo con un «otro» al que posiblemente no vería en muchas más ocasiones; algo esperanzador o aterrador, según se analizase. Una prueba más de que el ser humano no es otra cosa que el conglomerado de sus pasiones y vísceras, sazonado por los muros que le rodean.

«Le gustan mis obras», pensaba. Se la imaginaba leyéndolas, desnuda o vestida con algunos de esos colores que imitan primaveras y atardeceres. No tardó en ponerse a escribir y su historia futurista de nuevos países donde se mezclaban tramas policíacas y ontológicas ganó en agilidad y en capacidad descriptiva. Un poco antes de la hora de cenar, su mujer volvió a entrar en la habitación.

—Es el señor Conde, que quiere hablar contigo.

—¡Cómo que el señor Conde! ¿Ya se lo has dicho?

—¡Pero cómo no se lo voy a decir!

—¡Sois todos la hostia, no me dejáis vivir ni en mi habitación!

—¿Pero te vas a poner, o no?

—¡Ya sabes que no salgo de la habitación, cojones, que si quiere hablar conmigo que venga!

Unos minutos después, Asunción entró en la habitación con la cena. Ella no opinó nada, como era lógico, pero le gustaba el cambio de dirección del señor, al que apreciaba mucho a pesar de sus contestaciones y de sus cambios de humor.

—¿Tú no tenías una amiga peluquera?

—Sí, señor, mi amiga Justina.

—Dile si puede venir mañana a arreglarme el pelo, que le pago bien.

—Hablaré con ella, señor, a ver cuándo puede venir, pero no se preocupe que yo se lo digo.

—¿Aún está mi ropa por ahí?

—Supongo, señor, no creo que doña Teresa la haya tirado.

—Pues mañana cuando traigas el almuerzo me la traes después, no toda de golpe, poco a poco.

—Como quiera el señor.

—¡Que me llames Simón, cojones!

El templo del escarnio

Esa noche tuvo un sueño inquietante y simbólico. Sus padres y su hermana, ya fallecidos, aparecieron como sombras que se podían reconocer. El núcleo del sueño consistía en que él iba a una zona desértica donde se levantaba un templo blanco y sencillo, pero espacioso, donde un grupo de hombres escuchaba a un predicador que les avisaba sobre la ira de Dios; él no se lo tomaba muy en serio y volvía a la ciudad. Pero un día, al volver al templo, se encontró que todos los adeptos habían sido asesinados, sus cuerpos se esparcían por la arena enrojecida, que creaba un panorama a la vez siniestro y estético; varios animales con las tripas sacadas al exterior se mezclaban con los cuerpos masacrados de un modo que parecía seguir una regla aritmética, como si desde la lejanía pudieran imitar formas que tienen significados plenos en otros lugares. Al abrir las puertas del templo, pudo observar un rosario de cuerpos ahorcados en las vigas del edificio, otros cuerpos con grandes cortes en el vientre y en las extremidades terminaban por configurar un panorama de terror absoluto. Al andar por debajo de los cuerpos colgados se sintió una especie de mendigo al que le es prestado un tiempo. Al llegar al altar, el predicador, que seguía con vida, se retorcía entre gestos de dolor y desesperación. Se acercó a él, miró su cara ensangrentada y sus ojos ya próximos a la indiferencia del vacío. Solo dijo una frase:

—Les dije que se marcharan, pero se quedaron, contigo pasará lo mismo.

Puede que incluso se despertara un poco más pronto de lo habitual, por lo que se dedicó a leer algunas revistas y cómics. Siempre le pedía a su hijo que le comprara este tipo de publicaciones, aunque por temas de espacio solo se guardaba algunas hojas o historias, el resto acababa ordenando tirarlo, lo cual no significaba que no aprendiese sobre las historias desechadas o que no las recordase. Asunción entró en la habitación con la bandeja de la comida.

—Que dice mi amiga que puede venir esta tarde, si quiere. ¿Le traigo la ropa cuando termine de comer?

—Sí, sí, que venga tu amiga, y me traes la ropa ahora.

Un poco antes de la hora de comer hicieron acto de presencia en la casa Adrián y el señor Conde.

—¿Pero qué hacéis aquí? Si ya estuvisteis el otro día.

—¡¿Qué cojones es eso de la entrevista, Simón?! —inquirió Conde.

—¡Coño! No decíais que habían bajado las ventas, un poco de publicidad no me vendrá mal.

—Si quieres publicidad, habérnoslo dicho a nosotros, pero no le concedas una entrevista a una periodista que trabaja con grupos editoriales que nos hacen la competencia.

Adrián no quiso participar en el asunto, que no era otra cosa que una discusión. Puede que porque Conde era su jefe, pero también porque en el fondo apreciaba a Simón, y lo hacía desde que él, muchos años atrás, le mandó su primera obra para que la analizase. Como mecanismo de defensa, una vez más, pues ir a su habitación siempre le era molesto, comenzó a mirar las paredes y las estanterías. Al lado de la máquina de escribir había un libro de un tal Austin Osman Spare, autor que a Adrián no le sonaba de nada. Conociendo a Simón, supuso que sería alguien intrincado y oscuro, relacionado con la magia, la religión o la ciencia ficción; a menos que fuera un autor académico reconocido que hubiese desarrollado alguna teoría que por algún motivo concreto interesaba al autor. Viendo la portada del libro, pensó más bien en lo primero.

—Entonces, si me quiero hacer una paja, ¿os tengo que avisar antes?

—Simón, relájate, lo único que te estamos diciendo es que llevas años aquí metido y que no puedes volver al mundo como si nada.

—¡Pero si yo no estoy volviendo al mundo! Estoy concediendo una entrevista, y solo hablo de mi vida, no hablo de mis obras ni de las críticas, como siempre habéis querido.

—Vale, vale, pero por qué no lo comentaste, tenías que llamar a esa; tenemos cientos de periodistas que estarían encantados de hacerte un reportaje; esto se puede llevar mucho mejor, tu vuelta al mundo podía ser el fenómeno editorial de los últimos años, pero hay que llevarlo bien.

—Yo solo escribo, yo no entiendo de llevar bien las cosas, ni de fenómenos ni historias, yo solo escribo.

Simón se acercó a la puerta de la habitación, sabía que su mujer estaría allí escuchando.

—¡Entra, coño!, que pareces una loca ahí en la puerta.

Conde empezó a dar vueltas por la habitación, como si fuera un tiburón en busca de una presa, pero un tiburón hambriento, cansado y desorientado del que hay posibilidad de escape. Iba como era habitual en él con los signos distintivos que lo separaban de otros componentes de la sociedad: un traje clásico, zapatos de vestir, un reloj caro y el pelo echado hacia atrás.

—Me ha dicho tu mujer que vas a volver a quedar con ella.

—¡Ni que fuera el diablo!

—Mira, si te han hecho una oferta de otra editorial, no va a

funcionar; aunque no lo creas, Adrián y yo somos los únicos que estamos capacitados para trabajar contigo.

—No hay ninguna oferta, y si la hubiera os lo diría, ¿alguna vez no he sido sincero con vosotros?

Adrián intentó desviar un poco la atención, centrándose en asuntos meramente literarios.

—¿Queda mucho para que finalices la última?

—No sé, no sé, un par de meses, tal vez tres.

Hablaron un poco más entre ellos. No se llegó a ninguna conclusión, excepto que a nadie le había gustado la entrevista, solo a él. La llegada de Asunción con el café fue una excusa perfecta para que la discusión terminase; más allá de temas concretos, era la hora de comer y aún nadie, salvo él, lo había hecho.

Por la tarde llegó Justina, la peluquera. Que Simón se quisiera adecentar alarmó más a su mujer. No era tanto el miedo a esa periodista en concreto, aunque ya la aborrecía pese a no conocerla, era el miedo a que Simón cruzase de nuevo el desierto, pero esta vez en dirección inversa; que se fuera por ahí, con su patrimonio, a disfrutar de la vida en costas, playas y hoteles, y que, por lo tanto, a ella ya no le correspondiera la parte del pastel que consideraba suya. «Al menos no se ha divorciado de mí, seguimos casados», pensaba. En ningún caso ella se veía a sí misma como una mantenida. Tener que aguantar todo lo que había aguantado y desde el punto de vista psicológico y social, justificaba más que de sobra tener una seguridad económica; y sí, seguía siendo su mujer, también lo había sido cuando él era un ciudadano más de la urbe, con un empleo bueno, pero no excepcional.

—Señora Teresa, el señor Simón se ha cortado el pelo, está muy guapo.

—Deja, deja, no quiero verlo ahora, ¡a saber qué me suelta!

Emilio sí que quiso ir a verlo, le picaba la curiosidad por ver el aspecto que tendría; además, no se había enterado muy bien del lío y quería que el mismo Simón se lo contase, para así comparar su versión con la de su mujer.

—¡Coño, Simón, pareces diez años más joven!

Aún vestía con uno de esos chándales que suele llevar la gente que en realidad no hace deporte de verdad. Sin embargo, tenía en su colchoneta varias prendas de ropa esparcidas, dispuestas para ser probadas, usadas de nuevo tras un largo tiempo, como si de esa forma recuperaran su utilidad, puede que su esencia. Era algo obvio y que todos los habitantes de la casa comprendían: quería estar guapo para la periodista.

Esa nueva realidad cada uno la encajaba de diferente manera. Asunción y su hijo eran los que más esperanzados se sentían con la

situación. Emilio se alegraba, aunque sin tanto entusiasmo, más por los daños colaterales que podía sufrir que por otro motivo, pero lo cierto era que apreciaba a Simón; en el fondo no solo no lo consideraba un mal tipo, pues en sus enfados momentáneos veía en él a una especie de héroe, alguien que había tenido el valor de vivir su vida, algo que él valoraba más que tener dinero o fama. Quizás debido a que el propio Emilio nunca se atrevería a arriesgar lo que ahora tenía por la búsqueda de una quimera, aun siendo consciente de que su vida, pese a tener ciertas cosas buenas, no se diferenciaba de las de la mayoría de las personas; vidas con tonalidades que oscilaban entre el gris y el gris un poco más claro.

Su mujer era la que peor llevaba la nueva e inesperada situación. Quizás no solo fuera el hecho de perder una seguridad material; su orgullo de mujer también quedaba herido, después de todo, ella había sido la única. Era cierto que ser abandonada por un mundo de ideas y de letras podía ser algo traumatizante, pero ahora se daba cuenta de que le resultaba más doloroso que él se interesara por otra mujer, una mujer joven, de buen ver e inteligente.

—Tantos años cortándote las puntas y ahora el señorito se pone adecentado.

—¡El coñazo que me has dado todos estos años para que me corte el pelo, y ahora que lo hago soy un cabrón!

—¡Es que lo podías haber hecho cuando te lo decían tu mujer y tu hijo, y no la periodista esa!

—A estas alturas así, ¿pero qué te crees?, ¿que me voy a ir a un hotel a pasar la noche con ella o que nos vamos a acostar aquí?

—¡Haz lo que quieras, Simón! Pero, por favor, habla con el señor Conde y con Adrián.

—¡Que sí, que sí…!

Tras todos estos años con la misma pinta, Simón era una especie de nuevo ente que como pieza engrasada pasaba a formar parte de la realidad, esa realidad que a él tantos quebraderos de cabeza le creaba. Era un ser con nuevas propiedades, un ser que volvía a tener posibilidades y que, por lo tanto, era real en el sentido de que con sus acciones influía en los otros. Era esto lo que en el fondo él siempre había buscado con su literatura, pero si bien sus reflexiones se quedaban a mitad de camino entre la especulación y la estética; ese nuevo ser era algo que se podía experimentar y sentir, incluso aunque siguiera encerrado entre los ya conocidos muros de su habitación.

El segundo encuentro con la periodista fue ya informal y carente de etiqueta alguna. Ella se presentó con una falda negra, botas altas y una chaqueta de cuero negra y morada; debajo de la chaqueta un blusa fina negra. Era una combinación sugerente, pero a la par elegante, porque hacía que fuera ella misma la que llamase la

atención, con un cuerpo delgado y bien proporcionado que ahora, al contrario que el primer día, se podía apreciar. Su pelo suelto y sus ojos bonitos terminaban de darle a la mujer el atributo de atractiva, casi exuberante. Ella tomaba notas en una libreta, no utilizaba una grabadora, y eso a Simón le agradaba.

No tardó en llegar el primer artículo, que fue una primicia periodística y recuperó el cierto interés perdido por la persona de Simón, un interés que, como es lógico, se había difuminado un tanto tras la novedad que supuso la conducta del escritor. Ella respetó las normas, no hablando de sus obras ni de las críticas a estas. Él, por su parte, no buscó en ningún otro sitio y solo leyó el artículo, sin importarle lo que los demás pensaran de él, de su obra o de las circunstancias en general.

Las visitas de la periodista se hicieron más frecuentes, y no tardó en formar parte del particular panorama de la casa. Se mezclaba con Asunción o con los vecinos que iban a echar su partida. Esta familiaridad había provocado tanto en su mujer como en los editores una animadversión hacia ella. No existía una diferencia muy grande entre los celos de mujer despechada de Teresa y los celos profesionales del señor Conde y Adrián. Todos tenían en común el sentirse propietarios de Simón; el de tener ese sentimiento sibilino de dominación; el de saber que, pese a su valentía y determinación traducidas en su renuncia al mundo, dependía de ellos, de una u otra forma.

Simón dio un cierto giro a su obra, que se tornó más aventurera y menos reflexiva. Ideaba miembros de ejércitos opresores galácticos que viajan a lugares donde se mezclaba la última tecnología con formas de vida y divisiones del trabajo antiguas. En esas sociedades existían mitos de gente que realizaba hazañas como levitar, no tener que dormir o comer. Esos soldados vestidos de negro y fuertemente armados buscaban entre libros viejos de papel y tradiciones orales la veracidad o no de estos mitos. También dio más papel al erotismo, que a veces utilizaba como una forma de rellenar la trama más que por una necesidad vital de plasmar ideas y ambiciones en la obra.

Los jueves invitaba a Carmen a comer, en su habitación, obviamente. Encargaba un bufé caro con mariscos, encurtidos, carnes y vinos, todo ello de alta calidad, que era servido por dos camareros vestidos con chaqueta y chaleco. Esto lo tomaba su mujer como una traición en toda regla, pero por otra parte se veía frenada en montar una escena y entrar en cólera, ya que ella estaba viviendo con otro hombre en la misma casa. Emilio, aunque guardaba silencio, lo entendía perfectamente; no solo porque la chica era agraciada, sino porque era algo que tenía que ver directamente con el mundo de Simón, algo que lo complementaba, que afectaba directamente a su

ser, en definitiva, lo mejor que le podía pasar a alguien. Puede que, de otra forma, él hubiera tenido esa sensación con Teresa, y por eso la seguía queriendo.

Suspendieron el viaje a Francia por la situación, esto hizo que el ambiente se tornara más tenso.

—Si no te vas es porque no quieres; ¡no me pongas caras largas luego!

Adrián y el señor Conde visitaron de forma más frecuente la casa. Su principal preocupación era que ella le ofreciera una especie de vuelta al mundo, lo que iría unido a la firma de un contrato de exclusividad. Ellos no tenían algo parecido. Firmaban un contrato con cada libro, era lo mejor, tanto desde el punto de vista fiscal como desde el funcional y comercial. Lógicamente, nunca habían pensado que una situación de este calibre se pudiera dar.

En una ocasión, la periodista y ellos se cruzaron en el pasillo. Cada uno dirigió la mirada por la que acababan siendo reconocibles. En el caso de ella, una mirada decidida, pero no exenta de dulzura; en el caso de Conde, esa mirada de clasista que ve en las otras personas a seres de los que se puede sacar alguna ventaja, y, si esto no ocurre, es porque entonces no merecen la pena, son simplemente inferiores.

—No sé lo que buscas, pero no permitiremos que le hagas daño.

—No soy una de tus empleadas, por si no te has dado cuenta.

—Nunca lo serías, crítica literaria veinteañera.

Adrián asistía con cierta pena a todas estas situaciones. Apreciaba a Simón, y de lo que estaba casi seguro era de que, tarde o temprano, de una u otra forma, él acabaría afectado.

A pesar de todo eso, el escritor no dio una sola pista o prueba de que su interés fuera dejar la editorial y emprender otro camino con otra gente. Al contrario; volvió a hablarles con una alegría que solo era equiparable a la de los viejos tiempos, cuando sus primeras obras comenzaron a tener difusión.

—Y entonces, pese a su acondicionamiento, necesitan buscar en otras tradiciones y esto hace que a algunos les dé por pensar en conceptos como el de libertad o realidad. ¡Adrián!, tráeme libros de Túnez, Libia o por ahí, esa arquitectura de los lugares cercanos al mar será buena para inspirarme.

Así pasaron aproximadamente dos meses, tiempo en el que se publicaron tres artículos en total. En el último él accedió a salir fotografiado junto a ella. La fotografía recortada formó parte de la decoración de la habitación, como si fuera un elemento más, no especialmente más importante que ese dibujo, o esa poesía colgada de la pared. Decidió que era el momento de pedirle que pasara la noche con él. Después de todo, no era tan mayor. Cierto que no era ya joven y ni siquiera un hombre que se pudiera considerar atractivo desde el

punto de vista físico, pero su encanto estaba en sus obras, en lo que ideaba, en aquello que a través de la paciencia, del ensayo, del error y de la dedicación había logrado conseguir. Eran sus libros sus músculos forjados en el mismísimo fuego; la portada de ellos sus ojos relucientes que fijan la atención de la gente; sí, él había logrado ser algo más que una representación de un canon de belleza, que una exteriorización de lo que atrae; en ese sentido, su teoría de cómo la realidad se modulaba letra a letra, pensamiento a pensamiento, cobraba fuerza; era ella quien había logrado hacerla verdadera.

Ahora bien, el hecho de pasar esa noche en su cuarto resultaba no solo algo poco estético, sino incluso un tanto chabacano. ¿Qué pasaría si uno de los dos quería ir al baño?, ¿dónde iban a dormir?, ¿los dos en su colchoneta? Podrían ir a un hotel, de cinco estrellas, en el que los tratarían como a marqueses; mejor, a una de esas casas rurales que se encuentran incrustadas en mitad de la naturaleza, en lo alto de una montaña, alejada de carreteras y postes con cables. Allí nadie los molestaría, estaría de nuevo alejado de todo aquello de lo que había intentado huir, pero ahora con ella; no solo con ella, también con todas sus creaciones, con todos sus paisajes, con todas sus invenciones salidas de las profundidades más recónditas de la psique; junto a esa supuesta mente cósmica que crea y sustenta este mundo y tantos otros; con ella, a su lado, de nuevo sucesiva y fluida ante su propio ser, ese ser tanto tiempo encerrado en el laberinto que no tiene hilos que auxilien a los héroes.

Todos estos pensamientos le abrumaron. Se sentó frente a su escritorio sabedor de que no podía alargar más esta situación. Aun suponiendo que ella se convirtiera en una amiga que lo visitara regularmente, él no encontraría consuelo con esa situación; muy al contrario, sería una especie de tortura para su encierro. Era lógico pensar que tarde o temprano su interés por él decaería, pero si era cierto lo que él sospechaba, que ella estaba enamorada no de él, sino de aquello que representaba, puede que tuviera alguna oportunidad y que esto fuera una primera piedra de toque para encontrar en otras como ella lo que estaba buscando. Se sintió más turbado que nunca, como cuando escribía de manera compulsiva algunos de sus relatos, como si en su habitación hubiese energías que él no podía ver y muchos menos controlar, como si esos mundos galácticos repletos de nebulosas y de seres bellos y valerosos que se parten el cobre en heroicas lides estuvieran al otro lado de la pared. Decidió no escribir nada, se quedó simplemente mirando de manera fija las teclas de su máquina de escribir. Fue así como se durmió bastante antes de su hora habitual y tuvo entonces un sueño.

Era un mundo destruido repleto de ruinas y en el que apenas quedaban vestigios humanos de lo que debió de ser la destrucción,

destrucción aniquiladora de aquello que fue conocido como el hombre y, por lo tanto, victoriosa.

El sueño del mundo tenue

Él se encontraba en una gran autopista por la que se podía acceder a lo que parecía haber sido un núcleo urbano. Sucesiones de bloques de edificios que, pese a todo, aún se mantenían en pie; a los pies de estos, calles gastadas, coronadas por las señales del caos: un trozo de lo que antaño fue un cartel, esqueletos oxidados de vehículos a tracción y cristales rotos que antes dejaban ver aquello que ocurrió y que ya nunca será recordado. Comenzó a andar, era como si se viese desde fuera, como si ese ser que tenía su forma supiera por qué estaba allí y qué debía hacer; en cambio, él, como espectador, apenas sabía nada, ni de ese mundo caduco ni de sus propias intenciones. ¿Qué pasaría? ¿Formaría parte de esa destrucción silenciosa, solitaria, paradójicamente con algo de divino? ¿O por alguna extraña razón él se salvaría del holocausto?

Le esperaba un hombre, puede que una especie de guía, puede que un consejero, quién sabe si su verdugo, de ser así el sueño tocaría a su fin y él volvería a su voluntaria cárcel que, pese a los muros de su insignificante recinto, no era otra cosa que la prisión del deseo.

Habló con el morador del lugar. Era un tipo siniestro, llevaba una larga gabardina negra y a su espalda, atada, una espada también larga. No se le podía ver el rostro porque, además de una capucha, tenía una de esas máscaras antiguas que utilizaban los soldados en las primeras guerras con arsenal químico, con dos grandes círculos en los ojos y una tercera forma cilíndrica en la boca, repleta de agujeros y que permitía respirar sin miedo a ser contaminado. Hablaba con él, pero a la vez era incapaz de escuchar lo que le decía. Daba la sensación de que tenían un pacto, que habían llegado a un acuerdo. Lo más lógico era que ese siniestro acompañante lo dirigiera a través de la devastación, ¿para qué?, para alcanzar un lugar mejor, sin duda.

Comenzaron a andar por los campos del exterminio con aparente displicencia. Era muy complicado escuchar algo. La cruzada generalizada contra el silencio de épocas pretéritas había llegado a su fin. Cruzaron una gran avenida que daba la sensación de abarcar casi toda la ciudad. A su derecha, esos bloques de edificios y más y más calles; a la izquierda, como una especie de frontera natural, una zona de campo, en la que se mezclaba el color marrón de la tierra con un color a veces indeterminado que oscilaba entre el rojizo y el morado, y en el que, aun con el panorama vigente de tristeza, formas pequeñas de vegetación, junto con otras como insectos y pequeñas alimañas, hacían que, casi de manera mágica y mistérica, en el lugar aún

hubiese vida. A lo lejos se percibían figuras que podían ser formas de civilización, o quizás solo un espejismo creado por la necesidad del espectador; todavía estaban muy lejos. Fue a esa zona donde se dirigieron, dejando atrás el triste vestigio de la civilización. Aquí sí que era posible escuchar un sonido que venciera a ese silencio imperante, aunque la sensación de vacío y de derrota no se perdía.

Llegaron a un lugar repleto de pequeñas dunas que se reproducían de una manera casi matemática y por las que se podía encontrar una gran cantidad de pequeños moluscos que, pese a la falta de luz del hábitat, habían logrado adaptarse. Las subían y las bajaban como si fueran niños despreocupados en el amanecer de la vida. De repente, ahora sí, un ruido que advertía de presencia ¿humana? El guía le ordenó que se recostara sobre una de esas dunas y que su cuerpo se uniera con la arena. A lo lejos, algo similar a un gran vehículo que desprende un humo negro e insalubre que, incluso con la falta de la luz, se puede percibir si no se está muy lejos. A bordo de este, varios seres que emanaban una sensación de ser algo malo, algo predatorio, nada más se podía ser en ese mundo sin recursos, abocado a mantenerse en su propia miseria y de manera milagrosa, no desaparecer del todo y para siempre. Era una gran mancha obscena que se pegaba a la oscuridad como la roña.

El vehículo y sus ocupantes terminaron por alejarse de ellos, por lo que continuaron con su particular peregrinación. Unas acequias hicieron acto de presencia. ¿Era el mar esa mancha que a lo lejos se podía intuir, pero que en todo caso era desconocida e inquietante? No solo por la ausencia de la luz, sino también por la ausencia de Dios. Sí, era el fin del plan, la última astucia de la teleología; utilizar el mar para llegar a esas intuiciones lejanas que no debían de ser otra cosa que la esperanza de una vida aceptable, de vuelta, eso sí, a esa falta de silencio, al reinado de las luces que borran lo sacro tanto de la calle como de la mente; a esas obligaciones y a todas esas tristezas que nos acompañan al caer los atardeceres; en resumen, el retorno a la bendición de una vida ordinaria de horarios y sábanas cambiadas.

Al final de una de las acequias había un pequeño puerto de reducidas dimensiones que daba la sensación de haberse librado de la destrucción y de mantener un aspecto muy similar al que tuvo antaño. Varias barcas se encontraban amarradas. Ahora, si bien no se podían distinguir con claridad esas edificaciones que no se diferenciaban en exceso del garabato de un niño, sí que se podía percibir una lejana pero segura luz, que hacía pensar que el lugar era muy distinto a ese que ahora pisaban. Ya solo tenía que introducirse en una de esas barcas y partir hacia ese mundo nuevo y esperanzador, solo deshacer el nudo y remar un poco, sin excesiva pericia, solo navegar en línea recta y lograr la salvación que supone huir del espanto.

Mientras se observaba a sí mismo y al guía, se preguntaba qué impelía a este último a pertenecer a un mundo de tales condiciones y por qué él no había cogido una de esas barcas hacía ya mucho. ¿Era por un espíritu altruista y de amor al prójimo? ¿O, muy al contrario, por ese sentimiento nihilista que aboca a los seres a no querer nada? ¿No eran acaso esos sentimientos la misma cosa? ¿Era preferible pasar la existencia entre las ruinas y los campos áridos de la soledad y de la imposibilidad de cualquier deseo gozoso? ¿Era preferible a llevar una vida mediocre en cualquier otro sitio, disfrazando el amor de necesidad y la alegría de instinto de conservación?

Estaba a punto de subir al barco. El guía se quitó la tétrica máscara, pero él no pudo verle el rostro por tenerlo de espaldas; se dirigía a su otro yo con la cara descubierta, tocó uno de sus hombros y acercó los labios a su rostro. ¿Qué fue lo que le dijo? A pesar del imperio del silencio no pudo escucharlo. ¿Le confesó lo que le esperaba al otro lado? Y, si era así, ¿por qué no lo había hecho cuando comenzaron su peregrinaje? Tras esto se quedó mirando al guía unos segundos, como si estuviera meditando aquello que debía ser lo único importante. Finalmente asintió, se dio la vuelta y se puso de rodillas. El guía sacó la espada de su funda y le cercenó la cabeza de un certero golpe. Su cuerpo cayó al mar, ese mar que debía haberlo salvado. La destrucción seguía reinando, la sacralidad del silencio era un precio demasiado alto que la mayoría no estaba dispuesta a pagar, y de esa forma, la tristeza, enamorada del caos, reinaba sin necesidad de la alegría.

Se despertó. Se sintió un tanto aturdido, puede que por el hecho de haber dormido más de lo habitual. Apenas recordaba nada del sueño, excepto esos bloques que a lo lejos se podían suponer, pero de forma muy inexacta.

—Señor Jordán, ha llamado el señor Conde, dice que quiere hablar con usted de algo muy importante, que viene de acá a un poco.

En esta ocasión no se enfadó porque no le hubiera llamado Simón. Pese a no recordar apenas nada del sueño, tuvo una intuición sobre la gravedad de aquello que estaba por venir. Esa misma intuición que sus héroes de estrellas pobladas tenían y que les servía para vencer a temibles enemigos. Pero él no era uno de ellos, precisamente vertía en sus personajes todas las cualidades y fuerzas que él no tenía, y que le habían llevado a elegir el retiro antes que la vida, esa vida a la que el guía del sueño también había renunciado. ¿Era él como el guía, un verdugo o un samaritano? ¿O era simplemente un bufón más en una obra teatral sin entradas vendidas?

Un poco antes de la hora de comer llegaron el señor Conde y

Adrián. Aunque no los podía escuchar con claridad, tuvo la sensación de que estaban hablando con su mujer; cosa que era extraña, y desde luego inusual. Se quedó mirando una de esas hojas arrancadas de libros de poesía, como si fueran frutos maduros de un árbol, como si en vez de ser invenciones creadas por una mente humana, fueran semillas creadas por la naturaleza y el misterio de la existencia, ese misterio que le había sobrepasado. Recordaba cuando las leía y su cuerpo se inflamaba de una extraña energía que lo avisaba de la existencia de otros mundos, esos otros mundos que él había escrito y lanzado a ese teatro, como el que lanza una flor cuando la actuación es grandiosa, no por la actuación del bufón, sino por la de los actores principales. Se sentó y simplemente esperó rodeado de los símbolos que nunca le pertenecieron y que el día de mañana serían de otros. La puerta se abrió, era Emilio; lo saludó, con una sonrisa que emanaba piedad. Entonces se dio cuenta de que él era un buen hombre, que también los hay; puede que por eso su mujer lo escogiera, por esa seguridad que da tener a alguien que, pese a sus defectos, no cae en la maldad.

—¿Qué tal, Simón?

—Bien, aquí, esperando.

—Quiero que sepas que lo que haces es admirable, y que la mayoría de la gente no tendría el valor para hacerlo.

—Gracias, Emilio.

Unos minutos más tarde entraron los dos editores. Pese a su vestimenta habitual, su rostro reflejaba esa gravedad intuida por los sueños para la realidad.

—Simón, tenemos que hablar de un tema muy serio, así que escúchanos.

Conde se calló, y cedió la palabra a Adrián, como si este fuera uno de los siervos que tienen que hacer ese trabajo en el que las manos se manchan y con el tiempo se llenan de marcas y de callos.

—Mira, Simón, lo que te vamos a decir es muy sencillo y muy complicado a la par, por eso, ante todo, deja un tiempo para digerirlo, pasado ese tiempo lo verás de esa forma.

Fue un día de otoño cuando dejó su maletín lleno de diligencias y documentos del juzgado y entró en el salón. Podía ver a través de la ventana retazos del cielo azul, ese cielo que tan solo era un anuncio de la bóveda celestial que lo esperaba, al mismo tiempo que seres aún sin rostro o forma definida surcaban sus venas como partículas en el espacio, como lágrimas de creyentes, de creyentes en algo, sea lo que sea, pues no creer en nada acaba siendo creer en todo, y de nada sirve tener todo, solo hace falta una parte, como ese cielo, como esa bóveda. Mientras caían las hojas y se vivificaban las luces decidió escribir y no hacer otra cosa que escribir. Fue ese día, el día de autos

de una mente más en un mundo más que convive con todos esos otros, semejantes, pero diferentes, iguales para el que no es gran observador, pero siempre únicos en la lucha, en el deseo, no en el deseo, sino en la prisión de ese deseo de la que era reo. Sí, fue ese día y lo recordó perfectamente, especialmente cómo miró el cielo por última vez desde su salón.

—Las obras que publicamos no son tuyas, las escribe otra persona. En general, lo que es el esqueleto de la obra sí que es tuyo: la trama, los personajes, los escenarios, pero, aunque tienes muy buenas ideas, tu redacción es muy mejorable, y si bien has hecho grandes progresos en los últimos tiempos, siguen sin ser publicables. Es cierto que se publican cosas peores, pero no lo suficiente buenas para tener reconocimiento y formar una legión de seguidores. Al principio pensamos que era algo descabellado, pero luego lo analizamos. Habías salido en la prensa un par de veces, hasta en la tele se comentó tu caso: «Un hombre vive encerrado en su baño, se dedica a escribir novelas de ciencia ficción». Entonces nos mandaste un manuscrito, lo leí y le comenté tu caso al señor Conde. Le dije que había algunas partes que no estaban mal y que eran originales, pero que tenían fallos, y que era una pena, porque el autor y su historia eran en sí merecedoras de una novela propia. Deberíamos haberlo dejado ahí, pero… —Adrián comenzó a mirar las paredes de la habitación, puede que buscando uno de esos símbolos, uno de esos dibujos, alguno que sorprendentemente no hubiera visto ya y que le informase de que, pese a todo, hay algo divino en el mero hecho de la existencia; que, aun con nuestros defectos y miserias, algún día seremos renovados por esa luz primordial que baña y sustenta los universos. Pero lo cierto es que no lo encontró—. La editorial estaba pasando un mal momento, ya sabes, este ritmo de vida moderno no deja tiempo para hacer muchas cosas; ya te digo que sonaba descabellado, hasta que un día vine a casa para hablar en persona contigo… Tú no salías al exterior, la idea de que no querías leer tus obras una vez conclusas, la de que nunca escucharías una crítica, fuera buena o mala, que no permitirías a periodistas entrar en tu casa. Y ya ves, *El centinela en Neápolis* fue un éxito. Tu historia gustó a la gente, te hiciste un nombre. Y como la primera mentira funcionó, ya no hubo camino de retorno; continuamos, invertimos en *marketing*, jugamos con tu condición, concedimos entrevistas, y al final fuiste un autor conocido y cada libro nuevo tuyo se vendía. Todo funcionó bien estos años, hasta que decidiste llamar a esa periodista, y no te culpo, puede que tú ya sospecharas algo, y que tu conducta fuera una forma de pedir auxilio.

—¿Sospechar de qué, de que soy un mal escritor?

—Sí, Simón, porque eres, no un mal escritor, tan solo un escritor mediocre, que no está capacitado para llamar la atención de miles de

lectores.

A pesar de esta temible sinceridad, no tuvo sentimiento alguno de animadversión contra Adrián, como tampoco lo tendría hacia Conde, dijera lo que dijera.

Después de todo, era verdad. Esos mundos llenos de ideas, de energías, de fuerzas que se plasman en las células y en los pensamientos, esos mundos dominados por eones de tiempo que la divinidad crea con la sencillez de un parpadeo eran ciertos. Solo había tenido que vivir estos años encerrado y soñar la última noche antes de conocer la verdad.

Se quedaron todos en silencio unos segundos. Procesar una información de tal calibre no era sencillo, pero, además, aunque nadie la había hecho, a pesar de que el sonido de una voz humana no la había materializado en el ambiente, había una pregunta a la que, por ahora, en ese momento, era posible que nadie se atreviera a responder: «¿Y ahora qué?».

Conde tomó la palabra una vez que su empleado le había hecho el trabajo sucio.

—Vamos a emitir un comunicado de prensa explicándolo todo, es preferible a que se sepa por otros, cosa que hubiese ocurrido, porque tarde o temprano esa zorra…; perdón, tarde o temprano esa chica te hubiese mostrado algo, un libro tuyo, una crítica, algo por lo que te darías cuenta. Es normal, Simón, llevas aquí once años, cualquier otra persona estaría desquiciada. El caso es que nos comeremos la mierda y soportaremos el escándalo.

—Bueno, lo podéis enfocar como un acto de piedad.

—¡Joder, Simón!, esto no es fácil para nosotros tampoco. Nos van a caer palos por todas partes.

—La publicidad mala también es buena, Víctor —era el nombre del señor Conde—, y podéis encumbrar a los que me reescribían los libros. ¿Era uno o varios?

—Varios —respondió Adrián.

Conde retomó la palabra:

—Eso, o podemos seguir con la farsa, ahora con tu consentimiento.

—¿Seguir con la farsa? No, no, ya está bien. Lo único que, ¿os tendré que devolver el dinero?

—No, no, no te preocupes por eso —dijo Conde.

—Lo de «los negros» es habitual en el mundo de la literatura, tampoco os va a pasar nada, ¿no?

—No sé. Simón, la verdad es que esto se sale un poco de lo habitual, no es solo utilizar un «negro».

—Supongo que en el fondo no tengo tantos motivos para enfadarme con vosotros, Adrián. Me habéis concedido poder ser aquello que deseaba con toda mi alma y todo mi ser, y eso es algo que

normalmente no se le concede a las personas.

La nota de prensa ya estaba preparada, solo se hubiese vetado ante la voluntad de Simón de seguir con el engaño. Conde tenía serias dudas, pensaba que podía estar dispuesto a seguir con la trama; en cambio, Adrián estaba convencido de que no lo aceptaría. Cada uno a su forma y modo se preparaba para la situación. Desde el punto de vista editorial sería un escándalo mayúsculo, puede que atenuado por el hecho de que en el país la literatura no es una de las prioridades de la gente, y si bien el asunto se comentaría, no saldría en las portadas de los periódicos ni en las tertulias televisivas, al menos de forma recurrente. Conde era el propietario, por lo que no podían despedirlo; Adrián había actuado con su connivencia, puede que el más preocupante fuera sin duda Simón; ¿qué sería ahora de él? Sí, ¿adónde iría? ¿Se quedaría en su cuarto donde esos nuevos mundos que estaban por venir podrían no llegar a existir? Conde, que siempre había sido avaro, quiso darle una paga de por vida, no solo por evitar futuras denuncias y asuntos legales. En el fondo sentía que se lo debía. Por un lado, él formaba parte del éxito, aunque los relatos no fuesen plenamente suyos, sin su existencia y sin su historia, muchos lectores no se hubieran animado a comprar los libros. Más allá de esto sentía que era un tema moral, materia que no le solía importar en demasía. Quizás había hecho falta un caso como el de Simón para que Conde por una vez reflexionara y sintiera algo muy cercano a la piedad. Había hecho con un hombre lo peor que se puede hacer; peor que robarle o incluso encerrarle: le había robado sus sueños.

Adrián reflexionó mucho sobre el tema; las consecuencias estéticas, morales y humanas. La filosofía le servía para obtener argumentos, pero en esta ocasión no se trataba de una palabra tipo: «sustancia», «ser», «a priori», se trataba de un ser humano. Llevaba tiempo dándole vueltas a la idea de convertirse en un editor independiente, y trabajar codo a codo con las personas que le mandasen sus manuscritos, lo cierto es que esto ya no en España, sino hasta que la tecnología avanzase más era poco menos que quimérico. De lo que estaba seguro era de que, si lo hacía en el futuro y lograba tener su editorial propia, aunque fuera pequeña, jamás engañaría a otros escritores como lo habían hecho ellos con Simón.

Tras la marcha de los editores, tumbado en su colchoneta, Simón se sintió como el mayor de los bufones. Por otra parte, estaba la sensación de que la lucha contra el determinismo consustancial a toda existencia es lo verdaderamente literario. También le consoló que, pese a que la autoría de las obras no era suya, si había colaborado para que hombres y mujeres se emocionaran al leer los libros, su paso por la vida había tenido sentido.

Le dijo a su hijo que llamase a Carmen y le dijera que no podían

verse. No se sentía con fuerzas para estar con ella; esperaba que no volviese más y se ahorrase así la vergüenza de hablar del tema. Su hijo era el que mejor se había adaptado a la situación. Albergaba la idea de que, pese al golpe inicial, su padre volvería a la normalidad. No le importaba especialmente a qué se dedicase exactamente, si iba a seguir escribiendo o no; lo que quería era estar con su padre, porque a pesar de la rocambolesca historia, lo quería, y quería verlo fuera de esa habitación, al menos en ocasiones, no importaba que no fuera un gran escritor, solo quería estar con él, contarle sus notas en la universidad, su cita con alguna chica, y que de verdad todo eso le importase, que ya no estuviera pensando en esas historias de epopeyas galácticas habitadas por seres omniscientes y otros repletos de vicios y pecados. Y que luego, tras contarle algo, soltase uno de sus exabruptos, pero que esta vez lo sintiese como algo verdadero que le afectaba y no como una anécdota más en su encierro. Su esposa Teresa exteriorizó también una cierta condescendencia; lo primero que le preocupó fue el tema económico y las incertidumbres relacionadas con eso. Posteriormente reflexionó que esa era una tremenda vileza. Recordó cuando eran novios, y él iba a verla a la cafetería de la Facultad, y aprovechaban cualquier excusa para hablarse y mirarse a los ojos; quería pensar que esos momentos no fueron la causa de todo lo que vino después —su alejamiento, su monotonía, el encierro de su marido, sus gritos desde la puerta—, sino que esos momentos fueron puros, como esas historias que él ideaba; ¡oh sí!, sí que fueron causa, porque en todos esos momentos que vinieron luego no habían dejado de estar casi siempre juntos, a su manera, y eso es algo, una vez más, que no todos pueden decir.

El escándalo fue más sonado de lo esperado, incluso se hicieron eco varias televisiones. Los periodistas comenzaron a frecuentar su casa como en los primeros tiempos. No todo fueron malas noticias, algunas editoriales menores se ofrecieron para publicar sus relatos, esta vez sin engaño. Como la moral es una idea más que un sentir práctico, el hecho de que la editorial de Conde fuera nombrada en los diversos medios de comunicación hizo que esta aumentase sus ventas, y no solo se vendieron más los libros de Simón, pese a que ya se sabía que no era el autor pleno, sino los de otros escritores. Hubo lectores que amenazaron con denunciar a la editorial por estafa; a Conde esto no le inquietaba, ya que sus servicios jurídicos le habían asegurado que las denuncias no tendrían recorrido. Mientras el vendaval mediático pasaba, seguía en su cuarto, no había salido de él, pero ya no era por una necesidad estética. El miedo al ridículo le paralizaba; ahora sí entendía a esos verdaderos anacoretas, no los de los otros mundos, sino los de este; ellos sí que eran valientes, ellos sí que alcanzarían el destino de llegar a ser algo novísimo e irradiante. No aceptó hablar

con ningún periodista; tanto si lo trataban como víctima o como botarate, la sensación era la misma, y estar en su cuarto era lo único que le daba seguridad.

Pasaron casi dos semanas y Carmen se presentó en la casa. Quiso recibirla, sabedor de que esta sería la despedida. Volvía a llevar uno de esos chándales monocromáticos y sus zapatillas de ir por casa, y eso, tristemente, le recordaba sus años de escritura frenética que se veía coronada cuando Conde y Adrián llegaban y le decían que el libro era un éxito y se sentía triunfador, profeta de esos mundos que están por llegar, parte importantísima de la humanidad.

Ella se quedó en la puerta, fue la primera vez que la vio con ese rostro, un rostro de tristeza, de nihilismo cotidiano para el que no existen grandes teorías, ni posibilidad de grandes aventuras. Entró en la habitación y comenzó a mirar las paredes, los detalles, todo ese mundo que no le pertenecía, al que había llegado no hacía mucho.

—Yo no estaba atraída por ti, sino por tu obra, ¿sabes? Cuando hablaba contigo era como hacerlo con tus personajes, recordar párrafos, paisajes, nombres y colores que eran únicos, únicos en un solo momento. No es algo tan extraño, a veces pasa, no es que yo me fuera a casar contigo y te fuera a cuidar cuando no pudieras lavarte. En cierta manera era perfecto, tú estabas aquí, siempre, y yo no iba a venir a vivir aquí, obviamente. A veces pensaba que pondrías fin a tu reclusión, y que me ofrecerías algo, había pensado muchas veces qué te iba a decir, pero ya ves, no hace falta.

Sus palabras fueron la sentencia final, sentencia motivada y razonada, y también definitiva e irrevocable. Si al menos no fuera un impostor, al ella enamorarse de su obra, ¿sería este un amor que, pese a no gozar de los estímulos carnales, la marcaría de por vida y por lo tanto hubiese podido decir que había sido suya? Pero ahora él no era más que un pobre hombre, un bufón que una vez más hace sus gracias sin público.

—Supongo que me he aprovechado de ti, pero esto no es malo, Simón, todos lo hacemos. La vida es una lucha, e incluso los actos de bondad o amor se hacen por una recompensa. Lo leí en uno de tus libros, no sé si esa parte la escribirías tú; y, si no la has escrito ya has dado cuenta más que de sobra.

Se acercó a él de una forma casi melodramática. Puso las manos en sus hombros y lo besó en la mejilla. Fue la primera y última vez que vio sus ojos tan de cerca, sus claros ojos portadores de vida y fuerza ante los que fue engullido como lo hace un planeta estéril y gastado por un sol lleno de fuerza y vida.

—Intenta ser feliz, Simón, ya has perdido bastante tiempo.

El mar era casi un invitado por la presencia de las montañas y la abundante vegetación. Era uno de esos sitios que de manera casi milagrosa no había sido invadido por el turismo masificado. En otoño y en invierno la sensación de tranquilidad y de que el mundo puede llevar un cierto orden basado en silencios, pausas y conversaciones simples se convertía casi en certeza.

Al final no había sido tan complicado. No tuvo que devolver el dinero de todos esos años, y eso, unido a la paga vitalicia que le daba Conde, ayudó a que pudieran vivir bien. Además, había concedido algunas entrevistas por las que le pagaron, aunque sobre todo lo hizo como una especie de exorcismo que le permitía expulsar a sus demonios. Su mujer no le abandonó, en cierta manera todo seguía igual, era cierto que ahora tendría menos ingresos, pero ella era una mujer independiente, siempre lo fue, tan solo cayó en ese habitual error que usan esos demonios para corromper las almas: el de querer más cuanto más se tiene. Pero con su trabajo y el de Emilio vivían bien. Todos en el domicilio familiar, junto con Asunción, que siguió trabajando con ellos y era casi la que más se alegraba por la situación. Apenas se podía creer que el señor Simón estuviese en el salón viendo en la televisión una de esas tertulias políticas donde suelen salir siempre hablando las mismas personas, opinando de temas muy diversos que merecen sin duda una especialización.

—¡Qué hijos de puta que son!

Asunción se reía al escucharlo mientras le servía el café, como si el encierro de años hubiese sido algo así como un enfado, una de esas broncas que tienen los matrimonios y que hacen que el marido tenga que irse al sofá a dormir.

Un antiguo compañero de facultad que tenía un bufete bastante importante le había propuesto que trabajase para él. No ejercía de abogado, pero con sus conocimientos de derecho ayudaba a los pasantes y en ocasiones a algún abogado. Esto le hacía sentirse útil y lo agradecía mucho. Como tuvo que actualizarse por los años en los que estuvo parado, el estudio también le hizo bien, ya que mantenía su mente ocupada. A su hijo en la facultad no le iba mal, sacaba buenas notas sin ser excelentes y se había echado novia, una chica bastante atractiva, sobre todo por su silueta, era alta y espigada, con un bonito pelo rizado; lo único criticable era que, pese a ir a la facultad, se le notaba a veces un poco basta. Tenía el mentón algo adelantado y esto unido a un lenguaje un tanto soez, daba la sensación de que era un poco ordinaria.

—Vosotros vivid cada día y no os preocupéis, y si mañana os enfadáis y lo dejáis, no os montéis películas, que igual en otras circunstancias ni os hubierais fijado el uno en el otro.

—Es una buena hembra, tiene un toque asilvestrado que me gusta; ¡cuídala!, pero tampoco pierdas tu vida, ni por ella ni por nadie.

Ahora sí, escuchar estas sentencias de su padre, a veces en la calle, otras en el salón antes de comer, lo llenaba de optimismo. Adrián en ocasiones iba a verlo, o quedaban en alguna cafetería para hablar. Aún no se había atrevido a dar el paso y ser un editor independiente; las cosas no le iban mal, ya que con el escándalo la editorial no se había ni mucho menos arruinado. Era cierto eso de que la moral se asemeja a una poesía, algo que solo existe un momento, en un lugar al que solo uno, en una unidad de tiempo, espacio y alma puede llegar, pero que luego ya no existe, quedando solo imperfectas copias. Y, por ello, por la publicidad que surgió a raíz del asunto, las ventas de la editorial habían aumentado y los «negros» que habían utilizado habían salido a la luz, y cada uno, con una estrategia apropiada de publicidad, asentaba seguidores.

—Te tenían que hacer presidente de la editorial a ti —le decía Adrián—. Sigue escribiendo, es una cuestión de técnica y de método.

Pero Simón sabía que las palabras de su amigo solo buscaban dar consuelo. Es verdad que la escritura necesita mucha práctica, correcciones, y horas y más horas de dedicación, pero también es cierto que necesita un talento, un talento que no solo se basa en procesos cognitivos y gramaticales, un talento que aparece y se desarrolla ante el misterio de la propia existencia, que no dura solo el tiempo en el que se escribe, sino que se perpetúa en el tiempo como ese fuego que los primeros hombres mantenían vivo porque no sabían originarlo. Un talento que se experimenta y se demuestra a cada paso, en la entrada a un mercado, en el paso de cebra de la calle, con ese tipo maleducado de la cola del banco, o con esa persona que nos sonríe pese a que no nos conoce. Un talento que imita los grandes viajes cuando se descubrían los glaciares y los viajeros formaban parte por unos instantes de la infinitud que conlleva lo desconocido. Un talento que tiene como regla máxima estar siempre alegre y no dejarse vencer por el ambiente y saber que quien está en la oscuridad es porque espera el día. No había nada de malo en admitir que él no lo poseía; tenía otra cualidades y otras virtudes, igual de importantes e igual de mágicas, que son necesarias en el tablero de la realidad.

Aun con esa certeza, cuando estaba en la casa de la montaña escribía en algunas ocasiones, porque sentía que esos personajes eran parte de él, y por ello eran importantes, aunque no habitaran en ningún otro plano existencial. Él era quién más iba a la casa, que alquilaban todo el año por un precio razonable. Aunque ayudaba en el despacho de abogados, no tenía que seguir unos horarios estrictos y eso permitía que fuera con periodicidad. Su mujer y Emilio solo iban en épocas de fiestas y verano. A él cuando más le gustaba ir era en

época otoñal, cuando aún no hacía frío, pero ya no había gente veraneando. Asunción, que era muy buena, lo llamaba y le preguntaba cómo estaba. Él le decía que se podía venir con su familia cuando quisiera y pasar unos días. Su hijo iba a veces con la novia y pasaba una tarde o una mañana. Se había sacado el carnet de conducir hacía poco y disfrutaba yendo por las carreteras estrechas hasta llegar a la casa. Al pasar por los árboles, recordaba esos tiempos en los que entraba en la habitación de su padre y se encontraba a este frente a la máquina de escribir, golpeando las teclas con furia mientras le dedicaba tres o cuatro palabras. Pese a no tener ideas fantasiosas ni estar especialmente dotado para el arte o la reflexión, al mirar a los árboles tuvo el pensamiento de que cada vida es como una de esas raíces que forman parte del bosque, que cada una es diferente, puede que no importante, pero necesaria para que el conjunto exista, ¿y qué hay tras ese bosque? Un mundo de posibilidades y sueños, de teorías, historias y de aventuras, un mundo donde la sensación más maravillosa que el ser humano puede experimentar, el misterio, guía las vidas, cada una a su modo, de las criaturas de esa aurora casi primordial. Puede que el único pecado de su padre hubiese sido buscarlo. Con su propia vida, arriesgándolo todo, como lo hacían los héroes de esas páginas de cómic arrancadas que aún colgaban de la pared de su cuarto.